BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

13

20 DISCURSOS SOBRE EL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

13

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Cristóbal L. Mendoza
Director

COMISION EDITORA
Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

DIRECTOR DE PUBLICACIONES
Guillermo Morón

COORDINADOR
Antonio Arellano Moreno

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

13

20 DISCURSOS SOBRE EL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ



EL PRESENTE VOLUMEN HA SIDO EDITADO BAJO EL PATROCINIO DEL
CONGRESO DE LA REPÚBLICA/CARACAS/VENEZUELA/1973



Francois D' Avignon
1858. Litografía.
Procedencia: Museo Bolivariano, Caracas

PRESENTACION

En este volumen aparecen 20 discursos de los muchos que se han pronunciado sobre el general José Antonio Páez a partir de 1888, año en el cual fueron trasladados sus restos de Nueva York al Panteón Nacional.

Como hemos preferido en esta oportunidad los discursos póstumos, hemos empezado la recopilación con el que pronunció en La Guaira el general Jacinto Regino Pachano el día 9 de abril de 1888, al hacer entrega de los restos del general Páez al Presidente de la Junta de los festejos en La Guaira. Pachano, formó parte de la Comisión que envió el Gobierno de Venezuela a los Estados Unidos, a trasladar los restos del gran caudillo venezolano. A este discurso lo sigue el del Académico Manuel Fombona Palacio, pronunciado al colocar las cenizas en el Panteón Nacional. De la lectura de este conjunto de discursos se observa que todos los oradores aportan conceptos valiosos, observaciones atinadas, estudian realidades sociales que tratan de explicar la actuación libertadora y política del caudillo. No se limitan solamente a hacer el panegírico, a destacar virtudes, a ponderar su grandeza, tratan de penetrar en la realidad económico-social de la época para ubicar en ella a uno de los más destacados protagonistas de nuestra historia. En esta forma tienden no sólo a explicar acontecimientos y sucesos, sino a buscarles una justificación histórica; de allí la importancia que tienen estos documentos.

Existen otros discursos sobre el Ciudadano Esclarecido. *Unos pronunciados durante su vida y otros después de su fallecimiento. Algunas de esas piezas oratorias que no aparecen en esta oportu-*

nidad, posiblemente puedan ser recopiladas en otra ocasión. Aquí solamente hemos escogido 20 discursos, la mayor parte corresponden a momentos históricos marcadamente solemnes como serían la llegada de sus restos a La Guaira, su traslado al Panteón Nacional, la inauguración del monumento en el Panteón Nacional, el centenario de su nacimiento. Varios de éstos estuvieron a cargo de Individuos pertenecientes a la Academia Nacional de la Historia y se les ha dado preferencia en esta oportunidad.

Como es fácil comprender, la vida del Héroe, tan llena de hazañas históricas dignas de admiración, su vida republicana y su largo predominio político en la vida nacional, explican entre otras razones, que abunden las piezas oratorias sobre tan ilustre venezolano. La inauguración de alguna estatua, de algún busto, de alguna plaza o avenida con su nombre, la colocación de su efigie en algún salón público, han sido otras tantas oportunidades propicias para que tribunos y admiradores de Páez recuerden sus hechos gloriosos. Estos motivos agregados a los anteriormente expuestos, explican la presencia de multitud de discursos sobre el general Páez, todos meritorios, unos por la calidad de los mismos y otros por la emoción, el patriotismo y los rasgos admirativos predominantes en el orador. De este conjunto tan abundante de discursos hemos escogido, por ahora, los que aparecen en esta edición.

Caracas, mayo de 1973.

DISCURSOS

GENERAL JACINTO REGINO PACHANO

Al entregar los restos repatriados del General José Antonio Páez, en La Guaira, el 9 de abril de 1888 (*)

Señor Presidente de la Junta Directiva, encargada por el Gobierno Nacional para recibir los restos del Egregio Prócer, Benemérito General José Antonio Páez.

¡He aquí la urna que contiene las sagradas reliquias!

La Comisión que he tenido la dicha de presidir, cumple su honroso cometido poniéndolas bajo vuestra custodia.

Enorgullecida de noble orgullo se siente élla de haberlas conducido al seno de la Patria.

Fué Páez, vosotros lo sabéis, uno de los más célebres batalladores por la Independencia de este suelo: Capitán ilustre entre los más ilustres de su tiempo y de todos los tiempos: denodado adalid, intrépido Caudillo, de los que más enaltecieron los fastos guerreros de Venezuela.

El pertenece á la época genesiaca de nuestra nacionalidad, á la edad de oro de nuestra guerra magna, á la época romancesca de nuestra historia: época de gestación y de lucha. Era la gestación de una idea y la lucha entusiasta y sangrienta por esa idea. La idea se encarnó en una pléyade de héroes, forjados en fraguas de titanes, y presididos por el imponderable Genio de Simón Bolí-

(*) Formó parte de la comisión que fue a los EE. UU. a repatriar los restos del General Páez, integrada además por los señores Ramón Páez y A. M. Soteldo.

var; y Páez fué grande entre los más grandes paladines de aquella época batalladora, que el heroísmo ha revestido con el carácter de fabulosa. *(Aplausos).*

Páez, señores, no cabe en los moldes de la historia! El rompió esos moldes y se hizo un héroe de la fábula! En la fábula está bien su nombre, rodeado del prestigio fascinador de los hechos inconcebibles, de las hazañas mitológicas, de los triunfos verdaderamente milagrosos! Para nosotros, que casi hemos asistido al proceso de sus hazañas, Páez es un héroe de la historia. La posteridad, al través de los siglos, le creerá un héroe legendario! Digno de Homero y de Plutarco, Venezuela le proclama el Aquiles de su Independencia.

A mi nombre y á nombre de los demás miembros, y de los adjuntos de la Comisión que tengo á honra presidir, felicito cordialmente por vuestro órgano al Presidente de la República.

Y á vosotros también os felicito por vuestra noble colaboración en esta obra del patriotismo venezolano.

Aquí debiera terminar este discurso, si no fuera que tengo que añadir que Venezuela ha contraído una deuda sagrada con la República Modelo. El pueblo y el Gobierno de aquella gran Nación se han esmerado en honrar á Venezuela en uno de sus más heróicos hijos. Yo he visto en la ciudad de Nueva York, agrupados al rededor de esa urna, todos los gremios sociales de aquella Metrópoli de cerca de dos millones de habitantes. Filósofos, poetas, artistas, literatos, estadistas, obreros, industriales: soldados, oficiales y jefes del ejército de línea: soldados, oficiales y jefes de la milicia nacional: altos dignatarios de la Nación; todos se acercaban á ese féretro á rendirle el homenaje de su admiración y de su respeto!

Los restos del Ilustre Veterano de la Indepedencia debían ser conducidos á Venezuela en un buque mercante. Aparece en el Congreso una proposición para que se destine á La Guaira un buque de guerra. El Presidente de la República se apresura á

enviar á aquel Cuerpo un honorífico mensaje, y el pensamiento es acogido por unanimidad. He ahí la fragata *Pensacola,* surta en la rada de este puerto, uno de los mejores buques de guerra de la armada nacional de Norte América y con una dotación de jefes y oficiales [aquí tenemos la muestra] dignos de la cultura y de la grandeza de tan poderosa Nación.

Me dispensaréis, señores, si no soy tan sucinto como quisiera serlo, en gracia de vuestra atención, que no desearía molestar. Pero no debo prescindir de haceros una rápida reseña de las últimas demostraciones del pueblo norte-americano.

El día 22 del mes pasado, reunidos el Comité de Nueva York y la Comisión venezolana, condujeron los restos del Ilustre General, del cementerio donde reposaban, á la Casa Consistorial de Nueva York, para servirle de Capilla ardiente; distinción altamente honorífica que sólo se ha dispensado á los varones insignes de la Gran República. Allí permanecieron expuestos á la multitud que los rodeaba, renovándose por instantes. El 23 fueron conducidos por las dos Comisiones al cuartel del duodécimo regimiento, en donde gozaron de las mismas atenciones y honores. Y el día 24, á las 12 del día, salía el féretro conducido en lujoso carro fúnebre acompañado de una procesión solemne. Cuerpos de diferentes regimientos de voluntarios, tropa veterana de infantería, de caballería, de artillería de mar y tierra, brillantemente uniformados, caballeros respetables representantes de varios gremios, de algunas ciudades y de algunos Estados, altos personajes de la diplomacia de varios países, caballeros sur-americanos y entre ellos compatriotas del Egregio Prócer, formaban el brillante séquito. El tiempo favorecía aquella fiesta, que parecía una fiesta nacional. En aquel país, que acababa de presenciar una tempestad de nieve como no la había presenciado nunca la actual generación, brillaba el cielo iluminado por un sol tropical, como para traer á la memoria el recuerdo del sol que iluminara los gloriosos campos de "La Mata de la Miel" y de "Las Queseras del Medio", y como un homenaje que la naturaleza rendía al héroe de aquella ovación extraordinaria! *(Grandes aplausos).*

La artillería hacía la salva de ordenanza y las bandas marciales dejaban oir sus marchas imponentes.

La procesión se dirigió por la Quinta Avenida, la más hermosa calle de Nueva York. Aceras y casas estaban de bote en bote, atestadas de gente de diferentes sexos, edades y condiciones.

Muchos edificios enarbolaron el pabellón norteamericano á media asta. Cerca de cinco millas de distancia recorrió la urna, desde el cuartel del duodécimo Regimiento hasta llegar al muelle, en donde se embarcaron los restos y se despidió el brillante acompañamiento con muestras del más cordial afecto y de la más sentida gratitud de parte de la Comisión Venezolana.

No parecía aquella fiesta una fiesta en honor de un héroe de una Patria extraña!... Parecía como si se tratase de un conmilitón de Washington! Así se explica el poder de la democracia, y su influencia en el destino de las naciones. La democracia, como un fluido eléctrico, invade las más recónditas regiones del planeta, y penetra por todas las zonas y recorre todos los climas, y lleva la hostia de la confraternidad á mundos desconocidos, y su fecundo verbo por la dilatada extensión de todos esos mundos, por donde quiera que hay una criatura ungida con el óleo divino, donde quiera que hay una manifestación de vida de la humanidad, por doquier palpita un corazón y alienta y centellea un espíritu. Ella no reconoce fronteras, ni diferencia de idiomas, ni diferencia de razas, ni diferencia de nacionalidades. Es una cosmopolita que viaja á los cuatro vientos, del uno al otro hemisferio, de continente á continente, por todas las latitudes, desde el Naciente hasta el Poniente, del polo Artico al polo Antártico, difundiendo su espíritu por todas partes, como el Creador difunde la luz por todo el Globo. *(Ruidosos y prolongados aplausos).*

La gran República ha dado á Venezuela en esta ocasión un espléndido testimonio de confraternidad.

Es, señores, que á mí me ha parecido ver, durante toda esta ovación, cerniéndose sobre esa urna, los genios protectores de la Independencia de la América del Norte y de la Independencia de la América del Sur. Me ha parecido ver, junto á ese féretro, á Bolívar y á Washington, abrazados en espíritu, y en aquel abrazo se me ha representado el símbolo de la confraternidad que debe existir siempre entre pueblos que proclaman unos mismos principios y practican idénticas instituciones. *(Aplausos).*

Dos palabras para terminar.

El General Guzmán Blanco, levantando el Panteón de nuestras glorias nacionales, ha hecho un gran servicio á la Posteridad y á la Historia, preservando del olvido las tumbas de nuestros varones ilustres.

El General López llevando al Panteón Nacional las cenizas del General José Antonio Páez, rinde un triple homenaje á la causa de su corazón, á la Historia y á la Patria. (*)

(*) Laureano Villanueva, *Apoteósis de Páez,* Caracas, Imp. y Lit. del Gobierno, 1888. pp. 176-182.

MANUEL FOMBONA PALACIO

En el acto de ser depositados en el Panteón Nacional los restos del General José Antonio Páez, el 19 de abril de 1888

Señor Presidente de la República. Señores Miembros del Ejecutivo Federal.—Señores: (*)

Ni la razón lo comprende, ni lo descubre la mirada; pero el alma lo presiente y el entuisasmo lo adivina: en torno de ese féretro se agolpan en este instante los bizarros adalides de nuestra independencia que aquí dormían el sueño de la tumba, y al ver hoy franqueadas de nuevo por el ostiario de la Gloria las puertas de este augusto recinto, vuelven de su ya largo reposo y sienten renacer dentro de sí la noble emulación de la Fama, como si surgieran á sus ojos aquellos campos de heroísmo donde regaron con el licor de sus venas la simiente que había de convertirse en el árbol majestuoso de la Patria.

Deponed, deponed ahora los atributos de la materia: llamad sólo á vosotros los dones del espíritu, y ved cómo rodea el túmulo la cohorte de inmortales, ansiosa de despertar de su letargo y rendir homenaje de bienvenida al admirado compañero. Ved cómo aquél, desceñido el talabarte, golpea el desnudo pavimento con la espada que segó los laureles de Bocachica: ved cómo el otro hace vibrar la altiva cúpula al mover la sonora espuela con que batía los ijares de su caballo en el combate contra los sitiadores de la heroica Maturín: oíd á éste rememorar los grandes hechos del campeón de las llanuras con la propia voz que doctrinó en la

(*) Desde el 8 de agosto de 1887 estaba encargado de la Presidencia de la República el General Hermógenes López, Presidente del Consejo Federal.

contienda á los hijos de la moderna Esparta; y á esotro, de austero continente, herir la tierra con aquella lanza misma de que se sirvió el valiente de los valientes para coronar su triunfo en la laguna del Yagual... Y luego, si convertís los ojos hacia aquel centro de grandeza, embellecido por el arte, ved cómo se anima la figura del padre de los héroes, del hijo primogénito de la gloria: cómo asoma de improviso á su mirada el rayo del pensamiento, y cobran las líneas de su semblante color de humana vida: cómo va levemente agitándose el contorno de la blanca vestidura, é irguiéndose la mormórea frente, henchida otra vez de concepciones soberanas; y cómo el guerrero mueve la planta, desciende de la opulenta hornacina, y al acercarse al hemiciclo exornado con los arreos de la muerte, posa en el ataúd aquella mano, dada siempre á rubricar la victoria; y con el grito que aun asombrados repiten los ecos de Carabobo logra despertar, entre las armonías de la Patria, al lidiador invicto que había rendido la existencia lejos del suelo donde palpita el recuerdo inmortal de sus hazañas.

Ya está el preclaro adalid en el Alcázar de los altos merecimientos: no como el vengador de Patroclo en el solitario templo de los confines de Arcadia, sino como el libertador de Andrómeda en el que decoraban las palmeras de Chemmis. Ya se levanta alborozado, y le parece oír de nuevo el timbre marcial de los clarines, y ver las ondas de las pátrias banderas, y contemplar la marcha de los guerreros escuadrones que tantas veces condujo á la pelea, y hasta sentir el relincho en que su corcel de batalla pide llevar aún sobre el robusto dorso al Genio apocalíptico de las pampas apureñas, para cruzar con más alto brío los desiertos de la llanura, como nuncio de prodigios, como presagio de libertad.

Yo te saludo, Paladión de nobles conquistas, Alumno predilecto de la Victoria: yo ante tí me prosterno, Numen fatigador de la Fama; y de tí imploro que erguido sobre el pedestal de tus proezas y armado de ese mismo acero, testigo y colaborador de tus hazañas, oigas el acento del que, hoy elegido para pregonar tu

gloria, va á penetrar en los dominios de tu alma, á la manera del tímido arroyo en los abismos del océano, ó como el átomo perecedero en las regiones de lo inmortal.

Y no creáis, señores, que hubo nunca protesta más merecida de entusiasmo, ni penséis que se vió jamás homenaje más justo de admiración. El que hoy recibe culto de apoteosis y huella el solar nativo entre las palmas de la gratitud nacional, no viene como hombre, sino como símbolo: no entra bajo estas bóvedas como figura inmortal, sino como idea de triunfo: no llega rodeado ya del prestigio de sus propios hechos, sino que, encarnación del heroísmo, resume y condensa la gloria de sus compañeros de lucha, y casi á la par del Genio de Colombia, se ofrece transfigurado á los ojos de nuestro espíritu, como si sus magnas acciones, con la doble virtud de crear y de engrandecer, al dotarlo de nueva vida lo llevasen al Olimpo de la Patria, al modo que llevaron sus hazañas al titán de Tebas á ocupar asiento de grandeza en el senado de los dioses.

Entre las eminentes cualidades que constituyen los sublimes caracteres descuella á veces alguna que, cual otra especie de alma, consigue absorber en el espíritu de ciertos seres superiores todas las demás condiciones de índole sobrenatural. Así en Temístocles el anhelo de la gloria logró sobreponerse hasta al sentimiento de la patria: así el desprendimiento fué para Epaminondas deber indeclinable, aun en lid con la conciencia: así hizo Timoleón de la justicia el único soberano de su voluntad: así imperó en Arminio la energía, la altivez en Escipión, la templanza en Marco Aurelio, en Othón el Magno la constancia, la lealtad en Bayardo el Caballero; y así el valor, ese valor que no cabe en las previsiones de la mente, ni puede hallar en lenguaje alguno concepto expresivo de su admirable poder; que no mide los obstáculos, ni conoce los peligros; que no toma nada de extraña naturaleza, sino que todo lo recibe de su misma condición; que semejante á la luz, crece más cuanto más se acerca al límite demarcado á su impulso, ó es más vivo cuanto más directos son los rayos que derrama;—así ese valor escogió á Páez para hacerlo su personi-

ficación sobre la tierra, y lo envolvió en atmósfera irrespirable para todo otro espíritu, y lo puso en regiones inaccesibles á los embates de la fatalidad, y aguardó para encerrarlo en forma humana y prevenirlo á realizar fabulosas acciones, aquella hora marcada por el dedo de la Providencia en el cuadrante de la vida, en que penetrado el hombre de la sublimidad de sus atributos y poseído de la supremacía de su inteligencia, había de lanzar la protesta de su cólera contra los falsos fundamentos de la sociedad antigua, y rendir con la clava de sus derechos la grandeza formidable del régimen absoluto, que fue el tremendo corolario de la ignorancia de los pueblos.

Después de la horrible catástrofe cuyo recuerdo pone aún temor en la conciencia, y en la cual la humanidad, como el Satanás de Milton, fluctuaba en vertiginosas alturas, próxima a caer en insondables abismos; después de aquella contienda sin descanso en que parecían tomar cuerpo y cobrar espantosa realidad los lúgubres delirios del Profeta de Babilonia, tocó á la parte de América nutrida con la savia de aquella nación heroica que supo hacer del astro de la luz el primero y más constante de sus vasallos, seguir el pasmoso ejemplo de los que habían calcinado con el fuego de la verdad la insignia del despotismo en la frente misma de los reyes, y erguida en la plenitud de su vigor levantar con asombro de los siglos el estandarte de independencia, como el águila del Cáucaso que, persuadida de la pujanza de sus plumas, deja la abrupta roca donde ensayó su primer vuelo, y se lanza á beber las etéreas inmensidades, avezada ya á vivir, cual en atmósfera propia, en la combatida región de la tormenta.

Son las ideas, señores, entes en principio que moran en los espacios ilimitados de la inteligencia, prontos á recibir duradera vida de aquellos ungidos de la gloria que logran inquirir con pupila de vidente los arcanos más incomprensibles del universo moral. De su índole nada conoce el alma hasta que en las solemnes ocasiones de la historia ve que aparecen como agentes misteriosos movidos por una sola é irresistible voluntad. Entonces comienza á levantarse lentamente, como al conjuro de nuevos Anfiones, la obra redentora concebida por el genio para servir de

enlace al espíritu con el centro de su aspiración. La Virtud le presta sus dones sobrenaturales, la Razón sus conquistas, la Conciencia sus atributos y sus fundamentos la Verdad. Pero á medida que avanza y crece se miran llegar á ella, ansiosas de herirla en su base perdurable, todas las funestas pasiones coligadas en las sombras para impedir entre los humanos el triunfo irrevocable del Bien. La envidia, á la manera de aquellos réprobos del Dante que participaban sucesivamente de la condición del hombre y de la condición del reptil, se anuncia con el silbo revelador de su iracundia: el rencor acude en la embriaguez de la venganza, como los monstruos de la isla de Alcina; y la bastarda ambición, con el sañudo encono del Argante del Tasso, se acerca, armada del incendio, á convertir en cenizas el grandioso monumento destinado á la inmortalidad. Mas á despecho de tan innobles afanes sigue la prodigiosa pirámide elevándose á las alturas, consagrada por la Fe, sostenida por el Heroísmo, realzada por la Abnegación, hasta que entre atmósferas de luz, esplendores de grandeza, nubes de gloria y celajes de esperanza sube á perderse en el seno de la infinito, de donde bajan al punto á vivificar la tierra, reflejados por el vértice gigante, los rayos del sol de la Justicia, como desciende por la escala del incienso, en el sacrificio del altar, el Espíritu divino, á bendecir en el mundo el homenaje de las almas.

Empero, tales conquistas nunca se obtienen para el hombre sin el concurso extraño de ciertas virtudes que, identificadas con la poderosa inteligencia de donde toma su eficacia la idea primariamente concebida, se manifiestan en la serie de ulteriores acciones como potencias impulsivas del atrevido pensamiento. Y no de otra suerte aparecen en nuestra lid de emancipación los genitores de nuestra libertad, los cuales, advertidos de la grandeza del designio por quién sabía mantener pláticas con el Tiempo y entrar en confidencias con la Gloria, pulsaron sus propias fuerzas; y al sentir que la fiebre del entusiasmo les enardecía las venas, que el ansia del triunfo les abrasaba el alma, que el ahinco del deber les imponía la lucha y el incentivo del renombre los despertaba á nueva vida, llevaron á inmolar en los altares de la

Patria todas los preseas de la fortuna, todos los dones de la felicidad; y á semejanza de aquellos hijos de Lacedemonia regidos por el espíritu de Licurgo, juraron no volver al tierno regazo de la madre sino amortajados con los girones de su bandera ó ennoblecidos con la prez de la victoria.

Si por la resistencia de los tiempos hemos de medir la grandeza de las obras, ninguna, señores, como la conquista de nuestra independencia nacional. No es ya la montaña que se yergue, vecina á lo infinito, merced á la laboriosa sucesión de providenciales acontecimientos. Es la imponderable mole que, llevada por brazos de Cíclope hacia las cimas del éxito, ora se mira próxima á la cumbre, ora rueda como el peñasco de Sísifo, sin que el tremendo alternar de la fatiga logre rendir á los titanes de aquella lucha sin ejemplo. En aquel batallar continuo entre dos ideas cardinales que se rechazan, no falta, para más asombro, ni la vacilación de la virtud. Creyérase al contemplar la lucha que postergados en ella los más nobles fundamentos de la vida, se asiste á una de esas revoluciones morales, que al modo de las del orden físico, hunden en eterno olvido, ó dejan heridos de muerte, principios que se consideraran de infinita duración. Son dos pensamientos que tienden á destruirse, dos naturalezas que intentan aniquilarse, un abismo que amenaza á otro abismo, sin que rasgue tan densas sombras un rayo siquiera de fugaz esperanza, como aquel que el cantor de Los Mártires hace penetrar en las mansiones del infierno al ser redimida Séfora por la ternura filial. En presencia del pavoroso problema la Esfinge permanece muda, pronta á devorar al primer Edipo que intente esclarecer sus recónditos arcanos. Y sigue siendo deber el sacrificio, ley la matanza, necesidad el exterminio, y la muerte único galardón. El fanatismo ocupa á trechos aquel cuadro de horrible pavura, y el dolor lo reviste de lúgubre majestad. Y en él domina Páez una y otra escena, y consagra con su valor uno y otro triunfo, como numen destinado, en medio de tanta desventura, á derimir con el verbo de sus hazañas la terrible competencia entre los derechos antiguos y las verdades que sanciona el heroísmo de los pueblos.

No es Héctor que va á la lid en carro tirado por arrogantes corceles, ni Pirro que se hace preceder de legionarios que cabalgan sobre selváticos monstruos; sino el guerrero que al ceñir los flancos de su bridón de pelea, engendrado por los vientos de la llanura, semeja la idea de la Independencia llevada en alas del relámpago á enardecer los ánimos que vacilan en la contienda. Arde el acero en su mano como un reflejo de la gloria; y su lanza, más vibrante que la de Aquiles, más poderosa que la de Teseo, parece un sér animado de cierto belicoso espíritu que no da tregua á los afanes del combate sino en la calma que arrullan los himnos de la victoria. Y allá se le mira siempre, delante de aquella hueste formidable que, envuelta en un bosque de hambrientas picas y de locuaces banderolas, le acompaña, cual otra selva de Birnam, á poner espanto y temor en las impávidas filas de los contrarios de la Libertad.

Tiene de los héroes antiguos la tenacidad incontrastable, é inquiere como los modernos capitanes la ocasión de los reveses y el motivo de los triunfos. Y ninguno supo como él establecer entre la muerte y la vida el vínculo misterioso que, al borrar la pavorosa distancia con que separa el instinto esos dos polos de la existencia, es causa de empresas sobrehumanas, bien diferentes de aquellas que sólo realizan á veces determinadas facultades del alma, inducidas por el egoísmo ó concitadas por la ambición. Ciro en las riberas del Pactolo, es la sagacidad que se vale de lo imprevisto: Milcíades en Maratón, la inteligencia vencedora de la barbarie: Cimón en la costa de Panfilio, la audacia estimulada por la fortuna: Filipo en las márgenes del Termodonte, la prudencia que se sirve de la temeridad del contrario. Y así en el Trebia no es Aníbal sino el brazo que mata por sorpresa; y Sila en Sacriporto la venganza que satisface su apetito; y Pompeyo á orillas del Eufrates el desapoderado anhelo de renombre; y César en Farsalia la sierpe que se aprovecha de la inacción del enemigo. Y en las edades modernas no hallaremos en Carlos XII sino la impetuosidad de la locura; y en Federico al ingenio que triunfa con la máscara del desaliento; y en aquel que á un tiempo abrevaba su caballo en las aguas del Niemen

y estremecía con el paso de sus legiones las riberas del Tajo, al experto geómetra que encierra en fórmulas precisas la suerte de las batallas y conduce al bando adverso, con la seguridad del cálculo y la exactitud de la línea, á recoger en lugar determinado el fruto de su imprevisión.

No así nuestro héroe: su ardimiento en la pelea, su fortaleza en las fatigas, su entusiasmo en la victoria, nacen de aquella secreta virtud que, ajena á toda bastardía, se nutre sólo con los elevados principios que hacen fecunda en la tierra la idea de la libertad. Debido á tan noble causa no puede asomar a su mente la previsión de la derrota; y merced á la energía de tan alto estímulo, convierte el triunfo en atributo de su alma, y con él se confunde de tal suerte, que casi es imposible discernir si entrambos forman una naturaleza misma, ó son dos irradiaciones de un solo pensamiento, próximo á encarnarse, por maravillosa manera, en el corazón de la patria.

Recordad las páginas más gloriosas de su vida, y, veréis cómo se palpa en ellas ese conjunto de singulares circunstancias. Y en efecto, señores: el león que al lanzar en la Mata de la Miel el rugido de combate y abalanzarse sobre la hueste enemiga, llena de pasmo á la misma naturaleza que corre á cubrir aquel cuadro con el velo de sus sombras; el águila que al columbrar en el Yagual la presa que le depara la fortuna, tiende á ella la garra poderosa, por entre senderos que la sangre matiza y ciénagas donde el sol fecunda la ponzoña de la muerte; el genio que se cierne majestuoso sobre el ardiente campo de Mucuritas, y como la deidad de Diópolis agita allí la diestra formidable, entre las trombas del humo y los reflejos del incendio; el gigante que en la boca del Coplé logra el triunfo con el arma del asombro, mientras acechan de consuno su existencia los cañones del enemigo y los monstruos de las aguas; el nuevo Orlando, cuya osada intrepidez llega á causar fatiga al numen mismo de la victoria, y levanta de súbito en el llano de Las Queseras el más alto monumento que pudo alzarse al heroísmo; el rayo que en Carabobo reduce á cenizas, sobre la propia frente de sus poseso-

res, los lauros consagrados por la Gloria en Talavera y en Bailén; el titán de indómita pujanza, ante quien se abaten de improsivo los inexpugnables muros de Puerto Cabello, entre el espanto de los que lidian en las tinieblas para no añadir al vencimiento la deshonra; el espíritu, en suma, avasallador del destino y árbitro de la bélica suerte en las luchas por la libertad, no puede haber cobrado aliento de vida sino en uno de los solemnes instantes en que el Eterno anima el impulso de aquellas fuerzas misteriosas que pugnan por declararse dominadoras de la tierra.

Señores:

En el proceso indefinido de la existencia no hay conquista moral que no ofrezca manifestaciones más serenas y apacibles, al paso que va adelantando en el camino de su perfección. Y es porque el alma, ávida siempre de templar sus ansias en las aguas cristalinas del Bien, persiste, aun á riesgo de no dar logro á sus designios, en quitar á la lucha de las ideas todo aspecto de barbarie, cada vez que se previene á borrar, con el fuego del sacrificio, las páginas más sombrías del libro de la humanidad. Así el drama de nuestra Independencia presenta en sus postreros actos cierto espíritu de hidalguía, que tiende como á convertir en torneo de bizarros justadores al duelo entre el principio de la libertad y el de la fuerza, y viene á ser el pensamiento iniciador de la concordia entre contendientes de idéntico origen, que rinden á la gloria el propio culto y comulgan en la misma religión.

Vencidas ya las pasiones; derogados de tan alta manera los propósitos sugeridos por el odio entre el fragor de los combates, el ánimo se dispone á contemplar cómo crece el bienhadado olivo en el hogar que encierra tantas reliquias de libertadores, y cuyo seno, humedecido con el llanto de las matronas y de las vírgenes, continúa exhalando el aroma de la gloria, como para avivar el anhelo de los que á fuer de nobles adalides, guardan con ahinco fervoroso las conquistas de la libertad. Y no satisfechos los lidiadores respetados por la muerte con haber encendido el sol de la Independencia en el cielo de la Patria, recogen, empapada aún

en su propia sangre, la semilla fecundada por sus hechos, y en cruzada que habrá de fatigar para siempre la admiración de los siglos, van esparciéndola en surcos luminosos desde donde el Magdalena confía sus secretos al piélago antillano, hasta donde el Sorata se ofrece, en diálogo eterno con lo infinito, como atributo de nuestra grandeza y emblema de nuestra aspiración.

Pasan, señores, los acontecimientos humanos, y dejan tras sí un conjunto de contrapuestos principios, que son como los lazos misteriosos llamados á servir al investigador de los hechos para tejer con mano segura la filigrana de la verdad. La Historia, ese testigo y juez de lo pasado, tan inexorable en sus juicios como inflexible en su lógica, quilata todas las acciones en el crisol de la conciencia, y separa con admirable pureza el oro de las virtudes, de las escorias que envilecen de continuo cuanto participa de la humana condición. Ella nos inicia en ciertos arcanos que, imposibles de entrever por quien no inquiere en sus páginas el genuino curso de las ideas sobre la tierra, son la clave más eficaz para deducir la grandeza de los héroes y el puésto que les corresponde en el escenario de los siglos. Sus atributos, superiores aún á los del Tiempo, la facultan para detener la corriente de las centurias y dirigir evocaciones poderosas, á que responden misteriosamente los ecos de la eternidad. Y desde el que abre á punta de espada el surco de las nuevas ideas, hasta el que calcina con el rayo de la elocuencia los ídolos de las abyectas generaciones; desde el que rompe sobre la frente del pasado el emblema de las antiguas conquistas, hasta el que recoge de la arena del combate el fragmento de escudo, legado á la posteridad por el gladiador rendido como protesta muda contra su propio vencimiento; desde el humillado por los golpes de la injusticia hasta el enaltecido por los halagos de la fortuna, no hay sér alguno que pueda eximirse de las sentencias de esa deidad soberana, la cual, como inspirada por la idea del Bien absoluto, ora hace descender sus juicios sobre la frente de los buenos como rocío de alabanza, ora los descarga sobre la cabeza de los culpados con todo el peso de una maldición.

No poco tendrá que juzgar esa terrible niveladora de los tiempos en medio de la gloria que alumbra aquellos magnos días de nuestra Patria; mas, al distribuir los dones de su justicia habrán de abrumar de tal suerte su mano las coronas destinadas á los grandes hechos, que acaso no se acierte á descubrir, entre el verdor de tantos laureles, la hoja deslustrada y el tallo empobrecido, ineludibles representaciones de la fragilidad de nuestro sér. Y así, á semejanza de aquellos insignes monumentos que, erigidos bajo la pesadumbre de las edades en las vastas llanuras de Egipto, marcan el soberbio paso de una época de grandeza, cuando mañana, por el cumplimiento de ciertas leyes providenciales que incesantemente van transformando la existencia de las naciones, haya tocado a nuestra Patria el término de su carrera y no sea ya Venezuela, entre las sombras de lo pasado, sino un símbolo de nobleza y de heroísmo, resaltarán en sus anales los prodigios de tan alta éra como recuerdos de nuestro advenimiento á la vida de la libertad; y entonces se habrá de ver con asombro la altura á que en aquellos días ascendió el Capitán Egregio que hoy viene, coronado por la Fama, á reposar para siempre entre los testigos de su gloria.

Y ya que vos, íntegro Magistrado, obediente a las inspiraciones del patriotismo, determinásteis en hora afortunada devolver á Venezuela esas venerandas reliquias, y darles glorioso descanso en este templo augusto, levantado á la memoria de nuestros sabios y de nuestros héroes por la misma experta mano que os resignó la dirección de la República, recoged ahora el sincero aplauso de todos vuestros compatricios, y sabed que el acto que con tanta pompa habéis celebrado, constituye uno de los timbres más excelsos de vuestra noble Administración.

Solo ¡ay! debemos lamentar que el heroico hijo de Venezuela busque hoy vanamente por los ámbitos del santuario, á tantos de sus compañeros en la primera cruzada de la Patria que yacen aún en extranjero asilo: á tantos que reposan en solitario sepulcro; y á tantos que heridos de muerte en el campo mismo del combate, no encontraron en el vértigo de la lucha quien arrojara

sobre sus cenizas el generoso sudario de la tierra, y tuvieron por panteón la inmensidad de la llanura, y por única ofrenda de lágrimas el rocío que lloran sobre la pajiza yerba los genios melancólicos de la soledad.

Lloremos la deserción de tan sagradas reliquias: evoquemos los manes de aquellos desdichados campeones... pero no, no turbemos el júbilo de ese glorioso espíritu, á quien ya miro recoger, en urna de amor, los homenajes que hoy le tributa el entusiasmo de la Patria.

JOSE IGNACIO LARES

En Mérida, el 20 de abril de 1838

Señor Rector de la Ilustre Universidad: Señor Presidente del Estado: Señoras y Caballeros:

I

Es este un acto, que el Colegio Nacional de Niñas, dedica al recuerdo de una de las glorias más excelsas de la Patria.

Todo lo que en nuestra historia exalte el patriotismo; todo lo que ensanche el espíritu en lo grande y admirable que contiene; todo lo que de ella ilustre el pensamiento en el estrado del derecho y la justicia de los pueblos, así como es satisfactorio y provechoso recordarlo á los mayores, así es de fructífera enseñanza glorificarlo á los ojos de las tiernas generaciones, en cuyos senos el germen vá de la gloria y la grandeza de la Patria.

Digna es por esto de aplauso la patriótica idea que han tenido las ilustradas Directoras de este Instituto, en celebrar este acto de honor y de justicia al legendario Aquiles; no el griego, invulnerable y fantástico, sino al prodigioso y mortal venezolano.

Aliento homérico se necesita para recordar las glorias y los hechos del hazañoso PÁEZ; no seré yo, pues, el que atrevido acometa tal trabajo, que si me encuentro aquí, es sólo por satisfacer una para mí, ineludible exigencia.

II

La revolución de Independencia nunca será bien celebrada por los hombres. Ella es el grito del Derecho y Libertad, lanzado por un continente, á cuya poderosa vibración se deshacen las cadenas con que ata por sobre el Atlántico un hemisferio al otro, y nacen á la vida soberana, en un mundo nuevo, las naciones del porvenir.

Venezuela, cabeza de las naciones del Sur, lanzó la primera ese grito poderoso, y los Andes de montaña a montaña repitieron: LIBERTAD!

La revolución del 19 de Abril es la precursora de la República; su luz, remisa en ese día, se ensancha y se abrillanta hasta convertirse en sol el 5 de Julio.

El 19 de Abril es el amanecer de la libertad en la Patria, el 5 de Julio es el día.

El 19 de Abril concibe al Dios, el 5 de Julio lo da al mundo.

Pero no es sin agotar sus fuerzas que el antiguo hemisferio abandona al nuevo.

Empieza la lucha entre oprimidos y opresores, y se enfurece la rabia de los unos y se sublima el patriotismo de los otros.

En medio de la empeñada lucha, los cimientos de la tierra se conmueven, caen las ciudades y entre el polvo y los escombros de tanto estrago, y entre el humo que ahoga y la sangre que corre, queda sepultada la República. Mas, si queda sepultada, no ha muerto; ella con nuevo fuego y poderoso aliento, reaparece en las claridades del Oriente, en los fulgores de *Mosquiteros,* y en el volcán de *San Mateo.*

Venezuela, de cuyo cerebro de diosa ha partido la idea, brota de su seno al Semi-Dios y los titanes que deben llevar á cabo aquel trabajo de jigantes.

—Habrá caído para siempre? —Nó! que en las llanuras aparece el fuego sacro de la Patria, salvado y victorioso en la flamígera lanza del invencible Páez.

Al rededor de aquella lanza se agrupan los indómitos llaneros, atraídos por su brillo y sus proezas. Páez, que á todos los ha vencido en la lucha cuerpo á cuerpo, en el combate con las fieras, en el esguazo de los profundos y peligrosos ríos: Páez da con ellos otra vez principio á aquella lucha jigantesca de la libertad contra la opresión, abriendo la campaña célebre de Apure.

San Mateo es el supremo esfuerzo del heroísmo humano, la condensación de todo el valor de resistencia de que es capaz el hombre. La campaña de Apure es la dilatación de San Mateo, y el alma de esa campaña es la lanza de Páez.

Allí no se luchaba solamente contra el poder español, se luchaba también contra los elementos y las fieras, y había que domeñar al toro y al caballo que no eran menos salvajes.

Para sostener tal lucha se necesitaba un ejército de héroes guiado por la intrepidez convertida en atleta: Páez fue ese atleta, sus llaneros esos héroes.

Para alistarse en las filas de ese ejército se necesitaba estar á prueba de toda privación, de todo sufrimiento, de todo hecho arriesgado, de todo heroísmo.

El ejército de Apure es la República convertida en Laocoonte, que forcejea con aliento de titán hasta romper los anillos formidables con que lo envuelve el mónstruo ibero.

Ese ejército y esa emigración ilustre que le sigue, es todo lo que ha quedado de la Patria; reliquias cuya existencia hay por fuerza que juzgar á cada instante, ora á la claridad del día como en *Palmarito y Chire,* ora en las tinieblas de la noche como en la *Mata de la Miel* y en el *Paso del Frío,* para salir siempre ilesa

sobre las alas del triunfo; que la Victoria, enamorada de la primera lanza del mundo, se ha convertido en lengua de fuego en la potente mano del genio de las pampas.

Ese resto de la República, que en confusión de hermanos, lleva matronas honorables, niños y varones insignes, cual pueblo nómade vaga por los desiertos, sin más hogar que su propio calor, sin otro techo que el azul del cielo; vestido de harapos, descalzo y sin más alimento que carne cruda; ese pequeño pueblo migratorio no desespera de su suerte, qué va sostenido por la fe que lleva en la santidad de su causa y la confianza que tiene en el sagaz y valeroso Moisés que le conduce.

Pero la terrible situación de aquel puñado de patriotas se hace cada vez más crítica. Los tercios españoles, después de arrojar del patrio suelo á Napoleón el Grande, en formidable expedición acaudillada por Morillo, arriban orgullosos á las costas del Caribe, y se lanzan por el territorio americano para cargar de nuevas cadenas á sus invictos hijos que quieren libertad.

Aquel jirón de pueblo, que lo ha perdido todo, soporta sin embargo sereno su infortunio. Es que le queda algo todavía; le queda la esperanza y le queda PÁEZ.

Mientras más feroz se muestra el español, mientras más sangre hace verter en el cadalso y las prisiones, más ánimo cobra el desnudo pero acerado pecho del indomable PÁEZ.

Perdido todo para la causa de la República y asediado por las huestes españolas, PÁEZ crece en pujanza a medida que los peligros multiplican. No parece sino que el riesgo constante es una necesidad de su espíritu, y que el ejercicio que su cuerpo necesita es la lucha permanente con el peligro y los tiranos.

Nada importa que las cantábricas legiones inunden el territorio de la Patria, siempre será libre la tierra que pise su caballo; y hasta donde domine con su vista de condor, hasta allí llevará la libertad con la punta de su lanza.

Su sagacidad, su audacia, su bravura, así como lo llevan á proveerse de los elementos que necesita, sin medir el peligro ni tener en cuenta el imposible, así acomete al enemigo sin contarlo ni apreciar en nada la superioridad de las armas.

Combate en las pampas, como en las montañas ó en las ondas de los profundos ríos: á caballo, á pie, á nado, que es centáuro y gladiador y león marino.

III

—¿Necesita caballos?—El enemigo los tiene en el sitio de *Los Cocos,* y con unos nueve desesperados que lo siguen, se lanza sobre él, sin cuidarse de que llueven balas, los toma y hace morder el polvo á sus contrarios numerosos.

Encuentra las huestes enemigas, superiores en número á las suyas, que le presentan orgullosas el combate; y como un huracán de las Antillas, coronado de relámpagos y rayos, se arroja contra ellas, las destroza al centelleo de sus armas, las revuelca, las amontona, y al bote de su lanza las acorrala en el Hato de *El Yagual,* cual si recordando sus tiempos de pastor tratara de reducir en el aprisco rebaños de salvajes reses.

Por fin llegan los mismos tercios españoles ceñidos los frescos lauros de Bailén y de Tolosa.

Llegan, y provocan al Dios de las llanuras!

Furor sublime!

Como el Atlántico irritado por tempestad horrísona, lanza una tras otra sus olas espumantes contra el duro peñón hasta destruirlo, así el ejército de Apure guiado por el Genio de las pampas, acomete sobre los opresores de la Patria, y en catorce cargas consecutivas los desbarata y los arrolla; tiende en las sabanas un mar de fuego á los fugitivos escuadrones, y como ai-

rada salamandra, los persigue, los acosa entre las llamas, y ocasiona así en *Mucuritas*, el primer revés que la expedición de Morillo sufre en Costa Firme.

PÁEZ y sus valientes compañeros, incansables en aquel trabajo sobrehumano, vencen en donde quiera, y es imposible seguir el espectróscopo de la luz de gloria que brota de tal cúmulo de hazañas.

Pero si en sus desnudas sienes brilla el heroísmo inmortal, los harapos con que van cubiertos, deshechos por el sol y por el agua vuelan en girones por el aire. Necesita alimentos, municiones y vestidos para aquellos bravos lidiadores y para aquel pueblo que conduce. Todos estos elementos los tiene el español en Barinas la opulenta.

Pero la distancia es inmensa: la reina de las pampas se encuentra guarnecida por los tercios de Castilla; salidos de madre están los profundos ríos, y convertida en ancha mar la sabana dilatada.

No importa. El maravilloso PÁEZ monta con mil de sus guerreros sobre mil caballos blancos, y semejante á una bandada de fantásticos delfines, corre por sobre la superficie de las aguas durante cuatro días y llega á la imperial Barinas. Cual ráfaga de rayo penetra en su recinto: vana es la resistencia del hispano. PÁEZ y sus céleres se llevan en las puntas de las lanzas y con el ímpetu de sus corceles á cuantos les hacen frente: cargados del botín que necesitan, tornan en raudo vuelo en sus caudales garzas y llegan á su república, á tiempo de salvarla y ganar otra victoria.

IV

Era tiempo ya, que aquellos héroes, curtidos por los trabajos y tostados por el sol, vistiesen de gala y se adornasen con sus inmarcesibles lauros, para recibir en sus brazos poderosos al Semi-Dios de Colombia.

Los dos héroes se estrechan en Payara; abrazo que es una victoria, porque en él quedan unidos los pedazos de la Patria.

PÁEZ, que imagina haber llegado á la tierra prometida, deposita en las manos de BOLÍVAR las reliquias que ha salvado del brillante ejército de Apure.

V

Unidos están ya los dos caudillos; unidas las dos huestes libertadoras; sólo falta combatir y acabar con los tiranos. Mas, para hacerlo, preciso es pasar al otro lado del anchuroso Apure, y las naves están todas en poder del enemigo, armadas de cañones.

BOLÍVAR clava su vista de águila en aquellas embarcaciones, que en aquel momento son toda su ambición; en su impotencia para conseguirlas se apostrofa, rabia y desespera. PÁEZ que lo contempla, escoge entre los de Apure cincuenta jinetes los más ágiles y diestros; llega á la ribera, se lanza con ellos á las ondas del río y con las riendas en una mano y en la otra el rayo, pone rumbo á las naves codiciadas.

Anhelantes BOLÍVAR y el ejército, admiran desde la orilla aquella hazaña de romance ó sueño.

Los de abordo, que atónitos los ven acercarse, más crédulos de su superstición que del heroísmo del patriota, por fantasmas marinas los toman en su asombro.

Entre tanto los denodados *hiponautas,* guiados por la temeridad, hienden las aguas del anchuroso río, serenos, arrogantes, llenos de altivez y gallardía.

Truena luego el cañón de los de España, el choque de las balas sobre las ondas del río levanta el agua que ciega al jinete y al corcel. Los intrépidos lanceros, incontrastables, avanzan sobre sus naves nadadoras, llegan envueltos en el humo y la metralla, abandonan sus caballos, saltan sobre las naves y los recibe en sus alas la Victoria.

BOLÍVAR y el ejército que ven desde la orilla consumada la proeza, lanzan de admiración y de entusiasmo un ¡viva! formidable á PÁEZ y á la la Patria, que repite orgullosa la llanura.

La proeza del Coplé es un milagro del valor.

Catorce naves fué el fruto de aquel prodigio.

El ejército pasó; pero aquella campaña, ejecutada por el camino de la funesta *Puerta,* fue desastrosa á la República.

No lastimemos las heridas de la Patria.

VI

BOLÍVAR encomienda de nuevo a PÁEZ el ejército de Apure y las llanuras, y regresa á Guayana, para dar fisonomía de nación a la República instalando su Congreso.

Morillo, orgulloso de su triunfo, baja con poderoso ejército para envolver á PÁEZ en San Fernando. Este, Moisés nuevamente de aquel pueblo, concibe el proyecto de internarse en el fondo de las pampas en busca del desierto de Caribén. Hace conocer su idea de los patriotas habitantes de San Fernando, y éstos con sus esposas y sus hijos siguen al conductor audáz. Pero antes de despedirse del querido hogar, y para que no sirva de albergue á los opresores de la Patria, por los cuatro vientos ponen fuego ellos mismos á la hermosa sultana del Apure, y la envuelven en un mar de llamas.

Oh tiempos ya pasados, en que nuestros padres rendían culto á la Patria de tal modo!

Al resplandor de aquel incendio, que cual lengua de Leena, pero de fuego, escupen los patriotas á la faz de sus tiranos, el Moisés de las llanuras emprende la retirada, conduciendo el arca de la República hasta salvarla en el desierto.—No la retirada de Xeno-

fonte, que sólo combate para salvar las vidas y regresar al hogar, sino la retirada de Páez, para poner á salvo el pedazo de Patria que se le ha confiado, y revolverse con los elementos por aliados para destruir á sus opresores.

Morillo entre tanto, baja de las montañas á paso de carga sobre San Fernando; mas, sólo encuentra la majestad de las ruinas y un pavoroso silencio!...

Al pasear sus ojos admirados por aquellos escombros ennegrecidos por el humo, nublósele el semblante, pues comprendió que es imposible someter al hombre que lucha por ser libre.

Despechado pasa el Apure y el Arauca, sigue y llega á las puertas del desierto, pero diestro y advertido el guerrero español, adivina el intento del astuto y sagaz republicano, y lo abandona y retrocede temeroso.

VII

El genio de la guerra asciende de nuevo por sobre las ondas del padre de nuestros ríos, y los dos campeones tornan á juntarse.

El ejército libertador ocupa la margen derecha del Arauca: Morillo, con siete mil de España, ocupa la orilla izquierda. Ambos ejércitos se miden y se provocan por sobre las ondas del río, el cual, corre magestuoso, reproduciendo en sus cristales, de un lado sombras de cadenas, del otro fulgor de libertad.

Es el 3 de abril de 1819.

Páez escoge entre sus héroes 150 lanceros.—¿Qué va hacer? ¿Qué pensamiento de sublime audacia agita su cerebro? Su semblante esclarecido, siempre iluminado por la gloria, se encuentra ahora realzado por el calor de un fuego extraño.

Agil como el viento, monta en su soberbio corcel, empuña la terrible lanza, y seguido de sus jinetes, llenos de coraje y valentía, se arroja, *hiponauta* otra vez, á las ondas del Arauca.

El Libertador lo sigue con la vista ansiosa desde la orilla. Va á ser de nuevo testigo digno, de otra hazaña de PÁEZ, estupenda.

Los valientes corceles cortan las aguas del Arauca, y sacuden vigorosos sus crines empapadas, al tomar tierra en el campo inmortal de LAS QUESERAS.

PÁEZ apresta rápidamente su pequeña hueste, y como si fuera un centáuro de 150 cabezas erizadas de rayos, arranca al galope contra el campo español, con el arrojo de un esfuerzo inaudito.

Truenan el cañón y la fusilería de siete mil hispanos; callada como la muerte serpentea la terrible lanza del patriota.

Los combatientes quedan envueltos en torbellinos de humo y polvo, empeñados en el más desigual de los combates.

Por una parte desbordada cólera; bravura sin medida por la otra.

Tragedia horrible!

—Mas, ¿qué pasa? PÁEZ con sus centáuros cede, huye á toda brida y mil doscientos jinetes de cerca lo persiguen.

—Huye?

—Nó; es la huida, engrandecida, del Horacio, que al revolver, ya sabe que no va á lidiar con tres, sino con siete mil guerreros ceñidos con el lauro de Arapiles.

De pronto los intrépidos llaneros obedeciendo la vibrante voz de PÁEZ, vuelven riendas, y con el arranque del suicida y el empuje de tempestad, chocan contra los escuadrones españoles y rompen, derriban, arrollan y desbaratan, á infantes, cañones y jinetes.

Huyen á la desbandada los nietos del Campeador, en busca de refugio en las sombras y laberintos del bosque, y solo ante los árboles jigantes, sofrenan los patriotas aquella carga sin igual.

Páez, dueño del campo, inscribe á sus camaradas en el libro de los inmortales de la Patria, y el Genio de la guerra exclama al otro lado del Arauca:—"Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones".

El combate de Las Queseras, es la fantasía de Homero superada en el hecho: el reto caballeresco de la libertad á la opresión: el desprecio que siente la revolución de independencia contra España, arrojado por Páez á la cara de siete mil tiranos.

Lo maravilloso del esfuerzo humano: lo sobrenatural del hombre: lo romántico de la guerra: la poesía del heroísmo: una aria del valor, tal es el combate inmortal de Las Queseras.

VIII

Morillo, espantado, gana la montaña para ponerse á salvo con su escarmentado ejército, de la lanza de Páez.

Bolívar en una de aquellas pasmosas concepciones, como el condor, soberano del espacio en el Nuevo mundo, tiende el anchuroso vuelo, atraviesa la llanura inmensa seguido de los "Bravos de Páez", escala los Andes empinados con más gloria que San Martín al Sur, y no se detiene hasta plegar sus alas victorosas en el alcázar del Muisca, dejando sembrada con la espada por el territorio granadino la simiente de la libertad.

IX

El escenario cambia.

Vuelven á encontrarse de nuevo los dos jigantes de la guerra.

Llegó por fin la hora de la redención de la República.

La altiplanicie de Carabobo, prado favorito del caballo de la Patria, es la escogida para librar la batalla decisiva:

El Libertador lo sigue con la vista ansiosa desde la orilla. Va á ser de nuevo testigo digno, de otra hazaña de PÁEZ, estupenda.

Los valientes corceles cortan las aguas del Arauca, y sacuden vigorosos sus crines empapadas, al tomar tierra en el campo inmortal de LAS QUESERAS.

PÁEZ apresta rápidamente su pequeña hueste, y como si fuera un centáuro de 150 cabezas erizadas de rayos, arranca al galope contra el campo español, con el arrojo de un esfuerzo inaudito.

Truenan el cañón y la fusilería de siete mil hispanos; callada como la muerte serpentea la terrible lanza del patriota.

Los combatientes quedan envueltos en torbellinos de humo y polvo, empeñados en el más desigual de los combates.

Por una parte desbordada cólera; bravura sin medida por la otra.

Tragedia horrible!

—Mas, ¿qué pasa? PÁEZ con sus centáuros cede, huye á toda brida y mil doscientos jinetes de cerca lo persiguen.

—Huye?

—Nó; es la huida, engrandecida, del Horacio, que al revolver, ya sabe que no va á lidiar con tres, sino con siete mil guerreros ceñidos con el lauro de Arapiles.

De pronto los intrépidos llaneros obedeciendo la vibrante voz de PÁEZ, vuelven riendas, y con el arranque del suicida y el empuje de tempestad, chocan contra los escuadrones españoles y rompen, derriban, arrollan y desbaratan, á infantes, cañones y jinetes.

Huyen á la desbandada los nietos del Campeador, en busca de refugio en las sombras y laberintos del bosque, y solo ante los árboles jigantes, sofrenan los patriotas aquella carga sin igual.

PÁEZ, dueño del campo, inscribe á sus camaradas en el libro de los inmortales de la Patria, y el Genio de la guerra exclama al otro lado del Arauca:—"Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones".

El combate de LAS QUESERAS, es la fantasía de Homero superada en el hecho: el reto caballeresco de la libertad á la opresión: el desprecio que siente la revolución de independencia contra España, arrojado por PÁEZ á la cara de siete mil tiranos.

Lo maravilloso del esfuerzo humano: lo sobrenatural del hombre: lo romántico de la guerra: la poesía del heroísmo: una aria del valor, tal es el combate inmortal de LAS QUESERAS.

VIII

Morillo, espantado, gana la montaña para ponerse á salvo con su escarmentado ejército, de la lanza de PÁEZ.

BOLÍVAR en una de aquellas pasmosas concepciones, como el condor, soberano del espacio en el Nuevo mundo, tiende el anchuroso vuelo, atraviesa la llanura inmensa seguido de los "Bravos de Páez", escala los Andes empinados con más gloria que San Martín al Sur, y no se detiene hasta plegar sus alas victorosas en el alcázar del Muisca, dejando sembrada con la espada por el territorio granadino la simiente de la libertad.

IX

El escenario cambia.

Vuelven á encontrarse de nuevo los dos jigantes de la guerra.

Llegó por fin la hora de la redención de la República.

La altiplanicie de Carabobo, prado favorito del caballo de la Patria, es la escogida para librar la batalla decisiva:

El ejército español ocupa la planicie.

El combate se empeña en el desfiladero que da entrada á la llanura, y es PÁEZ el que está empeñado con su división en aquella lucha de vida ó muerte para los lidiadores, de esclavitud ó libertad para la Patria.

A su lado están los viejos gladiadores del Apure. ¿Qué esfuerzo humano puede resistir al empuje de sus lanzas? ¿Qué resistencia habrá que no ceda al furor bélico de PÁEZ?

Los realistas hacen un fuego vivísimo. PÁEZ seguido de sus héroes penetra por entre las balas, trepa por el desfiladero, domina gallardo la montaña y gana la llanura, forma su hueste bajo el mortífero fuego del hispano, y con aquel coraje suyo único en el mundo, carga y desbarata al ejército opresor.

El Semi-Dios de Colombia, como la victoria misma, se cierne sobre el campo, dos veces glorioso; pone el merecido epitafio de: "el bravo de los bravos de Colombia", á Cedeño, que PÁEZ lo es del mundo, y confiere á éste á nombre del Congreso, el más alto grado del ejército.

Los gritos de victoria, las dianas del triunfo y los acordes del himno de la Patria, promulgan á la faz de las naciones, que Venezuela es libre y soberana.

CARABOBO es la resolución de BOLÍVAR y el esfuerzo de PÁEZ.

CARABOBO es el pedestal de AYACUCHO trazado por un Genio y ejecutado por un Héroe.

X

Los de España se han hecho fuertes en Puerto Cabello.

La garza de los manglares, sufre, la última, la opresión de los tiranos.

El invencible PÁEZ se encara á sus murallas formidables, se lanza al mar con el mismo desdén, con que en las pampas lo hiciera en los profundos ríos atenido á su brazo poderoso, asalta los reductos y al último bote de su lanza, vuela despedido el cetro de Pelayo al otro lado del Atlántico, las murallas se desploman, aplastan á los últimos opresores, y el territorio todo de la Patria queda para siempre independiente y libre.

J. M. VARGAS VILA

En San Cristóbal, el 25 de abril de 1888

Señores:

Cuando Dios inclinándose sobre el abismo de los mundos que yacían dormidos en el seno de la sombra; llenando por primera vez, con el eco de su voz omnipotente las eternas soledades de lo infinito, y evocando a la vida aquellas masas informes, que dormían el sueño de la nada, exclamó: "fiat lux" y los densos cortinajes de la sombra se rasgaron y la luz fue: aquellos globos, que como chispas gigantescas de una fragua ciclópea, salieron a rodar palpitantes de luz en el vacío; aquella naturaleza virgen, que despertaba a los primeros besos de la luz, como una casta desposada al beso del amor; aquellas aves que desentumeciendo sus alas ensayaron volar en torno al nido, cantando amores en el patrio bosque; el águila caudal que al extender sus plumas poderosas, sorprendida de su fuerza se levantó en el espacio y se alzó y se alzó, hasta permanecer oscilante entre el cielo y el abismo; el cóndor que rasgando las capas más espesas del aire, voló a posarse en las desnudas rocas, sobre cuyas cimas no había pasado aún el ala candente de las tempestades y a cuyos abismos no había bajado aún el primer rayo de la luna a sorprender el sueño de la flor silvetre; los ríos que se precipitaron abriendo su cauce hacia el océano; las cataratas que cual corceles desbocados, se lanzaron de lo alto, coronadas de reflejos y de espumas; toda aquella naturaleza, que nacía bella porque nacía libre, los astros del espacio, las flores y las fuentes; las aves y las fieras, el hombre y Dios, se unieron por un momento en acorde misterioso para entonar aquel primer himno a la libertad humana.

Sí, porque Dios, al formar esos astros los hizo libres para girar eternamente en el vacío, al hombre para agitarse y progresar indefinidamente y al mar para rugir y encresparse en roncas tempestades. Y así escribió Dios, aquel primer poema a la libertad, con centellas y cometas en los senos oscuros del vacío, con gorgeos de aves y estrépito de torrente en la tierra, y con un rayo de su luz divina, en esa plancha virgen, en ese limbo misterioso, que se apellida el pensamiento humano.

La libertad, pues, es tan antigua como el hombre, forma parte de su propio ser y es la esencia de su vida moral.

La libertad ha sido en todos los tiempos el ideal de las grandes almas y el terror de las pequeñas; el ángel que ha cubierto con sus alas de luz, el sueño de esos hombres que se llaman los Libertadores, y el fantasma que ha robado la calma a esas sombras de la historia, que se llaman: los Tiranos. Eterna perseguida, ha atravesado su camino de siglos, sintiendo sobre su frente el soplo de todas las ignonimias y sobre su rostro la mano de todos los despotismos. Pero, eterna, e inmortal como la idea, ha visto tornarse en polvo a todos sus verdugos mientras ella ha seguido su marcha ascendente en el cielo de la humanidad. Prueba de este poder sobrehumano, fue el resultado de aquella magna guerra de independencia, sostenida tan heroicamente por nuestros padres y cuyo estridor sublime nos parece que escuchamos todavía...

Era a principios del presente siglo.

Este jirón de tierra que se extiende desde Magallanes a Méjico. Este espléndido manto de verdura, que arrojó Dios el primer día sobre las espaldas desnudas de la creación. Esta Atlántida de Platón, que surgió del cerebro de un pensador, más bella y más pura que Minerva, de la cabeza de Júpiter, al golpe formidable del hacha de Vulcano. Esta eterna desposada de la luz, llamada la América. Esta patria de los nobles corazones y de los grandes afectos;

esta tierra de nuestros padres no era nada, señores, porque no era libre. Y en efecto, ¿qué es un pueblo sin libertad? Es un cadáver. Si es esclavo por la fuerza, inspira lástima; si lo es por su degradación, inspira desprecio. Una nación esclava, entre dos países libres, es una mancha de sombra entre dos focos de luz. Un pueblo esclavo, no es una nación, es un rebaño; así como un siervo no es un hombre, porque le falta para serlo completo, el uso de su libertad, que es la dignidad de su ser y el complemento de su vida. Sí, porque lo que distingue al hombre del bruto, tanto como su razón, es su libertad. Ella es la que da a este pobre y desgraciado soñador llamado el hombre, esa aureola inmortal que se extiende sobre él, cuando en los momentos de prueba se alza como un titán por conquistarla. Ella la que le presta esos acentos, con que tronaba Demóstenes contra los opresores de su patria y O'Conell abogaba por la suerte de Irlanda; ella la que vibraba en el acento de los Gracos y en la voz del último girondino en el cadalso; ella la que ha inspirado todos los grandes martirios y los grandes cánticos, las acciones sublimes y los portentos heroicos; ella, sin la cual la vida es un tormento y el pensamiento un verdugo.

Para las naciones como para el individuo, no hay más atmósfera respirable que la de la libertad; los pueblos bajo la esclavitud, se extremecen moribundos y sucumben al fin como un ave bajo una máquina neumática.

Vivir sin libertad no es vivir, es vegetar.

La tiranía es la sombra, y cuando ella se proyecta sobre las naciones, produce el caos. Esa sombra proyectada largo tiempo en la conciencia forma la estupidez; en el pueblo, la abyección, y en el individuo el ilota.

No es la mayor desgracia de un pueblo, caer bajo el despotismo, sino habituarse a él.

La esclavitud, como todos los precipicios, guarda en su fondo el abismo! Y los pueblos que abocados sobre este vórtice, inclinan

hacia él su frente palidecida y desmayada, descienden, y descienden a ese abismo... si Dios tomándolos con su mano poderosa, no los arroja de nuevo a girar en las regiones de la luz.

El más traidor de todos los abismos es el de la tiranía, porque guarda en su fondo la muerte, pero una muerte sin ruido y sin gloria; la muerte de la infamia. Y como una cosa es nacer esclavo, y otra nacer para esclavo, cuando no se ha nacido para la servidumbre entonces no se desciende al fondo de aquel abismo, porque se lucha, y en esta lucha, las naciones heroicas no vacilan, porque es mejor morir de pie y combatiendo, que de rodillas implorando perdón. Oh! sí, es mejor afrontar las balas que el látigo, sentir sobre el rostro la mano del contrario y no la saliva; ser adversario y no esclavo. En esos casos, a medida que la tiranía ha sido más larga, más afrentosa, o más cruel, la lucha es más encarnizada, mas terrible y más gloriosa.

Tal fue lo que sucedió en América.

Trescientos años del más oprobioso despotismo habían pasado sobre nuestros antecesores. La España nos dominaba en virtud de uno que llamaba: derecho de conquista, que es el mismo que hoy y en todo tiempo se ha llamado el bárbaro y brutal derecho de la fuerza; derecho absurdo en cuyo nombre se han cometido todas las violaciones del derecho verdadero; y por el cual en todos los tiempos los poderosos han sometido a los débiles y desde los romanos antiguos, hasta los rusos de hoy, han puesto el pie sobre el cuello de naciones sometidas a su yugo; derecho que nos muestran como páginas brillantes de su historia; en la antigüedad, la patria de Sócrates bajo las plantas de los soldados de Filipo; y hoy, en este siglo del progreso, a plena luz de la civilización, la Hungría y la Irlanda esclavizadas y partido por la espada de ese derecho, sobre el mapa de Europa, el cadáver desgarrado de Polonia! Horrible especie de derecho, señores; el del león sobre la liebre indefensa, el del milano sobre la paloma inocente. Derecho que ha tenido por pedestal todas las iniquidades, por reflejo todos los crímenes, por cómplices todos los déspotas y por víctima, siem-

pre, una víctima augusta, el pueblo; pero que ha tenido por enemigo, un enemigo formidable: Dios.

Pues bien, en virtud de aquel bárbaro derecho, nuestros padres eran esclavos. El ala de la sombra estaba tendida sobre la América; pero ya en los lejanos horizontes habían despuntado los celajes de una nueva aurora. Un gran acontecimiento acababa de cambiar la faz del mundo político. Ya había alumbrado esa inmensa hoguera, cuyos resplandores iluminaron todo el Universo, y que se llamó: la Revolución Francesa. Aquella gran tragedia, la más grande que han presenciado los siglos, después de la del Gólgota, había ya despertado los pueblos que dormían indolentemente tendidos en el manto del despotismo. Ya había legislado la Convención, y de aquella inmensa cima, de aquel nuevo Sinaí, habían brotado también, entre truenos y relámpagos, las tablas de una nueva ley: los Derechos del hombre. Sobre aquella montaña de las tempestades, había ya tronado Mirabeau, había rugido Dantón, y Verguiaud había alzado a la libertad, cantos melancólicos, como los de los profetas de Israel. Aquella había sido la época psicológica del Derecho. Epoca admirable, señores, en que los hombres subían al cadalzo con un cántico en los labios, y las mujeres destrenzada la blonda cabellera, tendían su cuello de nieve a los verdugos, vitoriando la libertad.

El soplo de la revolución, había pasado sobre el palacio de los reyes, y aquella morada del placer y el despotismo se había sentido vacilar. El viejo edificio del pasado se había estremecido desde su maderamen hasta su base y había venido a tierra. Las viejas cariátides y los soberbios pórticos, ennegrecidos por el humo de aquel incendio, eran lo único que atestiguaba su grandeza. Los reyes azorados, habían llevado sus manos a la cabeza, sintiendo vacilar en sus sienes la corona, con aquel vendabal de victorias y de ideas. Todo había caído a los embates de aquella tormenta colosal, y sobre el oleaje, se habían visto flotar, como las tablas desunidas de un bajel náufrago, las astillas del trono despedazado. Aquella revolución lo había osado todo, había puesto su mano sobre la majestad, y lo que es más, se había atrevido a guillotinar un rey! La teoría

del derecho divino había rodado con aquella cabeza consagrada, a los pies de aquel pueblo victorioso, demostrando, que de entonces en adelante, el hacha del verdugo podía cortar, no sólo las cabezas que lloran y se inclinan, sino también las cabezas que se alzan y que reinan.

Los pueblos que habían presenciado tales escenas, no podían ya ser esclavos de un poder decapitado. El espíritu de la revolución, como una ola de luz, por sobre un mar de sombras, atravesando el océano, vino a besar las playas de la América. La virgen esclavizada, alzó la frente y se aprestó al combate. Entonces principió aquella lucha, la más grande de este siglo; epopeya sublime, que hubiera hecho temblar casi impotentes, los bordones de la lira de Homero, al haber pretendido cantarla; Ilíada verdadera, cuyas peripecias conserva vuestra memoria, porque las habéis oído referir desde la cuna, al arrullo amoroso de la voz de vuestras madres; y como no es este mi cometido, me permitiréis que renuncie a narraros los episodios de aquella guerra de tres lustros, guerra que fue: una campaña completo en Boyacá, una fortaleza de bayonetas en Carabobo, un desastre gloriosísimo en la Puerta, un martirio prolongado en Barcelona, una repetición del sitio inmortal de Zaragoza, en Cartagena y que por último, fue una explosión de gloria, al partirse en mil pedazos, el humeante volcán de San Mateo!

Envueltos en esa nube de humo y polvo, aparecieron entonces los semidioses de esa epopeya, llamados a eclipsar los lidiadores antiguos. ¡Qué hombres! Bolívar, Santander, Sucre, Nariño, Miranda... ¡Qué procesión de sombras tan ilustres, acude en tropel a la memoria! Y entre ellos, de los primeros, José Antonio Páez, el llanero inmortal, cuya apoteosis celebramos hoy.

Pintar el rayo que en roncas convulsiones se dilata y baja trazando curvas gigantescas, desgarrando las nubes, de jirón en jirón del firmamento, asordando con su eco formidable el silencio imponente de los mares; pintar la catarata que se desploma, de peñón en peñón, de roca en roca, ascendiendo en vapores a los cielos, coronada de rayos de la tarde; pintar el alud, que se desprende de las

neveras eternas, arrastrando su mole gigantesca en las heladas soledades y los desiertos ventisqueros del polo, todo eso sería más fácil, que pintaros el guerrero formidable, cada una de cuyas lanzadas era una victoria y cada victoria era un prodigio. Dios, juntando el valor, el heroísmo y la pujanza, formó a Páez, y lo lanzó a herir con su lanza de fuego a los vencedores de Bailén y Zaragoza, a los hijos del Cid y de Pelayo.

Aquel Shakespeare, de la guerra, él mismo improvisaba sus tragedias formidables y se lanzaba a representarlas, teniendo por escenario un continente que le daba su sombra de acacias y palmeras, y por auditorio, un pueblo libertado y entusiasta, que le daba cantares y coronas.

¡Qué hazañas las de aquel guerrero! ¡Qué combates! Cualquiera de ellos, bastaría para la inmortalidad de un hombre. Coplé, El Diamante, Puerto Cabello, Carabobo, Las Queseras, portentosas páginas de su historia, escritas con la punta de su lanza.

La última, fue un portento, pudo no ser la más trascendental, pero fue la más heroica.

Pintar un combate, no es asunto fácil en un discurso, cansaría vuestra atención, aunque tuviera para delinear mi cuadro los sombríos coloridos de Rembrand y la inspiración apocalíptica de Goya, aunque para referíroslo, fuera tétrico como el Dante y sublime como Ariosto, grandioso como el Tasso y dulce como un canto de Virgilio; aunque tuviera la entonación épica de la musa de Quintana, y el verbo sin rival de Víctor Hugo. Cuando se pasa los límites de lo grande, ya no se pinta, se admira; el alma absorta y de rodillas siente la fascinación de lo desconocido y el soplo pavoroso de lo eterno, y entonces calla... He ahí porque no es posible, ni remedar siquiera, el colorido que aquellos pintores de la gloria, dieron a esos modelos de obra, que modestamente llamaron sus batallas.

El combate de "Las Queseras" fue, la sublimidad del heroísmo, el esplendor de lo grande, el delirio del valor. Aquello, más que un combate, fue la tentativa de un suicidio glorioso.

Imaginaos, ciento cincuenta Codros, dispuestos al sacrificio por su patria; ciento cincuenta Cursios corriendo como él hacia la muerte; la mitad de los lidiadores de Leónidas, reproduciendo un heroísmo, en mucho, mayor que el de las "Termópilas". Eso fue el combate de "Las Queseras".

Eran ciento cincuenta jinetes, atraviesan en sigilo el invadeable Arauca y a través de la llanura se lanzan en carrera tendida, en dirección a una línea negra, que limita el horizonte y es el enemigo. Inclinados sobre el cuello de sus caballos, medio desnudos, la lanza en la diestra, van como proyectiles disparados, tan veloces, tan iguales, que apenas se divisan como la proyección de una línea negra en la vasta inmensidad de la llanura.

Morillo los ve venir y ordena disparar sobre ellos y al tremendo estampido del cañón responden los llaneros denodados con un: ¡Viva a la libertad! y galopan, y galopan, como impulsados por una fuerza superior, oculta y muda. ¿Qué buscan esos desesperados sublimes? La libertad. ¿Quién los inspira? El patriotismo. ¿Quiénes son? Los llaneros. ¿Quién los manda? Páez! Ah! ya se comprende que vayan tan serenos a la muerte, si los manda el arcángel del valor.

Ved, ya se desprenden los regimientos del ejército enemigo y avanzan sobre ellos: los libres no retroceden, antes bien rompen a espolazos los ijares de sus cabalgaduras, para avanzar. Y aquellas dos nubes de jinetes como las dos alas de un águila partida por un rayo en el espacio, se acercan amenazantes, con rumor arcánico y siniestro y avanzan, y se acercan una a otra, devorando a saltos la distancia. Y al fin se encuentran, produciendo un ruido sordo y confuso, como el choque del mar contra la costa! El encuentro de dos nubes cargadas de electricidad, produce el rayo; el encuentro de aquellas dos columnas produce el vértigo y la muerte. El choque de dos escuadras a la voz de abordaje, en alta mar; el ruido de dos rocas desplomadas de las alturas del Himalaya y que se hallaran en el fondo de un abismo; el beso de dos océanos que rompieran los diques de un istmo, apenas igualarían en grandeza a aquel choque formidable, de españoles y llaneros. Ni una descarga, ni un tiro, no se oye más que el ruido del hierro contra el hierro, el piafar

de los brutos impacientes, el caer de los cuerpos en la tierra, el chocar de los cascos contra los cráneos despedazados, y el aleteo de la muerte en torno de aquel grupo delirante.

Como en el combate de albanos y rumanos, los dos ejércitos absortos, contemplan el combate. De súbito, como la estratagema del último de los Horacios, los llaneros dan la espalda, y en grupos de a siete se van en retirada!... Un hurrah!... resonó en el ejército enemigo y un rugido de león brotó del ejército patriota. Los españoles se lanzan en pos de aquellos que creen vencidos; ya les dan caza, ya los tocan, ya los hieren por la espalda... cuando una voz, como la del trueno en la montaña, grita: "vuelvan caras". Y los llaneros dan el frente y esperan. Y aquella ola que avanzaba formidable, se estrella y se parte contra aquella muralla aterradora!

El sol veló su lumbre, con quellas nubes de polvo, que asfixiaban y la llanura parecía estremecerse al peso de aquel duelo fabuloso. Por un momento los combatientes se ocultaron a vista de los ejércitos entre el torbellino formado en su derredor y fueron como un volcán del cual partían fulgores siniestros, al golpe repetido del acero. Mano a mano y cuerpo a cuerpo, combatían aquellos titanes. No se lanzaban como los combatientes fabulosos de Milton, pedazos de roca a la cabeza, ni fragmentos desgarrados del planeta, pero hombres y caballos rodaban y chocaban confundidos con las entrañas afuera y el seno palpitante y desgarrado.

Al fin una línea de combatientes, empieza a ceder; los españoles vacilan, retroceden, y al fin huyen. Los lanceros los siguen, los alcanzan, los lancean. El ejército enemigo se siente sorprendido por aquella nube de prófugos y hace fuego sobre ellos. Intenta resistir pero es en vano, porque ya Páez está entre sus filas, y saltando cañones y rompiendo bayonetas y pisando cadáveres, y dando vivas a la libertad, hiere a aquel ejército, lo destroza, lo desbanda. Los derrotados huyen al bosque, pero allí son perseguidos y alanceados por los llaneros, hasta que las sombras de la noche vinieron a librar algunos de la muerte, ya que no de la vergüenza.

He ahí, señores, en rápido bosquejo, el duelo inmortal de aquellos hombres. Página de gloria, que bastaría por sí sola, para hacer la reputación de un pueblo.

Hoy, las cenizas del héroe de tantos combates vuelven al seno de la patria, pidiéndole la sombra de sus árboles, y el murmullo apasible de sus ríos, para dormir en ella el sueño eterno.

Señores: ¿Y qué nos queda de aquellos hombres héroes de tantas batallas? ¿Sus cenizas no más? No, señores, nos queda su obra y su ejemplo. ¿Y cuál es nuestro deber? Conservar la una, e imitar el otro.

Sí señores: trabajar por la libertad y para la libertad, tal es nuestro deber. Inclinarnos sobre el pueblo sumido en la oscuridad intelectual, y dándole el beso de la idea sobre la frente, enseñarlo a ser libre, porque los pueblos sumidos en la ignorancia, ni piensan, ni meditan, ni tienen concienca de su ser; y por eso el poder arroja cadenas sobre cadenas en esas manos inmóviles y las preocupaciones, sombras sobre sombras en esas frentes embrutecidas, y así van desmayando sus manos como idiotas e inclinando su frente hacia el abismo. Desgarrar ese velo tenebroso, para mostrar más amplios horizontes; sacudir esa mortaja sombría y decir a ese pueblo cadáver, como el Cristo a Lázaro: levanta. Romper esas cadenas, disipar esas sombras, segar esos abismos, e iluminar los pueblos: he ahí la grande y noble misión, de los obreros del verdadero progreso y la verdadera libertad. Trabajar por medio de la instrucción y de la expansión de las grandes ideas, hasta hacer alzar todas las frentes hacia el derecho y todas las inteligencias hacia la luz. No desmayar hasta establecer la libertad absoluta, la libertad completa, la que no tiene más límites que el derecho ajeno. Sí, porque la libertad mutilada, no es la libertad, es el más sangriento de los sarcasmos del despotismo, arrojado a la faz de los pueblos oprimidos.

La lucha por la libertad es noble y la victoria corona los esfuerzos. Todos los déspotas, grandes y pequeños desaparecen al fin y la libertad es eterna, ella no puede morir, porque si, como alguien

dijo, el fin apocalíptico que San Juan supone al mundo, pudiera tener lugar, la libertad no moriría, porque todavía en aquel último momento, cuando Dios indignado redujera a pavezas el planeta, y recogiera los cortinajes del cielo como un abanico gigantesco, la tierra estremecida en su última agonía, como una flor que se abre para exhalar su último perfume en el seno de la noche, lanzaría su último suspiro, y ese último suspiro, sería el alma de la libertad que volvía a Dios.

El combate por la libertad, es el combate por lo inmortal y lo sublime. Y así cuando en esta senda de sacrificios, en esta lucha contra las tiranías, en medio de las persecuciones con que el despotismo agobia la dignidad, el alma vacila y desconfía del porvenir, basta para recobrar aliento, volver la vista a esa hoguera inmortal, que hace diecinueve siglos, ilumina el viaje de la humanidad y que un filósofo sublime, prendió en la cumbre del Calvario, como una protesta de llanto contra todas las cadenas, y un argumento de luz, contra todas las sombras. Patíbulo grandioso, monumento eterno, el más alto levantado en los horizontes del mundo, por la grandeza del martirio a la sublime libertad del pensamiento.

Señores: nuestros padres hicieron la redención política, trabajemos nosotros por la redención intelectual y moral del pueblo, arrojemos luz sobre él, para que mañana al alzar la frente entre los esplendores del porvenir, no hallemos más que, a Dios, como un sol inmóvil, en el horizonte de la conciencia humana y a la libertad como un astro benéfico y eterno, sobre el cielo de los pueblos.

MARCO ANTONIO SALUZZO

Homenaje en Caracas, el 6 de febrero de 1889

(LA APOTEOSIS DEL ILUSTRE PROCER GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ) (*)

Acostumbraban los antiguos egipcios no tributar á sus muertos ilustres los honores de la apoteosis, sin que póstumo juicio les reconociera virtudes privadas, obediencia á las leyes y servicios a la Patria.

Justicieros ministros tan inaccesibles al temor como al halago; el pueblo, que asistía con religioso respeto al jurado de la inmortalidad, y esperaba, puesto en silencio el inapelable veredicto; la historia, que suspendía el buril de sobre las marmóreas páginas de su libro, atenta sólo al severo dictado de la justicia; el solemne espectáculo que sometía el imperio de la muerte á la jurisdicción de la verdad para inmortalizar el nombre de un príncipe ó darlo con oprobio al olvido; parecía como que trasladaban á la tierra olímpico senado, ya que el espíritu de la Divinidad se movía sobre la frente del hombre con el aliento soberano y fecundo que separó la luz de las tinieblas.

(*) Advertencia: Cuando el Gobierno Nacional, interpretando la voluntad pública, decretó la Apoteosis del ILUSTRE PROCER GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ, creyendo yo, acaso, se me pudiera nombrar orador de orden de aquella festividad, escribí el discurso que hoy publico por deferencia á benévolas excitaciones y cediendo á mi propio dictado; puesto que esta obra mía, insignificante en sí misma, contiene sumario pero concienzudo estudio acerca de una de las épocas más importantes de nuestra historia.

Y me ha determinado mayormente á publicar dicho discurso, la circunstancia de haber sido contrario político del ilustre muerto, lo cual, hasta cierto punto, avalora y aquilata mi palabra.

Porque si fué siempre la tumba asilo de la gloria, como que ante ella enmudecen las pasiones humanas y hasta la ruin envidia disfraza sus tristezas; si todo calla en presencia de la terrible majestad de la muerte; la voz divina de la verdad debe hacerse oír por cima del silencio misterioso, para proclamar eterna gloria ó vilipendio eterno, y á fin de que las generaciones presenciales experimenten saludable horror por el crimen, ó se posean de noble emulación por la virtud.

Las naciones modernas, si bien no con tanto rigor, reproducen hoy aquella tan saludable enseñanza, y se anticipan á pronunciar sobre la tumba de sus repúblicos el juicio de la historia: juicio que la posteridad ratifica ó desecha, según que haya sido dictado de la augusta verdad, ó miserable farsa de la impostura.

Pronto habrán corrido cinco lustros desde que el Ciudadano Esclarecido (1) dejó la Patria venezolana, de ella lanzado por aterradora tempestad: cinco lustros, durante los cuales su nombre y sus hechos han sido sublimados por el amor al pináculo de la gloria, ó arrastrados por el odio á las gemonias de la infamia: cinco lustros en que se ha debatido el proceso de su existencia al talante de fanáticos parciales ó de implacables acusadores. ¿Quién puso término al ruidoso proceso? ¿Qué voz justiciera, ahogando la algazara de las pasiones, ha impuesto silencio para que se promulgue decisiva sentencia? ¿Qué labios pronunciaron el fallo inapelable, en cumplimiento del cual vuelve el proscrito al suelo de la Patria, y no como quiera, sino á ocupar puesto de honor entre los Próceres de la República? ¿Quién nos congrega hoy en el Templo de la Gloria para celebrar esta apoteosis? ¡Oh Verdad! ¡Oh Justicia! ¡Oh Númenes tutelares de los pueblos! Anteriores á la máquina del Universo, íbais envueltos en la palabra creadora y presidísteis el nacimiento de las maravillas que coronaron la infancia del Orbe. No importa que, á las veces, como la luz solar, padezcáis desmayos. Vuestro imperio no reconoce otros límites que el tiempo y el espacio, ni termina sino donde principian los dominios de la impasible eternidad.

Sí! Pronunciόse al fin la reparadora sentencia que reintegra en la Patria al Fundador de sus libertades; vindicados quedan eternos, sacrosantos fueros; y en los altares de la justicia brilla propiciatoria ofrenda.

Estamos en el Templo de la Gloria: ¿qué falta? Hé aquí el jurado, hé aquí el pueblo, hé aquí el Héroe, hé aquí la apoteosis.

¡Oye, Páez!

Venezuela, y con ella América y el mundo, consagran hoy al tiempo tu inmarcesible fama. La mansión de los héroes abre, de par en par, sus perezosas puertas y radiante de gloria te recibe; el Caudillo de la Independencia hispanoamericana y tus egregios conmilitones, se incorporan en la tumba y te saludan; la hija primogénita de las libertades modernas renueva á tu memoria los honores que te prodigara proscrito; los restos de la generación testigo de tus inauditas proezas vierten llanto de amor sobre tus venerandos despojos; los partidos dan tregua á la lucha, y, depuestos los odios, se confunden en el esplendor de tu apoteosis. Flores te ofrendan nuestros campos, luz nuestro sol; y el viento encumbra en sus alas tu heroico nombre, bendecido por la gratitud nacional.

Hoy alcanzas la plenitud de la gloria, no por favor de alguna bandería, ni de ningún partido, sino por obra justiciera del pueblo, quien, después de Dios, representa en la tierra la mayor alteza. Y para que nada falte á la solemnidad de tu postrero triunfo, nosotros los que te combatimos en el poder, somos los mismos que celebramos tu apoteosis y te damos posesión de la inmortalidad.

¿Por dónde principiaré á narrar los ilustres hechos de tu vida, ¡oh genitor de la patria venezolana? Inclínome sobre el campo de tus días, y me acontece lo que al viajero que apacentase la mirada en archipiélago de encantadas islas, sin acertar á elegir alguna de ellas para dar principio á fantástico viaje. ¿Te pintaré,

ebrio de heroísmo en la llanura de LAS QUESERAS, cuando das cima á una empresa que sobrepuja á las de los héroes homéricos, sin exceptuar á Aquiles, ó en CARABOBO, poniendo pasmo en el corazón de los iberos leones, y asentando á la República en la sede del imperio, ó cual otro semidiós haciendo brotar la luz del derecho del infecundo caos de la oclocracia militar engreída en sus victorias, ó triunfando en pró de la majestad de las leyes, para cubrir luégo con victorioso escudo á las primeras víctimas de las discordias civiles?

Todo será. Y feliz yo si inspirado por la verdad y sostenido por la justicia, pongo en tu sepulcro ofrenda digna de tu fama, digna de este día y no indigna de la posteridad.

Sólo el pueblo es grande, sólo él es fecundo, sólo él perdura al través de la vicisitudes de los tiempos.

En la cuna ó en la tumba de los imperios, ahí está él de pie para dar testimonio de la vida ó de la muerte. El tiempo y el espacio le son consustanciales, y, verdadero fénix, renace de sí mismo regenerado por obra de su propia virtud. ¿Dónde grandeza que no ostente el timbre de su poder, ni gloria cuya nimbo no se haya prendido al fuego de su aliento? El amasa el limo con sudor ó con sangre, y la tierra se cubre de obras portentosas, desde Babel, sueño inspirado por el aspecto sublime del Himalaya, hasta el panteón de Agripa, hospicio preparado por la soberbia etrusca á la caducidad de los dioses olímpicos; y desde la catedral gótica, epopeya apocalíptica escrita con piedra por diez siglos de todo linaje de gestaciones, hasta la basílica de San Pedro, bajo cuya cúpula como que presiente el alma lo infinito y lo eterno. Djaguernat le debe su pagoda, Nínive su ceñidor de murallas y su diadema de torres, Babilonia sus aéreos jardines, Menfis sus colosales atalayas apostados á la entrada del desierto, Tebas, la egipcíaca, sus belicosas puertas, Jerusalén el santuario del Dios vivo, Roma el imperio del orbe.

El convierte á los CAZADORES VIOLENTOS en caudillos imperatorios, á los caudillos en héroes, á los héroes en poetas, á los poetas en semidioses; y cuando quiere confundir el orgullo de sus propias hechuras, siembra el desierto con las osamentas de estupendas ciudades que fueron un día metrópolis de civilizaciones famosas. Si las aristocracias sobreviven en sombras, conservando apenas nombres caducos en cuerpos decrépitos, él prodiga inmarcesible juventud para regenerar á sus propios adversarios, y opera con poderoso aliento palingenesias que constituyen inexplicables misterios para la atónita filosofía. Rodea de prestigio á los Barones, y los confina, como apestados, en solitaria roca; levanta en el pavés á los guerreros, y los proclama Reyes; consagra con sangre las noblezas; y todo para tener derecho de menospreciar á los que se le crean superiores, para confundir con inesperado sarcasmo el increíble orgullo de tristes abolengos.

"Atended á que nosotros datamos de mil años,—decía á un vasco cierto descendiente de los Montmorency; á lo cual respondió el hijo del pueblo:—Pues nosotros no datamos".

Empero, lo que constituye la gloria del pueblo, no es la fuerza que sublima ó abate, sino aquella misteriosa fecundidad generadora de agentes que presiden los destinos humanos en tiempos de descomposición y de muerte.

Y pocas veces quedó tan comprobada esta ley providente de la historia, como en los días en que los pueblos hispanoamericanos juraron independencia de la madre patria, sin que valgan á atenuarla los títulos nobiliarios que adornaban el nombre de algunos de los libertadores, ya que tales títulos, antes que en generaciones seculares, vinculábanse en distinciones recientes que nada tenían que ver con la raza. Nuevas, novísimas eran las ejecutorias de la nobleza americana; y ni las preocupaciones sociales las habían civilmente sancionado, ni la mano del tiempo había enmohecido sus blasones. (2)

¿Podía, acaso, la helada sangre de antigua aristocracia, hervir con generoso hervor en el pecho de los Mirandas, Bolívares, Mada-

riagas, Mariños, Sucres, Ribas, Bermúdez, Ricaurtes, Piares, Escalonas, Arismendis, y tantos y tantos briosos héroes; y desbordarse en heroísmos, tales como el 5 de julio de 1811, la milagrosa campaña de 1813, la sublime aventura de Chacachacare, la epopeya de Ayacucho, la inenarrable defensa de La Victoria, la serie de desastres con anticipación aceptados, los cuales principian en las riberas de nuestros mares orientales y terminan en las calles de la heroica Caracas y con la victoria de Carabobo, el Tabor de San Mateo, la campaña de Guayana coronada por el triunfo de San Félix, el sitio de Valencia y la resistencia espartana de Margarita? Del pueblo eran aquellos sublimes ímpetus que más de una vez se confundieron con el paroxismo del crimen; del pueblo aquella perseverancia en el anhelar una idea que se cifraba en lo porvenir; del pueblo aquella hercúlea resistencia que no se doblegó ni bajo el peso de naturales catástrofes: del pueblo, y sólo del pueblo, aquel pacto terrible que consagraba héroes á la libertad ó designaba víctimas al cadalso.

Entre los lidiadores que se distinguieron en tan memorable lucha, figura en primer término el Prócer cuya apoteosis celebra hoy la República.

Ya desde 1810 alistóse Páez en las filas republicanas; y á apesar de haberse distinguido por el personal arrojo, no alcanzó á ser notable sino en 1814, después de su incorporación á los restos de ejército, que, á fuerza de valor y de constancia, salvó el incontrastable Urdaneta de la catástrofe general que en aquel año aciago envolvió la República. (3)

Tristes, muy tristes, tristísimos corrían aquellos tiempos para las armas republicanas.

En vano Bolívar, poseído del genio de Colombia, sueña la fabulosa campaña de 1813, y la extiende, al modo de áurea cadena, desde las riscosas cumbres de los Andes antiguamente granadinos, hasta donde besa el Caribe las plantas del Avila; en vano canta el Tirteo de la incipiente República, las victorias de Agua-

obispos y de Niquitao, de Los Horcones y de Taguanes; en vano abren sus puertas á los libertadores, Caracas, la fecunda madre de héroes, y Valencia la porfiada, y Cumaná la mártir, y Barcelona,—"sepulcro de tiranos", y la invicta Maturín; en vano suenan las victoriosas dianas de Bárbula; en vano se vence en Vijirima, después de recia y prolongada lucha que recuerda las de teucros y aquivos en que combatieron héroes contra dioses y dioses contra héroes; en vano, como broncíneo escudo, interpónese el homérico Ribas, entre la indefensa Caracas y las infandas cóleras del "ruin figonero de Ocumare", (4) y lo espanta, y lo deshace una vez y otra vez, inmortalizando oscuros nombres de sitios ignorados; y en vano ¡oh Ricaurte! en vano eclipsas con tu abnegación á los Leónidas y Régulos, á los Codros y Curcios. Boves paseará sus triunfantes centauros sobre los trofeos de tan altas victorias, y la *guerra á muerte* marchitará con vapores de sangre los laureles que ornan la frente de los libertadores.

Ora obedeciese Páez á la armoniosa ley impuesta por la Providencia al corazón humano, cuando lo apegó al nativo terruño, ó sea que presintiera los futuros sucesos, revolvía de tiempo atrás el plan de apoderarse de los territorios apureños, creyendo que las armas de la Patria serían allí invencibles. Y fuéronlo en efecto. Allí campearon siempre los hijos de las llanuras, sin que hubiera fuerza poderosa á someterlos; que si alguna vez no les sonrió la suerte, los mismos sitios que lloraron el desastre celebraron la victoria, y los caballeros de la República pudieron exclamar, como años después, el príncipe de los poetas del Nuevo Mundo:

"Y semejante al pueblo poderoso
Que sojuzgó la tierra,
Perdió la libertad muchas batallas
Pero ninguna guerra". (5)

Mas, ¿cómo realizar tan fantástico sueño, cuando las armas realistas por todas partes prevalecen, y la mísera República posee apenas la tierra que pisan sus errantes y contados campeones?

¿Cómo?

"De quien se atreve más el triunfo ha sido,
Quien no espera vencer ya está vencido". (6)

Páez no retrocede en presencia de los riesgos de todo linaje que lo cercan; y vuela desde Mérida hasta Casanare, y se incorpora á Olmedilla, caudillo de las fuerzas republicanas en aquella comarca, y á poco las armas independientes obtienen el inesperado triunfo de Guasdualito, á que concurre Páez con valor y magnanimidad heroicos. Porque cuando Olmedilla quiere trocar en venganza la victoria, Páez salva á las víctimas con exposición de su propia existencia. Ni permite que se mancille con delitos la enseña de la independencia nacional. (7)

¡Loor á los héroes que respetan en la vida del hombre la hechura más perfecta de Dios y pueden alzar al cielo las manos limpias de delitos! Sus obras, perdurables; su fama, ejecutoria del pueblo; su memoria, fragancia que sobre las futuras generaciones se esparce; su nombre, alabanza; su gloria, inmortal.

El triunfo de Guasdualito no variaba, empero, los sucesos en pro de la causa republicana; antes bien, ensañando á sus contrarios, para entonces fuertes, exponíala á nuevos desastres: á que se agrega que los militares más caracterizados de las bajas llanuras, no podían, ni con mucho, servir de núcleo á los pueblos para organizarlos en ejércitos regulares y conducirlos á la victoria.

Olmedilla, falto de fe y acaso atormentado por crueles remordimientos, deserta de las banderas patrias para tornar á éllas reo de lesa patria, é ir á morir luégo en la desesperación y en el oprobio: Páez tiene que separarse del ejército a fin de no aceptar espantosas responsabilidades; y la brillante división vencedora en Guasdualito queda reducida á unos cuantos dispersos, á quienes ahora infunde pavor el recuerdo mismo de su victoria.

Ni era, por cierto, el granadino Ricaurte quien podía dominar tan extremadas circunstancias: prueba de éllo, que, á pesar de la victoria de Chire, pónese de manifiesto la ineptitud de este

Jefe, cuya autoridad desaparece entre un triunfo que, por lo para él inesperado, lo sorprende, y una deserción que lo anonade de ignominia. (8)

Quedó Páez, de hecho, al frente de aquellos desbaratados restos, y con tan buena suerte, que, organizándolos de improviso, alcanza, días después, el inexplicable triunfo de MATA DE LA MIEL, con el cual principia la regularización del ejército republicano, aumentado prodigiosamente por los vencidos, á quienes atrajo la clemencia del vencedor á las banderas americanas.

Tras circunstancias ya adversas, ya favorables, fue proclamado Páez por jefe supremo del ejército en reemplazo de Santander, quien comprendió la necesidad de aquella sustitución, impuesta por causas de todo linaje, y de tal manera indesatendibles, que militares tan caracterizados como Urdaneta y Servier, se sometieron gustosos á la nueva autoridad y fueron los primeros en acatarla.

Sonrió la fortuna al nuevo Jefe de manera que pudo proclamar sucesivos triunfos; y las aguas del Apure, y los campos del Yagual y de Arichuna, y las ciudades de Achaguas, de Barinas y de Nutrias, viéronlo más de una vez arrancar la victoria á las armas realistas, hasta que repetidos desastres lo redujeron de nuevo á imponderable grado de miseria. Freites sucumbe en Guayabal, Hurtado en San Jaime; y Urdaneta mismo, Urdaneta, puntal de nuestros cielos occidentales en el cataclismo de 1814, abandona la capital de Barinas y se retira á Apure acosado de cerca por el español Calzada, quien desde el territorio granadino acude con refuerzos en auxilio de sus banderas.

Y á todo esto preséntase el conde de Cartagena al frente de las aguerridas huestes que midieron armas victoriosamente con los vencedores de Europa; huestes encargadas ahora de reponer en el imperio la majestad de los reyes católicos, trayendo de nuevo á sumisión la voluntad de los pueblos americanos.

En tan conflictiva situación vacilan los fuertes, retroceden los tímidos, aumenta el torpe miedo en los cobardes; y, abandonada por casi todos, vase de campo en campo implorando favor la bandera de la República, custodiada apenas por unos cuantos buenos que no quieren sobrevivir á las muertas esperanzas de la independencia nacional.

No estaban solos, no, los héroes de las llanuras apureñas. Piar y Monagas en Barcelona; Zaraza y Cedeño en el Guárico; Mariño y Bermúdez al frente de Cumaná y de Maturín, y los indómitos margariteños, peregrinaban también, nuevos Eneas, llevando consigo los penates de la Patria vencida.

¡Sombras augustas de los Próceres que en aquellos infaustos días no desesperasteis del triunfo de vuestras banderas: alzad, alzad la egregia frente; regocijaos en la justicia, y ved que no en vano os sacrificasteis por la República! No importa que alguna vez la algazara de nuestros desórdenes haya turbado vuestro glorioso sueño, ó que hayamos profanado el santo nombre de la diosa cuyo culto preparasteis, legando su establecimiento á las venideras generaciones; la libertad ha padecido persecuciones y escarnios, pero vuestra milagrosa obra, la independencia nacional, permanecerá para siempre, sí, para siempre, y ¡maldito sea quien atentare contra su existencia!

Páez, como el gigantesco hijo de la Tierra, recobra nuevas fuerzas en el materno regazo; evoca el recuerdo de las pasadas proezas; llama en auxilio de la Patria el antiguo valor; ofrece la victoria en nombre de la justicia y del derecho, que nunca burlaron á sus héroes, y logra al cabo reunir á los dispersos para tentar de nuevo la voluble fortuna. Y no en vano; que á poco un haz de héroes inmortaliza el campo de MUCURITAS, donde el sereno Latorre ve sucumbir la flor de sus guerreros al incontrastable ímpetu de los hijos de Apure, á quienes la victoria corona nuevamente en el solar heroico de Barinas.

Bajo tan felices auspicios ábrese la campaña de 1817.

Nuevo sol se alza en los horizontes de la tierra; renace la ya muerta esperanza en las almas; la barbarie cede en todas partes á la filantropía; la luz del derecho ilumina la conciencia de los pueblos; y la República vive irrevocablemente en tal santuario, sin que puedan ya triunfar de ella ni la saña de los tiranos, ni la vileza de los siervos.

Bien puede ahora venir el caudillo de los pueblos á tomar posesión de la autoridad y á organizar con ella la victoria. Ya es tiempo de que venga á electrizar con el verbo de su elocuencia el valor del soldado; á asegurar la incierta confianza de las migratorias greyes; á trazar de nuevo el pomerio de las borradas poblaciones, y á sembrar en él el árbol sagrado de la civilización.

Sí, ya es tiempo.

Y hélo ahí que viene purificado por el infortunio, engrandecido por la confesión pública de sus propias faltas, redimido por el arrepentimiento, amaestrado por la desgracia. Hélo ahí que viene á cubrir con el manto de iris á cuantos quieran á su amparo acogerse!

Brilla en sus ojos la esperanza, la luz de la idea le circunda la frente, fulmina en su diestra la espada de la autoridad, palabras de perdón caen de sus labios. El demonio de la venganza no le envenena el pecho, que alberga ahora al genio celestial de la justicia.

¡Sí, Bolívar! Por eso vences; por eso triunfas; por eso te bendicen los pueblos; por eso te enaltece la historia; por eso te sientas, á la par de los patriarcas del derecho, bajo el palio de la inmortalidad; por eso viven, inmarcesibles, en tu sepulcro las flores y las palmas con que conmemoran los pueblos, agradecidos, las hazañas de sus bienhechores. (9)

Ni podía ser más halagüeña la situación de Páez, ni más propicias las circunstancias para seducir vulgares ánimos, cuando Bo-

lívar le propone que lo reconozca como jefe supremo de la Independencia. Acompaña al campeón apureño un ejército justamente engreído en sus triunfos, y que no sólo acata la autoridad del Capitán, sino que defiere, por afecto, á la voluntad del hombre. Los recursos todos de la más rica región de Venezuela le han sido entregados para que de ellos á su arbitrio disponga; el Congreso de Cariaco quiere que sea propicio á sus propósitos, y le envía comisionados para tentarlo; y los que inmediatamente comandan el Ejército, niéganle derecho para resolver, por sí mismo, el reconocimiento de nuevo jefe, alegando que tal acto compete á una Junta general de guerra, puesto que á corporación de igual carácter debe Páez la autoridad que ejerce.

No se oculta, empero, á la penetración del vencedor en tantas lides, que si tal debiera ser en circunstancias regulares, en las anormales que por entonces alcanza la República, no queda otro partido saludable sino el de unificar la acción guerrera vinculándola en la autoridad de uno solo. Y ¿quién podía ser éste sino aquél que por su privilegiada inteligencia, por su valor á toda prueba, por su firmeza incontrastable, por su fe y por sus sacrificios de todo linaje, prevaleció sobre sus conmilitones después de la trágica catástrofe del inmortal Miranda?

¿Quién podría ser sino Bolívar?

¡Bendita seas, tierra del *Yagual!* Tú serviste de proscenio á una de las escenas más patéticas y solemnes de nuestra guerra magna; tú viste, tú viste el pabellón de la independencia hispano-americana, destrozado por la victoria, tú contemplaste á los héroes que lo sustentaban, inclinarse ante un sacerdote del Dios de los Ejércitos, y prestar juramento de obediencia á la autoridad del hombre en cuya mente germinaban las naciones que habían de poblar nuestras comarcas; tú guardaste aquel juramento como fianza de triunfo, para que más tarde lo llevasen en sus alas los vientos, nuncios de victoria, que precedieron á los vencedores de *Boyacá* y de *Carabobo,* de *Junín* y de *Ayacucho!* ¡Bendita seas, tierra del *Yagual!* (10).

Bien comprende Bolívar la imprescindible necesidad de una entrevista con el caudillo de las llanuras apureñas, pues que éste acata su autoridad y se somete á ella; y sin pérdida de tiempo apresúrase á ponerla por obra. En efecto, á principios de 1818 reuniéronse en las cercanías del sitio de Payara aquellos dos hombres de cuyo concierto dependía, por entonces, la suerte de la República. El uno era el alma, la inspiración, el verbo de América hecho carne; era el otro la fuerza impetuosa é irresistible del elemento popular. Abrazáronse, y en aquel abrazo quedó sellada la unidad de la lucha, de las aspiraciones, de los destinos de un hemisferio.

Bolívar inviste á Páez con el carácter de jefe del ejército de Apure, y vuela á la antigua Angostura, donde se reune el primer Congreso de Colombia. (11)

Entre tanto, Morillo, al frente de numerosas huestes, comprende que el ejército de Apure es el nervio de la tan aspirada República y que importa sobremanera destruirlo; pero Páez, por su parte, concibe igualmente que no debe aventurar la suerte de la patria en los azares de una batalla, por más que á ello lo provoquen seducciones gloriosas. Y entonces se renuevan en nuestras comarcas las heroicas escenas que presenciaron con aplauso los tiempos antiguos, que vieron con estupor los modernos; y que se repetirán en el orbe mientras el sér humano obedezca á las inspiraciones naturales de la libertad.

Cuando antiguos y poderosos conquistadores pretendieron llevar la esclavitud hasta los confines del mundo, escitas y etíopes abrasaron la tierra para que no pudieran en élla hacer pie los que iban á robarles su parte de aire y de luz en la obra del Padre Universal; y cuando las huestes de Morillo, quisieron allanar las ciudades apureñas, sus moradores cubrieron de pavesas los paternos solares para que no albergasen á los liberticidas. (12).

¡Oh Patria! ¡Oh República! ¡Oh herencia de nuestros libertadores!

Al resplandor del terrífico incendio contemplamos a Páez como llevándose en pos á Morillo, con el fin de internarlo en los mediterráneos desiertos de Caribén, que habrían sido para el español lo que las regiones etiópicas ó escíticas para los persas de Ciro ó de Cambises; pero el capitán realista más avisado que el vencedor de Timbrea y que el de Menfis, detiénese, astuto, á la entrada de aquellas soledades, imperio de la muerte.

En tales circunstancias regresa Bolívar al Ejército de Apure, revolviendo en la mente la prodigiosa campaña de Boyacá, y como conducido por el Genio de América, para que presenciara con ojos atónitos la más estupenda hazaña llevada á término por el esfuerzo humano. Hablo, compatriotas, de aquel inenarrable suceso conocido en nuestros anales con el nombre de LAS QUESERAS DEL MEDIO. Asombrosa proeza consagrada por el pueblo en el espontáneo lenguaje de la tradición; justamente enaltecida por propios y extraños historiadores, y que uno de nuestros más esclarecidos ingenios ha eternizado en cuadro épico que pasará á las venideras generaciones como trofeo al valor, á la abnegación y al patriotismo. (13).

Bolívar preconiza el imponderable triunfo con la elocuencia militar que le era característica, en aquel himno que proscribe el miedo de los ánimos para que impere en ellos el heroísmo.

"¡Soldados, cantad, soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más "extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las na- "ciones. Ciento cincuenta hombres, mejor diré, ciento cincuenta "héroes guiados por el impertérrito Páez, de propósito deliberado, "han atacado de frente á todo el ejército español de Morillo. Ar- "tillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para "defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidí- "simo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe "de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bos- "que; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos "de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado á ese "ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción".

"¡Soldados! Lo que habéis hecho no es más que un preludio de "lo que podéis hacer. Preparaos al combate y contad con la vic- "toria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras "bayonetas".

Este himno triunfal despertó ecos de gloria en todos los ámbitos del mundo colombiano. No hubo ya cobardes, ni siquiera tibios. Todos sintieron fermentar en el alma la levadura del heroísmo; y hasta el caudillo de las contrarias huestes comprendió que no había modo de traer de nuevo á esclavitud á aquellos héroes que "llevaban la victoria en la punta de sus bayonetas ó en el filo de sus lanzas".

¡Oh días fecundos para la Independencia americana!

Dormía la victoria en Boyacá aguardando el llamamiento de los héroes que habían de despertarla; la justicia y el derecho esperaban en Santa Ana al Caudillo de la Independencia de Hispano-América y al defensor de los derechos de España, para que colombianos y españoles ostentasen iguales fueros en la forzosa, contienda militar; auras de gloria preludiaban victoriosos himnos en el ya famoso campo de Carabobo; y las egregias sombras de los Incas alzábanse sobre la enhiesta cordillera que domina á Junín, recreándose de antemano en la victoria, y señalando con ademán profético el último campo de batalla donde debía sellarse la independencia de medio planeta.

Entonces acomete Bolívar la empresa más ardua de cuantas concibiera su mente poderosa; y fiando á Páez la conservación de las comarcas apureñas, y superando obstáculos de todo linaje, y acaso para otros invencibles, rompe en *Boyacá* la cadena que mantenía a Nueva Granada en el yugo español, y vuelve luégo, precedido por el prestigio del triunfo, á serenar el conturbado Congreso de Angostura, donde campeaba la anarquía para esperanza de insensatas ambiciones.

Durante la ausencia del Libertador, conserva Páez por las armas patriotas el territorio de Apure, no sin escarmentar más de una

vez á los temerarios realistas que intentaron recuperarlo para asiento de sus banderas.

Y ¿qué fué de Morillo? Y ¿qué del arrogante ejército que hiciera retemblar bajo su planta la temerosa tierra? Constreñido por todas partes á indecorosa inercia, ve sucumbir en *Boyacá* las banderas españolas. Y en tanto Bolívar, cediendo á las sublimes inspiraciones de su genio, da por cuna á Colombia, no algún campamento victorioso, sino el augusto recinto de Senado Constituyente; es decir, el primer hogar que de la República existió en nuestra América, después de tres siglos de forzoso, natural sometimiento.

El Congreso de Angostura y las victorias de LAS QUESERAS y BOYACÁ son los hechos magnos del año 1819, hechos que ponen de manifiesto el triunfo de la causa americana, no sólo en la conciencia de los que en pro de ella combaten, sino también en el ánimo de sus contrarios. Por eso Morillo, renunciando á la prosecución de estéril lucha, busca ya el modo de armonizar con decorosa conducta su separación del teatro de la guerra; por eso inicia las negociaciones que terminan en el armisticio de Santa Ana, verificado el cual, deja para siempre la tierra que someter no pudo ni con el supremo esfuerzo del valor, ni con los horrores del crimen, ni, lo que es más, con las seducciones de la tentación. (14).

¡El armisticio de Santa Ana! Campaña incruenta al par que fecunda, en la cual todo parece obedecer á misteriosas inspiraciones para loor de la humanidad.

La Providencia quiso que los mismos sitios que oyeron espantados la terrífica declaración de GUERRA Á MUERTE, escuchasen complacidos las efusiones que anunciaban el advenimiento de la paz, asentada en el triunfo de la justicia.

Beneficiosos por todo extremo para las banderas patriotas fueron los efectos de aquella negociación; mas no era por cierto desespe-

rada la suerte de los realistas, quienes, numéricamente hablando, excedían con mucho á sus contrarios. Bolívar opone a tal circunstancia, á más de su genio, el temple heroico del ejército que rige, la fe de éste en la victoria, las esperanzas de paz fiadas en el triunfo de la República; y, acaso también, EL DESTINO, aliado poderoso de las almas superiores, aunque para el vulgo de las gentes incógnito.

Porque no ha terminado aún la obra de la espada, la tierra pide abono de sangre; y ambicionan los héroes mayor vendimia de laureles.

Hélos ahí; hé ahí que americanos y españoles se afirman en la llanura de Carabobo para guerrear de nuevo.

Hagamos breve posa en el glorioso campo donde quedó sellado el triunfo de Venezuela: en el glorioso campo donde siega los últimos laureles de su corona de oro el Prócer cuyo nombre estará de hoy más bajo la égida de la gloria.

Tres victorias sintetizan la epopeya de Colombia.

Boyacá, que pone término á la leyenda y da comienzo á la historia; *Carabobo,* hecho que refrenda el derecho; *Ayacucho,* corolario de un gran problema.

Boyacá, Carabobo y *Ayacucho* forman el triángulo de fuego, en cuyo centro, foco de gloria, brilla la palabra sagrada INDEPENDENCIA, precursora de LIBERTAD.

Si *Boyacá* es génesis, si *Ayacucho* es apocalipsis, *Carabobo* es luz meridiana. La consigna de *Carabobo* era VICTORIA Ó MUERTE.

Rotas las armas patriotas en *Carabobo,* y vueltos, por ende, los sucesos á los aciagos años de 1812 y 1814, habría recomenzado la lucha en las condiciones más favorables para las armas realistas; y la República, abocada una vez más á precarios sucesos, habría tenido que arrostrar la suerte varia de la guerra. En *Carabobo* se

consolida la Independencia de Venezuela, y con ella brilla en perspectiva la de Colombia, consumada la cual podrán nuestros libertadores patrocinar las victorias de sus hermanos del Potosí y del Plata.

¡Surge, campo inmortal, propicio siempre á la suerte de la República! ¡Surge á nuestra vista cercado con la doble auréola, símbolo de las victorias con que coronaste el esfuerzo de nuestros libertadores!

Ahí, ahí está la histórica llanura, semejante á gigantesco escudo, vuelto al cielo para recoger los radiantes efluvios del Universo.

Despliéganse en ella los contendientes poseídos del heroísmo de su raza.

Aquellas son las huestes españolas, las que humillaron en Bailén el orgullo de los vencedores del universo. Ahí están los HÚSARES, orgullosos de llevar el nombre de su rey; INFANTE, HOSTALRICH, BURGOS, BARBASTRO; y más allá, como quien medita trágica venganza, está VALENCEY, envuelto en la luz crepuscular que baña la faja medianera entre la llanura y los primeros escalones del monte.

¿Véis aquella garganta que cae á la llanura, como desagüe que abrieron en los ya remotos días del drama geológico de nuestro continente, las fugitivas aguas de las cumbres? Aquella es la portada del combate. Por ella se precipitan los soldados de la República como apiñados nubarrones arrastrados por la tempestad.

¿Quién es aquel centauro que se bebe los vientos, aquél cuya lanza, como la de los héroes de los cantos polacos, brilla con resplandor siniestro? ¡El es! ¡Páez! Astro fatal que rompe entre nieblas: rayo de la guerra, que, al mandato de Bolívar, como el rayo bíblico al del Eterno, recorre los cielos de la gloria, barre las sombras de la tiranía, baña de resplandores el espacio; y regresa y dice: ¡AQUÍ ESTOY!

El cóndor de los Andes, cernido en las nubes, contempla aquel cuadro terrífico, aquel revuelto campo, donde, al siniestro fulgor de la inflamada pólvora, al escape de fantásticos caballeros, entre grito de agonizantes y entre aclamaciones victoriosas, fíase á lo desconocido, á lo inesperado, el porvenir de no pocos pueblos y los destinos de la civilización.

¡Oh guerra, horrible guerra, cuyos trofeos no vieron nunca enjutos los ojos de las madres!

En la batalla de Carabobo hubo momentos solemnísimos, de aquellos que pueden llamarse fatales por cuanto en su duración parece como que el bien y el mal se disputan el imperio del orbe. No acaeció nunca importante contienda militar sin que tal circunstancia conturbara el ánimo de los defensores de la humanidad, colocándolos en presencia de lo incógnito como sobre hondo abismo. Hay en ello algo imprevesible, misterioso para la humana inteligencia, que unos dicen fatalidad, y respetan otros como obra divina.

Luégo, luz ó tinieblas.

¡Qué vivífico día después de Salamina y de Platea! ¡Qué noche tan profunda después de Farsalia y de Filipos!

En Carabobo no debía faltar la ley histórica.

El heroico batallón APURE que forzara la puerta de la liza, no tenía ya sangre que derramar. El, y sólo él, había combatido contra la flor de las fuerzas realistas; y BURGOS y HOSTALRICH y BARBASTROS daban testimonio del indómito valor de los hijos de las llanuras. Anegados en su propia sangre, aguardaban la muerte aquellos héroes, fija la vista en su bandera, cuando entra en la lid la LEGIÓN BRITÁNICA con sorpresa de los ya vencedores, y para aliento y esperanza de los republicanos.

Entre el *¡hurrah!* de los nuevos batalladores y las ruidosas aclamaciones que saludan la victoria de América, media sólo el es-

fuerzo de aquellos sublimes aventureros que defienden los fueros populares, así en el solar de la verde Erín, como bajo el cielo del Nuevo Mundo, así en nombre de las instituciones patrias, como en pro de la justicia universal.

Pero ¿por qué se interrumpen los triunfales víctores y suenan en su vez gemidos funerarios, ecos dolientes? ¿Por qué se tornan en ciprés y en sauce el laurel y la palma?

¡Oh Plaza! ¡Oh Cedeño! ¡Oh llanura de Carabobo! ¿Cómo cayeron los valientes?...

Si España hubiera podido vencer en Carabobo, Valencey habría vencido por España.

Justamente galardonado con la prez del valor, aparece Páez en el campo de Carabobo inferior sólo al Numen de Colombia. (15).

Puerto Cabello lo saluda, á poco, vencedor. Pero, ¿qué son ya los laureles marciales para quien salvó las patrias esperanzas en la común calamidad, para quien erigió trono á la República y sobre él la asentó con admiración de las gentes?

¡Qué hombre y qué destino!

Cuando recorremos con la imaginación la distancia que media entre el oscuro soldado de Barinas y el general en jefe de Carabobo; cuando lo contemplamos alzarse del polvo de la tierra al pináculo del heroísmo, casi nos sentimos tentados á creer que la prolongación de tal existencia será algo así como un reto á la suerte. Después de las proezas de Suripá, Barinas, Estanques, Chire, Palmarito, Mata de la Miel, El Yagual, Nutrias, Masparro, Boca de Portuguesa, Palital, Ravanal, Mucuritas y otras; después de los milagros de Las Queseras, Carabobo y Puerto Cabello; después de haber triunfado de la fuerza por el valor, de la adversidad por la constancia, de las pasiones por la abnegación, del crimen por la virtud; después de haber alcanzado á ser máximo entre mayores, ¿qué más podía aguardarle en la existencia?

¡Error! La suerte no podía añadir un lauro más á la corona del guerrero, pero sí era dable que ilustrase la frente del héroe con las palmas del civilizador. Infundidle a Bonaparte la virtud de la abnegación, y tendréis á Washington; infundidle al vencedor de Europa el respeto de la justicia por el legislador de América profesado, y tendréis al "primero en la guerra, al primero en la paz, al primero en el corazón de sus conciudadanos".

Mientras Bolívar, Mazzepa de la gloria, corre desde el campo de Carabobo hasta la cima del Potosí, donde va á celebrar su propia apoteosis, varía de faz la existencia de Páez, quien, depuestos los arreos militares, ocupa la curul del Magistrado.

Trabajosos eran aquellos tiempos, porque, á más de que el poder español no se daba aún por vencido, y subsistían por ello temerosos azares, comenzaban ya á surgir conflictos civiles de aquellos que han sido siempre gravísimos en la vida de los pueblos. El elemento militar pudo asumir y asumió heroicamente la dictadura entre el estrépito de la guerra; pero terminada ésta, ó, por lo menos, regularizada, el elemento civil reclamó sus fueros y pidió á gritos que las armas cediesen á la toga.

En 1826 el conflicto estuvo á punto de convertirse en catástrofe.

El Aquiles de Colombia acusado ante el Congreso Nacional por violador de las leyes, y sometido á juicio de responsabilidad; pueblos enteros que resisten á la enérgica medida; comicios tumultuarios que destrozan la túnica inconsútil con que en el estrado de las naciones se adornaba Colombia; Páez urgido á un tiempo por la obediencia á la ley y las lisonjas populares; el Libertador en los confines de la Patria común, y la anarquía, regocijada en su obra, riendo y gozando sobre las ruinas de la libertad: hé ahí, en esbozo, aquella caótica situación.

Todo es en ella sombras, confusión todo.

Los partidos se funden sin unificarse, en los juramentos van envueltos perjurios, simúlanse esperanzas cuando impera la deses-

peración; y la historia misma, atónita, no sabe á quién dar gloria ó vilipendio, ni si algún nuevo génesis surgirá de aquel caos.

¿Cómo explicarnos que la Municipalidad de Valencia, abogada siempre del civismo, resistiese á la deposición de Páez, dadas las causas que la motivaron, contrariando así un decreto del Senado de la República, y que no parase ahí, sino que excitase á las demás Municipalidades á segundar su ejemplo? ¿Cómo discernir la verdad en la conducta de la de Caracas, quien de acusadora de Páez se convierte en su aliada y se une y confedera con las demás de la República, no ya solamente para resistir una orden legal, sino también para constituír á Venezuela en nación soberana, proclamando al efecto á Páez jefe civil y militar de ella?

Pasiones banderizas han visto en tales sucesos la intervención de bastardos intereses personales, que indudablemente concurrirían á ellos; pero el discernimiento lógico, la filosofía de la historia, verá además la autoridad de las nuevas ideas que pugnaban ya por realizarse. O ¿era tánto el poder de unos cuantos hombres, que lograra conmover á Venezuela del uno al otro extremo, y ejercer influencia hasta en los términos de la República?

En el civil conflicto, Páez no asiente nunca á la desmembración de Colombia; y si es verdad que constreñido por los hombres y por los sucesos, convoca una Asamblea constituyente, también alardea de su deferencia hacia el Libertador, á quien llama con instancia para que venga á serenar con su presencia el cielo de la Patria. (16).

Y el hecho confirma la esperanza.

La presencia del Héroe de Colombia devuelve la paz a Venezuela, calmando los ánimos con promesas de instituciones fundadas en las nuevas ideas, á que se agrega que su conducta, prudente hasta el punto de subordinar la justicia á la clemencia, no dejó á los perturbadores ni siquiera el asidero, eficaz siempre, de la persecución.

En vano insta Páez porque se le juzgue como factor principal de los recientes sucesos: Bolívar contesta á su instancia invistiéndolo con la autoridad civil y militar de Venezuela, y declarando á la faz de Colombia que el héroe de *Carabobo* ha salvado la República. (17).

Así quedó ahogado en los abismos del tiempo, según la generosa frase de Bolívar, el aciago año de 1826.

Mas, no había ya mano tan poderosa que detener pudiera la acción fatal de los sucesos, aplazada pero no sometida por la previsora conducta del Libertador; que si la Convención de Ocaña, arca de alianza de Colombia, enfrenaba las impaciencias de los novadores, la disolución de aquel Cuerpo colocó á la República entre los azares de la anarquía ó el poder omnímodo de la dictadura militar.

Y el ejercicio de la dictadura no podía fiarse sino á la diestra del Gran Caudillo, así por la inflexible lógica de las circunstancias como por patrióticos dictados.

Ni se hace esperar Páez en reconocer el poder dictatorial de Bolívar, ni escasea con tal motivo cordialísimas frases. (18).

La dictadura, no obstante que cubría de vergüenza la gloria de Colombia, y de irrisión las proezas de los héroes y los sacrificios de los mártires, era acaso la única esperanza de salvación que para la República quedaba en aquel torbellino de contrarias creencias, de opuestos intereses, de ambiciones desatentadas. Pero la generación del mal es inconmensurable, como que renace de su propio sér y se multiplica á maravilla para mengua del hombre.

Desesperados casi todos los libertadores de la eficacia de los principios democráticos, á causa de los recientes sucesos, y sin que quisieran alcanzar que el poder ilimitado de un hombre, quien quiera que sea, no ha sido nunca gimnasio de libertad, ni que la libertad es madre del orden, poseídos del más funesto de los

errores, soñaron en restablecer la caduca institución que con sus esfuerzos sumieran en ignominia y vilipendio: soñaron en el restablecimiento de la monarquía; soñaron en degradar de su gloria al Libertador para convertirlo en monarca. Error infando que aguzó en silencio el puñal parricida de los conjurados de setiembre; que destrozó prematura y odiosamente á Colombia; y que sin el ilustrado desprendimiento del Libertador, habría condenado á oprobio una de las glorias más excelsas de la humanidad. (19)

La subordinación militar y el afecto, por una parte, y por otra naturales instintos é indudablemente nobles aspiraciones, colocaban á Páez en excepcional alternativa. El mismo nos lo ha dicho. Si Bolívar hubiera aceptado la monarquía, acaso Páez habría sostenido la nueva forma de gobierno aún contra los dictados de su propia conciencia, y *"por más que el error fuera el fruto de la victoria y los remordimientos el premio del sacrificio"*. (20). Pero Bolívar, siempre digno de sí mismo, rechazó el malhadado proyecto; y Páez, libre de todo compromiso, siquiera fuese ilusorio, ayudado eficazmente por uno de nuestros más ilustres repúblicos, y ya no infiel al afecto, dio rienda suelta á sus espontáneas inspiraciones, y combatió y desbarató aquel delirio que habría entregado á Hispano-América, ó por lo menos á Colombia, primero á la traición y luégo á la tiranía doméstica y á la dominación extranjera. (21).

Murió, pues, embrionaria la monarquía, así por las reiteradas y explícitas manifestaciones del Libertador, como por la actitud de Páez, quien tuvo que combatir en esta vez, las ideas de uno de sus más queridos é ilustres conmilitones. (22). Murió, pero no sin dejar conturbados los ánimos, desautorizados á muchos de los libertadores, anarquizadas las ideas, desprestigiadas, hasta cierto punto, las instituciones democráticas; y, lo que es más, un tanto marchita la fama del semidiós de Colombia, primero por haber acogido en silencio los propósitos liberticidas, y luégo á causa de las sombras que, deliberadamente, echaban sobre ella los sistemáticos enemigos de su gloria.

Entretanto la situación de Colombia no podía ser más conflictiva.

Finaba el año de 1829.

Subsistentes las amenazas de España en el sentido de reivindicar sus perdidas colonias; escandalizados los pueblos con el espectáculo de la guerra civil promovida por el Perú, cuya tierra quedó manchada con sangre; exhausto el erario nacional ó amenazado con la más completa bancarrota; disuelta la fraternidad militar que formara la igualdad de los campamentos, por el contraste que ahora ofrecía la indigencia de casi todos los oficiales que habían permanecido en Colombia, con la riqueza que ostentaban los que del Perú volvían victoriosos; huérfana la República á causa de la ausencia del Libertador; enconados los ánimos por la discordia civil; lanzados no pocos próceres, éstos en la arena de las revoluciones, aquéllos en la senda tenebrosa de la conjuración; la dictadura con todos sus horrores por suprema ley; desprestigiados los Congresos; las asambleas populares tocadas del vértigo de la disolución; y, para colmo de calamidades, casi decidido el Libertador á abandonar el solar patrio: tal era el cuadro por Colombia ofrecido.

¿Quién hubiera podido separar la luz del progreso generado por la libertad, único fecundo y permanente, de aquel caos donde campeaba, junto con las aspiraciones al derecho, la anarquía, imponiendo la tiranía del desorden? La dictadura, que es decirlo todo, había prescozmente caducado; y el dictador mismo, con ser quien era, dudaba de antemano de la eficacia de su poder, y sólo veía en la ya decrépita República el amontonamiento de combustibles que devorarían las pasadas glorias y las futuras esperanzas, y que sembrarían la patria de cenizas. (23).

Y urgía, cada vez con mayor ahinco, porque los pueblos expusiesen al Congreso, llamado por él ADMIRABLE, las ideas de acuerdo con las cuales había de reconstituirse la asendereada República; y pueblos y corporaciones y gremios, y los hombres más ilustres de Venezuela, decidieron que ésta se separase de Colombia y se constituyese en República independiente. (24).

Ya en el hecho lo estaba. El vínculo que unió un día á los colombianos y unificó á Colombia, á pesar de intereses opuestos, de aspiraciones distintas y hasta de las leyes geográficas, fué la independencia nacional. Por eso la unidad comenzó á desvanecerse con el humo de las salvas que anunciaron al mundo las victorias de Junín y de Ayacucho.

Cuando la historia, obra del criterio universal y no de criterio fronterizo, pronuncie fallo acerca de aquella República que quiso dominar en su incipiencia los vastos horizontes de dos mares, y pretendió resucitar en esta heterogénea América los colosales imperios de Ciro ó de Darío, escribirá en sus mármoles que nuestros próceres, heroicos sobre todo heroísmo, fueron los dioses creadores de la independencia hispanoamericana; pero que, generalmente hablando, dieron al olvido las libertades civiles y políticas y anonadaron las administrativas: para lo uno, dejaron incólume el edificio levantado por Carlos V y Felipe II; para lo otro, sepultaron bajo la tierra los municipios de Don Juan I de Castilla.

Quedaba aún una esperanza, realizada la cual, la separación de Colombia se habría operado racional y pacíficamente para honra de nuestra civilización y nuevas glorias de los libertadores: esperanza creada por Bolívar al calor de su inteligencia y de su afecto, y que consistía en deshacer por ministerio de las instituciones, lo que por el propio ministerio se hiciera. Si un Congreso había unido á Colombia en nombre de la independencia americana, otro Congreso podía y aun debía desunirla en nombre de la autonomía seccional. (25).

¡Cuánto erraron los hombres que combatieron hasta vencerla, la paternal, la salvadora idea del Libertador! Pretendieron sostener por la fuerza la existencia de la artificial República, y precipitaron su ruina; quisieron acrecentar la gloria del padre de los pueblos, y la menguaron despojándola del desprendimiento, el más brillante de sus timbres; buscaron el orden en la fuerza, y ses despojaron de la autoridad; creyeron conquistar realidades, y corrieron tras ilusiones; y cayeron, por fin, legando á la anar-

quía la herencia de la libertad. Ni la virtud de Sucre pudo vivificar al Senado, ni la energía de Urdaneta sostener al gobierno, ni la gloria de Bolívar deslumbrar á los pueblos. Colombia, coronada de laureles, expiraba sobre lecho de victoriosos trofeos.

Con todo, tremenda era la responsabilidad de Páez y de los patriotas que acaudillaron en Venezuela la primera aspiración á la República democrática.

Poner término á la potestad del caudillo que guiara á los pueblos en la cruzada de la emancipación nacional, y en quien hasta entonces se encarnara el derecho y la fuerza de las nuevas naciones; dividir la República que tenía por cuna un continente y se erguía sobre dos mares, celebrada por la musa de la epopeya; proclamar por vez primera el imperio de las leyes, rompiendo subitáneamente con las seculares tradiciones de la servidumbre; decretar la caducidad de la fuerza y el advenimiento de la autoridad; reemplazar la oclocracia militar con la democracia cívica; obra es que pide la inspiración de Dios, el poder de la naturaleza y la inteligencia de la humanidad.

Si los patricios de 1811 son los padres de la independencia nacional, los repúblicos de 1830, y Páez el primero, son los creadores de la libertad civil y de los derechos políticos de los pueblos. Sacerdotes de la idea liberal, sembráronla en las alas de los vientos del cielo; y fieles á Dios, á la naturaleza y á los pueblos, y fieles á sí mismos, á la Patria y á la historia, informaron la idea en instituciones, las instituciones en hábitos, los hábitos en religión, la religión en culto y el culto en vida regular de la asociación política. (26).

Y ¿qué nos pidieron en cambio? La enseña de la Patria para amortajar sus despojos; fosa humilde en el recinto de la gloria; agradecidas lágrimas; el aplauso que hoy les tributamos, y la imitación de sus virtudes.

Graves peligros tuvieron que arrostrar, y entre ellos no fué el menor, por cierto, el de someter á los mismos que ayer procla-

maron el imperio de las instituciones, y que ahora echaban de menos sus fueros, sus privilegios, y el constante mando en ellos arraigado, y la pasiva obediencia de los pueblos. Necesitóse nada menos que de la nombradía de Páez, de la autoridad moral que sobre sus conmilitones ejercía, de los derechos que le otorgaban el respeto y el afecto, de su cordial elocuencia, y, sobre todo, de su decidida firmeza, para imponer á los sectarios de la fuerza obediencia á la ley y sumisión al ya constituído Gobierno. Y ello no obstante, encadenábanse entre sí las perturbaciones: la tumba de una, cuna era de otra; y en alarmante sucesión amenazaban con traer de nuevo á la República al punto infausto en que los pueblos, faltos de fe en sí mismos y en su suerte, se despojan de sus derechos, renuncian á sus libertades, é inclinan al yugo la ayer altiva frente. (27).

La circunstancia que debió contribuir en grado altísimo á la tranquilidad y á la gloria de la República, la exaltación del Doctor José María Vargas á la suprema magistratura, dió margen á que las mal comprimidas turbulencias de los militares estallasen de nuevo, con ímpetu formidable y temible amenaza. Ninguna de las tantas revoluciones porque ha pasado Venezuela manifestóse tan poderosa, ni tan audaz, ni tan resuelta, como la que se conoce con el nombre de *las Reformas,* revolución que se inició con la prisión del primer Magistrado de la República y el dominio de la capital, y fué secundada por el armamento que en favor de ella hicieron todas nuestras provincias orientales.

Y sin embargo, ninguna fué más prontamente debelada, como que unos cuantos días bastaron para restablecer el culto de las leyes y condenar á los revoltosos á presenciar el triunfo del derecho. (28).

Tampoco iguala en prez á ésta, ninguna época de la vida de Páez: á ésta, en que á los laureles del guerrero, á las palmas del civilizador, añade los timbres del filántropo. Los campos de la gloria lo habían visto competir en heroísmo con los más heroicos de nuestros próceres; las instituciones lo tuvieron por padre

y guardián en sus días novísimos; la fraternidad veía ahora en él el paladión de sus hollados fueros. El hace descender de su propio carro triunfal á la victoria y sienta en su lugar á la clemencia; y uncidos á aquel carro, muévense, guiados por el héroe, el pueblo y el congreso y el gobierno. ¿Quién osará pedir sangrientas venganzas en nombre de las leyes, cuando el vengador ha cubierto con victorioso escudo á los que osaran atentar contra ellas? ¡Cuán pura, cuán insólita la gloria de Páez en aquellos días, que de tenebrosos tornáronse radiantes, y en los cuales los himnos alzados á la paz de las leyes, noticiaron á los pueblos que se había pretendido atentar contra el sagrado de sus esperanzas! (29).

¡Oh Páez! ¡Oh Páez! ¡Entonces debiste morir! Habríase desvanecido tu existencia como iris en trasparente cielo, como himno triunfal entre coros de alabanza y gratulatorias aclamaciones. La muerte habría sido tu libertadora, el sepulcro sagrario de tu gloria. El tiempo no te habría acarreado tristes desengaños, ni arrojado sobre tus glorias sombras, ni condenádote á morir en hogar extraño, ni cubierto tus despojos con otra tierra que con la tierra sagrada de la Patria. (30).

Pero ¿quién pudo sustraerse á la acción funesta de la fatalidad que campea en los tiempos? ¿Quién vivió largos días sobre la tierra sin pagar tributo á la flaqueza humana? ¿Cuántos descendieron inmaculados á la tumba?

¡Oh Washington, excepción única que haces ruborizar al linaje humano!

El vencedor en ferales lides, el fundador de la libertad civil y política de Venezuela, el restaurador de las leyes, el héroe de la clemencia en los conflictos civiles, apurará el ponzoñoso cáliz del error las más veces ofrecido por manos desleales, alguna por las suyas propias. Y se verá condenado y escarnecido por los mismos en pro de cuyos fueros legales quiso combatir y vencer, y que se humillaron, ¡cobardes! en cambio de que se les otorgase el

triste derecho de vivir en la ignominia; y se dejará seducir hasta el punto de alistarse en las banderas de una patria enloquecida; y trocará *la espada redentora de los humanos* por la férrea vara del dictador. (31).

Pero aun así obtendrá las eternas compensaciones con que la Providencia favorece á los que se ejercitaron en perínclitas virtudes: aun vencido alcanzará honores de vencedor. Tan radiante es el ocaso de su gloria, que lo baña en meridiana luz.

Dílo tú, primogénita de nuestro continente, tú, que trocaste en sus sienes la corona de espinas del mártir por la corona de laureles del héroe: decidlo vosotros, descendientes de Washington, que sembrasteis flores al paso del proscrito y vibrasteis palmas victoreando su nombre: dílo tú, cerebro del mundo, adalid del derecho, que le otorgaste carta de ciudadanía y lo engalanaste con honrosas preseas; y tú, que te sientas sobre la austral ribera, tú, que lo hospedaste ufana, á la sombra de tu oliva doméstica. (32).

Después del GRAN PADRE DE LA PATRIA, después del gran Miranda, que siembra la simiente de la República en tierra envilecida; después de Bolívar, que realiza y canta una de las más gloriosas epopeyas que admiran las gentes, ¿quien más que Páez merece la apoteosis? Si sus proezas guerreras fatigan la imaginación, sus virtudes cívicas enaltecen el alma. Por aquéllas pertenece á la raza de los titanes, por éstas á los patriarcas de la libertad: de la libertad, alma del mundo, y sin la cual habrá autocracias, pero no autoridad; habrá greyes de hombres, pero no pueblo; habrá progreso impostor, pero no sólida grandeza; habrá falsos ídolos, pero no paternas deidades.

Como guerrero, Páez tiene sendos émulos en sus conmilitones. Ni es más estratégico que Sucre, ni más gallardo que Mariño; ni más impetuoso que Bermúdez, ni más emprendedor que Piar; ni más perseverante que Soublette, ni más impasible que Urdaneta; ni más infatigable que Arismendi, ni más heroico que Frei-

tes; ni más denodado que Salom, ni más arriscado que Córdova; ni más impávido que Monagas, ni más sereno que Piñango, ni más épico que Rivas. Pero como adalid cívico, ¿quién puede comparársele?

El salva los fueros de la humanidad, cuando, entre los horrores de la *guerra á muerte,* conserva inmaculadas las banderas patrias; él alza, unificándola, la causa americana cuando se despoja de la autoridad suprema y reconoce en Bolívar el presdestinado caudillo de los pueblos; él transforma á los enemigos en aliados y á los aliados en héroes; él funda la primera república democrática que existió en nuestra América, y su magistratura fué arca de comunes derechos; él vindica las instituciones y repone en el solio á los dignatarios de la República; él ampara á las víctimas contra los perseguidores y santifica la victoria con la clemencia; él desciende del poder en honrosa pobreza, y como el vengador de la Ciudad eterna, presenta el guerrero casco á su noble contrario y en él recibe el viático del destierro. (33).

¿Quién habla de faltas?...

Nosotros, á fuero de imparciales, hemos sido jueces entre Páez y nuestros antecesores: entre Páez y nosotros dictará fallo la posteridad.

NOTAS

(1) El Congreso de Venezuela, por decreto sancionado en 12 de mayo de 1836, concedió al General José Antonio Páez el título de CIUDADANO ESCLARECIDO, y le presentó por órgano del Poder Ejecutivo una espada de oro en cuya hoja se leía el siguiente lema: "AL CIUDADANO ESCLARECIDO DEFENDIENDO LA CONSTITUCIÓN Y LEYES DE SU PATRIA, LA REPRESENTACIÓN NACIONAL EN 1836".

(2) En Venezuela no hubo, propiamente hablando, TÍTULOS DE CASTILLA, sino algunos concedidos modernamente por el Rey. Así, los marquesados de Mijares y de El Valle de Santiago, datan de 1700 á 1720, más ó menos; los condados de San Javier y de la Granja y el Marquesado del Toro, de 1728 á 1732; el Condado de Tovar de 1773 á 1774; el Marquesado de Pumar, concedido al Jefe de esta familia por servicios prestados en la defensa de la Guayana, de 1787; y el de Casa León, de 1809.—Ultimamente, el Marquesado de Perijá, cuyo propietario figuró en los días de Godoy, como Grande de España de primera clase, fué creado en 1776.—Debo estos datos á mi ilustrado amigo el señor Doctor Arístides Rojas.

(3) Incorporóse el General Páez á las fuerzas del General Urdaneta en la ciudad de Mérida después de la acción de Bailadores, á mediados de 1814; y fué destinado por este jefe al mando de una compañía de caballería que el propio Páez organizó en la refe-

rida ciudad, con el resto de los llaneros que emigraron siguiendo á García de Sena. (Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. V., págs. 56 y 57).

(4) Rosete, llamado así por nuestro insigne literato Juan Vicente González, a causa de la industria que ejerció en Ocumare del Tuy.

(5) Bello—Canto al 18 DE SETIEMBRE.

(6) Olmedo—CANTO Á LA VICTORIA DE JUNÍN.

(7) Olmedilla, (Francisco), venezolano, fué nombrado en 1815 Comandante en jefe de la Provincia de Casanare por el gobierno de ésta. Después de la acción de Guasdualito, y como Páez condujera á presencia de aquel jefe á los prisioneros de guerra que en ella se hicieron, Olmedilla, luégo de haber hecho matar al oficial Marchán, rendido a Páez y á quien éste había ya indultado, resolvió *decapitar* a los prisioneros. La ejecución de acto tan bárbaro fué cometida á su segundo Fernando Figueredo. Cinco víctimas habían sido sacrificadas ya, cuando Páez resuelve oponerse á aquella carnicería, lo que no consiguió sino después de acalorada brega con Olmedilla.—(Autobiografía del General Páez; tomo I, cap. V, pág. 60, 61 y 62).

(8) Desertóse el Comandante Olmedilla en 1815, y de orden del Gobernador N. Solano, lo capturó Páez en un campo de la provincia de San Martín y lo condujo á Pore, donde fué reducido á prisión y cargado de cadenas de orden de dicho Solano. Después de la derrota del General Rovira en Cachirí, perdida la ciudad de Bogotá é invadida por los españoles la provincia de Casanare, internóse Olmedilla en los desiertos de ésta, donde, atormentado por inauditas miserias y enloquecido por el hambre, devoró, para alimentarse, el cadáver de un hijo pequeñuelo.—El Ricaurte á que se refiere este párrafo no es el héroe de San Mateo, sino Joaquín Ricaurte.—(Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. VI, pág. 68, 69, 70 y 71).

(9) Siempre reconoció el Libertador los estériles resultados de la *guerra á muerte,* de la manera más terminante. En su proclama de 13 de abril de 1814, dramatiza en estos términos la historia al pintar aquellos aciagos días: "Terribles días, dice, es- "tamos atravesando: la sangre corre á torrentes; han desaparecido "tres siglos de cultura, de ilustración y de industria; por todas "partes aparecen ruinas de la naturaleza ó de la guerra. Parece "que todos los males se han desencadenado sobre nuestros des- "graciados pueblos".—Y en su manifiesto publicado en Carúpano "en 7 del mismo año: "Yo he sido elegido, dice, por la suerte "de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también "he sido, digámoslo así, el instrumento de que se ha valido la "Providencia para colmar la medida de vuestras aflicciones; sí, "yo os he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inesti- "mables bienes, han venido conmigo la guerra y la esclavitud".— Estas ingenuas manifestaciones hacen presentir ya las justicieras palabras de Ocumare en 1816: "Perdonarémos á los que se rin- "dan aunque sean españoles... Ningún español sufrirá la muerte "fuera del campo de batalla".

(10) Para 1817 el General Páez estaba reconocido como jefe supremo de la República, por las reliquias del ejército de Nueva Granada y Venezuela, según declaración que hicieron aquellos en la Trinidad de Arichuna, y pusieron á disposición de dicho jefe cuanta riqueza consistente en ganados y caballerías existía en los bajos llanos. En tal situación comisiona el Libertador, desde Guayana, á los Coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, para proponerle á aquél que lo reconozca por Jefe Supremo de la República; y no obstante la opinión de los que comandaban inmediatamente el ejército, el General Páez reconoce la autoridad suprema del Libertador, y hace que el Ejército lo reconozca á su vez y que preste juramento de obediencia, ante el entonces Pbro. Ramón Ignacio Méndez, que fué después Arzobispo de Caracas y Venezuela. El reconocimiento se hizo en el sitio del Yagual.

(11) En 1819, á principios de enero.

(12) Cuando, á principios de 1819, resolvió el General Páez abandonar la plaza de San Fernando, para no exponer en la defensa de ésta la suerte del ejército que comandaba, los propietarios de las fincas urbanas de dicha ciudad les prendieron fuego con sus propias manos para que no sirviesen de albergue á los enemigos de la República.—(Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XI, pág. 175).

(13) Eduardo Blanco en su VENEZUELA HEROICA consagra un cuadro á la estupenda hazaña de *Las Queseras del Medio.*

(14) Antes de entrar en negociaciones con el Libertador, diputó Morillo ante el Congreso de Guayana una comisión compuesta de Don Juan Cires y de Don José Domingo Duarte, para proponerle al Soberano Cuerpo ajustes de paz; y éste contestó en 11 de julio de 1820, que fuera de la del reconocimiento de la independencia de Colombia por España, no podía oír otras proposiciones. También comisionó Morillo en agosto del mismo año al Teniente Coronel Jalón para que propusiese á Páez una suspensión de hostilidades, á lo cual no accedió éste, diciendo que no tenía poderes para ello. Por último, en ausencia de Bolívar, pero á su nombre, recibieron Pedro Briceño Méndez y Urdaneta comisionados de Morillo; y como se les insinuara que volvieran á la obediencia del Rey halagándolos con promesas tentadoras, rechazaron tal proposición calificándola de grave injuria.—(Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XII, pág. 197 y 198).

(15) Páez fué proclamado por el Libertador general en jefe en el campo de Carabobo.

(16) Véase el oficio que en 24 de mayo de 1826 dirige el General Páez al Libertador, y la carta particular, también á él dirigida por el mismo Páez en 25 del propio mes y año. En ambos documentos, que corren en la VIDA PÚBLICA DEL LIBERTADOR, tomo VI, pág. 85, agótase Páez en excitaciones y súplicas para que Bolívar (son sus palabras) *venga á satisfacer los votos de estos pueblos, á perfeccionar la obra de sus sacrificios y á asegurar la esta-*

bilidad de la República; para que venga á ser el piloto de esta nave que navega en un mar proceloso; para que la conduzca a seguro puerto, etc. El que quiera formarse cabal idea de los sucesos del año de 1826, puede leer las piezas consignadas en los tomos VI y VII de los DOCUMENTOS PARA LA VIDA PÚBLICA DEL LIBERTADOR, y sus correspondientes en la colección de Blanco y Azpurúa.

(17) Véase el oficio pasado al General Páez en 3 de enero de 1827, por el señor J. R. Revenga, Secretario de Estado de Colombia y General del Libertador, inserto en la Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XIX, pág. 359.

(18) Proclamas de Páez expedidas el 21 de setiembre de 1828, una dirigida al pueblo de Caracas y otra al Ejército.—(Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XXIII, pág. 457 y 458).

(19) El proyecto de convertir á Colombia en monarquía no es hoy misterio para nadie.—Los DOCUMENTOS PARA LA VIDA PÚBLICA DEL LIBERTADOR, los DOCUMENTOS PARA LA VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR, las MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY y todas nuestras historias están de acuerdo en este punto.

(20) Carta del General Páez al Libertador, fechada en Maiquetía el 22 de julio de 1829.—(Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XXIV, pág. 480, 481 y 482).

(21) En el tomo XXII, pág. 15, de los DOCUMENTOS DE LA VIDA PÚBLICA DEL LIBERTADOR, corren unas instrucciones de éste, dadas al Coronel Austria, contestación á la anterior, y que dicho Coronel debía trasmitir á Páez. El General Carlos Soublette combatió enérgicamente el proyecto de monarquía, como puede verse en su correspondencia con el General Urdaneta, Aquiles de aquella idea.

(22) Urdaneta.

(23) En carta particular dirigida por el Libertador al General Páez, desde Lima, en 8 de agosto de 1826, se leen estas aterradoras palabras: "Diez y seis años de amontonar combustible van "á dar el incendio que quizás devorará nuestras victorias, nues- "tras glorias, las ideas del pueblo, y la libertad de todos: *yo "creo que bien pronto no tendremos más que cenizas de lo que "hemos hecho".* (Autobiografía del General Páez, tomo I, Cap. XXIII, pág. 310).

(24) En comprobación de este aserto véanse nuestros historiadores Baralt y Díaz, Restrepo y Montenegro, los DOCUMENTOS PARA LA VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DEL LIBERTADOR, y sobre todo los ANALES DE VENEZUELA, obra importantísima que principió á publicar el señor Ramón Azpurúa. No hubo hombre notable de Venezuela que no propendiese eficazmente á la separación de Colombia, y los pocos que combatieron tan patriótica idea, ó estaban ausentes de la patria nativa, ó inmediatamente junto al Libertador.

(25) He aquí los significativos conceptos consignados por el Libertador en el mensaje que dirigió al Congreso Admirable (1830) *"las diferentes partes de Colombia no tienen conexión: "fuertes é invencibles antipatías* entre venezolanos y granadinos "obran de continuo para romper la unión central: *"yo soy el único "lazo de unión y el mediador común".* Confesaba Bolívar en aquel documento que la separación tenía graves inconvenientes, pero que *nadie podía resistir á la fuerza de las pasiones y de los in- "tereses que la demandaban.* Y opinaba *que haciéndose la sepa- "ración durante su vida, habría un mediador común que transi- "giera las desavenencias;* mientras que verificada la separación después de su muerte, *"se dividirían infaliblemente los dos países "en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos".* Véase lo que á éste respecto dicen los historiadores Baralt y Díaz. HISTORIA DE VENEZUELA, tomo II, pág. 525 á 555.

(26) Baralt y Díaz, HISTORIA DE VENEZUELA, tomo II, pág. 510 á 525.—El señor Doctor Francisco Aranda en el discurso

que pronunció en un banquete dado en Caracas en la Viñeta, casa de habitación del General Páez, (en 1835) después de enaltecer á éste hasta donde no es posible más, le proclama Ciudadano Esclarecido.

(27) Apenas sancionada la Constitución de 1830, amaga un caso de guerra entre Venezuela y Nueva Granada, conflicto que pudo felizmente conjurarse; en la línea del Táchira preséntanse sucesos alarmantes; insurrecciónase Castañeda en nuestro Occidente; surge el conflicto entre la autoridad eclesiástica representada por el Arzobispo Méndez y el Gobierno de la República á causa del nuevo derecho constitucional en punto á tuición; proclama el General José T. Monagas, en son de guerra, la integridad de Colombia; Cisneros alza de nuevo la bandera de España, y Gabante osa desafiar con armas el poder del Gobierno.

(28) El 8 de julio de 1835 el Comandante Pedro Carujo, Jefe de los revoltosos reformistas, prende al Presidente constitucional Doctor José M. Vargas y ocupa la capital de la República, y el 28 del mismo mes la recupera el General Páez como general en jefe del Ejército constitucional, y decreta, con carácter, la reposición de los altos funcionarios que componían el Gobierno de la Nación.

(29) Bastarían á la gloria cívica de Páez los graves al par que honrosos conceptos consignados por el eminente repúblico Tomás Lander, en la nunca bien alabada representación que, en defensa de los vencidos en la revolución de 1835, *(las reformas)* dirigió al Doctor José María Vargas, entonces Presidente de la República; y bastarían porque el señor Lander, que pudiera considerarse como el fundador del Partido Liberal, si el Partido Liberal pudiera tener fundador, añade este título á otros que avaloran su significación social y política. Pero á mayor abundamiento copiamos parte de la comunicación que en 28 de julio del citado año y por medio de los comisionados señores Juan Bautista Calcaño, Domingo Briceño y Briceño, Juan Pablo Huizi y José Ventura Santana, á quienes se unieron dos Senadores y

dos Representantes, dirigió el señor Antonio L. Guzmán al Doctor Vargas, llamándolo á ocupar de nuevo la Presidencia de la República:

"El General Páez (habla el señor A. L. Guzmán) que retirado "y contento gozaba en San Pablo los derechos de un venezolano, "y que hasta el 15 (julio de 1835) no pudo formar idea cabal "del funesto suceso, se arrojó solo á la campaña: no espera á "saber quien le sigue; pero las poblaciones enteras vuelan en pos "del Caudillo de la Constitución: no se necesita órdenes, no se "necesita autoridad.—Leyes, gobierno constitucional era el ob- "jeto, y todo lo imaginable se convertía en medios y en recur- "sos.—¿Puede ésto describirse bien?—¿La historia presenta nada "comparable? ¡Catorce días para tanto hacer! Tácito y Salustio no "podrían añadir el más simple rasgo para embellecer el cuadro "real de la gloria de Venezuela, de la gloria de Páez; y Homero "y el Taso no encontrarían en los espacios de la imaginación "nada más grande, bello, noble y encantador que el desenlace de "los veinte días de nuestra querida y envidiable patria. Páez no "conquistaba su autoridad sino el sagrado deber y el eminente "carácter de ciudadano. El no ha correspondido sino que ha ex- "cedido á todas las esperanzas".

Es de pública voz y fama que el señor Antonio Leocadio Guzmán dijo del General Páez que TENÍA EL ALMA DE WASHINGTON Y EL CORAZÓN DE MURAT.

Ramón Azpurúa, BIOGRAFÍA DE HOMBRES NOTABLES. Tomo IV, TOMÁS LANDER, pág. 95 á 124.—AUTOBIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ, Tomo II, pág. 233 y 234.

(30) Sabedor el General Páez de los trágicos sucesos acaecidos en Caracas el 24 de enero, púsose en armas para vindicar, decía, la constitución y las leyes, holladas en la persona de los Senadores y Representantes que componían el Congreso nacional; pero reunido éste desde el 26, lo declaró faccioso luego que llegó á su noticia la insurrección de aquél jefe. Tal desengaño ha debido

ser el mayor experimentado por el General Páez, pero no fué el último. Porque habiendo capitulado el 15 de agosto de 1849 con el General José Laurencio Silva, Jefe del Ejército del Gobierno que presidía el General José Tadeo Monagas, y como se consultara al Consejo de aquél acerca de si debía ó no respetarse y cumplirse la capitulación, dicho Consejo resolvió negativamente la consulta. El señor Jacinto Gutiérrez, á la sazón Secretario de Hacienda (Ministro) salvó su voto en los decorosos y patrióticos términos contenidos en el documento que á continuación insertamos:

"VOTO DEL SEÑOR SECRETARIO DE HACIENDA

"Mi dictamen, fundado en las razones que he interesado en la discusión de este serio asunto, se reduce á los dos puntos siguientes:

"Primero. Respecto de los rendidos en Macapo, el Consejo debe consultar al Poder Ejecutivo que debe cumplir y hacer cumplir el convenio celebrado en 15 de este mes por el señor General de División José Laurencio Silva, comandante general de operaciones contra el enemigo, disponiendo en consecuencia de los rendidos en armonía con dicho convenio. El General Silva, como General en campaña estaba facultado naturalmente por su propia misión y carácter para aquel acto, sin necesidad de previa y especial autorización; pero aun cuando careciese de poder, deberían suplirlo el decoro del Gobierno, la dignidad y alteza de la República, los principios de equidad y los fueros de la desgracia.

"Segundo. En cuanto á los autores y cómplices de los otros movimientos revolucionarios, el Poder Ejecutivo, que tiene acordada por el Consejo, la facultad cuarta del artículo ciento diez y ocho de la Constitución, debe ejercerla con todos los comprometidos; separando á unos del país y á otros de su domicilio por el tiempo que juzgue necesario, y mandando poner en libertad para que se restituyan á sus casas, á aquellos que no crea perjudiciales de modo alguno á la paz y seguridad de la República. Es así como

sellarémos el expediénte muy voluminoso de nuestras desgracias, acercarémos los días de la tranquilidad y del trabajo, habrá paz en los ánimos, contento en los corazones, bienestar y tranquilidad para todos. Así alzaremos la República á sus grandes destinos y tendrán porvenir nuestros hijos. Después de haber errado todos, hagamos entrar en juicio á todos por medio de la magnanimidad.—JACINTO GUTIÉRREZ".

(31) El General Páez, ya en la tarde de su vida, (tenía 71 años) aceptó el ejercicio de la dictadura, obra de una facción militar que asaltó el poder en 1861, y 17 meses después consentía de grado en que se instalase como suprema autoridad de la República el General Juan Crisóstomo Falcón, caudillo de la revolución federalista que se conoce con el nombre de GUERRA DE LA FEDERACIÓN.

(32) Nunca alcanzó el General Páez mayores muestras de distinción ni más altos honores, como cuando se vió en la desgracia. Cumaná lo recibe prisionero de guerra en 1849 y le tributa loores de vencedor; la ciudad de Nueva York festeja insólitamente el arribo del proscrito venezolano á la Patria de Washington; Francia casi le acuerda derechos de ciudadano; y la Argentina lo acoge como á huésped excelentísimo.

(33) Era tal el grado de pobreza en que se encontraba el General Páez cuando dejó de ser Dictador, que el General Falcón tuvo que auxiliarlo con recursos pecuniarios para que se trasladase á los Estados Unidos de América, donde murió.—El General H. J. Flínter publicó en el centenario del General Páez una hoja donde explica este hecho.

La viuda del General Páez, señora Dominga Ortiz, ya septuagenaria implora del Congreso Nacional de 187... la munificencia de la República, en la representación siguiente:

"Ciudadanos Diputados:

"Dominga Ortiz de Páez, vecina y mayor, á UU. atentamente expongo:

"Soy la viuda, señores, de aquel cuyos servicios en la magna lucha de la Independencia, ha calificado la Historia de eminentes, y de heroicos sus hechos. No hago mérito de los prestados á la infancia de la República, que éstos han sido puestos en tela de juicio por los partidos, y sobre ello sólo puede con justicia fallar la desapasionada posteridad. Por dudosos que éstos sean para los contemporáneos, por nulos que parezcan, y me atrevo á decirlo, por perjudiciales que se les suponga, yo creo, y perdónese este orgullo á la que participó de las privaciones de una guerra cruel y de las persecuciones de un enemigo feroz, yo creo, repito, y conmigo lo dirá la gratitud nacional del porvenir, que ninguna sombra puede oscurecer los perfiles de una figura que se destaca llena de luz, en los cielos de la Patria.

"El que en las "Mucuritas" pasma al contrario, el que en las "Queseras del Medio" asombra al Libertador, y el que hace decir al mismo antes de tronar el cañón de Carobobo: "Tú eres el brazo fuerte de la Patria, tú eres Aquiles, tu presencia en este campo es la Victoria, y la Victoria es la República", y que después de rendida la jornada, envuelto todavía en nube de pólvora, exclama arrebatado de entusiasmo, y batiendo contra el suelo aquel penacho, que horas antes flotaba por encima de todos: "Viva el General en Jefe José A. Páez"; el que pudo con mano fuerte, refrenar la anarquía de los primeros tiempos de Venezuela, y hacer conocer su nombre como Nación independiente, bien merece, señores Diputados, que muerto, y muerto en playa extranjera, por amor á esta tierra en que batalló, aunque por favor providencial, sin derramar su sangre, que se oiga con indulgencia á su viuda, pobre, muy pobre, anciana y desvalida. Menos que á nadie, toca á mí, decir estas cosas, que á ello parece oponerse la memoria del que fué, la dignidad de la viuda, y el rubor de la mujer; pero sobre estas consideraciones está la necesidad de

vivir, y en los últimos años de una existencia rodeada de privaciones, bien puedo alargar la temblorosa mano, reclamando una deuda que parece olvidada.

"Si he de oír de vuestros labios el "perdone" de la indiferencia, por no decir de la ingratitud, no se extrañe que tomando el báculo del peregrino, ocurra á esas otras nacionalidades, que borrando agradecidas las fronteras, han hecho gloria suya el nombre de mi marido.

"Y entiéndase bien, señores Diputados, que educada en la escuela del infortunio no reclamo un derecho adquirido por la ley, sino que humilde, como cumple á mi sexo y á mi edad, imploro en nombre del General José A. Páez, Ciudadano Esclarecido de Venezuela, una limosna de los Representantes de la gratitud nacional". (*).

Publico el referido discurso tal como quedó escrito hace un año; y protesto solemnemente que si al escribirlo obedecí á la idea de enaltecer los principios liberales, únicos á que he servido en mi vida, al publicarlo deseo contribuir á esclarecer la verdad histórica, enseñanza suprema de los pueblos.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

Caracas: 6 de febrero de 1889.

(*) Marco Antonio Saluzzo, *La Apoteosis del Ilustre Prócer General José Antonio Páez*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1889. pp. 64.

MANUEL PALACIOS RENJIFO

En el Teatro de La Guaira, el 3 de abril de 1889 *

Señores Miembros del Concejo Municipal. — Señores Miembros de la Junta Directiva de la "Apoteósis de Páez". — Señoras y señoritas. — Señores.

¿Qué significan estas manifestaciones de pública alegría? ¿Se verifica acaso algún acontecimiento extraordinario? Sí. ¡Gozamos al contemplar los encantos de una Diosa que rara vez exhibe sus atributos!... ¡Gozamos al admirar su poder!... Aunque siempre se la invoca, poco se la atiende.

De ordinario, está bajo el yugo de la opresión. No puede ostentar sus galas cuando reina el terror. La Tiranía y los Tiranos son sus émulos eternos.

Es amiga del civismo, como tal, piensa sólo en el imperio de la Ley y el engrandecimiento de la Patria, por eso hoy se presenta complacida entre nosotros.

(*) Señores Dr. José M. de los Ríos, D. Luis Marinas (Cónsul de España), Juan Clímaco Gosling, Félix García Fuentes y Francisco Ortega.

Señores:

El 3 de abril de 1889, celebró el pueblo de La Guaira una festividad en honor del Héroe de nuestra Independencia, Gral. José Antonio Páez, en conmemoración del 69º aniversario de la Batalla Queseras del Medio; y en la velada literaria que tuvo efecto en el Coliseo de aquella ciudad, se me dispensó el honor de pronunciar el discurso de orden, que hoy publico a exigencia de algunos amigos, ya que por circunstancias que no debemos recordar, no vió la luz pública en aquella época, y que dedico a U. como manifestación de sincero afecto.

M. PALACIOS RENJIFO

Es gérmen de la Democracia, pues sostiene como idea culminante la Igualdad, y concibe como única esperanza la Fraternidad universal.

¿Sabéis quién es esa diosa? Vedla. Hermosa, como hija del Derecho; de tez tostada en el fragor de los combates; *tirada al viento la cabellera undosa;* de vivísima mirada que estimula al Patriotismo; lleva en la diestra el gorro frigio de la Libertad, pues es su hija primogénita, y en la siniestra un látigo para flagelar a los que pretendan burlar sus aspiraciones y falten al respeto debido a sus fueros sacrosantos.

Ya conocéis la Diosa. Sí. Es la SOBERANIA POPULAR. En nombre de ella venimos nosotros a pedir a este Ayuntamiento puesto distinguido en el Templo de la Ley, para el Ciudadano Esclarecido que es timbre de gloria para la Patria y legítimo orgullo de la raza latina.

Ese puesto lo exigimos porque ya la Historia ha grabado su nombre con caracteres indelebles en el gran libro de los inmortales.

Las glorias de Páez, son imperecederas, sus hazañas llevan el sello del heroísmo, su vida pública está ya juzgada por los hombres de buena voluntad; la Gloria lo ha cubierto con su cerúleo manto y la Justicia ha ceñido sus sienes con coronas de mirto y de laurel.

¿Será necesario comprobar estos hechos recordando aquellas proezas inmortales que son título suficiente para presentarlo hoy a las generaciones venideras como hijo mimado de la Libertad? No. Son demasiado conocidas de vosotros. Sin embargo, examinemos el juicio imparcial de aquellas naciones que han llevado a nuestro Héroe a la misma altura de sus hijos ilustres y han apreciado debidamente su genio sobrenatural, su valor irresistible y su fe inquebrantable en los principios republicanos.

Llega Páez a las playas de la Gran Nación donde el sol de la Libertad vivifica con sus rayos esplendentes los corazones republicanos y la Patria de Washington y Lincoln reconoce en él, al soldado de la Democracia y le bate palmas; distingue al Defensor de la Ley, le teje coronas de inmortales; aprecia al Ciudadano Esclarecido y le tiende la mano del amigo, y los hijos de ella, que llevan siempre la frente erguida, pues la rodea la aureola del trabajo y la ilumina la brillante luz de la dignidad individual, le dan el abrazo de la Fraternidad universal y le proclaman hijo benemérito de la República. Sí, y no se engañaron, pues como hijo de la República, ellos recogieron su último aliento y como hijo de la República, murió cubierto con la túnica del pobre, aquél que conmovió las pampas al galopar de su corcel de guerra, aquél que subyugó la tiranía, aquél que como Magistrado manejó cuantiosos caudales, legando como único patrimonio la dulce satisfacción de dejar erigido en el corazón de cada venezolano un altar de eterna gratitud. Ya véis pues, señores, cómo la Gran Nación americana rindió culto a las eximias virtudes del Valiente entre los Valientes, del Bravo entre los Bravos.

Examinad otro juicio imparcial.

La Madre Patria considera hoy como propias las inmarcesibles glorias de Páez. ¿Sabéis por qué? La España moderna estudiando la Filosofía de la Historia comprende que la emancipación de Venezuela obedeció únicamente a la imposición de una ley inexorable del progreso de la humanidad; era sólo la idea de la Libertad, que se abría paso en el mundo entero, la que quiso derrocar viejas tradiciones.

No fueron los hijos quienes desconocieron la Madre que les legó preciosos dones.

Para este fin, contábamos con la herencia de aquella sangre hirviente propia de esa raza, que ha sido siempre admirada por el orbe todo, como noble en sus acciones y distinguida por la dignidad de sus sentimientos. En verdad, la España, nos legó ese idioma, hermoso, rico y dulce de las dos Castillas, que Cervantes,

Garcilazo y Moratín han inmortalizado, dándole el esplendor merecido, y si la Madre Patria recuerda como tipo de vasta ilustración, de fecunda erudición y de múltiples conocimientos a aquel célebre monarca que apellidó "Sabio", nosotros encontramos que este Rey sirvió de estímulo, de modelo ejemplar y le trasmitió a través de tantas generaciones esa savia purísima al inmortal *Andrés Bello,* que dió donosura y elegancia a nuestro estilo, brillo a las ciencias, y a la Patria timbres de legítimas glorias.

España nos legó, señores, esa Religión santísima, de principios eternos, que nos presta grandes consuelos y nos ofrece como premio verdadero, la eterna dicha, la vida perdurable de la paz y la concordia; y al recordar la Madre Patria como ejemplo de virtudes católicas, de erudición cristiana, de moralidad perfecta, *al santo Obispo de Córdoba,* vemos que esas virtudes fueron trasmitidas por la comunión de la raza, a nuestro *Obispo Fortique,* varón también insigne, lleno de unción religiosa y tipo exacto del Ministro del Señor.

España, nos legó esas costumbres sencillas, que llevan de antemano la sanción de la moral, y esa sinceridad en los afectos, que va siempre precedida por la hidalguía propia de tan noble estirpe. Así pues, *España,* se complace hoy en nuestras glorias y al recordar las hazañas heroicas de Sagunto, Numancia y Zaragoza, ve que la sangre derramada en esas lides, es la misma que dio pujanza y patriotismo a vencedores y vencidos en Queseras del Medio y Carabobo. Por esto, reconoce en *Páez,* el sereno valor y heroica fortaleza de sus hijos.

Así, señores Representantes de la Soberanía popular, con estas ejecutorias, con estos títulos acordados ya, por el juicio imparcial de la Historia y de los sentimientos de verdadera justicia que corresponden al Patriotismo, es por lo que pedimos a vosotros, puesto de honor en el santuario augusto de la Democracia, para el Ciudadano Esclarecido; pues estamos convencidos de que apreciáis también como dignos de la Inmortalidad los méritos indiscutibles del Héroe que hace hoy 70 años, en Queseras del Medio,

demostró que el valor desplegado en tan tremenda lid, no fue debido al acaso, ni al ardor juvenil, sino a que ese hijo de las pampas, en medio de los combates, era la representación genuina del Genio de la Libertad, impulsado por la fuerza irresistible de la República.

Satisfechos nos retiraremos a nuestros hogares después de haber celebrado con este acto tan solemne el cumplimiento de un deber que impone el Patriotismo, y más satisfechos todavía al ver atendidos y acatados por vosotros los fueros de la soberanía popular, de quien sois legítimos Representantes! Sí, señores Diputados, aquí veis reunidos todos los gremios sociales, aquí estamos todos compactos para daros el aplauso merecido por vuestro respeto a la Ley y por la atención dispensada a la ciudadanía, con la cual dais una prueba elocuente de que sabéis respetar también las glorias de la Patria.

Sí, señores; el aplauso que os presentamos como demostración de gratitud, es aún más grandioso, pues va acompañado del aroma delicado que impregna hoy este recinto; emanación suave y purísima de las virtudes y belleza que adornan a ese sexo que lleva por doquier la pureza del alma como atributo especial de la obra más perfecta del Creador.

Colocad, pues, señores miembros del Concejo Municipal del Distrito Vargas, esa efigie de Páez, en el salón de vuestras sesiones; colocadlo, que aquí estamos todos dispuestos a sostener siempre las glorias inmarcesibles del vencedor en Mata de la Miel y Carabobo, que no desaparecerán nunca, pues la mano de la envidia, salpicada con el lodo de la calumnia y cubierta con el guante de la mentira, no podrá borrar jamás los brillantes caracteres con que están escritas en las páginas de la Historia, las proezas inmortales del Genio de la Libertad. (1)

(1) Caracas, 1890.

ANTONIO IGNACIO PICON

El 13 de junio de 1890, en Caracas

Señores:

Qué contrastes tan grandes los que nos presenta frecuentemente el mundo! Ved en prueba de ello cómo ocupa en estos momentos vuestro pensamiento, más que la grandeza del objeto que nos reúne, la pequeñez del que viene á desempeñar este encargo, tan difícil como honorífico, que no debiera haberse confiado sino á alguno de los veteranos de la elocuencia. Pensaréis en el atrevimiento con que subo á esta tribuna tan elevada para mí, á molestar vuestra atención con mis pobres y desaliñadas palabras, tan indignas del "lugar en que me hallo, del objeto que me hace hablar y de las personas que me escuchan".

En efecto, la respetable Junta Directiva del Centenario de PÁEZ, que conoce bien mi insuficiencia intelectual, no se fijó en ella al hacer con lujo de benevolencia mi elección, sino en mi grande y sincero amor á la Patria y á nuestro preclaro compatriota General JOSÉ ANTONIO PÁEZ; y si yo he aceptado honor tan grande como inmerecido, ha sido sólo por presentarle en ocasión tan solemne el homenaje de mi gratitud, de mi respeto y de mi admiración; y porque creo que para esto no se necesita de retórica sino de sentimiento, y las palabras brotarán de mi corazón si no con las galas de la elocuencia, sí espontáneas y sinceras; y en este sentido sí me considero apto para desempeñar este encargo, porque á nadie cedo en amor á la Patria y á PÁEZ.

Sin embargo, quisiera poder elevarme á la gran altura del objeto para formar una corona, tal cual la merece, y presentarla al primer

Adalid de nuestra guerra magna, al Fundador y primer Magistrado de Venezuela, al Mártir de nuestras desgraciadas discordias. Pero, como sabéis muy bien, no puedo ni debo atreverme á tanto, y ni siquiera en una rápida ojeada podría abarcar esa vida tan fecunda en hechos gloriosos y en bienes para la sociedad, los que colocan á PÁEZ al nivel de los primeros capitanes del mundo y de los grandes bienhechores de la humanidad.

Por otra parte, ¿quién no conoce su portentosa historia militar que forma la epopeya más gloriosa de esta Patria tan querida? ¿Para qué cansaros refiriéndoos lo que todos sabéis y admiráis, cuando no podría con mis pobres palabras aumentar su brillo, como no puede la luciérnaga aumentar la luz radiante del Sol?

Tampoco debo hablaros del mártir que tuvo que tomar el bordón del peregrino para ir á buscar Patria y Libertad en la tierra hospitalaria de Washington, porque en este día en que brilla sol de justicia y de solemne reparación no debemos recordar esas heridas que fueron prontamente cicatrizadas por la magnanimidad de la gran Nación del Norte, que colmó de honores al proscrito y le dio un pedazo de tierra en donde descansar para siempre de la injusticia de los hombres!

Prefiero hablaros de sus méritos y aventajadas dotes como Magistrado, entre las que sobresalen la integridad, la rectitud, la obediencia á la ley, la abnegación y todas las demás virtudes cívicas; y para ello escogeré como tema principal el glorioso período de 1830 á 1835, que desempeñó primero con el carácter de provisional y después con sujeción entera a la Constitución; período fecundo en sabias enseñanzas y grandes bienes, admirables todos en tal grado, que en mi humilde concepto viene á constituir su mayor gloria, más grande aún, si cabe, que la de sus portentosos hechos militares que serán siempre motivo de admiración para el mundo entero.

Pero antes me permitiréis que, aunque innecesario para vosotros, admiradores todos sin reserva alguna de las glorias del Ciudadano Esclarecido, trate de disipar una sombra con la que se ha preten-

dido anublar ese sol siempre radiante del cielo de la Patria: la inculpación que se le hace de haber sido por ambición personal, la causa de la disolución de la Gran Colombia.

Hija ésta de la fecunda imaginación del Libertador Bolívar y efecto de la necesidad de unir las fuerzas para combatir con más éxito en la ruda lucha que se sostenía con la madre Patria, ese lazo que estrechaba á las tres secciones había de romperse al faltarle el apoyo de su padre y al cesar la necesidad que las había unido.

En efecto, la independencia de la América tuvo su sello brillante en el glorioso campo de Ayacucho; y desde entonces principiaron á palparse las grandes dificultades que había para que territorios tan extensos como los de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, sin caminos, sin relaciones de ninguna especie, con costumbres y necesidades tan distintas, pudieran ser bien administrados formando una sola nación. El gran prestigio del Libertador principiaba á disminuir y lo que parecía una hermosa encina se iba sintiendo sin savia y marchitándose rápidamente sin que valieran los esfuerzos que se hacían para volverle la frondosidad perdida.

En 1824 se presentaron los primeros síntomas de separación y ya para el primer tercio del año de 26 se hacían públicos en manifestaciones populares y en actas de las principales municipalidades de Venezuela; pero llegó Bolívar, y su presencia bastó todavía, si no para conjurar, sí para aplazar la realización de aquellos deseos.

En el centro de Colombia se presentaron también síntomas de disolución y de descontento con el prolongado mando del Libertador, haciéndose cada día más notables.

Queriendo Bolívar sofocarlos y volver á estrechar los lazos de unión que se venían relajando tanto, hizo un llamamiento á los pueblos en 1828 por medio de la gran Convención que convocó para la ciudad de Ocaña. Pero el cáncer que devoraba la nación era incurable y este cuerpo del que se esperaba tanto no tuvo sino

pocas y borrascosas sesiones y se disolvió sin cumplir su objeto, con lo que se comprendió más y más la gravedad del mal.

Siguieron haciéndose grandes esfuerzos para restablecer el prestigio del Libertador y con él revivir la gran República; se arrumbó y desconoció la Constitución de Cúcuta "estableciendo sobre sus ruinas el coloso de la dictadura", que asumió Bolívar y reglamentó por su decreto orgánico de 27 de Agosto del propio año de 28. Error funesto que, lejos de apaciguar los ánimos, los exaltó más hasta el grado de llegar á la pavorosa conjuración de la noche del 25 de Setiembre del mismo año, que tenía por principal objeto el asesinato del Libertador, lo que, como sabéis, no se logró por haberse podido escapar por un medio extraordinario.

Fracasó la conspiración; pero no por eso se restableció el prestigio de Bolívar; antes bien, fue decayendo más, á proporción de que los propósitos de establecimiento de una monarquía, que habían estado latentes, se hacían públicos hasta discutirse en una junta de notables de Bogotá y darles carácter oficial en el imprudente acuerdo del Consejo de Gobierno de 3 de Setiembre de 1829, con lo que se aumentaron el descontento y la alarma ya tan generales.

Justo es decir que el Libertador fue enteramente extraño á estos planes monárquicos y aun los reprobó en nota de 22 de Noviembre al secretario de relaciones exteriores; y asimismo es de justicia y cumple á mi objeto rechazar solemnemente la participación que quieren atribuir a PÁEZ en esos planes proditorios contra la república, pues no sólo no los tuvo, sino que los contrarió siempre y en carta de 3 de Mayo de 29 escribió á uno de sus más notables conmilitones lo siguiente: "Yo no sé si el Congreso que se reúna será capaz de decir: la forma de gobierno en Colombia será monarquía; *pero si sé que aunque lo dijera no se estableceria la monarquía*".

Cumplido este deber, sigamos á la Gran Colombia en su agonía. Como remedios extremos decretó Bolívar la reunión de otro congreso constituyente, que llamó "admirable" y debía reunirse

en Bogotá en Enero de 1830; y con fecha 14 de Octubre concedió á los pueblos autorización amplia para que con toda libertad emitieran sus opiniones.

Fue ésta otra imprudencia que promovió manifestaciones populares y tumultos, al principio en forma de peticiones respetuosas, y luégo, dejando la súplica, con el carácter de revolución por la separación de Venezuela, como sucedió en Valencia.

Caracas tuvo sus reuniones en los días 24, 25 y 26 de Noviembre y según refiere Baralt: "se notó que en la reunión, aunque heterogénea, estuvieron tan acordes los pareceres (por la separación de Colombia) que prontamente y sin dificultad se fijaron las cuestiones que debían ser objeto del debate. Dos días consecutivos duró éste, manifestando tal cordura el pueblo, tal juicio é ilustración los oradores, que lejos de asemejarse á junta revolucionaria, parecía aquello un cuerpo organizado que ventilaba pacíficamente los negocios de su instituto bajo el amparo de la ley". En estas reuniones se dió voto unánime por la separación de Colombia y por el desconocimiento de Bolívar.

Podrían atribuirse este y los demás pronunciamientos que siguieron en toda la sección de Venezuela á la intervención é influjo de PÁEZ; pero ello queda solemnemente desmentido con su orden tan terminante de 30 de Noviembre, con la contestación que dió á la comisión que le fue enviada de Caracas y con su comportamiento consiguiente, todo lo que no dejó de presentar dudas y desconfianzas.

Pero los pronunciamientos se generalizaron en todo Venezuela y el querer de los venezolanos se manifestó de una manera tan explícita y espléndida que la seperación de Venezuela era un hecho, y PÁEZ, que sólo por delicadeza ó por lealtad se había opuesto á ella ó por lo menos no la había fomentado, no pudo ya oponerse más y dictó su decreto de 13 de Enero de 1830 convocando á los pueblos de Venezuela á reunirse en Congreso Constituyente en la ciudad de Valencia.

Con este decreto quedó consumada la separación de Colombia y cumplidos los votos de la gran mayoría de los venezolanos, entre los que figuraron todos los gremios sociales.

Y con esto queda cumplido mi objeto de levantar de PÁEZ la injusta inculpación de ser la causa principal de la división de la Gran Colombia.

Pero como tampoco faltan quienes enrostren á los hombres de la revolución de 1830 ingratitud y deslealtad con Bolívar, preciso es también librarlos de este injusto cargo y para ello son muy oportunas y decisivas estas elocuentes palabras del ilustrado contemporáneo señor doctor Modesto Urbaneja: "La fidelidad á los principios, dice, el amor á la libertad, el verdadero patriotismo, son sentimientos más nobles, son sentimientos superiores á los impuestos por la obediencia y sumisión a la voluntad de un hombre; por consiguiente los pueblos de Venezuela, al separarse de Colombia y al desconocer la dictadura del general Bolívar, procedieron con cordura, previsión y patriotismo, porque los deberes del ciudadano con su Patria deben ser siempre más cumplidos y más sagrados, que los creados por intereses personales con el gobernante por grande y célebre que sea".

Perdonadme que os haya molestado con este indispensable antecedente, largo para esta ocasión; pero corto para su gran importancia, y os ruego que continuéis dispensándome vuestra benévola atención para hablaros ya del objeto principal de estas mal coordinadas frases: el mencionado período presidencial del eminente general PÁEZ.

Las elecciones para diputados al Congreso Constituyente de Venezuela se practicaron con el mayor orden y la más completa libertad: las presidió sin duda el más acendrado patriotismo y por eso fueron nombrados los ciudadanos más dignos, los más honrados, los más notables por su ilustración y patriotismo, los más capaces de curar tantos males como afligían á la Patria y de hacerla feliz.

Bajo los más favorables auspicios, con los mayores deseos por el bien y con las más fundadas esperanzas, se reunió el Constituyente de Venezuela el 6 de Mayo del propio año.

Bien quisiera detenerme aquí para hablaros de corporación tan eminente, "verdadero Areópago en donde se reunió todo lo más notable del país", como dije en otra ocasión, y referiros siquiera someramente su noble y digno comportamiento, la independencia y patriotismo que inspiraron todas sus deliberaciones, su contracción ejemplar al servicio de la Patria y sus importantísimos actos que fueron los sólidos fundamentos sobre los que pudo consolidarse la nueva República y serán siempre estela luminosa que nos sirva de guía por entre tantos escollos como se presentan en la vida de las naciones especialmente en las nuevas; pero tendría que extenderme mucho y agotaría la indulgencia con que me oís, y por eso me limitaré a dos de los actos más notables.

Es uno, la noble altivez con que afrontó ese augusto cuerpo todos los peligros que lo rodeaban: "No pocos arrostró el constituyente con varonil esfuerzo, dice Baralt, cuando se ocupaba en discutir los puntos relacionados con los privilegios y fueros de corporaciones, ó con envejecidos abusos. Frecuentemente vio cercado el edificio donde celebraba sus sesiones, y repletas las galerías de gente armada que amenazándole procuraba hacerle abandonar el camino emprendido y que dejase entregada la Patria á la carcoma que la consumía. Nunca, empero, tímidos ó vacilantes, antepusieron los legisladores el cuidado de su propia existencia al cumplimiento de sus deberes públicos. Varones de ánimo fuerte y de elevados sentimientos, merecieron la gratitud de sus conciudadanos y el lugar de honor que reserva la historia para los amigos del orden y de la justicia".

¡Qué tiempos y qué hombres! nos toca á nosotros decir. ¡Cómo parecían éstos fundidos en el molde de los antiguos romanos! En ellos sobresalían como relevantes virtudes la cultura, el deseo del saber, el honor, la dignidad y el patriotismo; porque aún no había principiado á hacer estragos el fatal utilitarismo, cáncer de

las sociedades modernas, y la cultura no se había sustituido con la desfachatez; el deseo del saber con la desaplicación, el honor con el servilismo, la dignidad con la bajeza, el patriotismo con el vil interés...! Jóvenes: estamos en una época de renacimiento, del que sois vosotros los principales obreros, y el porvenir será lo que vosotros queráis que sea; y así no debéis ver ninguna alusión en este juicio de la historia, por más severo que sea, en el que comparo una época que pasó hace largos años, con algunas de las que se han presentado después; en ese juicio no condeno á ninguna generación sino un principio fatal; de otro modo yo mismo me consideraría aludido y condenado; pero no, gracias á la Providencia, me considero libre de ese pecado lo mismo que vosotros, y por ello os invito á que bendigamos á Dios que nos salvó de ese naufragio en que han perecido tántos hombres á quienes se creía honorables!

El otro acto á que me refiero es la sanción que dieron á la Constitución de la República, con lo que coronaron sus importantes tareas, porque esa Constitución, fruto de la contracción, luces y experiencia de tan notables legisladores, *"contiene cuanto puede bastar á la felicidad del pueblo,* y resplandecen en ella el patriotismo y la ciencia de los más ilustres hijos de Venezuela". (Baralt).

Y todas sus glorias, todos sus títulos á la gratitud y admiración de sus conciudadanos se reflejan sin duda en toda su magnitud y con toda justicia en PÁEZ, a quien se deben en primera línea la libertad y orden que reinaron en las elecciones, la independencia de ese augusto cuerpo y el brillante éxito de sus deliberaciones. PÁEZ, con sus glorias, con su gran influencia en todos sus compatriotas, con el poder supremo que ejercía, pudo hacerse dictador y prolongar su mando ó al menos influir en las deliberaciones del Constituyente, y prefirió ser esclavo de la ley y del cuerpo soberano de la nación aun arrostrando el enojo de muchos de sus conmilitones.

Promulgada la Constitución y aceptada por la gran mayoría de los venezolanos con señaladas muestras de aprobación y de júbilo, se practicaron, conforme a élla y con tánto orden y libertad, como en las anteriores, las elecciones generales, y de ellas resultó electo

PÁEZ como primer Presidente constitucional por una lujosa mayoría. La opinión pública no vaciló un instante en pronunciarse por esta elección, que nunca pudo estar más indicada por los relevantes méritos del candidato, por sus gloriosos antecedentes, por sus reconocidas dotes y por la necesidad que había de un hombre de su importancia en todos sentidos para dirigir los primeros pasos de la joven República; sin embargo, no tuvo su elección esa *unanimidad* tan frecuente en las elecciones de los últimos tiempos, unanimidad que, lejos de probar la popularidad del nombrado, sólo revela la coacción que ha ahogado toda manifestación contraria. Por eso considero de gran importancia hacer mérito de este elocuente dato: de los 158 votantes en la elección de presidente de la República sólo obtuvo PÁEZ 137 votos, 9 favorecieron al general Bermúdez, 6 al general Guerrero y los otros 6 restantes á varios ciudadanos, todos muy honorables y merecedores de tan alto puésto. Comparad esta elección con alguna de las de los últimos tiempos, y decid con la mano sobre el corazón cuál creéis hecha con mayor libertad.

Sigamos ahora á la naciente República en sus primeros y firmes pasos, en su prodigioso desenvolvimiento; pero para que podáis apreciar el gran mérito de su espléndida marcha, es necesario que me acompañéis a dar una ojeada, siquiera rápida, al estado del país al realizarse su separación de la Gran Colombia y al principiar á regir las nuevas instituciones.

Contemplad por un momento siquiera cómo habría quedado la pobre Venezuela después de 20 años de tremenda lucha por la independencia y de convulsiones políticas que no le dejaban casi un solo día de reposo para tratar de reponer tántos y tan espantosos desastres como causó esa lucha titánica y desesperada contra el poder español; lucha que consumió todos los recursos materiales del país y, lo que es más sensible aún, muchas é importantísimas vidas, en términos de que quizá no habría familia que no tuviera que llorar su orfandad ó la pérdida de un miembro importante, si no todos los varones, y con ellos su único apoyo, hasta quedar reducidas á la mayor miseria familias que antes de la guerra goza-

ban de grandes comodidades y todo lo ofrendaron en aras de la Patria ó lo aniquiló el brazo destructor de la guerra que, como el simún del desierto, arrasaba con todo, vidas y haciendas!... Así, la agricultura estaba en la más espantosa ruina, ricas haciendas destruidas completamente, los campos eriales y sus dueños sin recursos ni brazos para poder siquiera buscar en ellos el más preciso alimento para las familias que perecían de hambre; nuestras inmensas pampas, antes emporio de la gran riqueza pecuaria, desiertas, sin siquiera una cabeza que sirviera de esperanza para lejana reposición; el comercio y las demás industrias en la más completa inacción, cerrados los almacenes y talleres y los puertos solitarios; no sólo por falta de cargamento sino también por leyes y disposiciones fiscales inconvenientes y por la falta de seguridad para toda empresa. No era menos triste y angustiada la situación del tesoro público, cuyos ingresos eran tan precarios como la situación general del país; "agobiábalo además enormísima deuda, y lejos de poder pagarla, no bastaban las rentas para los gastos ordinarios. La penuria del tesoro público era tánta que, por dos decretos de 14 y 15 de Mayo (de 1830) se redujeron á sólo la ración todas las clases del ejército, y se declararon suprimidas las pensiones y sueldos que no tuviesen anexo el desempeño actual de un empleo". Tal situación era tan aflictiva y desesperante que el mismo Bolívar dijo al Congreso que con el carácter de constituyente se reunió en Bogotá en 1830: *"Me ruborizo al confesarlo, pero la independencia es el único bien que hemos adquirido á costa de todos los demás"*.

En lo social y político no era menos conflictiva y alarmante la situación del país. Ya hemos visto como casi todas las familias se encontraban en el mayor desamparo hasta tocar con la miseria por la pérdida de miembros importantes y de los bienes de que derivaban su subsistencia. Habíamos conquistado la independencia en los campos de batalla, pero no en los de la diplomacia; la madre Patria no había reconocido nuestros derechos á la vida de nación, no abandonaba sus propósitos de reconquista y la joven república tenía que agotar sus escasos recursos para mantenerse á la defensiva; en el mismo país no faltaban elementos contrarios á la independencia, los que mantenían guerrillas que eran una amenaza para

las poblaciones y entre ellas era notable la del indómito Cisneros, contra el que habían sido infructuosos todos los esfuerzos de los valerosos independientes. Colombia, aún en sus estertores, era una amenaza constante para la nueva nación y no le permitía dedicar á reponer tantos desastres los pocos elementos que le quedaban; y así vemos al general José Tadeo Monagas que con algunos compañeros se alza en Oriente el 15 de Enero de 1831 proclamando la reintegración de Colombia, con lo cual se hizo más y más angustiosa la situación de Venezuela y más difícil aún la tarea de los encargados de dirigir sus destinos en su laboriosa organización. La larga y tenacísima guerra que hubo que sostener con el gran poder de España para alcanzar la independencia, nos dejó una lujosa lista de libertadores, muy meritorios sin duda por su patriotismo y heróicos esfuerzos por darnos Patria y Libertad; pero, engreídos con sus triunfos y sus glorias, y por lo general sin otra educación que la de los campamentos, no tenían todas las virtudes del ciudadano ni las dotes del mandatario, se creían dueños de todo y de allí surgieron ambiciones insaciables, causa de nuevas discordias, que fueron entonces, y siguen siendo aún en casi toda la América un gran obstáculo para su progreso y buena marcha por los resabios que han ido engendrando en sus sucesores, que quieren á todo trance que predomine el elemento militar y que pese más la espada que la ley.

Tal era en breves pinceladas el cuadro sombrío que presentaba Venezuela cuando entró a gobernarla y á plantear las nuevas instituciones el expectable GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ, y la contemplación de él basta para comprender con cuántas y graves dificultades habría de tropezar y el gran mérito de haber sabido vencerlas y crear, sí, crear todo en la nueva república.

Pero todavía es preciso, para realzar aún ese gran mérito, que consideréis que el General PÁEZ no tenía más instrucción y educación que las que había adquirido en los campamentos con el trato con sus conmilitones, las que supo aprovechar muy bien con las recomendables dotes de que lo había adornado la naturaleza y con su corazón de oro que rebosaba en los más nobles sentimientos.

Tenía también excelente criterio, el dón de gentes y gran tino para elegir sus consejeros y así supo rodearse de los mejores y más notables hombres del país, de los más sobresalientes por sus virtudes y conocimientos, entre los cuales debo mencionar, como un homenaje muy merecido á su memoria, á los Doctores Miguel Peña, Diego Bautista Urbaneja y Andrés Narvarte, insignes abogados; al General Carlos Soublette, el más abnegado y sabio de los militares de Colombia; á don Santos Michelena, tan patriota como aquellos, y uno de los primeros economistas de la nación, y á muchos otros hombres importantes, con los cuales pudo sobreponerse á tan crítica situación, sacar á Venezuela del caos en que estaba y conducirla con pasos seguros y acertados hasta alcanzar el primer puésto entre las repúblicas de la América del Sur.

Con tan poderosa cooperación, con todas sus fuerzas y elementos, con la voluntad más decidida y con su gran amor á la Patria, se consagró el laborioso Magistrado á organizar al país de acuerdo con las nuevas instituciones, á desembarazarse de los muchos y poderosos obstáculos que se oponían á su buena marcha y á crearlo todo.

Sus primeros pasos se dirigieron á establecer la paz interior, porque sin ella todos sus esfuerzos y buena voluntad habrían sido estériles. Los alzamientos de Oriente se habían complicado con la impolítica conferencia de Unare, de Mariño, jefe del Gobierno, con Monagas, que lo era de los alzados, y la consiguiente acta de Barcelona, por la que se declaraba á las provincias de Oriente en estado soberano y se proclamaba por su jefe a Mariño, lo que fue desaprobado por el Presidente y por el Congreso. Algunos otros alzamientos habían ocurrido; pero de escasa importancia y pronto fueron sofocados por los mismos pueblos.

El General PÁEZ, autorizado por el Congreso, salió á campaña sobre Oriente; pero antes de hacer uso de las armas, quiso probar los medios pacíficos que le sugería su magnanimidad, y provocó una conferencia con el General Monagas, la que se verificó en el Valle de la Pascua el 24 de Junio; allí terminaron las disenciones

de Oriente con el generoso abrazo que dio el Jefe del Gobierno al de los alzados y con el amplio indulto que concedió á éste con todos sus compañeros.

Quedaba sosteniendo el pabellón español en Venezuela el audaz é indomable Cisneros, pues habían sido infructuosos todos los esfuerzos que se habían hecho por someterlo. PÁEZ, con un arrojo admirable, quizá superior á todos los hechos heróicos de que está llena su portentosa historia militar, se dirige solo, enteramente solo, á la montaña de Lagartijo en donde estaba Cisneros con toda su fuerza á tener una conferencia que éste no había aceptado sino con mucha dificultad. Todo hacía temer que las intenciones de Cisneros no fueran sanas; pero, asombrado con el admirable arrojo de PÁEZ, todos sus instintos feroces se ocultaron vergonzosamente ante un hecho semejante, depuso las armas que hasta entonces habían sido invencibles y aceptó el generoso y amplio indulto que le otorgó PÁEZ por decreto de 22 de Noviembre.

Desembarazado así de enemigos interiores, pudo dedicar toda su atención á conjurar los peligros que venían del exterior. Los temores de reintegración de la antigua Colombia por la fuerza se habían atenuado un tanto con el decreto del Congreso reunido en Bogotá que dispuso que no se emplearan sino los medios pacíficos; pero no se habían alejado del todo, entre otras razones por las de que la Nueva Granada no se había constituido definitivamente y había allá muchos militares venezolanos que no se avenían con la nueva situación de Venezuela y eran una amenaza constante para su tranquilidad. Con este motivo se dirigieron todos los esfuerzos á restablecer la armonía con la Nueva Granada; el 22 de Abril de 1831 el Congreso de Venezuela acordó enviar á esta hermana una comisión de paz para tratar sobre el modo y forma con que debía convocarse una convención colombiana para el arreglo de sus intereses comunes, especialmente la deuda; á principios de 1832 Nueva Granada reconoció el derecho de Venezuela para constituirse en Estado independiente; por Acuerdo del Congreso de Venezuela de 29 de Abril del mismo año se resolvió invitar á Nueva Granada y Ecuador para unirse en confederación, de lo cual se desistió el

año siguiente por creerlo ya inconveniente, y se reformó el decreto limitándose á disponer que se iniciaran con las otras secciones de la antigua Colombia estipulaciones para el arreglo de la deuda común y para celebrar otros tratados de interés mútuo; tan importante misión se confió al aventajado estadista don Santos Michelena, quien logró los resultados que se deseaban con excepción sólo del arreglo de los límites con la Nueva Granada que aun está pendiente. Con esto cesaron los temores que había por ese lado para la buena marcha de la nación.

Quedaban los de España que aun no había renunciado á sus deseos de reconquista ni menos reconocido nuestros derechos soberanos. Con el fin de lograr esto se dictó el Decreto de 1º de Diciembre de 1833, por el que se resolvió enviar a Europa al general Mariano Montilla á agenciar el reconocimiento de la independencia; pero por causa de sus enfermedades hubo de regresar sin haber alcanzado el principal objeto de su importante comisión. Fue nombrado para sustituirle el general Soublette quien partió á su destino á principios de 1835; no logró tampoco su objeto por las exajeradas exigencias del gabinete español; más siquiera obtuvo una especie de tregua ó armisticio que alejó todo temor de España, y esos preliminares sirvieron de importante base para que Venezuela alcanzara, de las primeras de América, el reconocimiento de la madre Patria.

Venezuela fue reconocida por la mayor parte de las naciones; especialmente celebró tratados de amistad y comercio con los Países Bajos, con Francia y con la Gran Bretaña, y en ese período, tan fecundo en bienes para la Patria, alcanzó puésto de honor entre las naciones.

No menos feliz y abundante en bienes fué este período en lo relativo á la hacienda pública. Como hemos visto, casi no existía, y pesaba sobre ella una deuda enorme, interior y exterior; la pobreza general del país y el atraso relativo de esa época, que no contaba aun con los elementos poderosos del progreso moderno, el vapor y la electricidad, hacía muy difícil, si no imposible, la creación de rentas; sin embargo, se procedió en esto con tan gran tino y

sabiduría y se administraron los caudales públicos con tan severa probidad y economía, que pronto pudo cubrirse con toda puntualidad su modesto presupuesto, quedó creada la hacienda en Venezuela y su crédito se elevó á gran altura, como lo demuestran estos preciosos é incontestables datos: para 1846 las deudas interna y externa habían disminuido á $ 22.846,982 — de $ 34.148,296 en 1839, y nuestra deuda externa alcanzaba en la bolsa de Londres el segundo puésto siendo el primero de los consolidados ingleses! Ved en esto, señores, la prueba más espléndida é irrefutable de la honradez de los hombres de esos tiempos, á los que con tanta injusticia quiere echarse lodo para ocultar así el brillo de sus altos hechos con el falso oropel de los que sólo han explotado al país en su propio provecho!

Y todavía puedo presentaros otra prueba de la severa pulcritud de esos hombres y de su acatamiento á la ley en esta acción muy digna que honra tanto a PÁEZ como á su hábil y honrado ministro de hacienda, Michelena. Necesitaba aquél con urgencia para un compromiso, de la suma de $ 4.000, pequeña en realidad para el más pobre tesoro público; creyó fácil conseguirla del Ministro en *clase de anticipación por su sueldo* y así se lo suplicó; pero éste, obediente ante todo á la ley y sobreponiéndose á las consideraciones que debía al superior y al amigo, se excusó de hacer la anticipación por no permitírselo aquélla y le ofreció su responsabilidad personal para conseguir la suma con algún particular, con lo que se conformó el probo Magistrado y así se hizo. Tan bellísimo rasgo se hace más y más brillante después de que, hace algunos años, hemos venido viendo cómo se dispone en absoluto del tesoro público como si fuera enteramente propio!

Veamos ahora también una prueba de la habilidad con que se administraban las rentas públicas. No obstante su escasez y la penuria general que hacía tan difícil crear impuestos, esos hombres, inspirados sólo en el bien público y sin estar dominados por el furor de crear rentas á todo trance, como hacen los modernos economistas, no vacilaron un instante en abolir "el añejo y odioso impuesto de la alcabala" y en decretar el desestanco del tabaco, aun-

que así se privaban de los pingües rendimientos que tenían en esos dos ramos. Pero ellos pensaban, como deben pensar todos los administradores y legisladores, que los gobiernos no tienen derecho para exigir de los ciudadanos sino lo estrictamente necesario para su sostenimiento de acuerdo con los recursos del país, y que el mayor bien que pueden hacer á éste en tiempos de penuria es aliviarlo en las contribuciones y no deslumbrarlo con el fausto de fiestas rumbosas, óperas y obras públicas de puro lujo y fantasía!

Para terminar el ramo de hacienda, uno de los más gloriosos de esa edad de oro de Venezuela, permitidme que traiga en apoyo de mis aseveraciones el testimonio de un hombre que formó su capital político con los más violentos é injustos ataques contra los gobernantes de esa época, el señor don Antonio Leocadio Guzmán. En *"El Venezolano"* de 13 de Setiembre de 1841 escribió lo siguiente:

"Cuando Venezuela se constituyó por primera vez, se contrajo la administración, de una manera decisiva, á reformar todos y cada uno de los ramos del servicio público, la hacienda nacional empezó á salir del caos, y un ministerio dignísimo de gratitud y gloria, creó nuestro sistema fiscal... Fue entonces cuando el señor Michelena, bien secundado por las otras secretarías, emprendió la difícil tarea de reducir los gastos públicos al mínimum posible, decretando en todos los ramos cuantas economías eran compatibles con la existencia social...

"...Por un sistema de recta administración y severa economía, sin aumentar las contribuciones y aun al tiempo mismo que disminuían para aliviar al pueblo, no sólo alcanzó (el señor Michelena) á cubrir los gastos públicos, sino que puso la hacienda en ese camino de crecimiento... Todo era economía, buena dirección, pureza, claridad y respeto á la opinión pública y á la ley".

Estas citas que podría multiplicar, bastan para hacer la apología de esa honrada Administración.

Nos falta sólo apreciarla en lo político y administrativo, en lo que tuvo también gran acierto el eminente PÁEZ, cuyos títulos al amor de sus conciudadanos como excelente magistrado y administrador no son menos brillantes que los alcanzados por él en los campos de batalla, con haberle estos últimos dado puésto entre los primeros capitanes del mundo. Las nuevas instituciones se pusieron en práctica con el mayor orden y con gran contento de los venezolanos que veían en ellas realizadas sus mayores aspiraciones; las garantías todas se hicieron efectivas; todos los derechos fueron respetados; la ley tuvo su más cabal cumplimiento; los empleos públicos fueron desempeñados por los hombres más dignos y honorables; y la ley, salvaguardia de todos, era respetada por todos siguiendo en esto el saludable ejemplo del primer magistrado de la república. Risa os daría si os refiriera las causas por que fueron sometidos á juicio gobernadores de provincia, pues hoy no se considerarían ni faltas veniales! Garantizados por la ley y por las autoridades que velaban por el bien de todos como un gobierno verdaderamente paternal, todos los ciudadanos se entregaban con entera confianza al trabajo y á reponer en él tántos quebrantos como habían dejado las pasadas luchas.

Pero preciso es citar algunos hechos que sirven de apoyo á mis palabras.

El régimen militar que imperaba en Colombia causaba gravísimos daños á los pueblos y el Constituyente de 1830 dictó leyes para extirpar ese gran mal; pero se temía, y con razón, que se presentaran serias dificultades para ponerlas en práctica por la oposición que harían los muchos y connotados militares que había en esa época; tocó al Presidente constitucional cumplir esas leyes y por consiguiente le corresponde el gran honor de haberlo hecho con un éxito brillante.

Tocó también á este Gobierno el difícil encargo de cumplir la ley que abolía la bárbara práctica de las confiscaciones; como éstas favorecían á los militares que habían encontrado en ellas rico filón para sus recompensas, se temía asimismo que surgieran dificul-

tades en su cumplimiento; pero el merecido prestigio de que gozaba el general PÁEZ entre sus conmilitones, y el tino y cordura que desplegó el Gobierno en ese, como en todos sus actos, fueron más poderosos y todas las dificultades desaparecieron, la ley se cumplió y cesó así el motivo de constante alarma entre los propietarios que se consideraban sin seguridad alguna en sus bienes.

No se descuidó la instrucción aun en medio de la gran penuria del erario y de tántas atenciones como rodeaban al Gobierno; se crearon cuantas escuelas permitía la escasez de las rentas y de buenos profesores, pues se prefería no establecerlas á tenerlas mal servidas; en Setiembre de 1833 se instaló la Academia de matemáticas que había sido creada por el Constituyente y que tántos y tan excelentes frutos produjo al país; y el último acto administrativo del general PÁEZ, al separarse constitucionalmente del Gobierno el 20 de Enero de 1835, fue firmar el decreto al que debe su existencia el Colegio nacional de Barquisimeto.

Entre los actos más notables y honrosos de este período constitucional figura el gran interés con que se cumplía la ley de manumisión que dictó el Constituyente; ley sabia por la cual se promovía la extinción gradual de la esclavitud, se creaban rentas con tal fin y se daban importantes disposiciones para libertar anualmente cierto número de esclavos sin violar el derecho de propiedad que se había adquirido conforme á disposiciones vigentes y sin producir quebranto á la agricultura; de acuerdo con dicha ley se libertaban cada año muchos esclavos, y con este buen sistema muy pronto hubiera quedado completamente extinguida la esclavitud en Venezuela, si Gobiernos posteriores no hubieran anulado tan benéfica ley dejando de cumplirla y apropiándose para otros fines, las rentas dedicadas á tan humanitario objeto!...

Para no abusar más de vuestra benevolencia he de suspender las citas de muchos otros actos importantes de ese período y apresuraré la conclusión que ya veo en vuestros semblantes que anheláis con mucha justicia.

Llegaba á su término el primer período constitucional de Venezuela; y la situación era la más feliz y halagüeña, pudiendo considerarse muy bien como un verdadero reverso de aquella con que se inauguró al segregarse de Colombia. Y todo, todo se debía á la hábil y honrada administración del Ciudadano Esclarecido, cuyo gobierno no puede dejarse de reconocer que fue verdaderamente paternal.

PÁEZ era aún más dueño de los destinos del país y pudo sin contradicción alguna seguir en el mando con cualquier pretexto; pero en su honradez y desprendimiento no cupo esta fatal ambición que ha perdido á tántos y ni siquiera intentó darse un sucesor. Las elecciones se practicaron con tánta libertad, que no faltaron desórdenes en algunos lugares y ninguno de los candidatos tuvo la mayoría constitucional, como fácilmente hubiera sucedido á haber interpuesto el poder sus influencias; el Congreso tuvo que perfeccionar la elección la que, como sabéis, recayó en el sabio y virtuoso Vargas.

El 20 de Enero de 1835 era el día señalado por la Constitución para terminar el período presidencial, y el General PÁEZ, sin esperar el nombramiento de su sucesor, llamó el mismo día al Vicepresidente á encargarse del P. E., dando así una prueba más de su acatamiento á la ley, y poniendo sello glorioso á su glorioso período. Con tal motivo dirigió al Congreso un mensaje y á sus conciudadanos una alocución, ambos documentos preciosísimos que serán siempre un monumento de honor y gloria para su autor.

Separado del mando PÁEZ y vuelto á la condición de simple ciudadano, re retiró á su campo á fomentar sus intereses, pues no sacó del poder riquezas que le permitieran vivir con ostentación ni siquiera gozar de algún descanso; pero en cambio sus manos estaban limpias de peculado, su conciencia tranquila y llena de la gran satisfacción de haber cumplido con todos sus deberes y podía contar con el amor y gratitud de sus conciudadanos. Pálido sería, después de tánta gloria, todo lo que pudiera agregar de su larga y laboriosa vida política, dedicada toda al bien de la Patria.

Para concluir y borrar la mala impresión de mis palabras, oíd las muy elocuentes y expresivas del citado escritor señor doctor Urbaneja: "Orgullo de nuestra Patria será siempre haber sido durante algunos años una República, que en todo estuvo á la vanguardia de las Sur-Americanas; y glorias del general PÁEZ en particular haber comprendido el sentimiento republicano de Venezuela; haber contrariado y aun impedido el establecimiento de la monarquía en Colombia, y HABER SIDO EN VENEZUELA JEFE DEL GOBIERNO QUE, PUEDE DECIRSE, FUE EL FUNDADOR DE LAS VERDADERAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS. Glorias de hombre de Estado, que unidas, como hemos dicho, á las imponderables que adquirió en los campos de batalla, lo hicieron justamente acreedor á que las Repúblicas Sur-americanas, la Gran República Norte-americana y la noble y poderosa Francia, le tributaran grandes honores, á pesar de haber llegado á esas naciones proscrito y pobre".

¡Bendigamos al Todo-poderoso por habernos concedido este hombre verdaderamente providencial que nos dio Patria y Libertad! ¡Bendigámoslo por habernos permitido llegar á este gran día de solemne reparación y de justicia! [1]

HE DICHO.

1 Maracaibo, Imprenta Americana, 1890.

FELIX QUINTERO

En el Panteón Nacional,
el día 13 de junio de 1890

Ciudadano Presidente de la República

Señores:

Hay en la alborada de la vida una fuerza misteriosa que nos impele á intentar lo imposible.

Las primeras palpitaciones del corazón tienen una intensidad tan grande.

Se embriaga el alma con ansia tanta, enamorada de los bellos ideales que se proyectan entre los celajes de su aurora, que al desplegar sus alas mide el infinito como un punto y la eternidad como un instante.

Dijérase, que al ascender al éter juzga pesado el vuelo de las águilas y lenta la velocidad del rayo.

Quimera, señores sí, quimera. Vértigo de irresistibles seducciones, que me ha franqueado la altura de esta tribuna, sin que haya medido sus desvanecimientos y sin que la voz se anude en mi garganta. Quimera, en fin, que excusar puede mi audacia y que explica la excelsa é inmerecida honra que me han discernido eximios patriotas en esta hora solemne.

Para corresponder á ella, que sea conmigo vuestra indulgencia, porque la profunda emoción que me domina, al evocar mis recuerdos, al recoger mis impresiones, embarga mi palabra; para deci-

ros lo que pienso y lo que siento sobre el invicto Caudillo, cuyo nombre es el de un culto casi religioso de mi hogar, que profeso y que aprendí desde la cuna, y que cariñosamente he conservado siempre en el santuario de mis creencias.

La libertad, la dignidad y la justicia, restauradas en los altares de la República, para la fecha histórica en que debía celebrar la apoteosis del Ciudadano Esclarecido.

Milagrosa coincidencia. Manifiesta intervención providencial, que permite a la Patria rehabilitada, saludar sin rubor la memoria del hombre extraordinario que enalteció los primeros días de su vida política, como nación libre é independiente, con todos los trofeos que podían ostentar las conquistas de la civilización y del derecho: poniendo su espada victoriosa, el brillo de sus hazañas inmortales y el prestigio de su gloria deslumbrante, al servicio de la causa popular.

Venezuela, puede ya glorificar a Páez, al héroe mitológico de su grandiosa epopeya, porque sus días de luto han pasado, porque las tinieblas del engaño y de la mentira, huyen despavoridas ante la luz de la verdad que se dilata en los horizontes de la Patria.

Erguida y altiva, acaba de señalarle puesto de honor en el augusto templo de la fama, al lado de su hijo predilecto, de Bolívar, el genio que venció al caos con el fiat de su omnipotente voluntad.

El hosanna de la libertad, el hurra de las victorias, repercuten sus ecos desde "El Yagual", desde "Las Queseras", desde "Carabobo", como el himno triunfal que conmemora los estupendos prodigios de que fueron testigos.

Sublime abnegación. Sacrificios heróicos de que la historia no guarda ejemplo: fuera dado suprimiros, condenaros al olvido, mutilar de la gran tragedia sus grandes desenlaces, y entonces, y sólo entonces, la gloria de Páez dejaría de iluminarlos.

Pero más fácil habría sido borrar el océano, detener sus ondas, serenar sus tempestades. Semejantes a éstas las revoluciones que

conmueven profundamente los pueblos, se levantan gigantescas, vencen todos los obstáculos, se precipitan tumultuosas en pos de sus conquistas, y el día de tocar su límite tienen también su término, fijado por las leyes inmutables que las rigen y que nada puede abreviar, ni nadie prolongar. Llega la hora de la calma y de la reflexión. La luz de la verdad brilla en toda su plenitud. Los hombres y las cosas toman sus verdaderas proporciones. Y la justicia pronuncia su fallo inapelable.

Celebran las expansiones del patriotismo, entre aplausos y regocijos, el que en esta hora solemne nos congrega, refrendado ya a nombre de la conciencia nacional y aceptado por el partido político, que preside la transformación de la República y que prepara sus futuros destinos, por el partido político que como jurado de equidad y de justicia discierne a Páez los honores de la apoteosis en la conmemoración de su Centenario: por el partido político, que detuvo a nombre de la voluntad popular, el carro victorioso del invencible adalid, vencido al fin por la idea que fue su inspiración, por la idea que siempre nueva y siempre agitada e impaciente, sintió tardío acaso y lento a sus impulsos ya, el viejo veterano.

Magnífico espectáculo. Conmovedora reconciliación esta a que asistimos. La idea democrática, la idea liberal, la idea cristiana; la que desde Jesús hasta nosotros ilumina los horizontes del tiempo con sus vivísimos resplandores, dando el ósculo de paz al mensajero de sus victorias en los días de prueba, en los días de sus gloriosas campañas, y rescatando del oscuro seno del olvido, la memoria del que le consagró su vida, su genio y su valor para ofrendarlos a la admiración de las edades venideras.

Dos fechas se saludan en este día; dos fechas de profundo sentido, de alta significación política, como que marcan dos épocas genésicas, que la historia habrá de comparar y de explicar más tarde: mil ochocientos treinta, y mil ochocientos noventa. La una es el término de la gran tragedia. En esta otra concluye el gran drama. Aquélla la gestación de la independencia. Esta, la de los problemas políticos y sociales, que engendraron largas, terribles y dolorosas luchas.

¡Hemos llegado a la tierra prometida, asistimos en esta tercera época al advenimiento del derecho, de la justicia, de la civilización y del progreso!

Tended la vista por todo el ámbito de la República, estudiad al pueblo y al Gobierno, interrogadlos, abrid el gran libro de la historia, pesad en la balanza de la lógica los sucesos y los hombres, y todo, todo os dirá que hemos doblado el cabo de las tormentas.

Asomaos allá en la vieja Europa a escudriñar sus palacios, sus regias mansiones, y acertaréis a encontrar en una de aspecto bizantino entre blandos cojines y muelles alfombras, algo informe ya, algo que ya no vive sino del bajo centro y concluiréis que las leyes del mundo moral se cumplen irremisiblemente, y que los horizontes del porvenir de Venezuela no tienen ni una nube que los empañe.

Dos cumbres se destacan a la vista en este momento bañadas de luz: mil ochocientos treinta y mil ochocientos noventa. Sobre la una aparece el soldado de la libertad. Sobre la otra el soldado de la democracia.

Páez en aquélla, Páez, el hijo mimado de la fortuna, que acababa de asombrar al mundo en los campos de batalla, ostenta en su frente juvenil los laureles de sus épicas proezas, y se apresta a recibir del pueblo a quien va a consagrarse una vez más, la cívica corona, emblema de sus grandes virtudes y de su admirable abnegación.

Andueza Palacio, en la otra es el elegido de la Providencia, que se dibuja como una esperanza en la noche tenebrosa del pasado, a quien el voto popular presiente y presagia en un momento supremo. Su alma de temple varonil, enamorada de la verdad y de la virtud, que la preparan y la educan en la escuela de la adversidad, de las decepciones, le fortalece el corazón y le sostiene de pie en esa eminencia, saludando con la conciencia de su fuerza, al pueblo que le ha confiado sus destinos.

Habituado desde temprano a las complicadas peripecias de nuestra política. En posesión del raro talento que distingue al hombre de estado. Orador eminente, capaz de entusiasmar y de conmover a un pueblo descreído y de devolverle su perdida fe; dijérase, que flota milagrosamente en esta época de decadencia, para reencender al fuego de su palabra la sagrada llama del patriotismo, extinguida en la noche sombría de la autocracia, y de la fuerza que todo lo ha destruido, que todo lo ha manchado, que lo ha explotado todo, hasta poner en almoneda ese pedazo de tierra sagrado que regaron con su sangre los héroes de San Félix.

Andueza Palacio al cerrar ese paréntesis, de locuras, de extravíos y de crímenes, aparece en el solio del poder con una misión noble y santa: la de reconstituir la Patria y fundar la República definitiva, que yo alcanzo a ver desde aquí, coronada con todos los trofeos de la civilización y del progreso.

La gloria del Ciudadano Esclarecido, como la que va a conquistar el Primer Magistrado de la República en esta obra de redención que viene cumpliendo, fue en la primera década, por lo menos, de la existencia autonómica de Venezuela, gloria nacional, porque todos los elementos políticos y sociales que figuraron en aquella época, fueron sus colaboradores antes de dividirse en opuestos bandos. Ninguno puede reivindicarla para sí, pero tampoco desdeñarla: sus irradiaciones honraron y engrandecieron a la Patria entera, en aquellos días por desgracia, demasiado breves. Pertenece á todos los venezolanos, y a todos les cumple celebrarla y exaltarla.

Después viene el gran drama, pero es gigantesco y grandioso, y Páez que es su primer figura, todavía es grande como protagonista de sus trágicas peripecias, todavía tiene destellos luminosos, vencido o mártir o proscrito, y casi mendigo electrizando al pueblo rey de la América y recibiendo sus pomposas ovaciones; y los actores todos, casi todos que con él o contra él figuran, son también grandes, muchos de ellos alcanzan las proporciones de los gladiadores de la tribuna y del foro romano; disminuir, a Páez, pues, y eclipsarlos, es disminuir a éstos y eclipsarlos también. Pintar

esos días terribles con colores repugnantes, acumular sobre ellos espesas sombras, para proyectar espectros odiosos al favor de sus negruras, no dejarlos ver con las que le fueron naturales y que magnifican el cuadro, es insigne torpeza de las pasiones, porque es disminuir la Patria, porque es empequeñecerla y aun humillarla y deprimirla.

Por sobre todos los hombres prominentes que se destacan en el oleaje tempestuoso de aquellos tiempos, se destaca Páez, ora como Magistrado íntegro y patriota, ora como el rayo de la guerra, siempre magnánimo y abnegado, extraño a todo interés mezquino, siempre generoso y con las profundas previsiones del hombre de estado, cuando casi domina el conflicto, entregando el poder a su antiguo compañero que era también su rival más temible.

¡Y qué hombres esos que rodean a Páez o lo combaten!

La antigua Roma habría aplaudido a Juan Vicente González, apostrofando a Catilina desde la histórica tribuna.

Antonio Leocadio Guzmán, podría compararse muy bien a este ilustre faccioso: midió gran talla en los primeros tiempos de la República, su inmensa popularidad casi tuvo la resonancia de un apostolado.

Lander, es el ariete terrible que choca contra aquella formidable mole de granito, que es Quintero.

Michelena, habría ocupado dignamente una curul en el Senado de la Ciudad Eterna, y Rendón, honrado y enaltecido el tribunado popular.

Aranda, pensador profundo, se inclina al abismo, divisa la catástrofe y procura conjurarla. Los acontecimientos se encargarán más tarde de justificar las previsiones de su vastísimo talento.

Soublette, es el heroico piloto, que lleva muchas veces el timón de aquella nave próxima a zozobrar. Alma serena, espíritu recto e ilus-

trado, en los campos de batalla como en las luchas civiles, su numen será siempre la religión del deber. La famosa campanilla, conteniendo las masas populares desbordadas, es el más alto ejemplo de republicanismo y de valor estoico que registra nuestra historia.

Monagas, gloria de Colombia. Audaz y altivo, con dotes de caudillo más bien que de Jefe popular, llega tarde a la ardiente arena, en que el fuego de las pasiones había preparado la catástrofe.

Para aquella alma, de acerado temple, un prestado poder es la fatalidad que lo empuja y que precipita el funesto desenlace.

Toro, hombre extraordinario, a quien la Providencia concedió todos sus dones, talento universal, poeta de inspiración sublime, orador elocuentísimo. Atenas, habría honrado la memoria de este eminente ciudadano y venerado su nombre.

Urrutia, corazón dilatado por las expansiones de todo lo que es grande, noble y generoso, de austera probidad, su vida fue una historia de sacrificios y de abnegación.

Soñó reconciliar a los hombres por el sentimiento de la fraternidad, a la sombra de la hermosa bandera que ostentara los colores del cielo.

He aquí las figuras, y faltan muchas, señores, —ahora, deducid el cuadro—. Deducid las verdaderas proporciones de la que culmina entre todas ellas.

¡Páez! Voy ahora a contemplarte descendiendo al ocaso como el astro soberano.

Todavía eres grande. Ya en el crepúsculo de tu noble vida, sus tristes y vacilantes rayos despejan un momento el cielo oscurecido de la Patria, y la sangre humeante se orea, y detiene por instantes el estrago terrible y sólo tú pronuncias la palabra de paz.

Aquella tregua, que tu valor afronta y tu prestigio logra, a no haber sido, sabe Dios, cuando hubiera terminado la espantosa encarnizada lucha.

Hasta en esa hora aciaga, tienes que cumplir una misión ingrata y difícil, y la cumples, guiada la incierta mente, acaso por un designio providencial, porque ya tu grande espíritu oscilaba al viento de la muerte, porque ya la helada mano del tiempo, había enfriado tu alma y paralizado tu corazón.

La historia no puede tener dos conceptos sobre los grandes hombres, ni dos juicios. El hombre de dos faces es una quimera del Olimpo pagano.

Concluyamos. Páez es indivisible; en Páez no hay ni puede haber dualidades.

La posteridad, que casi somos nosotros, le ha juzgado, y coronándole con la espléndida aureola de su resplandeciente gloria, lo coloca en el augusto templo de la inmortalidad. *

* "El Pueblo" Nº 55, 14 de junio de 1890.

CLAUDIO BRUZUAL SERRA

En el Panteón Nacional,
el día 13 de junio de 1890

Ciudadano Presidente de la República,

Señores:

¡Qué obra tan grande la de nuestra Independencia!

¡Qué hombres y qué sucesos! Unos y otros corren el riesgo de ser mutilados en lo futuro, porque el historiador no habrá de hallar fácilmente la manera de darles ajustado encaje y natural acomodamiento en lo humanamente posible.

Si nos fuera dado remontar la corriente de los siglos, observaríamos que nuestros lejanos sucesores habrían de dudar de la obra de nuestros abuelos; pues media tal distancia entre la virtud y patriotismo de estos insignes patriarcas, y la abyección y decadencia porque ha pasado la generación de nuestros días, que se hace imposible concebir, señores, cómo y tan prontamente ha disipado el heredero el rico patrimonio.

De la obra de nuestra independencia debe uno decir con el malogrado escritor Cecilio Acosta: "Cual bramadores vientos desatados "del antro de Eolo, así se vieron derramarse en avenida inmensa "héroes, batalladores, paladines, varones de seso en el consejo, y "de pro en el día del combate; y se trabó la lucha, y el territorio "fue todo un humo de pólvora continuado que sólo se disipó con "el iris de la paz, y un choque y un estampido constantes de acero "y de cañón que sólo cesaron con la diana del triunfo. Todos los "llaneros se volvieron centauros, todos los serranos cazadores, todos

"los pescadores marinos... Todas las mujeres eran Porcias que "se herían en el muslo para probar su ánimo fuerte y lograr ser "iniciadas en los misterios de la alta empresa, y todos los hombres "Traceas, que protestaban en el Senado, o morían como Catón de "Utica por conservar ileso el alto honor de Roma. El sol no hacía "más que secar sangre, el viento que llevar hurras, el cielo que "presenciar destrozos, y las mesetas y sabanas que mantener exten- "didas, como una sábana fúnebre, capas de osamentas humanas, "la hierba ya hollada y seca con el correr y galopar de los bri- "dones".

En este magno suceso tocó a Páez larga y dificilísima tarea, en la cual debemos ocuparnos.

Después de tantos y tan caros sacrificios que costaran a nuestra patria los primeros años de la guerra de independencia, después de multiplicados combates, de cruentas luchas, de irreparables desgracias, cuando el León de Castilla tenía de nuevo entre sus garras la hermosa presa que le había arrebatado el Cóndor americano, que sofocado por la cólera hubo de remontar su vuelo para posar momentáneamente en un peñón del mar Caribe, y volver luego con mayor coraje a hollar victorioso la cumbre del Chimborazo, el Leopardo de nuestros llanos aguardaba bizarramente al León ibero, para vencerlo en cien luchas desiguales y postrarlo cansado y jadeante en las llanuras de Apure.

El año de 1815 tocaba ya a su ocaso, y con él agonizaba en el horizonte de la patria la esperanza de nuestra emancipación. La España volvía a levantar el estandarte de la monarquía sobre los campos memorables donde las armas republicanas habían alcanzado mil victorias gloriosas. Las escasas reliquias de nuestro ejército, los dispersados restos de la independencia, la familia patriota flotaba a la ventura sin rumbo ni piloto en medio de la ferocidad de los realistas, ávidos de sangre y de exterminio. Empero, señores, en momentos tan críticos, en días tan desesperados, el trueno de la guerra estalla otra vez en la llanura, retumba en la cadena de los Andes, y se dilata impetuoso por todo el continente. Las miradas

tornan a ese punto, y hacia él acuden todos los peregrinos a formar voluntarios en las filas de la libertad y del derecho, ultrajados y abatidos por el indomable castellano.

Aquí de Páez magníficas proezas! Aquí del héroe la gloria inmarcesible!

Páez fue entonces, señores, el conductor de esas preciosas reliquias, el depositario de la suerte de Venezuela; en él se hizo carne el verbo de la Independencia para llevar de triunfo en triunfo las armas nacionales hasta la cumbre de la gloria en el campo inmortal de Carabobo.

¿Quién es ese hombre generalmente desconocido, sin luces, sin escuela, cuya mirada no abarca más allá de las llanuras en que ha respirado valor y libertad? ¿Quién es ese pastor de forma atlética, que así vence al centauro cuerpo a cuerpo, y doma con su brazo el fogoso corcel, como luego oprime y estrangula al león soberbio de Castilla? . . .

Páez fue, señores, en los comienzos de su carrera un instrumento ciego, un factor inconscientemente eficaz en la obra de nuestra independencia; pues el medio social en que naciera, estrecho, limitado, no permitía un desarrollo cerebral completo que pudiera mover en el hombre los grandes ideales de un estado social notablemente adelantado; pero luego que sus hazañas llevaron en torno suyo el séquito de la fama, y le colocaron en superiores condiciones, supo ensanchar los dominios de su gloria, y figurar entre los primeros de nuestros libertadores por su valor y patriotismo.

Volúmenes inmensos podrían llenarse con la narración de sus proezas en los llanos de Venezuela, y ni aun en forma de efemérides cabría en los límites de este discurso.

Mata de la Miel es todo un poema épico digno de ser cantado por un Dante, que supliera con las maravillas de su imaginación cuanto del heroísmo quedó envuelto en las tinieblas de la noche.

En El Yagual, el valor puso dique a sus propias retiradas para que en último caso la desesperación decidiera del triunfo.

Mucuritas, donde la estrategia de nuestros lanceros hace prodigios inauditos, y en número excesivamente menor acuchilla y desguaza en repetidas cargas la caballería enemiga, pone asombro al ejército expedicionario y hace cambiar a Morillo sus planes de campaña.

El Rastro, La Cruz, Guayabal, y tantos otros laureles conquistados en famosos combates, que bastarían por sí solos para conducir al héroe de las pampas en marcha triunfal por el camino de la gloria y darle distinguido hospedaje en el seno de la inmortalidad.

Pero hay que hacer alto en el camino de estas proezas, porque aquí ocurre algo sobrenatural que nos deja estupefactos: es un hecho sin segundo en los fastos del valor, que un gallardo escritor contemporáneo * ha glosado en páginas brillantes, dignas de formar con la Ilíada un solo y mismo tomo.

Al despuntar la aurora del dos de abril de 1819, el numeroso ejército de Morillo, y las huestes republicanas con Bolívar a la cabeza se miran frente a frente a las opuestas riberas del Arauca. Se miden, se apostrofan, se desafían con singular denuedo.

El raudal caudaloso que los separa impide librar una batalla. Tal inacción aumenta la impaciencia natural del Libertador, que desearía desviar con un sablazo el invariable curso de aquella gruesa arteria, que le intercepta por un momento el camino del triunfo.

Y el tiempo corre; y los instantes son preciosos para la causa del derecho. ¿Qué hacer en tan embarazada situación?

Aquí viene Páez a romper el imponente silencio con uno de sus más imprudentes arrebatos. Ni tiempo dio al Libertador para apreciar en sí la locura que había de poner por obra aquel grupo de bravos gladiadores. Pensar y hacer todo fue uno.

---

* Eduardo Blanco.

Con ciento cincuenta de sus mejores lanceros en briosos corceles se arroja en el Arauca. Allí se enfilan, blanden la empavesada lanza, y llenos de entusiasmo reciben el postrer saludo del ejército republicano. Luego enderezan sus bridones sobre el campo del enemigo que asombrado contempla audacia tanta; que los mira acercarse, distingue perfectamente sus facciones, y duda, todavía de la realidad de aquellos héroes. Pero se estrecha la distancia a medida que el asombro crece, y el enemigo se prepara a destruir de un solo golpe aquel grupo demente que osa pasar con sus caballos por encima de la misma artillería realista. La roja mecha toca a un mismo tiempo el cebo de los cañones y una lava de fuego atronador envuelve aquel puñado de gigantes, que con mayor braveza aparecen de nuevo sobre las bayonetas enemigas, golpean con el cubo de la lanza el soberbio escudo castellano, y tratan de aplastar el formidable ejército con los cascos de sus pujantes y ensangrentados caballos.

Inútil afanar, es imposible galopar sobre una sabana ardiente erizada de puntas de acero. Los fogosos corceles relinchan, se encabritan, y sacudiendo el freno, resisten noblemente a la ejecución de aquel delirio sublime.

Mas ya los poderosos brazos del ejército los estrechan en un círculo de fuego; y vuelven sobre sus gloriosos pasos; y, cual ola impetuosa que lame y arrebata frágil dique de movediza arena, el pecho de nuestros caballos y la punta de nuestras lanzas y el filo de nuestras cuchillas, empuja, destroza, rompe la valla formidable que se opone a sus tremendas iras.

Desbordados en la llanura extensa aléjanse en aparente fuga aquellos hijos de Marte, y el furioso enemigo lanza en su persecución mil y tantos jinetes, que juzgan ya segura la atrevida presa. Desdichados! Los perseguidos moderan lentamente su rápida carrera para estimular a los perseguidores en su infeliz propósito. Y ya se aproximan; ya preparan sus lanzas al tremendo golpe. De súbito, un grito aterrador, un rugido de fiera estremece las pampas y a la estentórea voz de Páez, los perseguidos todos revuelven contra aquella

mole inmensa, contra aquel monstruo gigante que viene sobre ellos en precipitado desorden, y no pudiendo contenerse en tan estrecho espacio, se estrella contra el pecho de nuestros caballos, se envasa en nuestras lanzas y comienza a vomitar cataratas de sangre.

Horrorizado, aturdido, deshecho, huye en veloz derrota a ganar el campo de los suyos, quienes, encargados de completar nuestra victoria, esperan a los derrotados en la punta de sus bayonetas, menos temibles que nuestras ya melladas lanzas; y entre dos olas de fuego abrasador, loco, desesperado, sin salida, ahogándose con su propia sangre, rompe y desorganiza el ejército de Morillo, lo arrolla, lo mutila, y con él se interna fugitivo en el vecino bosque. Un ¡viva la República! resuena por el ámbito, y rueda con la sombra de la noche, que se extiende como fúnebre sudario sobre aquel campo de muerte.

. . . . . .

Fecha memorable, señores, en los anales de la historia; a ella irán unidos eternamente el nombre de Páez y de los ciento cincuenta héroes vencedores en Las Queseras!

Y como digno remate, como coronamiento feliz de la ya dilatada heroicidad de este hombre singular, viene luego aquella acción gloriosa en que fue el brazo fuerte de Bolívar, el blanco donde se embotaron para siempre en Venezuela las armas españolas. —Carabobo es lo sublime de la epopeya—. ¡Qué día tan grande, señores! El Templo de la Gloria abrió de par en par sus puertas todas, para que a él pudiesen entrar con algún orden tantos y tan magníficos héroes que llegaban en tropel a sus soberbios pórticos, sin que mediara tiempo a preparar merecido festejo a tan altos bienvenidos.

En fin, señores, en donde quiera que la causa de la independencia reclamó el valor, el heroísmo, el sacrificio, para llegar al triunfo, allí fue Páez el primero en prodigarlos con éxito admirable.

El vasto proceso que encierra esta primera jornada de su vida, está definitivamente sentenciado por la historia; y en ese fallo

luminoso figura como acreedor privilegiado a la eterna gratitud de la patria. Su influencia fue decisiva en la suerte de nuestra existencia nacional.

El hecho de haber encarnado Páez el elemento popular de nuestra independencia, unido a los hermosos laureles que había alcanzado con junto orgullo, le valieron ser llamado a la Jefatura de la entonces provincia de Venezuela en la efímera República de Colombia.

Aquí comienza otro período de la vida de nuestro héroe, en que sobresale como punto culminante la disolución de la gran República, hija predilecta de Bolívar. No todos los juzgadores están contestes en la apreciación de este importante suceso: quiénes miran en la disolución de Colombia un acto de traición, un hecho nefasto; quiénes la consideran como obra inevitable, resuelta de fijo en la voluntad popular y en la naturaleza misma de las cosas.

No es menester, señores, ir al año de 1826 a buscar el origen de la revolución, para juzgar de la conducta que debiera asumir Páez en los sucesos ulteriores, hasta el feliz desenlace de nuestra separación. Los acontecimientos lamentables de ese año, los dejaremos sepultados bajo la pesada lápida donde el Libertador escribió estos conceptos: "Ahoguemos en los abismos del tiempo el año de 1826"...

. . . . . .

Colombia, sublime inspiración del genio de Bolívar remontando los tiempos, fue una hermosa estrella que brilló en el cielo americano, para iluminar el camino de la independencia, y fijar el rumbo de la libertad y del derecho en el mar desorientado de la guerra; pero una vez asegurada la paz, libre el territorio de toda amenaza extranjera, consolidada en fin la obra de nuestra emancipación, los vínculos que unían la gran República comenzaron a relajarse desde luego, y Colombia no tenía ya otra fuerza de cohesión que la preciosa existencia del Libertador.

Granadinos y venezolanos querían la separación por propia conveniencia, y la separación era por consiguiente inevitable; y si alguna duda o vacilación hubo al principio en la libre manifestación de la voluntad popular, ello fue sin duda por el prestigio que daba a su obra el nombre de Bolívar, quien la amaba con tal delirio, que recibiendo en su mezquino lecho el beso helado de la muerte, murmuraba... Colombia!

La justicia es inexorable, señores; aunque los más caros afectos, los más tiernos sentimientos, griten desde el fondo del corazón, la voz de la conciencia honrada se impone siempre con la serena majestad de la justicia. Así acontece al tratar de este suceso.

Merece absoluta reprobación en los tiempos de que hablamos, la falta de miramiento a la persona del Libertador, la ingratitud, señores, a que las pasiones políticas condujeran a los separatistas; pero poniendo a un lado todos los excesos, y estudiando solamente la revolución en sí, mi conciencia me dice que la separación de Venezuela era un hecho inevitable, reclamado por la propia conveniencia política y económica. Si Páez, torciendo el curso de la voluntad popular y de la opinión ilustrada, hubiera opuesto su importante valimiento a la revolución, habría incurrido en una grave responsabilidad, y hoy pesarían sobre su memoria los lamentables estragos de una guerra injustificada y estéril.

Empero, señores, debo decirlo llanamente, siento aquí dentro del pecho un pasador agudo cuando miro a Colombia expirando en brazos de Bolívar: último golpe de la suerte que le hirió tan rudamente en lo íntimo del corazón, que aquel genio infatigable hubo de sentir por vez primera el ánimo cansado; y tomando entre sus descarnados brazos la hija de su amor, fruto de tantos desvelos, la oprime contra su lastimado corazón, recoge su último suspiro y cae desplomado al peso del dolor.

Ah! Si nos fuera dado juzgar y decidir con el sentimiento, Bolívar debía expirar en brazos de Colombia, y no Colombia en brazos de Bolívar!

Constituida Venezuela en Estado autonómico, era lógico y natural que tocase a Páez el ejercicio del poder ejecutivo. Así sucedió en efecto, y es de justicia confesar, señores, que aquel famoso guerrero que llegaba a la cumbre del poder con toda la autoridad de sus hazañas militares; acostumbrado a pesar las cosas con el valor y a decidirlas por las armas, supo colocarse a la altura de su nueva misión, oyó la voz del sabio, el discurso de la razón, el consejo de la prudencia: y colocó sobre su espada el libro de la ley.

¡Qué infancia la de nuestra República! ¡Qué hombres aquellos, señores! Todo estaba por hacerse y casi todo se hizo; y lo hecho llevó el sello de la justicia, la aprobación del derecho, el seguro de la libertad y la garantía del patriotismo. Baste decir por todo elogio, que de aquel orden de cosas surgió al poder el eminente Vargas, que ni siquiera aspiraba a ejercerlo, y que lo aceptó por deber ineludible de buen ciudadano. ¡Qué ensayo tan magnífico para la República! ¡Ojalá recuperase ahora, el juicio, el vigor y el patriotismo de su infancia!

La elección de Vargas, satisfacía hasta el colmo el ideal de un buen gobierno, pero contrariaba aspiraciones militares, que muy pronto sembraron la discordia en donde sólo debió reinar la armonía y abnegación del patriotismo; y surgió el desorden, y sobrevino el atentado con sus tristes consecuencias, y Páez, señores, simple ciudadano recreado en su obra desde su apartado recogimiento, hubo de asistir al llamado del Gobierno; y sólo con el influjo de su nombre y el brillo de su gloria y la justicia de la causa, dio acabado término a tan lamentable suceso, y colocó nuevamente el Estado sobre los rieles de la Constitución.

Y la República siguió viaje feliz por el camino del progreso, llamando la atención del mundo civilizado, marchando como experto guía delante de las Repúblicas hermanas, y figurando, no obstante su menor edad, en el Congreso de las Naciones más avanzadas, en donde supo discurrir con madurez de juicio y alcanzar merecido respeto y digna estimación.

En fin, señores, por largos años consiguió Páez, ya como mandatario, ya como apoyo eficaz del Gobierno, que Venezuela disfrutase de los fecundos beneficios de una paz bien entendida, en que el derecho corrió por el cauce natural de la humana justicia, sin estorbos que desviasen su curso ni sangraderas que mermasen su caudal; hasta que otra vez sobrevinieron las calamidades de la guerra, motivada por la inmovilidad del partido gobernante; porque, como dice un escritor:* "olvidaron los hombres ese partido "que se gobierna tanto en la oposición como bajo el solio, y que "ocasiones hay, y son frecuentes, en las que si el poder es de los "magistrados, la autoridad es de la censura que los contiene, así "como en la náutica no basta con estar al timón cuando hay co-"rrientes profundas y poderosas que marcan contrario rumbo".

. . . . . .
. . . . . .

Por último, señores, el anciano respetable que había costeado a tan alto precio la existencia de la patria, acreedor por inalterable ejecutoria a la eterna gratitud de Venezuela, llegó al cabo de su larga existencia en extranjera playa, comiendo el pan del pobre, amasado con el sufrimiento de la proscripción y el acerbo dolor del desengaño. Pero ha sonado la hora de la reparación y la justicia, y la patria agradecida, ha traído sus preciosas cenizas al sepulcro de sus libertadores y celebra hoy con espontáneo fervor y pompa inusitada, la solemne apoteosis del ínclito varón que supo muchas veces llevar la probidad del magistrado, hasta donde fue el heroísmo en el campo inmortal de Las Queseras.

He dicho.[1]

---

* Doctor R. Becerra.

1 "El Pueblo" Nº 56, 16 de junio de 1890.

EDUARDO BLANCO

En Caracas, el 23 de mayo de 1905

Ciudadano General Presidente de la República:

Compatriotas:

En bronce al fin! En el glorioso bronce: el llanero inmortal, el héroe legendario, el fundador de la República!

Tarde ¡oh, Patria! muy tarde para tu propia gloria y tu injusticia, ostentas hoy de modo escultural en el Olimpo de tus grandes hijos, de tus preclaros bienhechores, al más prestigioso al par que combatido de tus antiguos paladines. Para ello, acontecimiento trascendental, circunstancia propicia á vencer no el olvido, que no cabe ser olvidado lo que honra y enaltece, sino á desagraviar la patria historia y el patrio heroísmo, necesario ha sido que otro héroe, enamorado cual nuestros héroes clásicos de la gloria inmortal, sin dolientes tristezas por nuestras augustas excelsitudes, y ardiendo en el santo amor de la Justicia y en el más acendrado de la Patria, descendiera un día como violento alud de la alta sierra andina; probara el temple de su alma y de su espada en cien recias batallas; escalara audaz la tremante montaña del Capitolio patrio, preñada de tempestades y de rayos; se irguiera en ella vencedor hasta de las más intransigentes ofuscaciones banderizas; y viniera á romper con el invicto acero, la murada puerta del limbo tenebroso, donde la mezquina rivalidad y el dolor de la ajena fama, pretendieran mantener *ad perpetuam,* la figura resplandeciente del primero de tus egregios hijos ¡Venezuela! en las lides de la emancipación, después del Padre de la Patria.

La puerta del oprobioso antro cae hoy hecha pedazos al golpe de la espada de Cipriano Castro. Huyen las sombras en mala hora opuestas á la luz, y reaparece á nuestros ojos el insigne batallador y el magistrado insigne, aquí en la cima del sacro monte de nuestras libertades, recibiendo en la olímpica frente esclarecida el beso de la gloria; así como en la férrea lanza de las portentosas heroicidades el fuego reverberante del almo sol que le sirvió de nimbo al primado de nuestros semi-dioses.

Sí! ahí estás! ¡oh pujante dominador de las más temerarias empresas! "Todos te reconocen por el marcial denuedo, por la figura atlética, llena de majestad, conque plugo á la naturaleza asemejarte al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que vive aún en la memoria de los pueblos americanos exornada de atributos mitológicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero".[1]

Ahí está! Es el mismo batallador de las estupendas hazañas, émulo de los más brillantes paladines, consagrados por altísimas ejecutorias en la memoria de los hombres!

Es él! El invencible! El pregonado á todos los vientos por los clarines de la Fama! El Cid Campeador de nuestras épicas tradiciones! El Páez incomparable de 1819! Sin igual en los fastos de la intrepidez y la osadía... Y ése, el corcel indómito de las fabulosas empresas; de las mil recontadas heroicidades: ímpetu irresistible en "El Yagual"; reto osado en "La Miel"; huracán de fuego en "Mucuritas"; asombro en "El Diamante"; pasmo en "Las Queseras"; y símbolo de libertad consagrado por siempre en nuestro escudo, después de "Carabobo".

Así triunfaste, ¡oh Páez! Así como te vemos te ofrendó el destino el inmarcesible laurel de todas las victorias! Bien estás en tu fiera arrogancia! Tu formidable brazo blande la ponderosa lanza, rayo exterminador en las batallas, y consagrado quedas á la posteridad,

1 "Venezuela Heroica".

en el supremo instante de inaudita osadía, de intrepidez inconcebible, al gritar á tus llaneros: "Vuelvan cara!" en el campo inmortal de "Las Queseras".

II

La historia militar de este hijo afortunado de Venezuela, ¿a qué narrarla? Escrita como está con hechos refulgentes en nuestros fastos populares, nadie la ignora, y vive al par de las sucesivas y más recientes glorias de la Patria, como dechado de nuestro ayer esplendoroso y ejemplo imperecedero de probadas virtudes.

No existe, no, un solo corazón venezolano que no se haya sentido estremecer hasta el delirio del entusiasmo, con el recuento de las proezas casi mitológicas, de aquel campeón extraordinario; y que luégo no palpite poseído de noble orgullo al saludar en tal héroe á un compatriota.

No obstante, no pára allí su nombradía ni la excelsitud de su destino. Otra faz de su vida, otros arranques de su alma generosa, lo encumbran á porfía. Ascendamos á beber en la fuente de la verdad histórica, las auras vivificantes de aquellos días genésicos de la libertad y la República.

Asistamos á la transfiguración de Aquiles en sacerdote de la Ley. La fulgurante, deslumbradora espada, ocúltase improviso entre un manojo de laureles, como se esconde momentáneamente el lampo del astro-rey tras nacarada nube; y ver se deja en la risueña aurora de otra época, que á manera de escudo proteje el haz sagrado donde brilla el rayo de la guerra, la toga del Magistrado eximio, con que se complementa la dualidad galardonada por la gloria á quien nombramos Páez.

Hasta hoy, los aplausos ruidosos, las alabanzas encomiásticas, los ditirambos hiperbólicos, se han prodigado únicamente al héroe, al brazo poderoso, al genio militar; otorguémosle ya, siquiera sea un recuerdo, al íntegro repúblico, al reorganizador, si no al creador de nuestras democráticas instituciones.

Abramos, señores, el gran libro de nuestros desastres y de nuestras victorias: amarguras y triunfos que nos consagran ciudadanos de una Nación altiva y soberana; y veamos cómo se desenvuelven en la paz, los acontecimientos que en la guerra alcanzaran mayor relieve y poderosa intensidad.

Para el privilegiado caudillo de las pampas, como para los más de sus egregios conmilitones, fué le lucha elemento de vida y numen tutelar, á cuyo impulso asciende Páez, entre huracanes, á la región suprema donde sólo se mantienen las águilas. Luchar, vencer, tornar á combatir y no flaquear jamás en el propósito jurado de libertar la Patria, empeño fué de tan esforzados campeones. Pero la guerra magna, la formidable guerra de nuestra independencia, pregonera de triunfos y prodigios, plegaba al cabo de quince años de persistente lucha, las gigantescas y ensangrentadas alas. Apagado quedaba el estridor de las batallas, vencido y asombrado el secular dominador. Con los albores de una nueva era, conceptuada de rehabilitación, para los pueblos redimidos, prevalece sobre el esfuerzo trágico, la aspiración sublime á cimentar la República victoriosa y sus instituciones, en la inquebrantable base del derecho, de la justicia y de la ley. Aunque insegura todavía la paz, dada la efervescencia de las pasiones que no alimenta ya la cruenta lidia, vigoriza y alienta toda tendencia generosa. Apacibles rumores de políticas controversias, que en breve han de trocarse en explosiones sediciosas, se sustituyen al fragor de las armas, y el campo de la ardorosa lid, esterilizado por el continuo batallar, tétrico, pavoroso, poblado de rencores y de crueles memorias, durante tantos años, reverdece á la luz de nuestro iris victorioso y se cubre de palmas y de flores.

Nuevo sol alumbra nuestro cielo: sol radiante, fecundo en gérmenes propicios á la libertad y á la democracia, ganadas para siempre con el esfuerzo bélico y la virtud patriótica, de aquella generación incomparable, que vió surgir del seno mismo de las colonias españolas, las nuevas nacionalidades emancipadas por Bolívar: creaciones del genio y de la espada.

Y otros días vienen y se imponen con la sanción de los hechos consumados, á los días transcurridos en el afanoso batallar: días también de combates, de sacrificios, de meditaciones austeras, de lógica gestación de acontecimientos civiles, engendrados al calor de las ideas surgidas tras el centelleo de las lanzas y los estampidos del cañón. Y así como la guerra tiene apremios violentos, en que todo se sacrifica á la necesidad suprema de vencer; la paz impone exigencias ineludibles... Cubrir las desnudeces, las deformidades y las úlceras, originadas por el desgarramiento del derecho individual y de los intereses colectivos en una larga lucha, con el manto de la clemencia, del orden administrativo y los fueros de la justicia, es misión sacratísima cuando con ello se le devuelve al pueblo, en cambio de la sangre derramada, libertad y progreso.

Aquellos hombres, los del ímprobo esfuerzo habían dado á la Patria cuanto poseían, sin regatearle un solo sacrificio, hasta hacerla independiente y soberana de sus posteriores destinos.

Bolívar, como el Zeus griego, ceñido de relámpagos, la espada-rayo en la potente diestra y arrebatado por el ciclón de las batallas, había cruzado la América española desde el Avila altivo hasta el Desaguadero, fulminando los enemigos de la Patria. Sin reposo en su obra redentora, posado había la planta audaz en las más altas cimas, apagado con su tonante voz el bramido de los volcanes, el fragor de las pasiones concitadas, y llevado del uno al otro océano nuestras banderas victoriosas, resistiendo el furor de todas las tempestades... Su altísima misión cumplida queda: de esclavos hace libres; de vastos territorios sometidos al cetro de Castilla, naciones soberanas: y fué la Gran Colombia, y el Perú y Bolivia; y afianzadas en sus derechos autonómicos quedaron Chile y la Argentina.

La alteza del hijo máximo de Caracas no tiene límites, ni quien en la Historia la supere. El Héroe, el Independizador, había llenado su destino; destino excelso que lo singulariza no solamente entre los más esclarecidos batalladores por la libertad en aquella su época, sino entre los más conspicuos capitanes y civilizadores de todas las edades!

Mas, ah! no consolida el Libertador su magna obra, aunque lo intenta á su manera de Júpiter tonante, con la severa disciplina del campamento; acaso sin mayor fe en las instituciones tantas veces proclamadas, por efecto de errada apreciación, justificada más o menos, en cuanto á la moral política, y á las tendencias disociadoras que minaban no pocos de los pueblos libertados. Pueblos anárquicos por naturaleza, difíciles de armonizar en ideas colectivas, recelosos y desconfiados entre sí, sometidos al rigor de la fuerza, desapoderados y levantiscos en la paz, que ambiciones mezquinas seducen y extravían, procurando escisiones profundas, cual las que ahondan con ahinco las envanecidas medianías á raíz de todo intento afortunado, de toda victoria trascendental, esclarecida, cuando la gloria corresponde en justicia á un hombre extraordinario.

No obstante, pues, su preclara inteligencia, su ingenio, su energía, fracasa el Libertador en el propósito de afianzar á Colombia por medio de una Constitución esencialmente conservadora; y agotada la poderosa naturaleza humana, en la gigantesca labor de su destino; herida de pesar su noble alma en la dolorosa certidumbre de no poder vivir en su obra predilecta; dice adiós á la vida, y déjase morir con inmensa amargura...

Sin el lazo de aquella incontrastable voluntad, ya en el ocaso de su redentora misión, las tres naciones que reunidas, formaron á Colombia, pugnan por desunirse. Venezuela da la primera, como en toda ocasión, el atrevido ejemplo. El pacto que estrechara el peligro común, la voluntad del Padre de la Patria y las necesidades de la guerra, se rompe al fin, y desaparece la Gran Colombia junto con su creador.

Imponíase con apremio para Venezuela el desmembramiento de la Gran República militar, en las postrimerías del Libertador, como lógica consecuencia de poderosas causas que á nadie se ocultaban; prevaleciendo entre ellas, la que de modo cruel y persistente aguijoneaba, de muy atrás, el puntilloso orgullo nacional, —mejor,— venezolano, á recuperar su autonomía, y salir de la penumbra, del

alejamiento en que se le mantuviera de los negocios públicos, de las decisiones gubernativas, de la política palpitante, opuesta á veces á las liberales aspiraciones de la Patria del 19 de Abril y del 5 de Julio, simple Departamento asaz remoto, del todo múltiple gobernado por Bogotá, donde al solo querer de la Metrópoli se hacía luz ó tinieblas. Mientras que Venezuela, la iniciadora del gran proceso bélico, *Caput maxima* y formidable espada de la Revolución, cuyo esfuerzo titánico sembrado había de incontables victorias el Continente Sur Americano, y enrojecido con la sangre generosa de sus hijos las perpetuas nieves de Los Andes; las llanuras de Junín, las cumbres y hondonadas de Ayacucho, los ventisqueros de la que hoy es Bolivia y los torrentes y caudalosos ríos, en apartadísimas regiones, donde los cerriles potros del Apure, tras reñidas jornadas abrevaran siempre vencedores; permanecía como olvidada, como excluída, del concierto civilizador de las otras naciones, no apurando en la copa de la fraternidad política que le ofrecía en rigor la hermana prepotente, sino lo amargo de su condición subalterna, cuando orgullosa de su esfuerzo, de su gloria, no superada ni igualada, capaz sentíase con sobra de razón, de ser cabeza y centro intelectual del vasto imperio libertado por su hijo inmortal!

Todas estas razones y otras de mayor peso no apuntadas, por respeto y amor al Padre de la Patria, no se le escapan al propio Libertador. Ellas conturban su ánimo apesarado, con especialidad en los últimos días de su vacilante poder... De "imprescindible y necesaria" califica la separación de Venezuela ante sus íntimos amigos, esforzándose en legitimarla en la opinión de sus Ministros. Más claramente la insinúa luego dándose á meditar en la manera de efectuarla y en los medios más adecuados; medios que han de venir acordes con sus propios propósitos y con las exigencias de la política, ya entonces para él tempestuosas y crueles.

En rigor histórico, la separación de Venezuela era cosa resuelta en el criterio de Bolívar. La unidad de aquel inmenso todo pugnaba con las aspiraciones, enérgicamente manifestadas, al fraccionamiento de las partes. No daña á sus autores el hecho en sí de la

disolución de la Gran República; y caso de pecar, como se ha dicho, por la oportunidad, (rechazada cual ha de ser por parricida, la virulencia de algunos exaltados, y por innecesaria la cueldad de los decretos conminatorios contra el augusto escarnecido), fue aspiración de toda Venezuela con muy contadas y raras excepciones. Libremente expresado el propósito de la separación por todas las Municipalidades del Gran Departamento, lo suscriben y encabezan lo más eminentes ciudadanos.[1] Y sin vacilaciones, debe decirse que partió del corazón de nuestro pueblo el anhelo trascendental á recuperar su autonomía.

Ahora bien: si Colombia la grande, la inmortal Colombia fué Bolívar; Venezuela, la indómita y gloriosa, sometida al imperio fecundo de las leyes, fue Páez! A su amparo se fundan las libres instituciones patrias; á su amparo la justicia y la ley son reverenciadas. Marte inviste á Minerva con la absoluta soberanía del pueblo redimido por las armas, y leyes sabias, generosas, benéficas en suma, para los tiempos que corrían, emanan del Congreso Constituyente de 1830, protegidas y sustentadas por el perínclito caudillo de las pampas, cuya abnegación como ofrenda propiciatoria en el altar sagrado de la Patria, no se hace esperar.

Así dirígese al Constituyente al abrir éste sus trabajos, diciendo: "Mi espada, mi lanza y todos mis triunfos militares, están sometidos con la más respetuosa obediencia á las decisiones de la ley... Yo devuelvo á la soberanía del pueblo las facultades de que me había investido... Lleno de placer me considero desde hoy reducido á la clase de simple ciudadano..." Y ésto no fue dicho solamente con los labios, sino llevado á la práctica con hechos y procedimientos irrecusables.

Las más conspicuas inteligencias en las letras, las ciencias y las armas, rodean al héroe ciudadano, quien ante la majestad de la República rinde la espada prepotente, la temida espada, que de la

1 Véase la nota al fin del discurso.

oscura condición de pastor, en las llanuras del Apure, lo había elevado al solio augusto de Director Supremo de los destinos de la Patria.

¡Oh fortuna la tuya, batallador magnánimo! Si alguna gloria emular puede la de tus marciales proezas, es la fúlgida inmarcesible gloria cívica, que corona tu frente con renovados y pomposos laureles!

Ya no será hueste impetuosa de centauros, la que al clamor de bélicos clarines lleves á la victoria tras encarnizados combates: sociedades científicas, agrupaciones de letrados, Municipalidades y Congreso, te acompañarán en la nueva labor de conquistar el mayor caudal posible de bienes generales, para resarcir la Patria amada de los desastres de la guerra. Y si de nuevo te toca combatir, no será sino por sostener el pacto ya jurado, defender de extraviados propósitos las instituciones proclamadas, y consolidar la República democrática sobre la base inconmovible de la Constitución, reclamando piedad para con los vencidos, como en 1836! Y ¡qué transformación! ¡Qué cambio más singular y civilizador! Aquella su ingénita arrogancia y su porfiada terquedad de los días juveniles, en las guerreras aventuras, cede y se inclina ante la alteza de la Ley: deidad severa á quien le rinde culto reverente, y ante quien se prosterna como el más dócil y humilde de sus conciudadanos!

Nadie en justicia, negarle pudo nunca tan eximias virtudes, en las que resplandece la probidad por sobre todas. Mas no sorprende semejante elevación de sentimientos, en quien magnánimo y generoso por naturaleza, pasó gallardo y sin mancilla por las terribles represalias de la guerra á muerte, y tuvo siempre proscritos de su alma el odio y la venganza... Y distintivo característico de su gran corazón, fué la bondad risueña, no la austera, realzada por un vivo destello de alegría juvenil, que no amenguaron ni los dolores ni los años; conservando hasta el fin de sus días un férvido entusiasmo por los ejercicios corporales en que predominaba, por las épicas narraciones que sabía cincelar con extremada gracia, é iluminar con genial colorido; así como se complacía en violentí-

simos contrastes, como el de la música melódica de tenues ritmos melancólicos, que convida á soñar vagarosas idealidades, y el estruendo de los rugientes bronces, de los sonoros atabales, de los vibrantes y agudos clarines que el ánimo avigoran y enardecen. Ni era menos entusiasta admirador del valor extremado, el desprendimiento generoso y la virtud humilde.

Si más deseáis saber de aquella alma superior, abrid la Historia, interrogad las nativas tradiciones, compulsad nuestras épicas leyendas, no desmentidas ni amenguadas, y colmados serán vuestros deseos. No obstante, permitidme apuntar, aunque someramente, dos hechos nada más, que bastan á revelar todo un carácter.

III

Retrocedamos un instante á los remotos tiempos de la ruda labor, del combatir á muerte por la anhelada libertad...

Allá, á lo lejos, la extendida sabana... con el sol alto... y un recio cuerpo de jinetes, la flor de los lanceros del Apure, que va de prisa de una á otra batalla... ¿Quién lo rige? Lo imagináis, presumo. Y van con él la fe en el triunfo, la seguridad de la victoria... La hueste va callada, es consigna el silencio y se aleja serpenteando en la llanura... Improviso resuenan airadas voces en los escuadrones de vanguardia... ¿Cuál es la causa? Fruncido el ceño la inquiere Páez, y ordena callar al atrevido que osa violar sus órdenes... Los caballos al trote, levantan de la abrasada pampa nubecillas de polvo, y continúa la marcha como antes silenciosa. No tarda, empero, en repetirse el ruidoso altercado; no ya voces violentas, sino gritos rebeldes, estallan con estrépito... Nuevo requerimiento... mayor desobediencia! La insubordinación á cara descubierta hace alarde de audacia!

Colérico, refrena Páez el espumante potro, se empina en los estribos con terrífica arrogancia y á voces pide el nombre del temerario á quien se apresta á castigar... Con estentóreo grito lo dice al punto un mocetón robusto y altanero, de reconocida valentía, que entre remolinos de polvo hace caracolear su fogoso alazán...

Un rayo surge: es la desnuda espada del invicto Caudillo que salta á tierra retando á singular combate al insolente que ha osado replicarle. En la improvisada palestra, extenso circo que forman los llaneros del Estado Mayor y de la escolta con el pecho de sus caballos, no se hace esperar el desafiado. Los enardecidos adversarios se acometen, crúzanse relampagueando los aceros, y rápidos se asestan ó se paran las repetidas estocadas, en medio del silencio y la completa inmovilidad de los espectadores. Un desarme violento cambia la faz del duelo: libres las manos, los extendidos brazos se entrelazan con furia en poderosa lucha de cortísimos instantes. El más pujante de los membrudos gladiadores derriba á su contrario con formidable esfuerzo; se estremece la tierra al recibir el golpe de aquel pesado cuerpo que le arrojan con extrema violencia; y el vencedor, que siempre lo fué Páez en toda lucha singular, hinca en el pecho del vencido la oprimente rodilla, tira de la daga que lleva en la polaina, y cual los antiguos caballeros en los Juicios de Dios, va á rematar á su adversario con el golpe de gracia, cuando recobrándose de pronto, arroja lejos el arma amenazante, vuelve á su estado de ingénita bondad su alma exaltada, y golpeando con cariñoso gesto el hombro del vencido: "Levántate, —le dice— y vé a cumplir con tu deber".

Y prosigue su marcha la silenciosa hueste, que va de prisa de una á otra batalla, sin que nadie se maraville de cuanto acaba de ocurrir!

IV

Así, entonces, cuando joven, guerreaba; cuando por la escala de la gloria comenzaba á ascender...

Ahora, en la cima, bajo el dosel de púrpura en la curul suprema; desceñidos los arreos militares; feliz, glorioso, amado; en la plenitud del Poder, de los honores, del respeto afectuoso de sus conciudadanos; cuando días felices y más preciados galardones parecía reservarle el destino, y propios y extraños digno lo conceptuaban del alto Magisterio y del aplauso de los pueblos civilizados, la Patria impone á Páez un sacrificio singular; único acaso entre los más extraordinarios que registra la Historia; y asombrada con-

templa con orgulloso regocijo, la más sublime prueba de abnegación del hijo esclarecido, quien va á arriesgar por ella cuanto ha alcanzado á poseer, y hasta la vida, en oscura emboscada.

Ni aun cerrado el proceso de nuestra independencia, llegó a ser definitiva en Venezuela la suspirada paz, debido entre otras causas, á la perseverancia criminal de un célebre salteador de apellido Cisneros, como bien lo sabéis, que encaprichado en continuar la guerra á la cabeza de una banda de forajidos, jactábase de ser al propio tiempo el sustentador de los supuestos derechos de Fernando VII, en el inmenso territorio emancipado. Aunque activa y constante persecución se le había hecho y se le hiciera, sin éxito realmente afortunado, acontecía que tras porfiada lucha y sangrientas escaramuzas, tornaba á reaparecer el infatigable guerrillero más osado y más fuerte, al amparo del terror casi supersticioso que infundía en las poblaciones rurales, cómplices por la fuerza de sus incontables fechorías. La astucia y el coraje de esta bestia montaraz, dominadora de las selvas, que incendiaba indefensas aldeas y asesinaba y combatía con pavorosa ferocidad, no tenía límites. Al frente de su temida banda, nunca excedente de doscientos facinerosos, le había costado á Venezuela, en los últimos once años, muchos millones, preciosas vidas, el completo aniquilamiento de algunos batallones ilustrados en las grandes batallas de la Independencia, y el descrédito del Gobierno entre la gente campesina, sometida al brazo secular de semejante malhechor.

Para exterminarlo ó reducirlo á la obediencia de las nuevas instituciones, todo había sido ineficaz: la fuerza, la astucia y el halago... Y sin embargo, confiado Páez en su ascendiente personal, pone por obra un nuevo plan de seducción; y no se hace esperar largo tiempo el codiciado instante en que Cisneros, de buena ley ó aparentemente sojuzgado, ofrezca someterse; pero á condición expresa, de que las bases del ajuste serán estipuladas en su guarida de los montes de Lagartijo, con el General Páez en persona, quien habrá de ir completamente solo á tan insólita entrevista.

Y aconteció, lo que no era de imaginarse, por estupendo é inaudito: la aceptación de semejante reto!

Sin vacilar arriésgase el Primer Magistrado de la República, á las terribles acechanzas de tan singular aventura; y con escasa escolta, después de detenerse en Suata algunos días con el propósito de insinuarse en el ánimo de aquellos vecindarios, sometidos á la influencia de Cisneros, dirígese al montuoso paraje donde aquel nuevo empecinado ha fijado sus reales. Y llega al pie de la montaña, y envía á avisarle que viene á tratar con él de su entrega al Gobierno, como ha sido pactado... Y regresa el comisionado, suplicando al ilustre guerrero que no intente subir al campamento de semejantes desalmados, donde lo esperan para sacrificarlo... Páez sonríe, exclamando con estoica tranquilidad: "Que sea lo que Dios quiera!" Luego, monta á caballo, y agrega dirigiéndose á sus alarmados edecanes: "Ustedes han de esperarme aquí; y si no vuelvo antes de puesto el sol, digan á Venezuela que he muerto en su servicio..." Y sereno, confiado en su destino y únicamente precedido por un guía, emprende la ascensión al espantable monte, donde acaso le esperaba el suplicio.

Oh! Cuántas cosas gratas dejaba atrás, y más y más distantes en su ascensión sublime: Gloria, Poder, Fortuna, honores y respetos! Cuanto el hombre de bien aspira á merecer y disfrutar: ya conquistado! En cambio, á juicio de los que sólo ven los hechos materiales ¿qué le esperaba? Una oscura emboscada y el hecho inconcebible de un sacrificio estéril, que bien podía eludir, y que muy pocos en su caso hubieran aceptado. Pero, por sobre toda consideración para aquella alma superior, una fuerza invencible la impulsaba: el amor á la Patria! El santo amor á la tierra que nos dio la vida! E iba adelante hacia el peligro tenebroso, con el mismo entusiasmo con que mil veces había corrido en campo abierto al frente de sus intrépidos llaneros; y daba cara á aquel peligro oscuro, como lo hiciera en "Las Queseras".

En un recodo de la empinada senda, abierto claro, y en éste alineados, el arma presta en actitud amenazante, como á la aproximación de esperado enemigo, la terrífica banda, con su salvaje y agigantado jefe á la cabeza: fiero, sombrío, apoyado en una carabina y mirando ascender, no sin asombro, como quien duda de lo

que ven los ojos, y llegar hasta él, solo é inerme, el impertérrito, famoso paladín de la pasada guerra, el Caudillo inmortal, el Supremo Magistrado de Venezuela!

Sin poder dominar su aturdimiento, cerciorado cual está de que aquél viene solo: "Páez! —le grita Cisneros— cómo te atreves á venir hasta aquí? Qué es lo que tú pretendes?" —"Entenderme contigo —contesta tranquilamente el General,— para ponerle término á esta guerra, que aniquila á la Patria, la Patria tuya y mía..."

El pretenso sostenedor de los derechos de Fernando VII vacila en replicar; luego animándose: "Está bien, no te creía tan temerario; y sin embargo, piensa que aun puedo con mis doscientos compañeros luchar contra todas tus tropas; más todavía: que poner puedo á precio tu cabeza, ya que has tenido la audacia de venir, ó lo que es peor, rompértela á balazos." —"Lo que no harás" —asegura Páez con impávida calma.— "¿Y por qué no?" —grita el bandido con exaltación.— "Porque á mi seguridad personal has empeñado tu palabra." —"Y te atienes á ella," —rearguye el bandolero con sarcástica sorna, —añadiendo en seguida: —"No hablemos más de eso, pero antes de entrar en otros tratos, mándales alguna evolución y el ejercicio de fuego á estos muchachos, que ya verás cómo se desempeñan..."

No objetó Páez semejante proposición, aunque ya se juzgaba en las garras del tigre que pretendía domar! Con su natural desenfado, sobreponiéndose á sí mismo en altivez y audacia, acepta el nuevo reto; desmóntase con reposada lentitud, pone la brida del caballo en manos de uno de aquellos contumaces, y adelantándose con marcial continente hasta quedar al frente de los alineados forajidos, blande el frágil junquillo que llevara en la diestra, cual si fuera una espada; y con voz poderosa, tras dos ó tres rudimentarias evoluciones, manda á cargar de firme los fusiles, que ya estaban cargados.

Poseído Cisneros de indecible estupor ante la heroica gallardía de aquel hombre extraordinario, obsérvale asombrado; y en el supre-

mo instante de la terrible prueba, cuando Páez levantando el junquillo grita: "Apunten!" y todos los fusiles se tienden hacia él, cual si fueran á fusilarlo á quemarropa, y la orden de fuego hincha el robusto pecho del guerrero como ola de sangre; el ensimismado bandido, subyugado de admiración, hace presto á los suyos la señal de levantar las armas; un formidable estruendo repercute en la tremante montaña y doscientas balas pasan silbando por sobre la cabeza del vencedor en Carabobo, mientras Cisneros, prosternado á sus plantas, exclama con violenta emoción: —"Páez! me has vencido! En adelante cuenta conmigo hasta la muerte."

Y el Presidente de la República, regresa á la capital acompañado de Cisneros.

V

Tal fue el héroe, señores, mimado por la fortuna y por la gloria, que le dio á nuestros fastos poderosos relieves. Su vida militar abarca y llena el cielo de nuestra independencia; su vida cívica, se encierra propiamente en el espacio que le plugo al destino mediara entre dos fechas de incontestable trascendencia para la renaciente Venezuela: la proclamación del Pacto Fundamental de 1830, aurora resplandeciente de nuestras patrias Instituciones; y la catástrofe política de 1848...

Un grave error, aunque inspirado en el bien de la Patria, cambió de súbito su brillante destino. Palideció su refulgente estrella; las solevantadas pasiones hicieron caso omiso de la gratitud y la justicia; y oyó á las muchedumbres inconscientes gritarle como al Cristo: "Crucificadle! Crucificadle...".

Después, lo arrebató en sus olas la tempestuosa mar de nuestras luchas intestinas. Lo flageló el odio; lo explotó, sin remordimientos, el mezquino interés, la ambición temeraria de no pocos de los que tuvo á la postre por amigos; sin que por ello, desvanecida la nube tempestuosa, dejara de reaparecer ante la Historia y ante el mundo, grande por sus virtudes cívicas, como por su heroísmo singular... Y así probó, como dijo el poeta: "La mayor gloria y el martirio".

Y sobrevivió á cuantos ultrajes quiso la adversa suerte acumular para vencerlo, hasta alcanzar la tarde triste de la ancianidad menesterosa, ausente de la Patria, antes de desaparecer entre las sombras de la muerte, en extranjero suelo, si para él hospitalario y generoso, de respetos sociales y admiradora deferencia, sin las ternezas del hogar nativo, sin los afectos de la tierra querida, por él tan suspirada.

No obstante vive, y vivirá señores, mientras palpite un corazón venezolano, y sea leída nuestra historia, y orgullosa en su altivez patriótica se sienta Venezuela de haber dado á la gloria este otro inmortal.

Ayer, una alma generosa conquistó puesto notable en nuestros fastos, repatriando con pompa inusitada los restos del Campeón Esclarecido. Hoy, un guerrero ilustre, cautivo de la Fama, enamorado de la gloria, transforma el polvo inerte en bronce escultural, y á la noble emulación y al aplauso de las nuevas generaciones patrias lo presenta, guiado por el más noble sentimiento de equidad y justicia, en este sitio, que hoy también se inaugura, con el nombre por todo extremo memorable para el Héroe agraciado, de "Plaza de la República."

Bien estás, oh! pujante batallador en tu actitud heroica, al lanzar aquel grito estupendo, colmo de la osadía! Muy bien simbolizado quedas en el héroe homérico de nuestra epopeya; sin que haya temor de que se olvide, que en el audaz centauro cuyas hazañas despiertan y sacuden las poderosas fibras de nuestros bélicos instintos, estará siempre presente el Magistrado eximio, el fundador de la República! Y bienvenido seas, oh! bronce tutelar, cuando la Patria revive tras mortal agonía y dolorosísimos quebrantos; y otro de sus hijos, ya de épico renombre y probadas ejecutorias, reclama con generoso intento, para mantenerla á la altura de sus sagrados fueros, de su renombre histórico, todas las energías de sus conciudadanos y todos los prestigios de sus antiguos héroes.

Compatriotas! Saludemos en el glorioso bronce que atrae vuestras miradas y vuestros corazones, la dualidad feliz y afortunada que

en él se simboliza: el Héroe magno y el Magistrado excelso, timbre precioso de nuestra gloria militar, y de nuestra gloria cívica.

De José Antonio Páez, no lo dudeis, podrá decirse siempre: que honró á su Patria y honró á la humanidad.

Ciudadano General Presidente de la República:* de muy alto, señor, de lo más alto; de donde irradia para el hombre toda luz, todo bien, toda gloria imperecedera; de la cima de la conciencia universal, recibid señor, el ferviente homenaje de gratitud y aplauso de vuestros compatriotas, que respetuosos como vos de los fueros sagrados de la justicia, aman también cual vos á la Patria y orgullosos se sienten de sus preclaras ejecutorias.

23 de mayo de 1905.

* Se hallaba al frente de la Presidencia de la República el General Cipriano Castro.

LAUREANO VALLENILLA LANZ

En sesión solemne del Congreso de Valencia el 25 de junio de 1921

Sólo mi intenso amor a la Patria, que me arrastra en todo momento a defender sus glorias y exaltar a sus grandes hombres, puede explicar que yo aceptara sin vacilaciones la honrosa designación hecha en mí por el Congreso para llevar la palabra en este acto solemne, cuando tantos hombres de verdadero talento existen en el seno de la Representación Nacional, que sin duda alguna pueden hacerlo con más brillo. Ha habido vanidad de mi parte, lo confieso. Pero de esa vanidad tienen la culpa mis colegas de ambas Cámaras, empeñados siempre en creerme superior a mis débiles fuerzas, y son ellos los responsables si, como es seguro, el orador no sabe colocarse a la altura de su cometido.

La tarea es difícil, porque yo no puedo venir aquí a entonar un epinicio a las inmarcesibles glorias de este día. Sería reproducir pálidamente el hermoso cuadro que acaba de trazar con elocuentes rasgos el orador cuya voz resonó hace poco con épicas vibraciones por todos los ámbitos de la inmortal llanura, sacudiendo de emoción en aquel ambiente de epopeya, ante las brillantes divisiones del Ejército que, transfiguradas por el recuerdo, aparecían a los ojos de los espectadores como los propios héroes de la inmortal jornada, el alma entera de este pueblo, que al través de todas las vicisitudes, de todos los desastres, de todas las tristezas, de todos los sacudimientos naturales en organismos que tienden a consolidarse, ha sabido conservar incólume la herencia que hace una centuria en este mismo día, a esta misma hora, entre los resplandores de la Gloria y los hurras del triunfo, firmaron en Carabobo los Libertadores de la Patria!

Y es ese amor constante, ese culto perenne, ese profundo sentimiento religioso que de generación en generación ha ido echando raíces cada vez más fuertes en el alma venezolana, el que nos ha permitido venir hoy aquí, arropados por una sola bandera, agrupados alrededor de una sola autoridad, sin los viejos odios de partido, sin recriminaciones sectarias, marchando juntos por una sola senda hacia la meta de aquellas nobles aspiraciones de libertad y democracia que, mucho más que el valor y que la ambición de glorias, ciñeron de laureles en aquella batalla decisiva, las sienes radiosas de la Patria adolescente.

Ha sido ese culto religioso, ese noble fanatismo, que unifica hoy a grandes masas humanas en un solo sentimiento y las arrastra a todas las abnegaciones y a todos los sacrificios, el que prevaleciendo por encima de luchas, de odios y de pasiones estériles, predisponía a los venezolanos a escuchar la voz de un gran patriota que, desde las cimas del poder, repitiera en un momento supremo de nuestra vida nacional las mismas palabras de unión y de confraternidad que en una tarde llena de sollozos brotaron de aquellos labios redentores, desde las cumbres de aquel otro calvario, a donde llevaron a nuestro Libertador y Padre los que no supieron comprenderle. Por eso estamos hoy aquí, unidos, estrechamente unidos en el amor a la Patria y en la más fervorosa y más pura admiración a nuestros héroes. Algunos, muy pocos faltan: son los rezagados naturales en toda marcha triunfal; son los que se quedan con sus odios, con sus locas ambiciones, con sus egoísmos irreductibles a la vera del camino, mostrando los puños airados e impotentes a los que pasan cantando camino al porvenir...

Algo sucedió en Carabobo que fué la demostración más elocuente de la intensa evolución que en la masa popular habían hecho la idea y el sentimiento de la Patria; fué así, como si una hada misteriosa hubiera descendido en medio del combate, a interponerse entre los venezolanos divididos profundamente en aquella lucha de la tradición con las nuevas formas del derecho político y que la energía y el valor de nuestro pueblo convirtieron en un volcán

de pasiones que destruyó en diez años el lento trabajo de tres siglos... No es extraño, casi inexplicable, ver a los mismos hombres que con heroísmo rayano en el delirio, con la ferocidad de hordas invasoras habían destruído la candorosa República de 1811, ahogado en sangre los frescos laureles de 1813 y asolado el país entero con los cascos de aquellos caballos que habrían relinchado de gozo bajo el peso de Atilas y de Tamerlanes; no es extraño verles, en aquella hora suprema para su causa y para su rey, tímidos, desalentados, casi deponer las armas ante sus antiguos adversarios? Miedo? ¡No! Los soldados de José Tomás Boves no podían sentir nunca miedo. Ellos eran también hijos legítimos de esta tierra nuestra, ellos habían nacido en este mismo suelo y esas cinco letras no traducen ningún sentimiento en el alma venezolana. Era que ya en el llanero indómito despertaba vigorosa la conciencia de una personalidad insospechada hasta entonces. Hacía diez años que derramaba su sangre en las batallas de la Independencia; que gritaba inconscientemente Viva el Rey o Viva la Patria; que enarbolaba heroico la bandera roja de los realistas o la bandera amarilla de los patriotas... pero en vísperas de Carabobo un horizonte inmenso se abría ante sus ojos: comprendía ya que su inmolación lo conducía a la igualdad política; que aquella cosa abstracta que llamaban La Patria, aquel nombre hasta entonces sin sentido, constituía para él un derecho: el derecho más sagrado que reconoce la humanidad; el derecho contra el cual no puede atentarse ni con el pensamiento sin cometer un gran crimen: el derecho de todo pueblo a gobernarse a sí mismo; el derecho de no depender jamás de poderes ni de influencias extraños.

Aquella imprecación del Decreto de Trujillo: "Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables!" traducida en hechos tangibles, había ido penetrando lentamente en el alma de nuestro pueblo. Allí mismo, en aquella batalla, un infeliz esclavo que había servido a las órdenes de Yáñez, que con la punta de su lanza invencible había firmado su carta de emancipación, ostentando las presillas de Comandante, caía luchando por la Patria para subir a la inmortalidad!

Hay un episodio en la batalla de Carabobo, un simple detalle hasta ahora despreciado por casi todos aquellos historiadores que desdeñan los hechos pequeños, porque en realidad no caben dentro de la grandilocuencia perniciosa del romanticismo histórico, que tiene en mi concepto una inmensa significación porque trazó un preciso rumbo a la evolución de Venezuela. Páez en medio del combate, cuando llegaba al vértice del heroísmo, cae del caballo presa de aquella convulsión que no era sino el desbordamiento de un valor que no cabía dentro de la débil estructura humana. Y ¿quién lo recoge del suelo, amorosamente, como se recoge a un niño para sustraerlo del peligro? Antonio Martínez, el antiguo soldado de Boves, "llanero de Calabozo que había servido siempre a los españoles con justa fama de ser una de sus más terribles lanzas"—como dice el mismo Páez—y quien unos años antes habría segado aquella cabeza para enarbolarla ensangrentada como el más glorioso trofeo, salva en Páez al hombre representativo de Venezuela, a la más genuina expresión de nuestra democracia, forjada en las fraguas ardientes de la guerra, al único brazo capaz de contener los impulsos depredadores de las montoneras victoriosas avezadas a luchar contra la naturaleza, en medio de las vicisitudes de una existencia precaria, sin vinculaciones en el hogar, sin las disciplinas de la escuela y de la iglesia, sin los estímulos de la propiedad y de la industria, en quienes el sentimiento igualitario reventaba a cada paso como una explosión de pasiones indomables. Apenas recobrado el sentido, Páez recibía del Libertador, en nombre del Congreso de la Gran Colombia, el grado de General en Jefe; y aquel gesto incomprensible del llanero realista, decide la suerte futura de Venezuela y da a la batalla de Carabobo su carácter político interno más trascendental: el pueblo ennoblecido por el heroísmo y coronado por la gloria, la democracia consagrada por las manos mismas del Libertador en aquella victoria decisiva para la emancipación de la América.

¿Qué habría sido de Venezuela si el General Páez sucumbe en Carabobo? Quién como él poseía en tan alto grado las facultades necesarias para imponer en la paz, la misma disciplina del cam-

pamento; para contener aquellos impulsos depredadores, tanto más temibles cuanto más instintivos; para recordar a cada paso a los Farfanes y Aramendis que la dirección de una sociedad, que el gobierno de una nación, no se asaltan como una flechera enemiga? El triunfo tumultuoso de la democracia "si bien producía la soberanía popular, era impotente para producir la libertad en el orden, que no es, como ya lo estamos viendo sino la resultante de una organización adecuada, de un largo y fecundo período de paz y de regularidad administrativa que por el respeto a la autoridad y el amor al trabajo, proteja ampliamente el funcionamiento regular de todos los derechos.

Hubo entonces un hombre ilustre, un varón eminente, uno de los mentores más sabios que tuvo la Patria, conocedor profundo de nuestro pueblo, cuya palabra y cuya pluma estuvieron siempre al servicio de una conciencia honrada y de un raro valor intelectual, que jamás lograron oscurecer ni hacer vacilar las exóticas teorías de una política idealista, que en sus funestas proyecciones debía llegar hasta poner el puñal parricida en las manos de los conjurados de Setiembre; un gran patricio que ya en el Congreso de Angostura había proclamado la necesidad de los gobiernos fuertes, dando el frente a los arrogantes utopistas saturados de ilusión: Fernando de Peñalver, a quien Bolívar llamó el Néstor de Colombia, preconizaba desde esta misma ciudad, que tantas veces fué teatro de su gran carácter y de su valor cívico inflexibles, la conveniencia para nuestro pueblo, de mantener por mucho tiempo en el poder un conductor virtuoso, cuyo ejemplo sirviese de modelo "particularmente a los que han hecho servicios importantes y que por esta razón se consideran con derechos que no tienen ni pueden pertenecer a ninguna persona".

Se refería el señor Peñalver, seguramente, al Libertador; pero el papel de Bolívar era otro. Su escenario se dilataba por todo el Continente; él era el más alto representante de la causa general de la Independencia de América; por eso fundó la Gran Colombia, por eso llevó sus armas redentoras desde el Orinoco hasta el Pilcomayo; por eso soñó antes que nadie una sociedad de na-

ciones, en una Gran Confederación de los pueblos recién emancipados, para ser regidos por un solo Código internacional... Y quién sino Páez, después de Bolívar, podía ser en Venezuela, aquel ductor enérgico que edificara con el ejemplo, capaz por la autoridad de su valor y el prestigio de su gloria de contener y dar dirección a aquellas fuerzas poderosas para ponerlas al servicio de la paz y de la organización nacional? Desgraciadamente no quiso serlo o no pudo serlo; no tuvo la clara visión del porvenir; su carácter vacilante y la falta de una experiencia política imposible de adquirir en un pueblo que nacía a la vida independiente, lo entregaron sin resistencias a las sugestiones de los utopistas y a las pasiones de los reaccionarios. Los hombres que han tenido en sus manos la dirección suprema de un pueblo en momentos difíciles, saben cuál es la fuerza moral y la superioridad de carácter que se necesitan para resistir al embate de tantas pasiones, de tantas sugestiones, de tantas codicias, de tantos intereses en pugna. Contenerlos, dominarlos para no dejar prevalecer en el instante preciso sino el interés supremo de la Patria, requiere dotes muy superiores a las que dan la victoria en los campos de batalla. Páez fué al fin el jefe de un partido, cuando él era el Jefe nato de la República tácitamente designado por el mismo Libertador, desde que, relevándole de toda responsabilidad en la revolución del 26, que estalló en esta ciudad y rompió de hecho y de derecho la unidad ficticia de la Gran Colombia, lo declaró en presencia de sus conmilitones el primer hombre de Venezuela y reuniendo en un solo cuerpo los departamentos en que estaba dividido el país los confió a su autoridad única revistiéndolo de amplias facultades. Fué el jefe de un partido después de haber presidido brillantemente la reconstitución de la República. Se dejó arrastrar por los que creían ciegamente en la eficacia de los principios, en la infalibilidad de ciertos dogmas constitucionales, y tras una larga serie de vacilaciones y contradicciones llegó hasta empuñar el estandarte de la guerra civil; y las consecuencias no se hicieron esperar... El Héroe de Carabobo, atravesó un día, en una hora de vergüenza para la Patria, cargado de grillos y entre la mofa y los vejámenes de sus enemigos, aquella misma llanura que había sido el teatro de sus más excelsas glorias...

Años más tarde, entre el fragor de una nueva lucha, que al fin debía alejarlo de la Patria, con el alma llena de las más horribles amarguras, el General Páez debía visitar por última vez el campo de Carabobo... Es que esta tierra heroica, este suelo legendario, aparece en la historia de tal manera consustanciado con la vida misma del héroe incomparable, que es imposible hablar de Carabobo sin hablar de Páez!

Finalizaba el año de 1861. El grito de Federación, incomprensible para masas ignaras que lo interpretaban como bandera de comunismo y de reivindicaciones democráticas, arrastraba a los pueblos a la matanza y al botín. Los hombres del Gobierno, hombres civiles en su mayoría, eran incapaces de dar unidad de acción a los suyos y de inspirar respeto a los contrarios. Ni siquiera pudieron aprovecharse de la muerte inesperada de Zamora para imponer la paz a la República. Odios, rivalidades y ambiciones oscurecían la razón hasta de los más ilustrados y bondadosos. Si en las filas de la Federación había desaparecido el Jefe, con el balazo misterioso de San Carlos, aquel que los revolucionarios del 58 habían escogido para huír de Páez, había desaparecido vergonzosamente de la escena a donde lo trajeron por un error inconcebible hombres tan eminentes y patriotas como Pedro Gual, Fermín Toro, Manuel Felipe de Tovar, Wenceslao Urrutia, viciando las fuentes mismas de una revolución que pretendía reaccionar contra el personalismo de Monagas, en nombre del más puro, del más bello romanticismo político que, como un torrente de elocuencia, se desbordó por los labios de los convencionales reunidos en esta ciudad, quienes una vez más caían en el error de creer que los pueblos se regeneran con discursos elocuentes, con artículos de periódicos o con puros preceptos constitucionales.

El General Páez, vuelto del destierro estaba allí para desmentirlos y tras una larga serie de sucesos desgraciados para el partido del Gobierno, el poder vino a caer por último en las manos ya vacilantes del anciano Caudillo, que creyendo sinceramente hacer un beneficio a su Patria, asumió la Jefatura Suprema, prescindiendo de las fórmulas bizantinas a que le habían habituado

sus mentores desde 1830. Su primer pensamiento fué hacer cesar la guerra; pero nada más difícil en medio de aquel desbordamiento de pasiones... Páez intentó aquella conciliación, e invocando la Patria con una sinceridad que nadie puede atraeverse a poner en duda, invitó al Jefe de la Revolución Federal a celebrar unas conferencias que tuvieron lugar a inmediaciones del campo de Carabobo.

Eduardo Blanco, con aquella grandilocuencia suya, que hacía adivinar a cada instante al egregio cantor de "Venezuela Heroica", nos refirió muchas veces este episodio que no se sabe por qué causa dejó inédito. El era en aquella época sumamente joven, casi un niño, y servía de edecán al insigne guerrero.

Un día, durante las conferencias, el General Falcón manifestó al General Páez el deseo de visitar juntos el campo de Carabobo, para escuchar de los propios labios del héroe el relato de la inmortal jornada. Era imposible que las pasiones políticas amenguaran siquiera en aquellos jóvenes guerreros la profunda admiración que debía inspirarles el glorioso anciano; porque si alguna fibra siempre vibrante existe en nuestro pueblo, es el amor vehemente por las glorias sagradas de la Patria, que aún en medio de todos los desastres, de todas las tristezas a que nos condujeron los odios de partido, ha sido siempre como el principio vital que mantiene incólume la existencia de la nacionalidad, y Páez constituía la encarnación misma de nuestro pasado legendario.

Eran las cinco de la mañana, y por el camino que conduce a la planicie, marchaban confundidos los dos grupos disidentes, dando tregua a aquella cruentísima lucha que ya duraba dos años y que fatal y desgraciadamente iba a continuar por tres más, hasta dar el triunfo a los que, quizás sin saberlo, por una de esas contradicciones tan frecuentes en las revoluciones políticas, representaban aquella corriente democrática avasalladora que surgió con la Independencia y cuya más alta significación fué el señor de las llanuras.

Páez era ya octogenario. Los que le conocieron en aquella época recuerdan que un temblor nervioso agitaba constantemente su todavía vigorosa naturaleza... Al desembocar en la llanura detuvo de repente el caballo; se quitó el sombrero; la fresca brisa de la mañana puso en desorden sus escasos cabellos completamente blancos; sus ojos mortecinos vagaron largo rato por el campo como para fijar los recuerdos de aquel día de gloria, y en medio del profundo silencio que se hacía a su alrededor lanzó un grito lleno de emoción...

—Por aquí...

Y poniendo el caballo al galope iba señalando con la derecha, a tiempo que en la izquierda se le agitaban las riendas, los episodios más heroicos de la batalla... Y con una voz como entrecortada por los sollozos iba diciendo: —Por allí; por allí bajé yo... Más acá debía estar la Legión Británica... Sí! Allí fué...

Y dominado cada vez más por la emoción que como una corriente eléctrica se trasmitía a los que le escuchaban, no se le oían a veces, ahogados por el trote de los caballos y el latir de los corazones, sino los nombres, los nombres gloriosos e imperecederos de aquel gran día de la América.

—Apure, Barbastro, Hostalrich, Valencey, Granaderos, Rifles... Cedeño, Plaza, El primero...

Y al llegar al centro de la planicie, deteniendo el caballo, descubriéndose con religioso respeto, como si la sombra augusta del Padre de la Patria llenara en aquel momento la inmensidad del espacio, murmuró con una voz que resonó como un eco de ultratumba:

—EL LIBERTADOR!

Entonces Falcón, rompiendo aquel silencio solemne, impotente para contener la emoción que lo ahogaba, agarrando a Eduardo

Blanco por un brazo lanzó un grito que repercutió como un toque de clarín por toda la extensión de la llanura:

—Oye, niño; oye al mismo Aquiles contando sus proezas!

Desgraciadamente aquella no fué sino tregua fugaz en que la Patria, con la poderosa sugestión de sus glorias inmarcesibles apagó por un instante el voraz incendio de las facciones en lucha. La guerra continuó con la misma intensidad y Páez, al fin vencido, pero rodeado de respetos y de consideraciones que honrarán eternamente la memoria del Caudillo de la Federación, emprendió para siempre el camino del destierro.

No es en vano, señores, que yo haya querido mezclar en este momento los recuerdos gloriosos de la Independencia con los tristes y lamentables recuerdos de las guerras civiles... La lección no puede ser más elocuente para las nuevas generaciones, porque nuestro pueblo derrochó en aquellas bregas fratricidas, en el seno de un hogar ya constituído, el mismo valor, las mismas energías con que tan brillantemente había contribuído a la emancipación de la América y a la creación de nacionalidades; y que hoy, puestos al servicio de la paz y del engrandecimiento de la Nación, por la acción eficiente y las sanas y fuertes energías del eminente hombre de Estado que rige sus destinos, hacen que Venezuela ocupe un puesto de honor entre los pueblos, que impulsados por un noble propósito de confraternidad y de justicia, marchan juntos hacia la realización de aquel hermoso sueño, que constituyó el ideal supremo de nuestro Gran Libertador. (*).

(*) "El Nuevo Diario", 25 de junio de 1921, Nº 3045 - Hemeroteca Academia Nacional de la Historia.

PEDRO BLANCO GASPERI

En sesión solemne del Congreso Nacional, en Caracas, el 13 de junio de 1940

Ciudadano Presidente del Congreso Nacional.

Ciudadanos Legisladores.

Hace un cuarto de siglo aproximado, José Enrique Rodó, una de las más poderosas mentalidades de la América Hispana, quien escribió sobre el Libertador un juicio memorable, una de cuyas páginas hasta ahora insuperada, debiera estar grabada en letras de bronce en los muros inmortales que guardan las sagradas Cenizas del Padre de la Patria, estampó en una de sus obras literarias un pensamiento de profunda significación humana, para la justicia de los pueblos. Dice el ilustre pensador uruguayo: "Todo hombre por malo que haya sido, por perversa que haya sido su existencia, tiene siquiera un solo momento de su vida en que merece que le eleven una estatua". Como el hierro candente de la herrada llanera esta idea generosa grabó en mi mente de manera imborrable su marca indestructible, y durante cinco lustros, cada vez que ha sido necesario lo he recordado y al evocarlo he meditado la profunda significación de amor cristiano y de justicia americana que él envuelve, he tratado de guiarme por él para juzgar la vida de los grandes hombres, héroes y sabios que llenan las páginas antiguas de la Historia, las más recientes de la Gesta Americana y las vidas actuales que hoy se destacan y discuten, y hojeando vidas en las páginas escritas de los libros y valorando vidas recientes, meditando sobre la contradicción de los juicios de los historiadores y las más diversas opiniones sobre los hombres del presente, ha germinado en esta fermentación

continua de mis ideas un pensamiento antagónico al escrito en las riberas del Plata, pero también de profunda trascendencia para la justicia de los hombres y complemento necesario de la idea ya citada: "Todo hombre, por bueno que haya sido, pequeño o grande, héroe o santo, tiene también un solo momento de su vida en que por sobre la grandeza del espíritu se reveló toda la maldad de la materia y en que si hubiera que formar un juicio y dictar una sentencia por ese solo instante, merecería una hoguera para quemarlo vivo". Y de esta antítesis de dos pensamientos aparentemnte tan adversos como dos polos, surge una nueva concepción de justicia para los pueblos poder juzgar los hombres que hoy gravitan sobre su presente o que se han proyectado en su destino a través de la historia. La vida de todo hombre para ser apreciada debe ser un balance, con su debe y su haber, sus partidas positivas y negativas; sus ganancias y pérdidas. La Justicia debe poner en un platillo de la balanza toda la leña de las hogueras y en el otro todo el granito de los pedestales. Ha habido muchos malos que han logrado ser útiles y muchos grandes que no han sabido ser buenos. Es deber de los pueblos rendir justo homenaje a sus grandes hombres y fomentar el culto de los héroes, pero colocándose dentro de un criterio de la realidad y de justicia equilibrada, es necesario humanizar los héroes y no endiosar a los hombres, este culto patriota dentro de linderos concretos nos estimula y nos infunde espíritu de emulación, para que desde niños soñemos igualar las acciones gloriosas de nuestros antepasados; el demasiado encumbramiento de nuestros ancestrales nos divorcia de la idea de poder aprovechar su ejemplo y emular sus hazañas, nos sentimos en mundos diferentes y nos creemos incapaces de lograr imitarlos. Por eso perdono y hasta aplaudo a los pueblos que menos afortunados en historia forjan héroes e inventan paladines formando así con su ficción histórica una creencia de Patria que les honra. Démosle gracias al Dios de las naciones que nos hizo opulentos en historia, del cielo americano ocupamos la zona meridiana, dimos el Sol del genio de Bolívar y las más grandes luminarias que hoy constelan la Gesta Americana y nuestra fué también la Vía Láctea de esa legión de héroes anónimos que se extendió de norte a sur

del cielo americano, trazando entre Carabobo y Ayacucho el iris luminoso de libertad que dibujó nuestra bandera. Nuestros antepasados tienen en su haber la independencia de seis patrias y la consolidación de toda la independencia hispanoamericana. Dimos el nombre a dos patrias hermanas que hoy son grandes: Colombia, que nació en Caracas el 19 de abril, como dijo Bolívar y Bolivia que nació en El, un 24 de diciembre, hora final de la liberación americana.

Es con este criterio de realidad y con este espíritu de moderna justicia que el Gobierno, el Congreso y el Pueblo de Venezuela, hacen hoy el examen de las cuentas que José Antonio Páez tiene pendientes con la historia, con la democracia y con América. El 19 de abril de 1810 encuentra en un lugar anónimo del corazón de la pampa americana un mozalbete robusto de veinte años, perseguido imaginario de la justicia, nacido en Acarigua a orillas del Curpa en el cantón de Araure, peón de ganados en los hatos del Apure y domador de potros en las llanuras de Barinas, sin urbanidad y casi analfabeto, pero ágil en el lazo y audaz en la coleada, hábil para lidiar el toro y temerario para vencer al tigre y matar el cocodrilo; no conocía otra patria que la tierra que pisaba su caballo, ni ninguna otra ley que la de su instinto soberano. En ese año al arrojar el lazo la soga hasta entonces tan flexible se hizo rígida al transformarse en asta y el olor de la pólvora y la sangre hicieron que avanzara el brazo —para despejar el camino a su corcel y aquel día aprendió una nueva noción que no olvidó jamás, que por delante de la cabeza de su caballo que había sido hasta entonces su frontera, podía invadir los dominios del Rey y ensanchar los linderos de su patria avanzando la punta de su lanza. Salió hecho sargento de caballería bajo las órdenes de Pulido en la breve campaña, de la efímera primera época de la joven república en 1812. En 1813 Tiscar lo halaga y pretende incorporarlo a las filas del Rey, lo nombra capitán, pero él sin acatar las órdenes se pone en marcha y se incorpora de nuevo a las tropas de Pulido; llegado a Barinas se le confirma el nombramiento de capitán patriota y se le designa coman-

dante y gobernador de la Provincia, es hecho prisionero, juzgado, sentenciado y puesto en capilla por patriota, la suerte lo salva. En 1814 García de La Sena lo pone a la cabeza de su caballería; la perfidia de este jefe lleva los patriotas al desastre. Páez marcha con los restos de las tropas hacia Mérida y se pone a las órdenes del general Juan Antonio Paredes, gobernador militar de la provincia, asiste así a la acción de Bailadores donde su audacia puso en fuga a toda una columna de realistas y donde vence en singular y espectacular combate a José Manuel Sánchez, esforzado servidor del Rey y hombre muy temido por su fuerza excepcional, su valor temerario y su crueldad en toda la región merideña. En Bailadores se incorporó a la división Mac-Gregor, donde tuvo oportunidad de conocer al coronel granadino Santander y llegado hasta Mérida se incorpora a las filas del general Urdaneta como jefe de su escuadrón de caballería, siguió en su retirada a la Nueva Granada, hasta las llanuras de Casanare a donde llegó solo acompañado únicamente de una resolución bravía de servir fieramente aquella nueva concepción de patria, que ya no era la tierra que pisaba su caballo sino todo el horizonte de llanura que abarcaba su vista, y allí se inicia su obra de organizador y de guerrero tornándose en domador de hombres feroces y valientes que convirtió en soldados, transformando su astucia en pericia, su instinto en estrategia y su personalidad antes oscura de peón llanero en el caudillo indomable de las pampas. Se puso a las órdenes del general Olmedilla y al mando de un escuadrón patriota ocupa por asalto a Guasdualito en cuyo combate aplica la táctica del movimiento envolvente usada por Aníbal en sus campañas contra Roma. Apure y Casanare eran entonces el refugio de todos los patriotas venezolanos y granadinos perseguidos; los errores de Olmedilla, las crueldades de Figueredo, la impopularidad de Santander y más que todo la falta de un verdadero jefe, adaptado a la vida primitiva de aquellas apartadas regiones y a la clase de hombres indomables que había de conducir, llevaron a Páez por elección unánime con título de General de Brigada al mando de las tropas patriotas de las llanuras de Apure y Casanare.

Hecho teniente coronel en 1815 por el gobierno de la Nueva Granada después de la batalla de Chire, se transforma desde la elección de 1816 en jefe de un ejército y en el protector de los restos de dos repúblicas desaparecidas por la reconquista española, librando a cada instante combates y batallas con las fuerzas del Rey, algunas de las cuales como la del Yagual y la de Mata de la Miel, forman parte integrante de nuestra historia militar y que culminan en 1817 con la batalla de Mucuritas, en donde Páez sometió a la prueba del fuego de nuestras sabanas las tropas españolas del general La Torre y donde catorce cargas consecutivas de aquellas gavillas de jinetes patriotas destrozaron los fatigados batallones españoles.

A principios de 1818 llegan a Apure los comisionados de Bolívar para pedir a Páez el reconocimiento de su autoridad suprema, militar y política, para unificar los ejércitos patriotas de Oriente y Occidente y dar una sola dirección a las campañas militares. Ya Páez no era para esa época aquel mozo bravío, peón de ganado en los hatos de Apure y domador de potros en las llanuras de Barinas, era el comandante por el supremo derecho del valor temerario de la más poderosa unidad combativa patriota que tenía el continente en rebeldía, era el forjador de un ejército y el organizador de aquellos escuadrones indomables de jinetes que sumaban 5.000 plazas, veteranas en mil combates y de batallones de infantes que como el batallón "Páez" se transformó más tarde en "Vencedor de Boyacá" por su acción decisiva y heróica en la batalla campal que libró a la Nueva Granada del dominio español; tenía a sus órdenes quinientas mil bestias caballares de repuesto y lo menos un millón de cabezas de ganado para la manutención de su ejército; era prácticamente un Jefe de Estado colocado sobre el lomo geográfico y político de dos patrias derrumbadas, por que a su cargo y bajo su protección estaban los restos de los gobiernos de dos pueblos destruídos por el ejército español y que se habían refugiado bajo su éjida; tenía a sus órdenes generales de carrera como Servier y Urdaneta, que mandaron junto con el coronel Santander, bajo su dirección las tres divisiones del ejército patriota en la batalla del Yagual. Tal era el hombre

que Bolívar encontró en el hato de Cañafístola a cuatro leguas de Payara, una clara mañana llanera; aquel día se reunieron allí para fortuna de América "la fuerza intelectual que dirige y organiza los planes y la material que los lleva a cumplido efecto, elementos ambos que se ayudan mutuamente y no pueden nada el uno sin el otro". Así lo comprendieron aquel día el águila del genio con mirada certera y el olfato del león con instinto perfecto, aquel abrazo a la sombra de las palmeras, iluminado por el resplandor de la llanura americana cristalizó el anhelo de independencia al poner el brazo realizador y fuerte del caudillo llanero a la orden del cerebro más poderoso que en todas las edades pudo producir la raza ibera; el abrazo de aquella mañana, fué sincero, generoso y emotivo, era la admiración del pensador por la fuerza realizadora del centauro, y la emoción del cíclope ante los destellos luminosos del genio, aquel abrazo unió dos corazones con lealtad y los mantuvo unidos integralmente hasta que la América hispana fué totalmente libre, y allí en aquel brazo fuerte y en aquel ejército decidido y valiente encontró el Libertador el verdadero instrumento de liberación para llevar adelante la redención americana. Páez depuso ese día la soberbia de su temerario valor y sus propios planes, tal vez rudimentarios de campañas militares encaminadas a obtener la independencia de su patria para acatar una autoridad suprema y rendir obediencia al único hombre a quien se subordinó de corazón, sacrificando así su orgullo de caudillo en aras de una causa. Fué fiel a su consigna y le hizo honor a su palabra hasta el día en que del continente suramericano desapareció el último foco de dominio español y logrado ésto, circunstancias ajenas a su voluntad lo hicieron rebelarse el año 26 a todo y contra todo el querer comprender que su patria quedaba suplantada por el dominio de otro pueblo gemelo, como el hermano que se subleva y no acepta ninguna tutela fraternal.

En los primeros meses de 1818 Bolívar comprendió realmente que la bravura épica de aquel ejército superaba las leyendas de su fama y ante su vista atónita y sorprendida, Páez con cincuenta jinetes asaltó y tomó en medio del río Apure las flecheras armadas del ejército español, en el lugar llamado de las Bocas del

Coplé y al año siguiente, el 3 de abril de 1819 Bolívar presenció desde las riberas del Arauca la provocación de Páez con solo 150 jinetes patriotas a todo el ejército al mando de Morillo acampado en la mata del Herradero, y vió como se realizaba el milagro épico del "Vuelvan Caras", de Las Queseras del Medio en donde un solo escuadrón llanero derrotaba todo el ejército español, y dos años después el 24 de junio de 1821, en el campo inmortal de Carabobo, Páez designado por Bolívar para con una brigada de caballería abrir paso a sus batallones de infantes, sale por la pica de La Mona y en una sola carga memorable destruyó casi todo el ejército del general La Torre, destrozando así el último baluarte militar del dominio español en Venezuela.

Después de la batalla de Carabobo y de la entrada triunfal del ejército patriota en Caracas, Páez ascendido por el mismo Libertador en el campo inmortal a la suprema jerarquía militar es nombrado comandante de uno de los distritos militares en que se subdividió la antigua Capitanía General de Venezuela, hecha parte integrante de la Unión Colombiana; Bolívar se ocupaba de la independencia del Ecuador, provincia sur de la Nueva Gran República y de organizar y completar sus preparativos para auxiliar a los patriotas del Perú, último Estado que quedaba bajo el dominio español en América; Santander, antiguo jefe de Páez en la región granadina de Casanare y luego su subalterno en las campañas del Apure, donde mandó una de las divisiones en la batalla del Yagual, era en Bogotá "el organizador y el administrador de la victoria", como lo llamó Bolívar, mientras Páez era el pacificador de la Capitanía General donde destruyó a los últimos restos del dominio español, realizado con la toma memorable de Puerto Cabello asalto insólito de una fortaleza marítima vadeando el mar una infantería semi desnuda, una de las páginas más gloriosas de nuestra epopeya y el último acto del drama de la independencia de la Unión Colombiana.

Santander y Páez eran dos personalidades opuestas y dos patrias distintas; desde 1815 existía entre ellos una rivalidad sólo disimulada por el gran amor que ambos profesaban por la indepen-

dencia de sus patrias y que reapareció bien pronto al obtenerse ésta; sólo Bolívar, con su genio inconmensurable pudo realizar por breve término el acoplamiento de aquellas voluntades rivales y de tres pueblos tan disímiles en una sola Patria Grande, como él solo la podía soñar y crear. En aquellas rencillas del año 15 en Apure y Casanare tuvo su origen la semilla de emulación y de discordia que había de culminar el año 30, año aciago en la historia de América, con la disolución de aquel gran pueblo con que los sueños justicieros de Bolívar quiso perpetuar en este continente el nombre de Colón. La Unión Colombiana era una creación artificial hecha por el Libertador bajo el influjo imperativo de las necesidades de la guerra para consolidar la independencia suramericana, presentando ante los ojos de España, todavía inconforme con su derrota, y de toda Europa que mira siempre codiciosa las presas indefensas, un pueblo capaz de hacerse respetar por su extensión territorial y su poderío militar. Mientras Bolívar terminó la campaña del Perú que culminó el año 24 en la batalla de Ayacucho con la formación de dos repúblicas nuevas en América, se pronunicaban los resquebrajamientos en la contextura frágil de la unión Colombiana, para culminar el año 26 en los sucesos de Valencia: "Epoca que quisiera borrar del libro de mi vida", como dice el mismo Páez en su *Autobiografía.*

Cuando se examinan con serenidad los sucesos realizados desde el año 26 hasta la separación definitiva de Venezuela de la Unión Colombiana el año 30, se comprende claramente que tanto Bolívar, Páez, Santander, Urdaneta y todos los otros guerreros y patricios que figuraron en el primer plano de los acontecimientos en dicha época no fueron los efectivos conductores sino los fatalmente llevados por la corriente incontenible de los acontecimientos; todas estas grandes figuras por espíritu de libertad y por amor a la causa de la independencia americana se habían unido en un bloque concreto para conseguir un fin común, pero obtenido éste, el bloque se había desmoronado por el desbordamiento inevitable de las ambiciones y la lucha lógica de las pasiones de los hombres que se consideraban con derechos adquiridos; el Héroe que se había atrevido a todo y el patricio que todo lo había

sacrificado al transformarse en ciudadanos aparecieron tal cuales eran, como seres humanos. Los veinte años de guerra de liberación y pacificación habían formado un poderoso grupo militar, integrado casi totalmente por venezolanos y en contra de él había en la Nueva Granada, que había sufrido menos los rigores de la guerra, un fuerte grupo civilista, encabezado por Santander que pretendía a todo trance tener el dominio absoluto de la gran república; sólo Bolívar lograba a duras penas la armonía y a última hora fracasaron todos sus esfuerzos, "había arado en el mar", había que decidirse dando la preponderancia al grupo militar venezolano o al grupo legalista granadino, la separación era la más lógica y la más humana de las soluciones.

Páez fué el tercer presidente de la república y el primer presidente constitucional de la segunda etapa de la república de Venezuela después de 18 años de roto el hilo constitucional por los desgraciados sucesos de los años 12 y 14 y de la separación definitiva de este país de la Unión Colombiana; subió al poder el 24 de marzo de 1831.

Aquel hombre surgido de las llanuras, analfabeta casi al iniciarse la Gesta Libertaria, desconocedor por completo del medio ciudadano y acostumbrado por 20 años de guerra de liberación y pacificación a no tener más ley que la ley del más fuerte en la lucha y del más astuto en la contienda, se convirtió en un modelo de magistrado civil, estricto cumplidor de las leyes, progresista protector de la enseñanza, acatador respetuoso del poder judicial, realizador de un gran esfuerzo para lograr una armonía política entre todos los sectores de su patria y sobre todo en aquellos servidores que habían estado en la lucha libertadora. El año 33 propone y obtiene del Congreso solemnes honras fúnebres a la memoria del Libertador, cuyo nombre quiere desagraviar del duro exilio que las necesidades de la política le impusieron el año 30 y que contra su voluntad tuvo que realizar, y en enero de 1835 entrega el mando al doctor José María Vargas, electo libremente presidente de la república, se retira a la vida privada llevando la gratitud y los aplausos de sus conciudadanos, que lo

llamaron para esa época "El Ministro de la Paz y el Héroe de la Concordia". Después del banquete que le fué ofrecido en La Viñeta, Páez se retiró al hato de San Pablo en donde lo sorprendió la revolución del 8 de julio de ese año, que vino a demostrar que la república no era realmente firme, y que los países democráticos hoy como ayer, no pueden ser gobernados por un poder civil, si no existe un ejército estable y respetuoso, organizado y apolítico, que sea capaz de mantener el orden público y el respeto indiscutible de las instituciones ciudadanas; Páez de un tajo de su espada resolvió el dilema que había planteado a la joven república, la barbarie de Carujo y la bondad inagotable de Vargas: "El mundo es de los guapos o de los buenos", y aquel gesto de Páez restableciendo la Constitución y los principios republicanos, contestó el dilema: "El mundo es de los guapos cuando saben ser buenos y de los buenos cuando saben ser guapos".

Páez restablece el orden en Caracas, pone el poder en manos del Vicepresidente, hace llamar al presidente exilado y persigue a los rebeldes a quienes vence en Puerto Cabello y pide para ellos al Congreso el perdón de una amnistía. El Congreso lo declaró "Ciudadano Esclarecido" y merecedor de la gratitud eterna de la Patria de 1836, y le decreta una espada conmemorativa que le es entregada por el presidente Soublette en 1838.

En 1839, Páez es electo nuevamente presidente constitucional de la república, hace trasladar el año 42, con grandes honores a Caracas, los restos del Libertador y el año 43 vuelve a la vida privada dejando la república en una época de esplendor y bienestar, solucionada la cuestión de límites con la Nueva Granada, establecido el Banco Nacional y con un gran desarrollo en la enseñanza pública, dejando el poder de nuevo en manos del general Soublette.

En 1847 apoya ampliamente la candidatura del general Monagas, tratando de contentar a los patriotas orientales y de conseguir una verdadera reconciliación con las aspiraciones de este jefe,

que aparentemente debía grandes beneficios al país. Todo legislador venezolano conoce la historia del atentado de que fué víctima el Congreso de la República el 24 de enero de 1849, Páez, que se encontraba entonces en su hato pretende ser el reivindicador de los derechos del Congreso y restablecer los principios de la Constitución republicana, se alzó en armas, pero la fortuna militar que desde joven le había sido tan fiel, lo abandonó esa vez, viéndose vencido no quiso continuar una lucha fratricida y firmó una capitulación militar con el general José Laurencio Silva, jefe del ejército constitucional. Una vez rendida su espada en Macapo, el gobierno no cumple los términos de la capitulación, humilla a Páez y lo carga de cadenas en una fortaleza militar, de donde sale para el destierro y a donde lo van a buscar sus propios conciudadanos tratando de convertir su prestigioso nombre en el dique que podía atajar la avalancha federal; el deseo de pisar de nuevo su patria y de convertirse en el pacificador de su país le hizo cometer el error de aceptar, vino al país y sólo fué por breve tiempo un efímero dictador, no trajo la calma a sus conciudadanos ni logró obtener victorias militares efectivas, ya estaba viejo y la marejada de entonces era inversa a la avalancha libertadora que él condujo a la victoria cuarenta años atrás, aquella ráfaga incontenible de igualación y de nivelamiento que se llamó la revolución federalista no la atajaba el prestigio de ninguna espada, ni le servía de dique ningún nombre; tuvo tiempo siquiera de alejarse y comprender en el destierro lo que él mismo expresa en sus memorias: "Que una carrera pública que dura muchos años contiene muchos yerros de más o menos consecuencias, que tienen el derecho al perdón los que pecaron por ignorancia o por concepto equivocado y que el naufragio de esta etapa de mi vida debe señalar a mis conciudadanos escollos que deben evitar". El 7 de mayo de 1873 Páez terminó su larga, gloriosa y accidentada vida en la ciudad de Nueva York, que le tributó grandes honores que sólo podían rendirse a un jefe de Estado.

Ciudadanos Legisladores:

Este breve relato es el resumen de la vida militar y política del General José Antonio Páez para ser colocado en el haber del

balance que reclama la historia, analicemos también brevemente su debe, exagerado por algunos de sus historiadores como repercusión lógica de los sectarismos políticos. Páez fué durante 40 años el jefe indiscutible del partido Conservador Oligárquico de la república y el llamado partido Liberal, fundador y sostenedor de una federación utópica, nunca efectivamente realizada sino en el texto de las múltiples constituciones editadas, cuya única conquista efectiva ha sido el nivelamiento de las clases que nos dejó como resabio la Colonia, nunca ha sido liberal, ni siquiera con la memoria de este gran muerto cuya memoria ha sido casi relegada al olvido como consecuencia inevitable de su derrota política.

La política es el mollejón de las grandezas, pocos hombres por grandes que hayan sido han podido resistir el poder destructor de sus efectos demoledores: Aníbal y Escipión, Alejandro y César, Napoleón y Bolívar, los más grandes genios antiguos y modernos de la guerra no pudieron resistir los embates de sus intrigas; unos murieron por el veneno de sus enemigos, otros por el puñal de sus amigos, otros en la triste soledad de su impotencia y otros en el dolor aciago de los desengaños. Páez también murió en el destierro, lleno de las atenciones y respetos de un gran pueblo que le dió asilo como si fuera un héroe nacional. Sus enemigos lo han acusado de ambicioso en lo político y de indisciplinado, insubordinado y rebelde en lo militar; se ha querido echar sobre sus hombros toda la carga de la ruptura de la Unión Colombiana. No se podía pedir disciplina y menos disciplina de academia a aquel que nunca la aprendió, Páez era el caudillo de una raza beduina que nunca había conocido más ley que la que le dictaba su brazo; fué el jefe de una horda de guerreros, porque era el más fuerte en la contienda y el más osado en el asalto. Fué insubordinado cuando Olmedilla y Figueredo quisieron fusilar los prisioneros de guerra y se opuso por la fuerza, por que él tenía la generosidad de todos los valientes emotivos; pero cuando estuvieron de por medio los grandes intereses de la Patria, voluntariamente se supo subordinar gustoso a Bolívar y poner en sus manos a aquel ejército, que era todo obra suya y fueron esas tropas formadas a su imagen, en esa escuela de sacrificio y valentía el

más poderoso instrumento de libertad que tuvo Bolívar para llevar a cabo sus empresas guerreras hasta el exterminio del dominio español. Era un rebelde de hecho y de derecho, era como rebelde que calificaban a los patriotas los pacificadores españoles, rebelde contra el Rey, contra Boves y Monteverde, contra Yáñez y Tiscar, contra Morillo y La Torre y rebelde en sí mismo, puesto que la rebeldía era la esencia misma de aquel hombre desde el día en que se internó en las pampas porque se consideró perseguido de la Justicia por un acto de arrojo juvenil; aquella horda rebelde que él encabezaba, desertores de las tropas del Rey, prófugos de la Justicia, ambiciosos de botín, sedientos de venganza, habían sido convertidos por él en soldados de la causa rebelde, que no respetaba más ley que la que se escribía con su lanza y llevaba siempre a flor de labios la divisa llanera: "Por delante de mí la cabeza de mi caballo y por encima de mi cabeza mi sombrero".

Se le llamó ambicioso por querer perpetuarse en el mando o estando fuera de él ser un factor permanente de la cosa pública. Sería desconocer la realidad histórica y no querer comprender lo que el solo nombre de Páez significó para este país, muerto Bolívar: Páez fué la paz en el arreglo de la separación con la Nueva Granada en lugar de una guerra civil o fratricida, su solo nombre mantuvo nuestras verdaderas fronteras que eran las de la Capitanía General en 1810 en sus límites geográficos, históricos y políticos durante 40 años; Páez fué el verdadero forjador y consolidador de nuestra nacionalidad integral después de obtenida por Bolívar nuestra independencia y una vez demostrada la imposibilidad de la existencia política de la Unión Colombiana; Páez fué la consolidación de nuestra independencia desaparecido el Genio tutelar de América, su fama que traspasó todas las fronteras, su prestigio militar y la repercusión que tuvieron sus hazañas fué el freno que tuvo la Madre Patria para no intentar la reconquista y el respeto que tuvo Europa por la independencia de la joven república y por último Páez fué el mantenimiento de las instituciones republicanas cuando estuvo en el poder y mientras mantuvo su prestigio militar y político. En su

vida hay errores y posiblemente faltas pero no crímenes de lesa patria como han querido enrostrarle sus acusadores.

Ciudadanos Legisladores: Aplicando mi tesis enunciada ha llegado el momento de formar el balance; en la larga vida de José Antonio Páez he buscado piras de leña que pudieran convertirse en hogueras para destruir la totalidad de la obra de su vida de guerrero y de político, los escasos montones que he encontrado no serían capaces al arder sino de calentar sus pies, pero sin llegar a quemar siquiera sus botas militares y sus sandalias de patricio. Y qué gran diferencia encuentro al recorrer de norte a sur y de oriente a occidente los extensos linderos de mi patria a través de medio siglo de nuestra historia; como en las ruinas milenarias del Parthenon Helénico centenas de columnas vacías pueblan nuestras llanuras y montañas, como un reguero de pedestales vacantes que esperan su figura egregia, de venezolano integral y de héroe americano, y donde se destacan por su desproporción injusta el llano inmenso que forma la base del monumento que hoy como ayer reclama su cuna y la pequeña lápida que cubre hasta hoy aquellas cenizas beneméritas, de aquel gran ciudadano que para nuestra patria debe ocupar el número dos en el escalafón estricto de la Orden de los Libertadores de América.

Ciudadanos Legisladores: El balance de José Antonio Páez, hoy como ayer es absolutamente favorable: 53 combates y batallas de los cuales sólo cuatro fueron perdidas, forman su acervo militar; dos veces presidente constitucional de la república y tres veces encargado del poder ejecutivo, sus cenizas reclaman hoy lo mismo que él personalmente reclamó al Congreso de 1850, cuando estaba cargado de cadenas en el calabozo de una fortaleza militar: "Soy siempre el mismo general en jefe de los ejércitos de Colombia y Venezuela y siempre el mismo que alcanzó del Congreso de la Patria por recompensas de sus servicios el título de "Ciudadano Esclarecido", y así lo comprendieron todos los pueblos y los gobiernos de Europa y América cuando recibieron en su seno aquel proscrito ilustre, tributándole honores de jefe de un Estado; así lo comprendieron los comisionados venezolanos al

presenciar los altos honores militares y grandes deferencias que Norte América tributaba a sus cenizas con motivo de su traslado; así lo comprendían los que lo tuvieron encadenado después de estar vencido, violando así la palabra de un convenio militar, por el pavor que les inspiraba poner en libertad al que pretendía vengar el cobarde asesinato de un Congreso.

Así lo han comprendido hoy también el Gobierno, el Congreso y el pueblo de Venezuela, al rendir merecido homenaje, en este recinto y ante su cuna y al colocar en la mañana de hoy el Primer Magistrado de la República la primera piedra del monumento que guardará en el futuro sus cenizas, para decir así a las generaciones del mañana, que se ha reparado una injusticia con uno de nuestros grandes ciudadanos.

Ciudadanos Legisladores: En nombre del Estado Portuguesa y de la Sociedad Patriótica de Homenaje a Páez en Acarigua, que me designó su representante en estos festivales, os doy las gracias por el homenaje que hoy rendís a nuestro conterráneo ilustre y os las doy asimismo, por la designación honorífica que me habéis hecho tomando sólo en cuenta para vuestra elección mi carácter de representante del Estado. He terminado.

Caracas: 13 de junio de 1940. (*)

(*) Caracas, Tipografía Americana, 1940.

MONSEÑOR NICOLAS E. NAVARRO

En el 150 aniversario del natalicio del General Páez, en Caracas, el 13 de junio de 1940

La figura del general José Antonio Páez, grabada profundamente en el alma venezolana, gracias a sus hazañas mitológicas y por el ambiente y las circunstancias en que ellas se desarrollaron, a la vez que por su actuación civilista durante los primeros períodos constitucionales de la República, no necesita hoy de más elogios. Pero no podría faltar por ello el debido homenaje en las fechas propicias al recuerdo del Héroe que supo ser también cumplido Magistrado. Así, el 150º aniversario del humilde hijo del Curpa, encumbrado por los más auténticos méritos hasta la dirección de los destinos nacionales, fue celebrado en todo el País. La Academia le consagró una sesión pública a la cual concurrieron el señor Presidente de la República, acompañado de su Gabinete y los descendientes del Ilustre Prócer. Publicamos a continuación las palabras de apertura del acto por nuestro Director doctor Cristóbal L. Mendoza y el discurso de Monseñor Nicolás E. Navarro, primer Vicedirector de la Corporación.

"Señor Presidente de la República, Señores Ministros del Despacho, Señoras, Señores:

Fiel a una tradición que tiene ya más de cincuenta años, la Academia Nacional de la Historia se reúne hoy solemnemente para festejar otra gloriosa efemérides: el sesquicentenario del natalicio del General José Antonio Páez.

No es esta la primera vez que se escuchan en este recinto palabras en loa y honor del guerrero insigne y del ilustre hombre del Estado que encarna, como pocos, y con un relieve excepcional, el auténtico tipo venezolano con todo el magnífico esplendor de sus virtudes, y también —no podía ser de otro modo— con los defectos que la humana naturaleza pone aun en los seres más privilegiados y con las deficiencias que el medio físico y social hacen inevitables.

La Historia no puede juzgar a los hombres desde puntos de vista teóricos y absolutos, como si todos ellos fueran hechos exactamente del mismo barro y como si el soplo sobrenatural que anima a éste tuviese en todos los casos un mismo valor y un idéntico significado. Ni puede tampoco prescindirse de las características peculiares del escenario en que se mueve y actúa cada personaje, ni de las circunstancias en que se desarrolla su actuación. Yerran manifiestamente quienes al estudiar la vida y los hechos de un guerrero famoso o de un gran estadista, se forman de antemano un juicio o molde sobre el modo como debieron obrar o acerca de las finalidades que debieron perseguir, a la luz de principios universales y abstractos, sin darse cuenta de que estos últimos no pueden ni deben ser aplicados de manera igual y uniforme en todos los pueblos y en todas las situaciones.

Analizada a la luz de estas consideraciones la figura de Páez asume caracteres resplandecientes y aún podría decirse que únicos en el más genuino y auténtico sentido de la historia de Venezuela. Es el hijo del desierto que nace como brotan las plantas silvestres, a la orilla de un río. Como esas mismas plantas crece nutriéndose con la savia que da la tierra y echando en ésta poderosas raíces que han de servirle después como a los árboles bajo cuya sombra se acoge para desarrollar la más poderosa fuerza vital de la epopeya. Pero a diferencia del Facundo de las pampas argentinas, su hermano de cuna y su émulo en la aventura y en el empuje, el llanero venezolano estuvo dotado de un don superior que había de conducirlo a la inmortalidad como uno de los más preclaros fundadores de la nacionalidad. Fue ese don la facultad de enderezar toda aquella fuerza inmensa acumulada en él por la naturaleza y por las circunstancias hacia los más altos fines perseguidos por el

movimiento emancipador. Y así después de haber contribuido con su lanza casi mitológica al triunfo de la Revolución, colabora no menos eficazmente en el implantamiento y desarrollo de la República, subordinándose respetuosamente al imperio de la ley civil.

Dotado de una genial facultad de asimilación y guiado siempre por una irresistible aspiración de cultura, supo completar felizmente el ciclo de una maravillosa evolución y conquistar legítimamente el título de organizador de la República.

Por ello es que la Academia Nacional de la Historia en más de una oportunidad ha rendido fervorosos homenajes a la memoria del General José Antonio Páez. Y por ello en la ocasión del sesquicentenario de su natalicio, le consagra esta sesión solemne prestigiada con la presencia del primer Magistrado de la Nación.

Señor Presidente de la República, Señores Ministros del Despacho, Señores Académicos, Señoras, Señores:

Venezuela se honra una vez más rindiendo el homenaje de su recuerdo al nombre inmortal de José Antonio Páez.

Hace hoy ciento cincuenta años que vino al mundo ese varón preclaro, cuyo destino fue llenar con el asombro de sus proezas toda la epopeya de nuestra emancipación y resonar luego a todo lo largo del primer siglo de la República con las más altas repercusiones del prestigio civil y político.

No es ahora el caso de referir las hazañas portentosas de Páez durante la guerra magna, pues afortunadamente ellas viven en una perpetuidad de fulguraciones en la memoria de todos los venezolanos, y nada podría ya agregarse para esclarecer la excelsa figura de ese paladín antonomástico de la lucha por la Independencia.

Ni es tampoco esta la oportunidad de emitir juicios definitivos sobre los aciertos o desaciertos del General Páez en la suprema

dirección de los destinos nacionales. Es indiscutible que la autoridad de su persona y el resplandor de su fama le dieron un poder absoluto para el gobierno de la patria; pero es preciso apreciar como se debe si aquel respeto que imponía y aquellas sus estupendas dotes de mando estaban suficientemente asistidas de una preparación también personal para las grandes y múltiples faenas de la vida política; es preciso saber atribuir la parte que les corresponde a los famosos colaboradores de aquellas varias actuaciones del General Páez, y a la manera como usaron o abusaron de la confianza que les otorgara en el alto servicio de la República; es preciso trasladarse a aquellos viejos tiempos, y recordar el legítimo orgullo de aquellos eminentes próceres, y ponderar la arrogancia de quienes se consideraban los primeros luminares de la nación, para aprender a atenuar cargos, para atinar en el reparto de las responsabilidades, para explicarse, en fin, como no siempre la influencia del General Páez fue decisiva y como alguna vez su recto querer fue superado por la voluntad terca o mal aconsejada de asambleas o agrupaciones.

Pero sean cuales fueren los errores gubernativos del General Páez, ellos no han logrado empañar su admirable grandeza ni en manera alguna disminuir los méritos contraídos por él en la obra de la reconstitución política de Venezuela. "Si los patricios de 1811 son los padres de la independencia nacional —ha dicho uno de nuestros grandes oradores— los repúblicos de 1830, y Páez el primero, son los creadores de la libertad civil y de los derechos políticos de los pueblos".

Repito que no estoy aquí para dictar fallos solemnes acerca del gobierno del General Páez, y puesto que hoy no hacemos sino festejar el sesquicentenario de su natalicio, regocijándonos por el día en que la Divina Providencia se dignó regalar a nuestro suelo esa criatura, predestinada a iluminar tan gloriosamente sus anales heroicos, sea nuestro deleite de la hora el oír de nuevo el bosquejo de esos increíbles heroísmos, trazado como fue de mano maestra por el gran Martí con motivo de aquella no igualada apoteosis del formidable campeón:

"Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vió la luz a la orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la Señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió, a su tío el pulpero, de mancebo, y por la tarde ayudaba a sembrar el cacaotal; pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio; a lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos. "Yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote, "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado". Su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza. Y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la Señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezozo, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río;

se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo a los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería. "Vuelvan caras!" dice, y con poco más de ciento, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza. Así venció en su primer pelea formal, en la Mata de la Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López. "¡A vengar a mi negro Camejo" dijo en Carabobo. Carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo: vuelve con todas "las lanzas coloradas", y es libre la América".

Pero no por eso desechando la segunda faz de la vida pública del General Páez, deleitémonos también con este homenaje tributado a su memoria por nuestro grandilocuente Saluzzo:

"El funda la primera República democrática que existió en nuestra América, y su magistratura fue arca de comunes derechos; él vindica las instituciones y repone en el solio a los dignatarios de la República; él ampara a las víctimas contra los perseguidores y santifica la victoria con la clemencia; él desciende del poder en honrosa pobreza, y como el vengador de la Ciudad Eterna, presenta el guerrero casco a su noble contrario y en él recibe el viático del destierro".

Señor Presidente de la República:

La Academia Nacional de la Historia se ha unido de mil amores a vuestro pensamiento en la celebración del sesquicentenario del natalicio del General José Antonio Páez; ni podía esta Corporación, cuyo objeto es mantener vivo el culto de nuestros grandes valores históricos, dejar de pagar su tributo de admiración a Páez en esta fecha, ya consagrada para las augustas rememoraciones.

Recibid, pues, nuestro testimonio de aplauso por tan noble gesto, y séame lícito recordar, después de haberos visto colocar la primera piedra para el monumento decretado por vuestro gobierno como un nuevo homenaje al Héroe, que también por vuestras venas corre la sangre de aquel otro Primer Magistrado General Hermógenes López, que en 1888 decretó y llevó a cabo, con magnificencia insuperable, la apoteosis de Páez en la traslación de sus restos al Panteón Nacional.

He dicho.[1]

1 Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 90, Abril-Junio, 1940, pp. 200-204.

FRANCISCO RICARDO BELLO

En el "Hogar Americano",
Caracas 16 de enero de 1941

CUNNINGHAME GRAHAM

Hay muchos vínculos de afinidad que unen a Venezuela con la Argentina. Pero sólo deseo destacar ahora uno y es el que representa un biógrafo inglés del General Páez: Sir Robert Cunninghame Graham. Este escritor vivió en Venezuela y en la Argentina gran parte de su larga existencia. Como tantos viajeros ingleses, sintió profundamente, yo no sé por qué misteriosa afinidad, la silenciosa belleza de los llanos y de las pampas. Y amó, de ese cuadro, lo más hermoso del paisaje: el criollo. Su biografía del General Páez, a la vez sintética y emocionada, revela a fondo el alma generosa, candorosa y fatalista del héroe de Mucuritas, situado en su medio y en su época, con toda la grandeza y la fiereza de su abnegación patriótica. Cunninghame Graham, era nieto del Almirante Flemming, que vino en 1828 a ayudar a Páez en el movimiento separatista, y la madre nació en Caracas. Estudió y vivió la vida del llanero venezolano y del gaucho argentino, dejando en sus libros dibujado con relieves emocionantes el carácter de estas figuras fundamentales de la emancipación americana. Hace poco tiempo, murió en Buenos Aires, entristecido al contemplar como objetos de museo ya, las cosas criollas que él había amado tanto y había usado como el más diestro de los gauchos.

Sólo he querido, con esto, poner mis palabras bajo la advocación de su espíritu, que vagará ahora —para emplear una imagen que a él le gustaba mucho— galopando en su famoso "Malacara", por los senos de Dios, en el misterio de las grandes sombras.

EL LLANERO EN LA REVOLUCION AMERICANA

Alejandro Dumas, en sus memorias, recuerda a su padre, un general criollo de la Martinica, que se distinguió por su coraje con Napoleón, en los Alpes y en Egipto, y resume así las cualidades que describe en él: "Era un caballero americano. Era un gaucho".

Fue necesario que el gaucho, que el llanero, se incorporara al movimiento revolucionario, para que se realizara el sueño de Bolívar. Y que se incorporara no sólo con su fuerza y con su ilimitada capacidad de sacrificio, sino también con su instinto y con su genio.

Es con ese contenido popular que la revolución se hace permanente. Sin el pueblo no hay nada seguro, sino el derrumbe próximo. Su instinto es el dedo indicador de la Providencia vuelto siempre hacia un beneficio real. Cuando falta su calor, todas las instituciones tambalean, aun las eternas, porque la misma iglesia no ha sido ajena a esta inexorable ley social. Y eso que me refiero a una iglesia que era grande, como dice Mac Aulay, antes de que el sajón pisara el suelo de Bretaña y de que el franco atravesara el Rhin. Cuando aún florecía en Antioquía la elocuencia griega y aún se adoraban ídolos en los templos de La Meca, y que será grande, en los tiempos venideros, cuando algún turista de la Nueva Zelanda, colocándose en medio de una vasta soledad, sobre un arco roto del Puente de Londres, se ponga a bosquejar las ruinas de San Pablo!

Un ejemplo de ello es la gesta libertadora. Se produce la revolución americana. El llanero está con los españoles y la causa emancipadora vacila en las *vendées* de Calabozo y Pasto. El llanero se plega a la revolución y entonces, recién, son posibles Carabobo, Riobamba, Junín, Pichincha y Ayacucho.

EL GAUCHO EN LA ARGENTINA

Ustedes saben que en mi país, en la Argentina, los Gobiernos que sucedieron al del General Rosas, persiguieron implacablemente al

gaucho, hasta aniquilarlo como fuerza de gravitación social, por considerarlo un elemento retardatario del progreso civilizador y de la evolución política.

El brazo y el cerebro de esa persecución, fue Sarmiento. Sarmiento, que tenía, sin embargo, la fisonomía áspera de la libertad. Y al servicio de esa política puso el gran sanjuanino, inflexiblemente, todo el peso del poder, cuando estuvo en el poder, y cuando estuvo en el llano toda la fuerza, toda la gravitación de su talento y de su pluma extranjerizante e inmortal.

El gaucho desapareció así, para perderse en los dominios de la leyenda. Un escritor argentino ha dicho que la noche cayó sobre él, como una parva sobre un chingolo. Derrotado por la civilización materialista, ni una protesta tuvo contra ella y se perdió para siempre tras los lejanos y azules horizontes, al tranco de su caballo, con el poncho a media asta sobre el hombro y en la espalda cruzada la guitarra de sus canciones varoniles.

UNA DIGRESION PERSONAL

El Cónsul General del Uruguay les ha dicho que mis predilecciones por el criollo no son de ahora. Quiero, también, decir algo sobre el asunto. Hace poco tiempo, hice un rápido viaje a la entrada de los llanos del Guárico, con unos amigos de Caracas. Estaba entre ellos ese poeta extraordinario que se llama Alberto Arvelo Torrealba, que leyó algunos de sus versos. En uno de ellos evoca juntas las figuras de Martín Fierro, el gaucho legendario de las pampas argentinas, y de Florentino Coronado, el prototipo del llanero de Venezuela, dibujado con tonos magistrales en una novela de Rómulo Gallegos. Yo llevé esa visión durante el viaje y ella me inspiró unos versos que me voy a tomar la libertad de decirles, no por vanidad de escritor, que no tengo, sino para que ustedes adviertan que las cosas que he dicho esta tarde, no son una postura en mí, sino que las he sentido con sincera intensidad.

MARTIN FIERRO Y FLORENTINO

A Alberto Arvelo Torrealba.

"Ah tierra bien sola, hermano!"
A. A. T.

Martín Fierro y Florentino
se pusieron, mano a mano,
a cantar de contrapunto
en la soledad del llano.

Fierro es la voz de una raza
olvidada y perseguida,
que cruza como una sombra
por las pampas argentinas.

Florentino es el criollaje
de las Queseras del Medio;
griten patria, pidan hombres,
y habrán de reconocerlo.

Bajo el sol canicular
la sabana está dormida.
Una quietud dolorosa
sobre esas tierras domina.

Pero cuando caen las sombras
en la soledad tremenda,
toda la vida del llano,
rumorosa, se despierta.

Son esas voces ocultas
que pronuncian nuestros nombres.
Los llanos duermen de día
pero despiertan de noche.

Fierro trae el instrumento
cruzado sobre la espalda.

El viento choca en las cuerdas
y modula una vidala.

Florentino viene al tranco,
avizorando los cielos;
como una cinta del cuatro
cuelga un corrido llanero.

Bajo una palma perdida
para cantar se han sentado:
viejas estampas de criollos,
dibujadas en el llano!

Fierro pulsa su guitarra
y hace estremecer las cuerdas;
los bejuquillos celestes
se mueven como si oyeran.

Ya brillaban las estrellas
plateando la noche tibia.
Temerosas y distantes
tiemblan las Siete Cabritas.

Ya resucita la luna,
ya está floreciendo el canto.
Se oye una frase perdida:
"ah tierra bien sola, hermano"!

Las cosas que se dijeron
nunca podrán olvidarse.
Si mi saber da para eso
tal vez un día las cante.

Pero evocada por ellos
en aquella noche clara,
he visto que era una sola
el alma de las dos patrias!

LLEGADA DE PAEZ A BUENOS AIRES

Fue precisamente Sarmiento, para continuar con nuestro relato, que malmontaba a caballo sobre silla inglesa y vestía con "paletó" gringo, quien indujo a Páez, el llanero por excelencia, a trasladarse a Buenos Aires, después de haber trabado ambos una sólida amistad en Norte América, donde se hallaban el uno como Ministro argentino y el otro desterrado por Falcón, después que asumió la Presidencia de Venezuela.

En junio de 1868, en procura de una representación de carnes en conserva, pobre, viejo y solo, cargado con el peso de su gloria y de sus años, llegaba a Buenos Aires el héroe de las Queseras del Medio.

Triste destino el de los grandes hombres. Pero también nada reconcilia tanto con esta débil naturaleza humana, como verlos aceptar sin una vacilación, sin una queja, la ingratitud, la injusticia y la incomprensión de sus contemporáneos. Y aun como espectáculo de belleza, rememora el panorama de una tragedia griega, contemplarlos permanecer sensibles, tal vez, pero serenos, ante el dolor de la calumnia con que los hiere la medianía brutal que con frecuencia los rodea. Con razón Castelar ha dicho que sin dolor el mundo sería un harén, y el hombre un sultán crapuloso.

PAEZ, GENERAL DEL EJERCITO ARGENTINO

En junio de 1868, decía, llegaba Páez a Buenos Aires. El 12 de octubre de ese año, Sarmiento asumía la Presidencia de la Nación, y uno de sus primeros actos de gobernante fue honrar y ayudar económicamente al héroe venezolano, con el siguiente decreto:

"Buenos Aires, diciembre 5 de 1868. Habiendo llegado a este país el General don José Antonio Páez, en prosecución de una modesta industria, para sostener su vida en la más avanzada edad; y considerando que este ilustre guerrero es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la independencia; y que

sus hazañas reconocidas ya por la historia contribuyeron en gran manera a afianzar la independencia americana, el Presidente de la República Argentina, para asegurarle el reposo de sus últimos días en reconocimiento de sus grandes servicios, acuerda y decreta:

Art. 1º—Dése de alta en la Plana Mayor activa del Ejército Argentino, al General don José Antonio Páez, en la clase de Brigadier General.

Art. 2º—Comuníquese, etc.

Firmado: SARMIENTO. — Refrendado: *Martín de Gainza*".

En el Senado, al presentarse el acuerdo correspondiente, lo que se hizo por unanimidad, el General Mitre, entonces Senador nacional, dijo lo siguiente: "Lejos de hacer un honor al General Páez, nosotros lo recibimos en que venga a acabar sus últimos días aquí; es una pequeña deuda de gratitud que le pagamos, nosotros, americanos, que hemos gozado de los beneficios producidos por los grandes servicios que prestó en la guerra de la Independencia".

Este homenaje tiene el singular mérito de que los dos hombres que lo firman, Sarmiento y Gainza, eran los adversarios más encarnizados de la raza de cuyas virtudes y de cuyos defectos Páez era un símbolo. En cuanto a la gravitación de Sarmiento sobre el particular, ya nos hemos referido. Sobre el general Martín de Gainza, Ministro de la Guerra de Sarmiento, podemos recordar que en este sentido su nombre fue señalado a la posteridad por José Hernández, en las páginas eternas del "Martín Fierro".

"Que en esta despedición
tuviéramos la esperanza
que iba a venir sin tardanza,
según el Jefe contó,
un Ministro, o qué sé yo,
que le llamaban Don Ganza".

DESCRIPCION DE PAEZ EN BUENOS AIRES

Tenía entonces Páez 78 años. El doctor Adolfo Carranza ha evocado su figura en Buenos Aires, en los siguientes términos:

"De regular estatura y cuerpo musculoso, había perdido su agilidad de resultas de una caída de caballo, mandando la parada del 4 de julio en Washington, en la que el Presidente Grant le sirvió de edecán.

Tenía una voz poderosa, con la que cantaba el "Miserere" de *El Trovador* y saltaba en la sala, con una agilidad increíble, tarareando canciones andaluzas.

Su inseparable compañero, que no olvidarán los que le conocieron en Buenos Aires, era un hermoso perro blanco, llamado "Pinken".

AFICIONES LIRICAS DE PAEZ

Las aficiones líricas de Páez se hallan confirmadas por diversos pasajes de su vida. En 1813 ó 14, en Barinas, cuando el episodio de los grillos, luego que le han colocado a su pedido, los más pesados, se retira a una habitación contigua y allí se pone a cantar una romanza a media voz. En 1818, un viajero inglés lo encuentra en esos mismos llanos de Barinas, después de un entrevero sangriento, dirigiendo un coro de 500 llaneros que cantan, precisamente, el Himno Nacional argentino. En 1826, cuando el movimiento separatista de La Cosiata, O'Leary, enviado de Bolívar, va a entrevistar a Páez, y lo encuentra en medio de todas aquellas terribles disenciones intestinas, en la casa del Coronel Cornelio Muñoz, tocando el violín, con un negrito que lo acompaña al piano, sentando en un taburete. Y O'Leary comenta: Me pareció ver a Nerón tocando el laúd, mientras estaba ardiendo Roma.

En 1841, en Valencia, una dama recuerda haberlo oído cantar un aria, en un salón lleno de gente, con voz de tenor, y finalmente, cuando se hallaba en Buenos Aires, le dijo al General

Mitre que estaba empeñado en la tarea de recoger y conservar en la memoria los cantos populares de Venezuela, para publicarlos después en un libro.

CONTERTULIOS DE PAEZ

El doctor Carranza, describe los personajes que asistían a las tertulias que se celebraban en la casa de sus mayores noche a noche, y en las cuales era Páez el personaje central, naturalmente.

"Entre otros asiduos concurrentes, se encontraban el doctor don Florentino González, constitucionalista colombiano, traductor de Lieber y de Grimke, que dictaba la cátedra de esta materia en nuestra Universidad, a los sesenta años, y cuya juventud agitada se marcó por un entusiasmo liberal muy pronunciado, hasta haber sido uno de los del complot de 1828, que debieron matar a Bolívar. Mármol, el unitario Mármol, el autor de "Amalia", el poeta que lanzó la más sublime, al par que más enérgica maldición contra el tirano de la Patria, arrancada, como dice un escritor mejicano "del huracán que agita la selva de los Andes, del soplo aterrador del Pampero, del ronco estruendo del Tequendama, de los tumbos del mar embravecido, del mugido del Chimborazo y de la catarata de trueno de las tormentas americanas"; el coronel don Manuel Olazábal, octogenario, veterano de la independencia, que había recorrido medio continente con las armas de la revolución, y cuyo pecho ostentaba las medallas ganadas en las guerras de los tiempos de Rosas; el doctor don Bernardo de Irigoyen, que todavía estaba lejos del rol respetable que desempeñaría en la política de su país; el General Campero, que pobre y emigrado, no soñaba llegar a las cumbres del poder que representó en Bolivia y otros de más o menos importancia en el pasado y en el presente.

Allí se hablaba de otras épocas y de otros hombres; se narraban campañas, se enumeraban glorias, se referían anécdotas, se discutía y aprendíamos lo que no puede decir la historia, sino la memoria de los testigos.

Olazábal hablaba del heroísmo de Talcahuano, cuando paseó con su escuadrón, armas al hombro, delante de aquellas murallas que vomitaban fuego; nos hacía conocer los últimos momentos de aquel José Miguel Carrera, famoso por su ambición y sus crueldades y recordaba diversos pasajes del sitio de la "Nueva Troya".

El viejo González, embebido en las doctrinas norteamericanas, desalentado por las desgracias de Nueva Granada, hacía oír pocas veces su pausada y temblorosa voz.

Quevedo y Campero, enemigos políticos, pero antiguos compañeros, reunidos bajo bandera neutral, se expresaban con amargura sobre su país, eternamente convulsionado y narraban los sucesos cómicos y trágicos que durante treinta años se habían desarrollado en Bolivia.

Recordaban aquellas guerras con el Perú, cuando el General Ballivian cruzaba las cordilleras con trajes de brin blanco para dar ánimo a sus soldados en medio de las nieves... y cuyo secreto consistía en ocultar otros abrigos bajo vestido tan fresco; el duelo del general Agreda con un gallo; las iniciales del nombre del primogénito del General Santa Cruz, cuando imaginaba una corona —S.A.R.— y otras reminiscencias que daban animación a la tertulia, amenizando con las cuestiones serias.

Páez se expresaba en medio del silencio de los oyentes, que creían soñar cuando escuchaban de sus labios los anales a veces grandes y otros sangrientos de Venezuela. Había en su lenguaje la sencillez del héroe y la sinceridad del hombre honrado.

Era la historia viva de Venezuela; conocedor de sus hombres, los estudiaba, los clasificaba y presentaba a la reunión que, complacida, le escuchaba como al revelador de un pasado lleno de grandiosas palpitaciones.

Hablando de Bolívar, siempre lo hacía con admiración, y nunca se permitió injuriar ni a sus propios adversarios. Cuando se henchía de entusiasmo con los recuerdos de aquellos tiempos felices

que pasaron, se veía asomar a su rostro el dolor, y entonces se lamentaba con la ironía y la amargura del proscrito.

Era Páez la figura más notable de aquella antigua Colombia, de donde brotaron héroes que tenían la talla de Miranda y Bolívar, Sucre y Santander, Córdoba y Soublette.

Corazón generoso, conciencia honrada, voluntad de hierro y un valor a toda prueba, en un físico de acero y una gallarda figura, tales eran los rasgos principales de aquél que ciñó en la cintura una espada que, en muestra de admiración, le regaló Jorge IV de Inglaterra".

Esta espada no fue regalo de Jorge IV, sino de Guillermo IV de Inglaterra, y llevaba una leyenda que decía así: "De Guillermo IV al General Páez, como prueba de admiración por su carácter y por el desinteresado patriotismo que ha distinguido su brillante y victoriosa carrera, 1827". Por otra parte, este no fue el único contacto que tuvo con Reyes. Con la Reina de Inglaterra se escribió en varias oportunidades de igual a igual y en un banquete, en Las Tullerías, se sentó al lado de la Emperatriz Eugenia de Montijo, la hermosa y célebre esposa de Napoleón III.

VISITA A URQUIZA

Visitó también a Urquiza, el vencedor de Caseros y organizador del Congreso de 1853 que sancionó la constitución vigente todavía en la República Argentina. Vivía el general entrerriano, ya viejo, como un señor feudal, en el Palacio San José, a orillas del río Uruguay, con sus sesenta hijos naturales. En el histórico salón de los espejos se realizó la entrevista. Cuántos recuerdos habrán desfilado ante esos dos hombres, forjadores de historia, evocados por sus labios vacilantes. El "vuelvan caras" de las Queseras del Medio, las cargas de la caballería del Apure, en Carabobo, la muerte gloriosa del fiel Negro Primero, las audacias de San Carlos, de San Felipe y de Puerto Cabello, habrán repercutido, y con qué eco elocuente y magnífico, en el alma del vencedor de Sauce Grande, de India Muerta y de Caseros!

HERRERA VEGAS Y ZARRAGA

Una epidemia de fiebre amarilla, en 1871, obligó a Páez a trasladarse a Río de Janeiro. Desde allí escribe a su amigo Carranza, interesándose por dos jóvenes venezolanos, la siguiente carta, porque nunca se despreocupó de los asuntos de su patria:

"Río de Janeiro, abril 23 de 1871.—Mi distinguido amigo: Tiene esta por principal objeto recomendar Ud. a dos jóvenes compatriotas que merecen toda mi amistad y que pertenecen a las primeras familias de Caracas, a quienes les ha sido forzoso dejar a Venezuela por algún tiempo a causa de la actual situación política de aquel hermoso cuanto desgraciado país.

Son mis recomendados los doctores Rafael Herrera Vegas y Simón Zárraga, médico el primero de la Universidad de París y de Caracas; el segundo, abogado de Venezuela: ambos han alcanzado crédito en sus respectivas profesiones y una posición importante en Venezuela, que sólo causas muy graves hubieran podido determinarlos a abandonarla, siquiera sea por corto tiempo.

El doctor Herrera se ha decidido a arrostrar la terrible epidemia que por desgracia azota a esa ciudad, no obstante tener facilidad para ocuparse con ventaja en otro país, pero la idea de prestar sus servicios profesionales en una enfermedad que ha tratado por largo tiempo y de prestar su contingente para ayudar en algo a Buenos Aires en la terrible prueba porque está pasando, han producido en su ánimo la resolución generosa de trasladarse a ese país tan pronto como les sea posible. Celebro la resolución de Herrera, porque estoy cierto que serán útiles sus servicios.

Mucho siento no estar en Buenos Aires para hacer por esos jóvenes cuanto a mi alcance estuviera, pero me consuela la idea de que mis buenos amigos de esa ciudad, entre los que cuento a usted, en lugar preferente, suplirán mi falta, empeñando su gratitud y la mía por los servicios que reciban mis recomendados. No puede Ud. figurarse cuánto me han afectado las desgracias de Buenos

Aires y cuánto anhelo saber que han tenido término tantos males que aflijen a ese país".

Los Herrera Vegas, descendientes del médico que recomendaba Páez, son una de las familias más distinguidas y respetadas de la Argentina. Sus varones han servido al país por dos generaciones ya, y se hallan incorporados definitivamente a la vida nacional.

PAEZ, AUTOR DE VERSOS Y MUSICA

Pero todo esto no es extraño, tratándose de Páez. Lo que sí es extraño, porque revela una faceta poco conocida del General, es que cuando estuvo en Buenos Aires, hizo versos y compuso música. El rudo centauro del Apure, que después de los entreveros sangrientos hacía cantar a sus llaneros el Himno Nacional argentino, hizo versos de amor en Buenos Aires y compuso música con tiempo de vals. La trayectoria heroica que comienza en las orillas del Curpa y acaba en el Panteón Nacional de Caracas, tuvo así, en Buenos Aires, su descanso romántico.

Voy a leer una de esas composiciones, titulada "La Flor del Retiro". Es un vals. La otra no, porque sólo se presta al canto. La música de "La Flor del Retiro" está escrita por el propio Páez para piano. La de la otra, titulada "Escucha, bella María", también él mismo la escribió, para piano y violín.

LA FLOR DEL RETIRO

Qué triste es la vida, de luto cubierta,
llevando en el pecho oculto un dolor;
qué triste es el alma que se halla desierta,
sin fe ni esperanza, sin dicha ni amor;
qué triste es el llanto, que corre inclemente,
nublando los ojos, quemando la faz;
qué triste es la queja del alma doliente,
que mira perdida por siempre su paz!

Qué triste el recuerdo, que pesa en el alma,
de aquellos ensueños felices de ayer;
son tristes las horas que ruedan en calma,
llevándose, infaustas, del hombre el placer.
Qué triste es la noche, sombría y oscura,
sin que se perciba siquiera un rumor;
muy triste es la noche, que al hombre le augura
penas sempiternas, profundo dolor!

PAEZ, HISTORIADOR

Dejo así evocada brevemente, pero con cariño, la permanencia del general criollo en Buenos Aires. Es uno de los héroes más completos de la historia de América, porque fue uno de los más apasionados. Era, por antonomasia, el hombre de la acción. Jamás perdió el tiempo en vanas disputas. Aceptaba o imponía. Cuán lejos de aquellos hombres desconsiderados y versátiles de que habla San Agustín, que soplan en el polvo y se echan tierra en los ojos: "Sufflantes pulverem —dice—, sufflantes pulverem et excitantes terram in oculos suos".

Y como si fuera poco hacer la historia en los campos de batalla, al escribir su propia vida, escribió la historia de su país. Puso, también, pasión en ella, porque no hay una sola de las grandes historias que no deba sus mayores bellezas a la pasión más o menos descubierta de su autor, como dice Emerson; pasión de venganza contra la democracia ateniense, en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo, pasión de portugués separatista en don Francisco Manuel de Melo. En Páez había pasión de libertad venezolana.

JUSTICIA Y LIBERTAD

Pasión de libertad. Si hay un pueblo en la Tierra, dice Lammenais, que estime en menos la justicia y la libertad, que el labrador su cosecha, el artesano su pedazo de pan, el mercader las riquezas,

el marino su descanso y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo altísimas murallas, para que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Justicia y libertad. Pero éstos tampoco son conceptos absolutos La justicia sin piedad es tiranía de la ley y la libertad sin disciplina es licencia. Justicia no es la de aquel magistrado inglés que condenaba a la horca a dos menores de catorce años por el delito de robar un par de zapatos, sino la del buen juez Magnaud; y en cuanto al concepto de libertad —¿quién no es esclavo siquiera de una pasión o de un vicio?— no hay nada que lo ubique mejor que el canto de los prisioneros de Londres: "Alejandro —dice— tenía por prisión el Universo; el Rey de Inglaterra la tiene en su isla; el sultán en su serrallo; el mercader en su tienda; el magnate en su carroza; el sabio en su gabinete. Todos los hombres, en fin, son prisioneros, y la Tierra entera es una inmensa prisión!"

CONCLUSION

En la Plaza de la República, en El Paraíso, se levanta la estatua que en honor de Páez hizo erigir en 1905 el General Castro, el guerrillero de Capacho Viejo, como alguien le llamó. No hace mucho tiempo, yo hice sobre esa estatua unos malos versos, que empezaban así:

Plaza de la República, en la tarde y a contraluz,
como un bajorelieve se dibuja
la estatua del Catire, con la lanza
de las Queseras ensangrentada hasta la cuja!

Esa estatua está allí para que las generaciones presentes y las futuras entiendan que hay cosas superiores al bienestar personal, por las que se debe luchar y aun morir; y que las tan mentadas luces del siglo XX, cuyo resplandor parece cegar nuestras pupilas debilitadas por el estudio o por el vicio, no son sino, y apenas, las sombras pálidas de aquellas viejas glorias![1]

1 Caracas, Ediciones del "Hogar Americano", 1941.

ANDRES ELOY BLANCO

En representación del Congreso Nacional, ante la estatua del héroe, en Caracas, el 25 de junio de 1941

Ciudadano Presidente del Congreso;
Ciudadano Ministro de Relaciones Interiores;
Ciudadanos Legisladores;
Señores:

El honroso encargo que me ha dado el Congreso de la Nación no os va a obligar a seguirme en un dilatado discurso. Mejor que una larga oración y más en armonía con el aire matinal de este jardín predilecto de los niños, será la evocación ante este bronce de una simple clase de historia, donde la historia llegue a transformarse en desnuda geografía. Así, en breve tertulia de los seres y las cosas, lograremos un tono de escuela al aire libre; así, como en la escuela los discípulos estudian cuerpos y luces al través de cristales, nosotros miraremos una tierra al través de un hombre.

Y así, de golpe, hemos llegado al hombre. Y en llegando a él, hemos llegado a la tierra. Porque al través de Páez se llega inmediatamente a Venezuela. No hay un personaje que se haya parecido más a su autor; no hay un patriota que se haya parecido más a su patria; no hay un guerrero que se haya parecido más a su campo de batalla.

De oscuro comenzar, de infancia desamparada y desnuda, él, como ella; él, de suelta y arriesgada adolescencia; ambos de trance en trance, de atajo a travesía, de limpia carga al sol a sigiloso lance, de faja llena y "dragoneo" a marcha triste y escotera. Ambos, a ratos incansables, a ratos perezosos; un día, flecha de carne, el

hombre en el caballo, flecha de voz, la patria en el clarín; otro día, péndulo de nostalgia, el hombre en el corrido, péndulo de abandono, la patria en el chinchorro.

Y el ascenso a la luz, igual en ambos; nacidos de la hazaña, rudos, agrestes, tuvieron claro instinto de la luz. Veamos cómo de contrabando, empieza ella a esclarecerse; veamos cómo él va por sí mismo esclareciéndose.

Viene alborotando sargazos la proa del navío "Santa Bárbara", en una mañana sin nubes allá por el año 1750. En esa hermosa nave de la Real Compañía Guipuzcoana, irá preso, dos años más tarde, para no volver a su casa de Candelaria ni a su hacienda de El Guapo, el canario Juan Francisco de León. Ahora navega el gran bajel abarrotado de géneros, rumbo a Puerto Cabello. De allí regresará a España con el cacao y el añil de la Capitanía. En el tope de un mastelerillo danza el pendón de dos puntas de Peñaflorida; en la sobrepuerta de la cámara vela, en altorrelieve, la efigie del gran Ignacio, patrono de la Compañía. Trae el brisote a popa y festona de algas el mascarón, metiendo agua por los escobenes. Viene el navío del Monopolio, quebranto del mantuanaje criollo, carcelero de la autonomía; pero no es de sedas y zarazas, de armas y cubiertería, de cristales y damasquinados, de tallas y perifollos todo su cargamento. En las cajas claveteadas vienen las reales cédulas. Con ellas los papeles que traen noticias de Europa, luz de nueva inquietud; bien envueltito y cruzado de cintajos viaja el esperado expediente de hidalguía o la cédula de gracias al sacar que alisará las pasas al último canastillero enriquecido. Pero un viajero del alcázar ha dejado sin cerrar su baúl forrado de cuero negro con clavos de roseta, de manera que asoman, imprudentes, su Polibio y su Moliére y más abajo se muestra a los ojos espantados del Ignacio de roble, entre calzas y camisolas, un haz de libros olorosos a azufre; porque allí vienen Séneca el estoico y Teofrasto el aristotélico; y vienen Calderón y La Fontaine, Solís y Ulloa y crónicas de México y del mar tasajeado de inquietudes viajeras; y un libro en francés, oloroso de nuevo y en su tapa de vitela, historiada inicial y negro texto, un título y un nombre: El

Espíritu de las Leyes, por Carlos de Secondat, barón de Montesquieu. Ya se ve cómo lo primero que se enfrenta a las fragatas y corbetas de la Real Compañía son las fortalezas de pensamiento, las vagas artillerías ideológicas que esas mismas embarcaciones trajeron entre tapas de vitela y brocado. Se hicieron los hombres de la costa de las armas que venían envueltas en las páginas de Diderot y de Lucrecio. En su aislado sopor, la Patria empieza a esclarecerse con aquellas ideas liberales que venían entre sedas y "filipichines" en las cámaras de los reales navíos. Iban a servir a la autonomía contra la Compañía y contra España. Para unos, las ideas fueron semilla de sincero arraigamiento; para otros fueron falsas vestiduras del designio oligárquico; para unos íntima sábana y posterior mortaja; para otros, oportuna bandera; para unos, la derivación de estatutos ideales; para otros, no más que sabrosos terrones disueltos en las tazas de café de las tertulias del señorío. Pero la Patria así se esclarecía.

Ahora viene el hombre, entre dos horas de batalla; entre Carabobo y Puerto Cabello. Es todo fuerza, es todo índole, es todo temperamento. Y baja del caballo. El caballo es la guerra. Y el caballo de Páez es la guerra venezolana. Si en una hora pudo probarse más que en ninguna otra el genio militar de Bolívar, fue en la hora en que trasladó la guerra, apeándola de las montañas, como si la apeara de un caballo; y precisamente, para montarla a caballo. Mientras los españoles pudieron disponer en absoluto de las caballerías, Bolívar mantuvo la guerra en la cordillera. Muerto Boves, surgido Páez, Bolívar lanza a la Patria al lomo de los potros. Y Páez viene a ser la guerra de Venezuela, su color y su esencia, su estilo y su velocidad. El gran jinete va a ser el puño de los golpes y el ritmo de los sucesos; la larga espera de la tierra estará reflejada en el paso de su caballo; la angustia de las marchas en su cansado pasitrote, la furia del encuentro en sus galopes resonantes y el gozo de los pueblos a la noticia de los triunfos, en el repiqueteo de su alegre volatería.

Pero allí, como de contrabando, apretado entre el fuste y la coraza o enrollado en las prietas capoteras, el hombre de la guerra lleva

un libro. Y entre dos horas de batalla se detiene a leer. Son horas robadas a la hazaña, son abejas cazadas al colmenar de la epopeya. Y un día, después del último combate, el hombre baja del caballo. Nunca un hombre ha bajado más completamente del caballo, que este llanero que viene de San Pablo en una mañana de 1835 a restablecer, en el solio mancillado, la encarnación civil de la magistratura. Esclareciéndose estaba él, robando noches al sueño y tardes al divagar, para irse iluminando en los libros. De llanero ignorante, ha ido elevándose a letrado; mientras espolea su corcel se siente espoleado por su estímulo. Y así como la patria ayer, de criolla colonial fue iluminándose a retazos con los libros hurtados a la confianza de la Compañía, así el más íntimo guerrero de su guerra, así la carne más derivada de su terrón, autodidacto en la tierra autodidacta, va a sentarse a la mesa para escribir su propia vida. Y puede asegurarse que, fuera del título de Libertador, en esta tierra tan amiga de sobrenombres personalistas, nunca se ha logrado tanto acierto como cuando a este llanero que bajó del caballo a esclarecerse, se le dio el sobrenombre de Ciudadano Esclarecido.

Toda esta evocación de una clara mañana de escuela nos está contando una historia de democracia. Porque Páez es todo democracia. No penséis en lo que él fue en instantes de pasión política; desechad el momento en que aparece afrontando a la aspiración federal. Recitad el último párrafo de su Autobiografía para terminar sus recuerdos donde ha debido terminar su vida pública. Pensad que fue su propia condición democrática, su sentido igualitario de capitán pampero lo que forjó su prestigio entre las masas y precisamente lo que indujo a la segunda oligarquía a arrimarse a su sombra; yo os podría contar cómo a su finca de La Trinidad iban las gentes del pueblo a ordeñar las vacas y a tomar la melaza, sin pagar nada al dueño, por lo que el caudillo refería que en La Trinidad corrían la leche y la miel todos los días; yo os podría hablar de su profunda raíz de caudillo municipal; yo os podría exhibir al demócrata que nos pinta Cunninghame Graham, a quien llamara Kipling "llanero de ojos azules"; pero os quiero mostrar al demócrata en función de su origen humilde y de su propio esclarecimiento; en función de su esfuerzo por la superación, en virtud

de su ascenso de grado y de claridad; y así no haría otra cosa que hablaros de nuestro pueblo visto al través de un hombre.

Hoy es el Día del Ejército. Como el pueblo, el ejército se va al través del héroe; como él, de hazaña y de inquietud, como él, de gesto inmarcesible, como él, de dolorosos y apasionados tránsitos, como él, de espolearse y esclarecerse para la final superación. Ya os he dicho una vez que si se tratase de enviar una carta al ejército venezolano, sería difícil concebir a dónde enviársela o cuál su domicilio; que bien pudiera ser a Carabobo, a Boyacá, a Ayacucho. Así os dije del ejército en su función de ayer. Así un día diremos de su función de ahora, cómo su domicilio histórico ha de estar donde la democracia esté. No son ejércitos aquellas hordas comedoras de patrias; ejército es brazo, escudo y lanza de la libertad, baluarte de la soberanía, respaldo de las garantías fundamentales de los pueblos, depósito impersonal y vivo de la fuerza de las patrias. Cuando las hordas hacen crujir el esqueleto mismo de las culturas, los ejércitos de la justicia mantienen limpias sus banderas y a cada día de horror los soldados de Carabobo y Ayacucho, de Querétaro y Maipú, son más y más la esperanza de los justos. En la cuesta de la superación, nuestros soldados enfilan ya la altiplanicie donde el ejército es, como Israel, el portador de un destino de respeto y de confianza donde los pueblos puedan medir un día la equivalencia de la justicia con la eficacia, y de la fuerza con la fraternidad. Lo mejor de la nube es el llover. Lo dicen los labriegos en voz y las campiñas en verde. Y la democracia es nube que hace vivir los campos. Y adentro tiene un rayo. Es el ejército. Es pueblo uniformado; y se esclarece para esclarecer; cuando no tiene por qué herir, alumbra, completando la función de la nube: luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris.

Sabéis que La Viñeta era la casa del Caudillo. ¿No veis en ello un símbolo de superación democrática? ¿No os parece que el héroe sembró su lanza en el patio y la lanza retoña con la flor de la escuela? La Escuela Gran Colombia, surgida en el solar del hombre de la separación, ¿no os parece la estrella subida de la lanza de Diómedes dormido? Y aquí mismo lo veis, en esta plaza;

cuando llegan las noches más negras de la tierra, él sabe que la luz está allí detrás de la coraza negra, él sabe que la luz hay que buscarla y con su propia lanza de jinete de bronce pincha el negro cieloraso y hace luceros para quedar esclarecido.

Así termina Ovidio al referirnos la muerte de Quirón, el centauro sabio, maestro de Aquiles: "Tu cuerpo, Quirón, quedó rodeado de dos veces siete estrellas". Así cubra dos veces al centauro el estandarte que tremoló en su lanza.

Pero he de terminar considerando lo bueno que sería que se pudieran hacer estatuas de voz así como se hacen estatuas de mármol o de bronce. Porque podríamos hacer una estatua al grito más hermoso de este hombre. Y alzaríamos la estatua en un punto en que todos la oyéramos. De manera que cada vez que quisiéramos recaer en vicios de servidumbre, la estatua gritaría "¡Vuelvan Caras!", y cada vez que intentáramos reincidir en delitos de personalismo, clamaría la estatua: "¡Vuelvan Caras!". Y cuando ya todos esclarecidos, marcháramos compactos a la cumbre de la esperada democracia, la estatua desprendida, caracoleando bronces inefables, iría a nuestro lado, vuelta la cara al sol.

J. A. COVA

En la Academia de Historia, República de Cuba, el 4 de marzo de 1949

Honorable Señor Presidente;
Honorables Señores Académicos;
Señoras y Señores:

Confieso que me siento feliz de poder hablar en esta docta Institución y en esta Habana cálida y cordial, y sobre la vida y obra de un hombre, vinculado a esta Isla legendaria "que el sueño de Martí quiso poner en las melenas del sol". José Antonio Páez, el Centauro de las pampas venezolanas, está vinculado hondamente a los orígenes de la independencia de esta heroica y brava tierra, y un día por inspiración del Libertador Simón Bolívar soñó con clavar en la fortaleza del *Morro,* la bandera tricolor de la Gran Colombia.

A grandes rasgos evocaré aspectos de la vida de este llanero ejemplar, tipo clásico del criollo venezolano, quien en sí sintetiza nuestra existencia nacional: "heroísmo guerrero, ardor sin medida para la lucha épica, vagas aspiraciones por el derecho, pero falta de voluntad fuerte para realizarlas; veleidades, facilidad para ceder a todas las sugestiones y al fin, tristes desengaños".

EL MEDIO FISICO

La llanura, la pampa o el llano venezolano, ocupa una extensión de trescientos mil kilómetros cuadrados aproximadamente. Su característica esencial, es la línea horizontal que se prolonga hasta el límite en que el cielo y la tierra parecen confundirse. Océano

de verdura, simulan olas las manchas ondulantes y movibles del ganado vacuno y caballar que en ellas pasta e islas los oteros y mesetas que en la inclemencia de la llanura sirven de refugio a hombres y animales. A veces el suelo se esconde bajo altos pajonales que se agitan al soplo del viento y en ocasiones la tierra apenas deja ver escaso césped o pequeñas palmeras. En invierno los grandes ríos: el Orinoco, el Apure, el Meta, el Portuguesa, se desbordan formando un mar inmenso de aguas dulces. En las márgenes de los grandes ríos se dilatan espesos bosques donde viven el tigre y el jaguar; bajo la paja de las sabanas, las serpientes; en los caños y esteros, el caimán, el caribe y el temblador, y en los esteros y lagunas, el plumón eucarístico de las garzas.

Clima extremadamente cálido; tempestades y tormentas, lluvias torrenciales, fuertes vientos y una vegetación bravía, dan al llano venezolano el mismo aspecto de las soledades asiáticas que observó Sarmiento en su *Facundo* en las pampas argentinas.

En medio de esta naturaleza primitiva, casi bárbara, aparece como amo y señor de la llanura, dominador del medio físico, el llanero.

Como tipo étnico, el llanero venezolano presenta las mismas características del gaucho de las pampas argentinas. Las mismas cualidades y los mismos vicios, con idénticos antecedentes y hábitos de vida. En lucha abierta contra todos los peligros, sus músculos se fortalecen, sus sentidos se aguzan y sus movimientos se aligeran. Sobre el potro salvaje o frente al toro bravío se encuentra en pleno circo en la constante disyuntiva de vencer o morir.

De abolengo andaluz y elemento indio, en el llanero venezolano vive un sedimento africano. Con la sobriedad característica de los pueblos pastores, vive el llanero en su rancho de paja sombreado de morichales: por muebles tiene cráneos de caballo o de caimán; por camas, cueros secos sin curtir, o bien chinchorros o hamacas; por alimento, la tira de carne asada muchas veces sin sal; por pan, arepas de maíz o cazabe de yuca; por distracción, la guitarra, y por vicios el café tinto y el tabaco de mascar.

Valiente, impetuoso, despótico y noble a la vez es el llanero, y más que nada poeta. En *Cantaclaro,* el maestro Rómulo Gallegos ha inmortalizado a este tipo de payador venezolano. La poesía del llanero tiene la recia fiereza de los elementos que se agitan en torno suyo y en ella vive el alma de la llanura, y su propia alma melancólica; poesía de las palmeras agitadas por la brisa o la ronda de las tormentas cuando aletea ensoberbecida en las crines del turbión. De sus amores, de sus guerras, de sus lances de honor extrae el llanero lo más hermoso de sus coplas que en las noches cálidas de luna entre las cuerdas de su guitarra echa al viento por las soledades de la pampa.

Su caballo y su silla, su lanza y su soga, su cobija y su *prenda,* son para el llanero elementos inseparables y ya con eso confiado y contento lanza al espacio su copla:

Sobre la paja la palma,
sobre la palma los cielos,
sobre mi caballo yo
y sobre yo, mi sombrero...

El llanero ama como verdadera patria la llanura "y fuera de ella, sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida y triste el cielo".

He aquí esbozado a grandes rasgos el medio físico y social donde nació y se formó José Antonio Páez.

NACIMIENTO E INFANCIA

Nació José Antonio Páez en una muy modesta casita a orillas del riachuelo Curpa, cerca de la ciudad de Acarigua, cantón de Araure, en la Provincia de Barinas. El padre, de origen canario, era blanco del estado llano o sea, como se decía entonces, de *sangre limpia.* Su madre, también blanca con mezcla de elementos indígenas, estaba en las mismas condiciones étnicas de la inmensa mayoría del pueblo venezolano. Desde sus mocedades los llaneros comenzaron a llamar a Páez el *catire* por tener el pelo rubio y rizado y los ojos azules.

"Instintos guerreros de uno y otro de sus factores, heredaba Páez. Del componente indígena le venía lo que a la generalidad de los soldados venezolanos: la nostalgia inconsciente de la vida nómada; el instinto de vagar por los bosques en esas pequeñas partidas que llamamos guerrillas y que en el fondo no son más que la reviviscencia de las hordas precolombinas".

Apenas en su infancia le enseñaron a mal leer en una escuelita del pueblo de Guama, donde su maestra Gregoria Díaz a fuerza de azotes le hizo aprender de memoria los rudimentos de la doctrina cristiana.

En la adolescencia tiene su primer lance personal victimando a uno de dos bandidos que intentaron robarle. Huyendo de la justicia se internó en los llanos y allí comienza definitivamente su vida de aventuras.

En sus correrías por el llano llegó al hato de don Manuel Pulido donde encontró trabajo. Doma potros y toros salvajes, atraviesa ríos caudalosos a nado; vive a la intemperie y por las noches sobre un cuero seco se duerme entre el roznar del jaguar, el fragor del trueno y el resplandor de los relámpagos.

El mismo Páez al evocar esta época de su vida, escribía: "ese fue el gimnasio donde adquirí la robustez atlética, que tantas veces me fue utilísima después... Mi cuerpo a fuerza de golpes se volvió de hierro y mi alma adquirió con las adversidades en los primeros años ese temple que la educación más esmerada no hubiera podido darme...".

En el hato de Pulido tuvo Páez por mayordomo un negro alto, taciturno y de severo aspecto, a quien llamaban *Manuelote*. Apenas se había puesto el joven Páez a sus órdenes cuando su voz imperiosa le ordenaba montar a caballos sin riendas, caballos que jamás habían sentido sobre sus lomos el peso de la carga ni el del domador. Al *catire* Páez, *Manuelote* dedicaba los trabajos más penosos y duros: domar caballos salvajes, pastorear el ganado a pleno sol; velar por las noches las madrinas, cortar maderas para

las cercas y arrojarse con el caballo a los ríos cuando aún no sabía nadar. Cierto día al llegar a un río, *Manuelote* le ordenó imperiosamente: "*Catire,* tírese al agua y guíe el ganado"; como el muchacho contestase que no sabía nadar, *Manuelote* le argumentó: "no le he preguntado si sabe nadar: le mando que se tire al río y guíe el ganado". Acabado el trabajo del día, *Manuelote,* echado en una hamaca solía decir a Páez: "*Catire,* traiga un camazo de agua y láveme los pies...". Luego le mandaba a que le meciese hasta que se quedase dormido...

DE PEON A GUERRILLERO

En el hato de Pulido, Páez permaneció dos años y con la ayuda del rico criador, pasó de peón a ser vendedor de ganados. Bien pronto su fama de hombre de presa llena todo el llano. La guerra de independencia le sorprende de modesto comerciante. De ahora en adelante, cuando Bolívar invade a Venezuela por el Táchira, Páez definitivamente se ha hecho guerrillero: el campamento, las emboscadas, las cargas de caballería constituirán su elemento natural y el llano venezolano, en su vasto escenario, será el teatro de sus épicas hazañas. Páez al lado del Libertador como Jefe de Caballería representará el mismo papel que el Rey Joaquín Murat, al lado del Emperador de los franceses en el curso de las campañas napoleónicas. Está naciendo Aquiles. El tendrá también su *Ilíada* y su Homero.

EL HEREDERO DE BOVES

Muerto Boves, el vándalo jefe de los realistas, en *Urica,* Páez se hace el jefe indiscutible de los llaneros y los combates del *Yagual, Achaguas y Mata de la Miel,* le valen el despacho de Teniente Coronel.

Páez agrupa en torno suyo los antiguos legionarios de Boves. Es el legítimo heredero del bárbaro, cruel y heroico asturiano. No son meros soldados que comanda en el sentido técnico de la palabra. Son su gente, los hijos de las cálidas llanuras venezolanas, hombres casi semisalvajes, acostumbrados a la vida libre,

desenfrenada, en constante lucha contra los elementos y las fieras. "Eran los mismos hombres que antes con Boves, al grito de *¡Viva el Rey!*, al bote de sus lanzas habían destruído la primera República, en *La Puerta, Aragua de Barcelona, Maturín* y *Urica.* Esos hombres de ahora en adelante se convierten en lugar de degolladores de patriotas, en héroes leyendarios de la República y al servicio de Páez desplegarán las mismas energías, el mismo valor heroico y la misma ferocidad, arrastrados por los mismos incentivos de sangre y pillaje y por el mismo entusiasmo fanático que cuando corrían o se agrupaban en torno a la lanza invencible de José Tomás Boves e iban a contribuir a la misma grandiosa empresa de crear naciones, recorriendo de triunfo en triunfo medio continente desde las orillas del Orinoco hasta las propias márgenes del Río de la Plata".

"Esos llaneros de Boves —apunta un sociólogo venezolano— encontraron al pasarse a las filas patriotas el completo olvido de sus pasadas fechorías y en uno y otro bando con el asturiano Boves o con el patriota Páez, fueron verdaderos forajidos. Con Páez militando bajo las banderas de la República, los llaneros seguirán la misma trayectoria bárbara y heroica y es que el hecho de cambiar de banderas no podía corresponder de ninguna manera a una modificación profunda de organismo psicológico. Al pasarse de una fila a otra no hicieron más que cambiar de jefe y en el fondo oscuro de la mentalidad llanera el mayordomo Páez era el heredero legítimo del *taita* Boves".

Sin embargo las leyes de la evolución se cumplieron en Páez y algunos de sus llaneros. Permanecieron unos con su conciencia obscurecida, sin que se modificasen sus bárbaros instintos; pero en otros la noción de Patria poco a poco va adquiriendo fuerza y transformando a través de la lucha la mentalidad y los instintos primarios de la turba amorfa. A poco andar la turba de Páez no fue ya la de Boves. Uno y otro empiezan con cerebros obscuros; pero el cerebro de Boves se queda en las mismas tinieblas cuando en el de Páez comienza a fulgurar la luminaria de una estrella. Boves es el mismo hasta su muerte, sanguinario, feroz, con el corazón ausente de toda ternura y piedad. Páez va transformán-

dose. El uno nació para odiar y vengarse y del vientre de su madre vino al mundo con instintos de bárbaro incivilizable. Del vientre de su madre trajo el otro la propensión a civilizarse, a servir a sus semejantes y al fin se convence de que más arriba del instinto está la idea; sobre la pasión baja, la conciencia alta; sobre el interés momentáneo, el interés permanente. En ciertos hombres parece vivir la fiera primitiva, con su violencia ciega, sed de sangre, hambre de venganza, voluptuosidad de ver sufrir. Así Boves, el asturiano incivilizable. En otros aun nacidos en las cunas más humildes predomina la piel fina, la mirada leal, el gesto elegante, la tristeza de lo malo. Así el llanero Páez, de nombre inmortal.

EL HEROE

Páez cada día se crece como caudillo. Ha triunfado contra el Jefe expedicionario don Pablo Morillo en *Mucuritas* y *Queseras del Medio*. Es ya General de División y manda entre los llaneros con la omnipotencia de un sultán. A nadie se somete y aspira a hacer la guerra por propia cuenta; pero de pronto oye la palabra mágica: Bolívar, un hombrecito enclenque casi, de voz imperiosa, con ojos de mirar de águila que le conmina a someterse a su autoridad. El llanero en principio recela y opone unos cuantos obstáculos antes de someterse; pero al fin tasca de mala gana el freno, baja los ojos y queda como subordinado.

Penosa en verdad fue para el Libertador la tarea de hacerse obedecer de Páez y sus llaneros. No fue ciertamente con discursos ni teorías revolucionarias. Inútil habría sido hablarles de historia constitucional inglesa o enciclopedistas franceses. Para tales discursos tenía otro auditorio. Con el Páez de *Achaguas,* con Rondón, con Carvajal, con el *Negro Primero,* era preciso emplear otro lenguaje, otras maneras: convencerlos con el ejemplo, mostrándose familiar, fuerte, audaz, capaz de todo: comer con los llaneros tasajo y cazabe; correr a caballo con ellos detrás de los toros y los venados; pasar con ellos los ríos caudalosos a nado; dormir en el chinchorro cuando lo había o sobre la paja de la sabana, a

la intemperie; vestirse como ellos con lienzos ásperos —él, acostumbrado al paño aterciopelado de París y Londres—; matizar sus frases con interjecciones plebeyas y bailar con las mulaticas en el patio del hato o de la hacienda al son de maracas y guitarras.

Cuando Páez y sus jinetes vieron que aquel hombrecito medrado de cuerpo, a primera vista flaco y débil, que no pasaba día sin bañarse ni afeitarse, y limpiarse los dientes, que hablaba a los extranjeros lenguas incomprensibles; que sabía sin embargo vivir como el soldado más rudo, y no temía a las fieras, ni al calor, ni al frío, ni al vendaval, ni al enemigo y andaba a la cabeza de sus tropas peleando noche y día con el mismo coraje, y aparecía igualmente extraordinario en la victoria como en la derrota; entonces Páez y sus llaneros comprendieron la superioridad del nuevo Jefe y experimentaron definitivamente el amor a la patria grande que era toda la América.

¡Fue así como el Libertador pudo subordinar a su incontrastable autoridad de caudillo, a los llaneros venezolanos de Páez que en el futuro iban a estremecer el corazón de América con el bronco grito de sus victorias!...

LA VISTA HACIA CUBA

El Libertador ha consolidado ya con la batalla de *Boyacá,* primero y más tarde la de *Carabobo,* esta última decidida por las fieras cargas de caballería del General Páez, la existencia de la República de Colombia; con las victorias de *Junín* y *Ayacucho* ha quedado vencido en América todo el ejército peninsular, y según la hermosa frase de Bolívar, "el mundo de Colón ha dejado de ser español...".

El Libertador está dominando desde el Potosí todo el vasto y dilatado escenario de América, y allí mismo hace desplegar al viento todos los pabellones de las Repúblicas que ya han alcanzado su independencia. Ahora está tendiendo la vista sobre las islas del Caribe: Cuba y Puerto Rico, cuya independencia se propone conquistar.

Para comandar esa gran expedición libertadora, Bolívar piensa en Páez, poniéndole al frente de diez mil hombres de infantería, mil de caballería y la escuadra colombiana que zarparía de los puertos venezolanos.

El propio General Páez al evocar en su *Autobiografía* ese proyecto de invasión, escribía: "Que habríamos de tomar a Cuba era seguro y ni el Libertador que ordenaba la empresa, ni yo que habría de ponerla por obra, dudamos jamás del éxito de la expedición una vez llegados nuestros barcos al puerto que se había escogido. En primer lugar contábamos con el número y valor de nuestros soldados, para quienes los españoles jamás podrían presentarse como invencibles, toda vez que vencerles, era su costumbre. La clase de tropa que formaría la expedición —soldados veteranos de los llanos venezolanos, *Boyacá, Carabobo, Junín, Pichincha y Ayacucho*—, daba segura garantía a su buen éxito... Con los negros libertos —le decía Bolívar a Páez— formará Ud. inmediatamente un ejército para transportarlos a España y auxiliar allí al partido liberal en muestra de la grandeza de Colombia y para lograr el reconocimiento oficial de la Independencia de América".

"Bajo mi palabra de soldado —escribía más tarde el General Páez— acogí con alegría el pensamiento de Bolívar y con aquel ciego entusiasmo con que me había acostumbrado a vencer siempre. No creo que ninguno de mis compañeros dudase tampoco de la posibilidad de vencer a los españoles porque hubiese variado el terreno de nuestros anteriores combates. Por mi parte ya me figuraba en el recinto del *Morro* dictando la Ley de América a un Capitán General de Castilla como había tenido la suerte de dictársela a Calzada, a Morillo y a La Torre dentro de los muros de Puerto Cabello...".

Pero cuando las mentes del Libertador y de Páez se alumbraban con los destellos de la *Perla de las Antillas* y se ultimaban los preparativos para zarpar la expedición libertadora, la Casa Blanca de Washington por intermedio de su Cancillería, insinuaba muy diplomáticamente a S. E. el Libertador-Presidente de Colombia,

"que el Gobierno de los Estados Unidos, miraría con especial agrado no se efectuase ningún cambio político en las islas de Cuba y Puerto Rico".

En otra nota la Cancillería de Washington insinuaba a la Cancillería de Colombia: "que ninguna potencia, ni aun la misma España tenía en todos sentidos un interés tan grande como los Estados Unidos en la futura suerte de Cuba"...

Y esa declaración, señores, fue suscrita nada menos que por Henry Clay, a quien en nuestros días y por muchos suramericanos y antillanos, se quiere presentar como uno de los apóstoles del panamericanismo. También fue el mismo Clay, en su carácter de Secretario de Estado, el más sistemático opositor a los planes de unificación continental propuestos por el Libertador Simón Bolívar en el Congreso de Panamá...

El propio General Páez, ya en su ancianidad gloriosa, al comentar esos incidentes desgraciados que le privaron ser precursor de ese otro venezolano, Narciso López, en la lucha por la liberación de Cuba, escribía:

"Ojalá no termine la carrera de mi vida sin ver repetidas en los campos de Cuba, las escenas que tuve la gloria de presenciar en las llanuras de mi patria... Yo sé que existen en los Departamentos de la Isla briosos habitantes a quienes para alcanzar la fama de los llaneros venezolanos no les falta más que trocar la garrocha del hatero, por la lanza del soldado...".

Y no se equivocó el anciano guerrero. En esas vibrantes líneas, como las mariposas en crisálidas, estaban latentes los nombres de Máximo Gómez, Maceo, José Martí y la legión de soldados anónimos que también como Martí en *Dos Ríos,* en la aurora de la República, supieron caer en los campos de batalla de cara al sol.

EL HOMBRE

José Antonio Páez fue un genuino representativo del medio físico y social donde le tocó nacer y actuar, y muy pocos como él,

"han tenido en nuestro país el don de esclavizar las voluntades de otros hombres y de llevarlos dóciles a todas partes: a la guerra, al sacrificio, a la insurrección; a sostener un orden legal o a derrocarlo: extraña facultad de sugestión que constituye en Venezuela el prestigio de los caudillos guerreros", cuyo último representativo de esa estirpe fue el Gran Dictador don Juan Vicente Gómez. Páez y Gómez han sido en Venezuela, en un espacio de cien años, los que realizaron con más fuerza que ningún otro caudillo esa extraña obra de sugestión, que explica, para nosotros los venezolanos, la trama de nuestra Historia. Muerto el Libertador, el general Páez centraliza, por la gracia de su prestigio, la vida social y política del país. Desde 1830 hasta 1863 Páez es el caudillo indiscutido e indiscutible.

El alma de las multitudes —apunta Arcaya—, estaba con Páez, al cesar el influjo del super-caudillo que fue el Libertador. Al cabo sometiéronse a Páez los demás jefes militares, y vino a ser así, el caudillo por excelencia, el hombre del prestigio máximo, en suma, el Señor, el régulo necesario de la sociedad, cualquiera que fuese el nombre que en el vocabulario de las leyes escritas se quisiera dar a aquel Poder suyo, que no debía en realidad, sino a la naturaleza misma que lo había hecho nacer caudillo, en toda la extensión de la palabra, en un país como Venezuela, destinado por las leyes inexorables de la herencia psíquica, a someterse en todo tiempo a un Jefe capaz de subordinar en torno suyo a todas las voluntades, ya fuere por el valor personal, la audacia o la fuerza de la palabra, como en el caso de Guzmán Blanco.

Un oficial de la Legión Británica que combatió a las órdenes de Bolívar, que conoció a Páez personalmente y que años más tarde publicó sus memorias, caló muy hondo en su psicología, cuando respecto a él escribió: "sólo a la naturaleza debe este hombre heroico y noble todas sus ideas y virtudes. Cuando yo servía a las órdenes del general Páez, éste no sabía leer ni escribir; no conocía el manejo de los cubiertos, tan tosca y tan falta de cultura había sido su vida anterior; pero cuando comenzó a rozarse con los oficiales de la Legión Británica, imitó sus modales, costumbres

y trajes, y en todo trataba de conducirse como ellos, hasta donde se lo permitían los hábitos adquiridos en su primera y rudimentaria educación". Casos análogos al de Páez y en nuestros propios días se han repetido en nuestra América.

De mediana estatura, cargado de hombros, ancha espalda y blanca tez curtida por la intemperie. Musculación fuerte, vigorosa, buenas formas y admirable agilidad y destreza. Su fuerza y su destreza eran sorprendentes; por mero pasatiempo perseguía a los toros a caballo y a carrera tendida, los tomaba por el rabo y dándoles una vuelta repentina, los derribaba al suelo por uno de sus costados. Sus hombres, "sus muchachos" como solía llamar a sus legionarios, le querían como a un padre y era muy común verlos acercarse a él, llamándole tío, compadre o *taita.*

Gustaba de la música y las canciones, siendo muy adicto a entonar coplas y corridos llaneros. Oía con placer y respeto a los doctores y a los que según su parecer, creía superiores en ilustración y talento. Por oírles demasiado lo precipitó el doctor Miguel Peña en una reacción contra el Libertador, a quien empujó al destierro y a la muerte.

Por instinto, más que por reflexión, en el Poder, tendió a representar el papel de los monarcas constitucionales europeos, prefiriendo ejercer solamente las funciones de aparato, mientras no surgía algún conflicto nacional, descargando sobre sus ministros, la diaria tarea gubernativa. Gracias a su trato campechano, cordial y expansivo, encadenó a su persona, la simpatía de todas las clases sociales, a tal punto que convirtió en tolerancia afectuosa, la censura que pudieran merecer algunos aspectos de su vida privada. Sus grandes pasiones fueron, la equitación, el juego y el amor. En su casa no hubo nunca rico mueblaje, biblioteca rara, cuadros ni tapices de precio, ni mesa regalada. Vivía sobriamente, sin lujo, sin ostentación. En su casa de Caracas, separado de su mujer legítima Dominga Ortiz, había constituido morganáticamente nuevo hogar con *Barbarita* Nieves. Con ella se instaló en la capital,

mostrándose con ella en el teatro, y en el propio palco presidencial, y tanto se habituaron los *mantuanos* y oligarcas caraqueños a este adulterio público, que la censura de los salones no se reveló nunca con aires de escándalo, limitándose la murmuración callejera a suaves ironías, hasta distinguir con el nombre de su amante, *Barbarita,* una batería de los fuertes de Puerto Cabello, tomada por Páez y que los españoles habían bautizado la *Princesa*...

En el Poder, Páez tuvo un formidable opositor: Antonio Leocadio Guzmán, quien a diario desde las columnas de su periódico *El Venezolano* arremetía contra el caudillo. En uno de sus editoriales le decía: "El pueblo venezolano conoce vuestros servicios y los ha recompensado de manera superabundante: ninguno de los héroes de la Patria la ha mandado como vos, veintiún años. No tiene que castigar en vos, usurpación; pero ve que por vuestras artes, os mantenéis en el Gobierno Supremo: Intendente, Comandante General, Director de la Guerra, Jefe Civil y Militar, Jefe Superior, Presidente Constitucional, General en Jefe; otra vez Presidente. En el campo y en el Gabinete; en Venezuela conmovida y en Venezuela consolidada, siempre sois vos el que manda, el que quita y pone, el que da, el que ofrece. Sácianse los pueblos de obedecer y hasta de querer y admirar. Es hastío, señor, es saciedad lo que siente Venezuela por vuestro encumbramiento... Con fe sincera, con desprendimiento, dejad a Venezuela. Veréis entonces como este pueblo os recompensa y os bendice...".

No reacciona Páez contra Guzmán, que continúa firme en la oposición bajo el imperio de la libertad de pensamiento, que Páez garantizó siempre. ¡Qué diferencia del *bárbaro* Páez con los *demócratas* de nuestro tiempo! Esa oposición culminó con la constitución de los dos partidos tradicionales que durante casi un siglo dividieron y regularon en la república el ejercicio del Poder: godos o conservadores, los amigos de Páez, y liberales capitaneados por Guzmán. La lucha partidarista engendra la Guerra Federal que culmina por medio del tratado de Coche con el total alejamiento del General Páez de la cosa pública. Contaba el caudillo de los llaneros 73 años.

SENECTUD Y MUERTE

Sucesivamente y después de *Carabobo,* Páez ha sido General en Jefe de la Gran Colombia, Presidente Constitucional de Venezuela, Dictador y prisionero de la República. Desterrado de la patria que había ayudado bizarramente a libertar y consolidar, ahora está viejo y triste, desengañado en Nueva York. Cuenta 83 años y acaba de regresar de un viaje a la Argentina invitado por Sarmiento. Ha dictado ya su *Autobiografía,* donde recoge en amable y pintoresca prosa todos los recuerdos de su agitada vida pública. Es un anciano de modales distinguidos, cabeza blanca y sonrisa amable. Ha viajado por Europa y por el sur de nuestro Continente. Evoca ahora plácidamente que cuando los ingleses de la Legión Británica llegaron a los llanos, no sabía leer con facilidad, ni manejar los cubiertos. Ahora dominaba el inglés y el francés y traducía de este último idioma al castellano las *Máximas Guerreras* de Napoleón. Toca al piano, compone música y recita poemas y comenta los autores clásicos de la Antigüedad.

En las veladas familiares junto al fuego de la chimenea de invierno, gusta despertar recuerdos. Su lenguaje es sencillo, suave, seductor. Habla de la espada que le regalara Jorge IV de Inglaterra; de su correspondencia privada con la Reina Victoria y de la noche memorable de un banquete en las Tullerías, en París, cuando fue sentado a la derecha de la Emperatriz Eugenia, la bella esposa de Napoleón III. Habla del Libertador con emoción y con respeto y le duele como una herida profunda, que le sangra todavía, cuando aconsejado por sus áulicos, le empujara al destierro y a la muerte. Como visión homérica pasan ahora por sus retinas ya casi apagadas, y en tropel, sus legiones de centauros: el *Negro Primero,* López Matute, Zaraza, Carvajal, Leonardo Infante, los hermanos Farfán, los épicos lanceros de Apure y los realistas vencidos: don Pablo Morillo, Marqués de la Puerta y Conde de Cartagena, el propio Narciso López, Calzada, Morales, La Torre, van desfilando constantemente en sus evocaciones.

Evoca también el glorioso anciano que en Buenos Aires Sarmiento le hizo Brigadier General del Ejército Argentino con el goce del

sueldo respectivo y evoca las palabras de Mitre en el Congreso cuando se discutía el otorgamiento de ese grado: "Lejos de hacer un honor al General Páez —decía Mitre en el Senado— es una pequeña deuda de gratitud que le pagamos nosotros, americanos, que estamos gozando de los beneficios producidos por los grandes servicios que prestó su lanza en la guerra de independencia".

Uno de los últimos amigos que le visita, le observa que ha perdido un poco de su tradicional agilidad y el anciano guerrero le contesta:

"—La perdí hace ya algunos años de resultas de la caída de un caballo, cuando mandaba en Washington la parada del 4 de julio en la que me servía de edecán el Presidente Grant...".

Posee la profunda convicción de que su vida tiene los contornos de un lienzo de Rembrandt: luces y sombras donde unas y otras pugnan por destruirse. Por eso abre con estas frases el libro de su vida y de su obra: "Bien merece perdón quien sólo pecó por ignorancia o por concepto equivocado. Mi propio naufragio habrá señalado a mis compatriotas los escollos que deben evitar...".

¡Este es en verdad un piadoso acto de contrición cristiana tendido también piadosamente sobre todas las miserias de los hombres!

El 7 de mayo de 1873 el viejo Centauro cerró los ojos para siempre.

En parada solemne, su cadáver de regreso a la Patria es escoltado por el Ejército de Estados Unidos por las calles de Nueva York hasta el buque de guerra norteamericano que por Decreto del Congreso le conduce a Venezuela. Preside las ceremonias, el general Daniel Sickles, triunfador de la batalla de *Gettysburg*.

Ahora yace en Caracas para siempre, bajo las arcadas severas del Panteón Nacional y bajo el signo glorioso del epitafio de Martí:

"¡Dondequiera que estés, duerme! ¡Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!".[1]

1 La Habana, Imprenta "El Siglo XX" Muñiz Hnos. y Cía. Brasil. 153-157, MCMXLIX.

RICARDO MONTILLA

En Acarigua, el 13 de junio de 1965

EN MISION PARECIDA A LA PRESENTE, grata a mi espíritu de hijo de la llanura, hace veinticinco años vine hasta estos lugares para rendir homenaje al mismo hombre excepcional a quien hoy el Gobierno y pueblo de su Estado nativo, al cumplirse el 175 aniversario de haber nacido, consagran hermoso monumento. Ahí está él, titán arrogante, más personaje de la mitología que de la historia corriente, jinete esgrimiendo la poderosa lanza, como lo vieron y siguieron hijos de los Estados que hoy me han honrado con su representación en este acto, uno de los cuales gobierno, Apure, cuyos aires aún están llenos del clarín de su voz y del repiqueteo de los cascos de sus centauros: los de Mucuritas, los de Las Queseras.

Cuando se estudia la vida de José Antonio Páez, ligada estrechamente a la de Venezuela por espacio de casi 60 años, uno no sabe qué admirar más en ella: si la faceta del guerrero, noche de tempestad llanera para el poderío español, sucesión ininterrumpida de relámpagos de gloria; o su fisonomía ciudadana de fundador del Poder Civil, base de la República. En el amplio pecho le caben, holgadamente los distintivos de "León de Payara" y de "Ciudadano Esclarecido".

Esta conjunción extraordinaria en su personalidad, de guerrero valiente y temerario y de héroe civil, no menos corajudo, con nimbo de reflexiva serenidad, tiene su más cabal expresión en un episodio de la vida del prócer, tan digno de celebrarse como la hazaña de Las Flecheras o la de Las Queseras, pero del cual poco

se ocupan los estudiosos o apologistas de sus glorias: la rendición de Dionisio Cisneros, guerrillero y bandido, autoproclamado al servicio del Rey de España.

Mariano Picón Salas, admirador de Páez y cuya reciente desaparición llora la patria, se complacía en analizar el hecho, apreciándolo en toda su magnitud. Lo juzgaba como acontecimiento singular, revelador de las insospechadas reservas morales de la personalidad del heroe a quien hoy exaltamos.

El anacrónico realista, ignorante y cerril jefe de mesnada de facinerosos, único defensor de las banderas del Rey después de consumada la emancipación, llegó hasta preocupar a Bolívar, quien buscó, en 1827, cuando su última visita a Caracas, negociar con él. Así se lo informaba a Don Fernando Peñalver en carta del 19 de febrero: "Aquí estamos muy tranquilos y en tratados con Cisneros, puede decirse. Yo hago cuanto me es posible por atraerlo a la razón y libertar a Venezuela de este hombre que tantos perjuicios hace a la agricultura. Yo le cumpliré fielmente cuanto se le prometa". Aun ascendido Páez a la Presidencia de Venezuela, el irreductible faccioso todavía mantuvo en jaque las fuerzas nacionales, atrincherado en inexpugnable guarida en las montañas del Tuy, con mengua de los escasos dineros del Tesoro, por la paga de tropas para combatirlo, y desmedro de la economía nacional, por el terror de sus fechorías prendido en el ánimo de hacendados y hombres de trabajo, víctimas de sus depredaciones.

Páez concibe una entrevista con el bandolero, esperanzado en hacerlo deponer las armas, y así lo participa al Secretario de Estado y de la Guerra, en comunicación del 1º de septiembre de 1831. Toma como pretexto para invitar al temible bandido a conocerse, el hecho de haberle sido apresado a éste un hijo de pocos años, a quien el héroe brinda protección y le sirve de padrino de bautismo. Le invoca esta circunstancia y el sacramento que los liga como compadres.

Cisneros acepta, a condición de que Páez vaya solo hasta las breñas donde se esconde. El Presidente no titubea un instante y

viaja hasta el cubil de la fiera. Consciente del riesgo a que expone la vida, previene a sus edecanes: "Si no he vuelto antes de la puesta del sol, digan a Venezuela que he muerto en su servicio".

Inerme llega al lugar donde lo aguardan, formados en fila y armados hasta los dientes, doscientos hombres que más parecen, con su hirsuto jefe, especímenes del período cavernario que venezolanos del Siglo XIX.

Cisneros pone a prueba el valor y la serenidad de quien, como dijo a sus hombres antes de Mucuritas, cuando les ordenó no regresar sino con las lanzas coloradas por la sangre de los enemigos, que éstos no se contaban sino por los muertos o prisioneros, jamás se había visto en situación tan comprometida. Ni cuando, de 17 años escasos, lo atacaron los salteadores en las montañas del Yaracuy y dio muerte a uno y puso en fuga los otros; ni en el combate singular, en el camino de Bailadores, con el gigante José María Sánchez, de fuerzas descomunales como para echarse un cañón al hombro, a quien venció; ni en capilla, donde lo tuvo Puy en Barinas, para fusilarlo; ni ante las bocas de caimanes y cañones en la toma de las flecheras; ni al desafiar y desbaratarlo, el ejército de Morillo, de más de 5.000 hombres, con sólo 150 lanceros en las Queseras del Medio.

Ahora está ingrimo ante el bárbaro, con su sola valentía y la inmensa fuerza moral de que se sabía asistido. Accede impávido al pedimento del siniestro compadre, de ordenar maniobras y el ejercicio de fuego a la fila de pavorosos bandidos. Con sangre fría pasmosa comienza y, no obstante que a la voz de "apunten", las doscientas armas lo hacen hacia su pecho, se dispone, calmado, a dar la de "fuego". Impresionado Cisneros por la tranquilidad del grande hombre, en cuya voz ni semblante no descubre el más mínimo rastro de miedo, hace una señal a sus forajidos y las balas, destinadas de antemano a cortar la vida de Páez, pasan sobre su cabeza trocadas en salva de honor y de rendido vasallaje.

¿No parece este relato un cuento extraído de las *Mil y una Noches,* o producto de la imaginación de algún autor de libros de caballería o de los Hermanos Grimm?

¿Dónde y cuándo se preparó este hombre para su larga y señalada figuración en la vida civil venezolana, ocupando siempre puesto de distinción, honrándola, lo mismo al presidir los destinos nacionales, que en esa especie de plenipotencia ante el mundo, conferídale por el pueblo y ejercida al recorrer, como proscrito, países de América y Europa, recibiendo los homenajes de Primeros Magistrados y de grandes figuras de la intelectualidad y el arte?

Poco pudo aprender de la señora Gregoria Díaz, su maestra de primeras letras en la escuelita de Guama, única a la cual asistió en la infancia. Para la adolescencia, el *preceptor* que le tocó en suerte fue el negro Manuelote, en el Hato de "La Calzada", cuyas enseñanzas, si lo prepararon, endureciéndole el cuerpo y templándole la voluntad, para su asombrosa carrera militar, ninguna luz le dieron para la vida de la civilidad y la cultura, donde llegó a desenvolverse con hábitos como adquiridos por añosa tradición.

Cuando apenas ha traspuesto los veinticinco años y alcanzado grado de Comandante, asume en las sabanas de Apure responsabilidades de jefe de ejército y de Estado. Bajo su protección se integran los restos de las patrias venezolana y granadina, salvados de la furia devastadora de Morillo, "El Pacificador". Le están subordinados Generales, como Rafael Urdaneta y Servier; Coroneles, como Francisco de Paula Santander y José Félix Blanco —presbítero guerrero—; Tenientes-coroneles, como Tomás Montilla y José María Carreño; jóvenes Tenientes, como José María Córdoba y Juan José Flores, llamados a la gloria en el correr del tiempo; ilustres sacerdotes, como Ramón Ignacio Méndez, años más tarde Arzobispo de Caracas; universitarios, como los doctores Nicolás de Pumar y Francisco Javier Yánez y Miguel Palacios y Fernando Serrano, Gobernador de Pamplona. Y muchos más, hombres, mujeres y niños de numerosas familias emigradas, acogidas a su sombra.

Eran tiempos de grandes penalidades, con escasez hasta de lo más indispensable. Los sufrimientos se sobrellevaban con estoicismo. En conmovedoras líneas de su *Autobiografía* están resumidos estos padecimientos: "Jamás podrán nuestros hijos —dice— ni aun ima-

ginar tan sólo a qué precio se compró la independencia. Pero aquellos tiempos trajeron aquellos hombres, que si tenían cuerpo de hierro, no llevaban el alma menos templada. Nada nos quedaba entonces, sino la esperanza y una resolución indomable, superior a todas las calamidades y desgracias reunidas. La esperanza nos alimentaba; nuestra resolución sirvió de base para levantar de nuevo el altar santo de la patria".

Debió ser de gran tacto y discreción la conducta de Páez para con tantas personas que lo aventajaban en rango social, ilustración y cultura, cuando en ninguna de las *Memorias* de muchos de ellos se encuentra un solo reproche por actos suyos descomedidos o de soberbia o infatuamiento.

Podía haberse envanecido con tamaño poderío en tan temprana edad y, sin embargo, cuando el año de 17 llegan hasta sus dominios los comisionados de Bolívar a pedirle subordinación, no duda y prepara la escena de su juramento y el del ejército, rodeando el acto de solemnidad, con la participación del futuro Arzobispo Ramón Ignacio Méndez, quien les toma la promesa de lealtad al Libertador.

Así fue aprendiendo aquel hombre, en las desoladas regiones de Casanare y la Trinidad de Orichuna, el manejo de los intereses de una Nación, al conservar los restos de las de Venezuela y Nueva Granada, destruidas en la cuna por la ferocidad realista.

Su sana intuición, guiando despierta inteligencia, y una óptima condición humana, van cuajándonos al futuro mandatario y al cumplido y refinado caballero en que se convertiría el rudo amansador de caballos del hato de Don Manuel Pulido.

Quienes lo conocieron en esa etapa de formación —O'Leary, entre ellos— muestran inequívocamente cómo la naturaleza lo dotó de las condiciones primeras para el difícil aprendizaje: modestia, discreción, atención. Así nos lo presenta el fiel edecán de Bolívar en sus *Memorias:* "En presencia de personas a quienes él suponía instruidas era callado y hasta tímido, absteniéndose de tomar

parte en la conversación o de hacer observaciones, pero con sus inferiores era locuaz, adicto a la chocarrería y no esquivo a juegos de manos".

Quizás, viendo en los Oficiales ingleses de la Legión Británica buenos maestros para su perfeccionamiento, los acogía con deferencia y ellos le correspondían prefiriendo el servicio bajo su mando. Uno de éstos, autor del libro *Recuerdos de un servicio de tres años durante la guerra de exterminio en las Repúblicas de Venezuela y Colombia,* afirma: "Gusta muy especialmente de los ingleses, a quienes llama hermanos, y ha abogado siempre con el mayor entusiasmo por los títulos que tienen a la gratitud del país".

Pero, cuando esos legionarios británicos, con sólo mentalidad de mercenarios muchos de ellos, pretendieron repetir en Achaguas, ámbito del mando de Páez, las mismas escenas bochornosas protagonizadas en Río Hacha, de insubordinación y saqueo, por los subalternos de Mac Gregor, o los intentos de lo mismo en Margarita y Barcelona, hallándose bajo las órdenes de Urdaneta, el concepto de respeto y disciplina, ya arraigado en la conciencia del futuro Presidente, se impuso, ejemplarizadoramente. Dejemos al austero y escrupuloso historiador Don Vicente Lecuna describirnos el tremendo escarmiento, en su *Crónica razonada de las guerras de Bolívar.* Dice:

"En situación tan angustiosa —la escasez de mantenimientos para las necesidades más elementales de la tropa— se sublevó en Achaguas el 28 de octubre (1820) la Legión Británica contra sus jefes, con el propósito de matarlos y embarcarse para Guayana... El vecindario corría por las calles. Páez ordenó sigilosamente retirar los buques del puerto y acudió al lugar del tumulto. Mandó a formar la tropa y dar un paso al frente a los agitadores, y a sablazos, él y sus asistentes, decapitaron a los más culpables. Una compañía intentó salvarlos, pero aterrada cuando el invulnerable caudillo se precipitó sobre ella con la espada ensangrentada en alto, presenció inmóvil la decapitación de los otros cabecillas. Recorriendo las filas, Páez amenazó de muerte a quienes mostraran semblante airado o afligido. La Legión, compuesta de 500 hombres, rendida

ante aquel cíclope de dos ojos, jamás visto en otra parte, se retiró en orden a sus cuarteles. Páez sólo contaba en aquel momento trágico con 80 cazadores, todos venezolanos".

Son aspectos poco divulgados de la vida del General Páez, que al estudiarlos despiertan asombro y nos reafirman aún más en la admiración por su memoria.

Sin embargo, dentro del parcelamiento del culto a nuestros héroes, en que los venezolanos solemos incurrir y del cual no escapó ni el mismo Bolívar, el de Páez sufrió más que ningún otro las contingencias. Sus restos estuvieron a punto de perderse cuando, por insolvencia en el pago del modesto alquiler de la cripta donde reposaban en el *Marble Cemetery*, de Nueva York, se amenazó con echarlos en osario común. Y no fue por gratitud nacional, manifestada en gestiones oficiales o de grupo numeroso de ciudadanos o de sociedades cívicas para salvarlos, sino gracias al cariño filial de un carabobeño ahijado suyo, efímero Presidente de la República, General Hermógenes López, que hoy estamos libres de la pena de que en el Panteón Nacional un sarcófago más se hallara vacío. Al repatriarlos y enterrarlos allí el 19 de abril de 1888, se ordenó erigir un Monumento.

En mi alma de niño se hincó una espina, que todavía lacera mi devoción por el prócer y sus glorias, cuando, de 12 años, fui llevado por mi Padre al Panteón. Después de contemplar los Monumentos dedicados en el sagrado recinto hasta a oscuros guerreros de la Federación, al preguntar por el de Páez se me mostró humilde lápida en el piso, marcando el lugar donde yacen sus restos. Ese doloroso recuerdo de infancia hizo que por mi iniciativa de Diputado guariqueño al Congreso Nacional y la de otros congresantes llaneros y de Carabobo, se obtuviera en 1940 que el Presidente López Contreras colocara la primera piedra del decretado Monumento. Pero ha transcurrido un cuarto de siglo más sin que se levante. Creo que 25 años han sido tiempo suficiente como para que aquella piedra germinara, alzándose de ella la reparación de la injusticia. Alentamos la esperanza de que no demorará más el desagravio, pues distinguido conterráneo de Páez,

al frente hoy del Ministerio del Interior, y la Academia de la Historia se ocupan diligentes en la preparación de los debidos últimos honores a las cenizas de quien, como los que más, tiene merecimientos de sobra para ser llamado Padre de la República.

Nos hemos asomado a la vida de Páez, en algunos episodios de los muchos que la llenan y producen asombro. Ahora estamos ante su figura de bronce, aquí en su tierra portugueseña, y lo contemplamos erguido a lomos del bridón de sus hazañas guerreras, en la estatua que sus paisanos le han erigido.

Habrá podido apreciarse en mis palabras, cómo intencionalmente he rehuído el relato de sus batallas, páginas brillantes de nuestra historia militar; pero es que me he propuesto, al bajarlo del caballo, hacer ver que este hombre, cabalgando o a pie, tiene igual talla grandiosa de venezolano integral.

Acarigua, 13 de junio de 1965.[1]

1 Caracas, 1965 (V3.C466. B.N.).

J. M. SISO MARTINEZ

El 13 de junio de 1965, en Acarigua

Sr. Ministro del Interior

Sres. Gobernadores

Sr. Obispo de la Diócesis

Sr. Pdte. del Instituto Nacional de Cultura

Sres. miembros de los Poderes Legislativo y Municipal:

La vida de José Antonio Páez mereció la prosa de Martí. En esa ágil, nerviosa y apasionada prosa del héroe cubano, se retrata esa vida que linda con lo novelesco del héroe venezolano. Ya el propio general Páez la había escrito en su autobiografía, en forma por demás sencilla. "El 13 de junio de 1790 —dice— nací en una muy modesta casita a orillas del riachuelo Curpa, cerca del pueblo de Acarigua, cantón de Araure, cerca de Barinas". Y a los 175 años de su nacimiento su pueblo le rinde este homenaje. Y han querido sus organizadores que sea yo, quien lleve la palabra para decir de la vida de ese venezolano que se elevó por sobre los escombros de la guerra, jefe de montoneras, hasta el primer sitial de la República, donde funda con caracteres más o menos permanentes el Poder Civil en Venezuela.

La historia venezolana es rica en personajes de esa estirpe. Pero si dentro de ellos, haciendo excepción del Libertador, hay que buscar un arquetipo, ninguno mejor que José Antonio Páez. La guerra de la emancipación puso al descubierto toda la escondida energía de los hombres que poblaban la colonia venezolana.

El clima ardido y lo bravío de la naturaleza contribuyeron a templar las almas de estos evangelistas de la libertad que habían tenido amplia escuela de igualitarismo en esa típica sociedad llanera, ya estudiada por Humboldt, que tenía sus peculiares formas jurídicas, sociales y económicas y una escala de valores distintos a los que poseía la sociedad urbana, y que en uno u otro sentido va a jugar papel predominante en la guerra de la Independencia. Su presencia trazará rumbos nuevos a la revolución urbana, oligárquica y municipal que iniciaron los hombres de 1810 y prácticamente le va a imprimir a nuestra guerra libertadora un carácter de guerra social y civil, como ya ha sido señalado por nuestros publicistas.

La presencia de José Antonio Páez va a signar de contenido popular el movimiento emancipador. La muerte del caudillo realista Boves, quien simbolizaba las amorfas, crueles y caóticas aspiraciones populares, deja vacía la jefatura de esta sociedad que viene de la llanura y que se enfrentaba en forma violenta a la sociedad urbana. Y dentro de la dinámica histórica, la bandera sangrienta trepidada por el asturiano viene a caer en manos de los futuros caudillos de la Independencia: Páez, Monagas, Zaraza. Sobre todo en manos del primero quien identifica con la causa de la Revolución la oscura y vital aspiración de las multitudes llaneras. Desde aquel mismo momento queda sellada la suerte de la emancipación. Pero con un rumbo nuevo, con sentido y dirección distintos. Bolívar, quien se asomó primero al grave problema social que entrañaba la cruenta lucha, con sus bermejos perfiles de guerra a muerte, lo había señalado, en la hora de la derrota, en su Manifiesto de Carúpano. Y ninguno como Páez, de incipiente cultura, pero aguda intuición, supo captar el mensaje del Libertador. Y al aceptar su jefatura, después de una vida aún no agotada de hazañas, no hizo sino desplegar ese agudo instinto que hará de él uno de los más capaces políticos de nuestra atormentada vida histórica. Así lo comprendió Martí en su encendida prosa: "Grande era Páez, al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en

los llanos cuando ijar contra ijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo a los de Morales con el canto de la lanza, cuando de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando señalándole al contrario, con su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería desordenada, ve venir al primero de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo muerto como su amo, cae de rodillas a sus plantas, de un vuelo del brazo cita a los jinetes que le quedan, ¡y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valencey, de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fue tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura para que le tomase ante las tropas el juramento de ser fiel a Bolívar: ni aquel guerrero saludado durante diez y seis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o en las jaulas, venció —nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló ni se vengó, ni le colgó en jaula la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada". La vida de hazañas no termina en Carabobo. La guerra había creado la nivelación social y le tocó por imperativo histórico presidir a la República en ese momento de alumbramiento republicano, sobre un país en ruinas, consecuencia de la guerra que hacía casi imposible la cimentación del orden nuevo. Rodeado de hombres que tenían una clara conciencia constitucional le tocó imprimir el desarrollo republicano del país. Con la Constitución de 1830 con sus peculiares características demo-liberales al lado de restricciones censitarias, se empeña en reestructurar la sociedad que destruyó la guerra. Su presencia estabiliza la naciente república y cuando las ambiciones de los viejos capitostes militares, en curiosa conjunción, inician el movimiento insurreccional de las Reformas que depone al Presidente Vargas, la vieja lanza de Carabobo se pone al servicio de la constitucionalidad para lograr su triunfo.

De ese hecho surge robustecido al máximo su poderío, que gravitará sobre la suerte de la República. Motivo de estudios y de hondas polémicas ha sido la influencia que ejerció sobre el desarrollo institucional de Venezuela. No es este el momento para analizarlas en toda su extensión. La historia tiene sus propias leyes y no se desarrolla conforme al querer de los ideólogos, sino como lo determinan las fuerzas, que abierta o subterráneamente inciden sobre ella. Esa etapa histórica que tiene como primer protagonista al general José Antonio Páez, todavía es fuente de polémicas. Pero sea cual fuere el lado que se escoja, siempre surgirá, iluminado con su poderoso sello de hombre superior la figura de José Antonio Páez. Cuando la política doméstica desembocó en guerra civil, su hegemonía ya ha sido limada por un vasto movimiento político que expresa en forma violenta su descontento por el orden social existente, y al hacer mutis definitivamente, dejando a una Venezuela incendiada por las pasiones de la guerra federal, puede empezar entonces a hacerse el balance de su vida pública, con sus virtudes y sus errores. El inició, con objetivo sentido ese análisis. De allí que las páginas de su autobiografía, constituyan no sólo un testimonio del proceso histórico que vivió Venezuela, sino un invalorable testimonio sicológico, que evidencia su grandeza moral.

El tiempo ha ido limando el rencor enconado que dejó como herencia la guerra fratricida. Los protagonistas de nuestra historia, civiles y militares, pertenecen ya al haber histórico de la Nación. Y ninguno como José Antonio Páez puede reclamar sitio de honor. Su vida constituye una constante de superación. De humilde peón de hato, acogido a las banderas republicanas, se convierte en caudillo indiscutido de la Venezuela republicana. De incipiente cultura se transforma, gracias al estudio y a la voluntad, que fueron normas de su vida, en el más capaz de los políticos que surgen después de 1830. Y cuando muere en Nueva York, en parada solemne, los héroes de la independencia norteamericana, le rinden los póstumos honores. Simbolizaban en él a la lucha que por los postulados republicanos, realizó el pueblo venezolano, en un batallar sin tregua hasta cubrir de libertad a la América.

Hoy en su tierra nativa, todos los grupos sociales, agrupados alrededor de la estatua, con la cual se le rinde homenaje, dicen su presente en nombre de la Nación. Allí quedará en el bronce, como lo fue en vida, significando todo lo positivo que existe en el alma del pueblo venezolano. El régimen de libertades democráticas que existe hoy no se concibe sin su esfuerzo. Las generaciones pasadas, presentes y futuras, le son deudoras en el más alto grado. Y su sentido de superación igualitaria, tiene como norma la misma que hizo de José Antonio Páez, prez y honra de nuestra vida pública. En esta tierra llanera, testigo de sus hazañas, sus descendientes realizan una hazaña distinta y superior. Por su esfuerzo esta tierra se convierte en la más rica porción de Venezuela. Esfuerzo no perecedero porque se afinca en el trabajo labrantío, que ha sido desde el mismo comienzo de los tiempos la fuente de progreso de las sociedades. La conjunción del ayer hazañoso, con el anónimo e indeclinable esfuerzo, tiene aquí su más alto valor. Y presidiéndolo, desde su eternidad, la figura de José Antonio Páez, le dice una vez más como en sus días gloriosos: "Vuelvan Caras".

Señores.*

* Caracas, 1965. (987.061. B.A.N H.).

LUIS VILLALBA VILLALBA

En el Campo de Carabobo, el 23 de junio de 1971

EN BRONCE AL FIN!

¡TE SALUDO, OH CENTAURO!
COMO EL POETA GIGANTE DEL NORTE SALUDO A LINCOLN:

CAPITAN! MI CAPITAN!

TE SALUDO CON LA ODA DEL CECROTEGA A UN COMBATIENTE DEL SUR:

MI CAPITAN DE ORO Y ACERO,

MI GRAN CAPITAN DE UN MUNDO NUEVO Y RADIANTE!

YO TE SALUDO, A TI QUE NACISTE DESNUDO COMO LA PALMA DE TUS LLANOS,

COMO TE SALUDO EL MAS BRILLANTE DE TUS EDECANES-VERBO DE ORO Y PECHO HIDALGO

EL PADRE DE VENEZUELA HEROICA:
EN BRONCE AL FIN!

EN EL GLORIOSO BRONCE EL LLANERO INMORTAL!

"Para tu gloria y tu justicia ostentas hoy ¡Oh Patria! ese mundo escultural en el Olimpo de tus grandes hijos, de tus preclaros bienhechores, al más prestigioso al par que más combatido de tus antiguos paladines . . . En la férrea lanza de las portentosas

heroicidades el fuego reverberante del almo sol que le sirviera de nimbo al primero de nuestros centauros. Todos te reconocen por tu marcial denuedo, por la figura atlética llena de majestad, figura prestigiosa que vive aún en la memoria de los pueblos americanos exornada de atributos mitológicos, cual de los héroes inmortales de Homero. Es él ¡EL INVENCIBLE!, el Cid Campeador de nuestras épicas tradiciones. El Páez, incomparable de 1819, sin igual en los fastos de la intrepidez y de la osadía".

Este es el pedestal en prosa que para tí cinceló la pluma vibrante y la elocuencia formidable de ése de quien Zumeta dijo que no podíamos mencionar su nombre "sin que nos ilumine el rostro el fogonazo de los fusiles". El vio alzar el bronce en la plaza de la República su masa evocadora del momento que la audacia del Héroe volvió en brusco movimiento de brutos y hombres, como un solo grito vibrante, la fuga en victoria y el júbilo de la hueste ibera en espantosa derrota.

Y ahora en este junio de las fulguraciones solares, tuyo es también el bronce central que une a la ciudad patricia —que es carne de héroes y artistas— al campo de Carabobo, el campo de las transfiguraciones, el campo de los lanceros de la epopeya, el campo donde mantiene el fuego sagrado la conciencia de la raza, donde se engendran y mantienen las virtudes con que se crean patrias y reengrandecen y dignifican las creadas.

No imaginó nunca el escultor Pérez Mujica —tu escultor— que iba a contemplar aquí en el corazón de la propia tierra que le dio savia y raíz, la réplica del bronce con que honró honrándose a la cuna del Padre, a la sombra del Avila y de aquel otrora vivo y admirable y encantador jardín de El Paraíso. Este bronce no sólo personifica ¡Oh Páez!, tu soberana y tenaz carrera de soldado emancipador y el denuedo de los tumultuosos jinetes llaneros en sus cargas verdaderamente irresistibles, sino que es un bronce que perpetúa la encarnación del heroísmo y el perfil definido y constante de la tierra carabobeña, donde palpita con el de Venezuela el corazón de la América. Hoy, con este bronce,

te tributa Valencia, te tributa la Patria, los honores del triunfo. Hoy es tu día, es el día del llanero más llanero de los llanos más llanos de Venezuela, hoy es el día de los Bravos de Apure, de los mil quinientos jinetes que condujiste impávido por la pica de la Mona para que se viera también que en estas tierras anchas, en estas tierras por donde había que hacer la patria, se oirían cantar las glorias del nuevo Cid, las glorias de Simón Bolívar, el Libertador,

Qué pueblo! qué mundo! qué hombres!

SIN MAS ESCUELA QUE LOS LLANOS

Ese Páez, cuya imagen la tiene estereotipada el pueblo de Venezuela, no es otra cosa que la imagen al vivo y volcada luego en limpia y emotiva prosa por el General O'Leary: el llanerazo aparece gracias a la pluma del exacto y puntual memorialista, tal cual podemos contemplarlo en el busto que en el salón principal de la Casa Páez en Valencia, preside las sesiones del Centro correspondiente boliviariano y que salió de las manos plasmadoras de un prometedor escultor calaboceño, ganado por la gloria del héroe: "Robusto y bien formado, pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso, que sostenía la cabeza abultada y cubierta de pelo castaño oscuro, ojos pardos que no carecían de viveza, nariz recta, con anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda, cutis claro, indicaba salud y habría sido muy blanco sin los efectos del sol, la desconfianza y la cautela son los rasgos fundamentales de su fisonomía".

Leyendo, releyendo a O'Leary, ¿qué duda cabe de que Páez era la Llanura y la Llanura era él? Lo geográfico y lo humano en función irrompible, entrambos, blasón de la Venezuela Heroica. Es una sola y misma cosa tener de frente al retrato del Catire Páez y plantarse en mitad del llano, sobre todo de los llanos apureños del sol ardiente y viento bramador, para contemplar uno de esos recentales altivos, hermosos, retadores, listos los cachos indomables, de aquellos que él herraba con sorprendente veteranía en los

hatos del Pigüey y La Calzada del viejo Pulido, quien lo sacó del estado de peón y le enseñó a ganar el pan con el sudor de su frente.

Discutir el influjo de la naturaleza física en la existencia humana, es terquedad de empecinados. Está bien que se discuta el rabioso determinismo de quienes pretenden hacer del individuo y de los grupos humanos, meros apéndices de la geografía. No es uno, es una constelación de factores, como diría Recasens Siches, los que gravitan sobre la vida humana y los hechos sociales; factores no sólo geográficos, sino climáticos, de flora y fauna, configuración y situación del terreno-llanura, montañas, desiertos, mesetas, costas, mares, etc., amén de los agentes geológicos y de las lluvias y tempestades. Mucho antes que el sociólogo español, Humboldt nos había trazado el cuadro impresionante de los llanos con sus estaciones terribles —invierno y verano—, sequías abrasadoras continuadas por cataratas de agua, inundaciones omnipotentes, cuando los ganados, las garzas y las mariposas de colores brillantes se desplazan desesperadas hacia el Sur, ese Sur cuyo destino y prodigiosas reservas, no escapó al genio de Bolívar. Y sin haber tenido ocasión de empaparse de las reflexiones del expositor hispano ni de las últimas orientaciones y conclusiones de la geopolítica, ya nuestro Urbaneja Achelpohl, el del brillante ensayo laureado en el concurso abierto por el fino diplomático argentino Eduardo Laborugle, en el año 1925, llegaba a parecidas conclusiones, al rastrear afinidades, virtudes y defectos entre Gauchos y Llaneros, porque en la contemplación del mapa de la llanura veía su igualdad, su uniformidad, su monotonía y su dilatada extensión; él, como buen novelador y, desde luego, poeta, veía que en la pampa y en el llano el cielo encaja, en veces tan limpia y perfectamente, hacia cualquier rumbo de los cardinales, como el casquete de una media esfera, lo que contribuye a darnos una sensación oceánica. Nosotros siempre hemos experimentado la sensación que tan diáfanamente traduce el padre de "En este País": la llanura es a la verdad un mar ondulado, accidentado en ciertas regiones, como en otras unido y parejo, sin la más leve arruga, como las muertas aguas de un inmenso estanque. Pero erraría lamentablemente aquél que a la

ligera juzgara la llanura una y la misma en todas partes: tiene la de Oriente, como la del Centro, la del Occidente y la del Sur, su individualidad intransferible, en cada una de ellas el abanico de los ríos no se abre de la misma manera, ni las reses y los caballos ostentan la misma estampa y las mismas recias y hermosas cabezas, ni las aves los mismos colores alucinantes, ni los jagüeyes su brillo de espejo limpio e irreprochable.

Pero llaneros y gauchos, gauchos y llaneros, tendrán siempre en medio de sus peculiaridades como tipos humanos afinidades indudables, cual lo muestran sus tradiciones, su amor al caudillo más bravo y más audaz, la música transida de saudades, acaso más romántica la venezolana y más lastrada de armonías la de la vidalita y la chipola. La llanura, lo dicen lo mismo Urbaneja, que Gallegos y Arvelo Torrealba, es monótona, pero se conserva próvida, fuerte y jadeante, La Llanura de Páez tiene su reverso en la romanesca figura de Martín Fierro.

Esa fue la escuela, como sería más tarde el ideal teatro de las operaciones del Catire Páez, del hijo de Juan Victorio Páez y María Violante Herrera que abrió los ojos en la tierra Portuguesa de su carne y su espíritu, frente al riachuelo Curpa. El la quiso tanto, la amó tanto, se compenetró tanto con ella, que a su hijo Ramón y al Ministro de Venezuela en los Estados Unidos cuando veía venir la hora de la ausencia definitiva, con voz entrecortada les confesaba que a él le hubiera gustado morir al pie de una mata de sus llanuras, a la sombra del cielo de Apure. El la poetizaba en su recuerdo, y mejor que nadie pudo darse cuenta que no era, de que no había sido la humildísima Maestra Gregoria Díaz, en su portugueseña aldehuela nativa de Guama, la negra tinta de gusto y hábitos rusticanos, ingenua, supersticiosa, contadora de espeluznantes historias de aparecidos, la que a fuerza de coscorronazos le metía al mandadero de la pulpería las letras del alfabeto y el Ripalda y le adiestraba en los palotes de Palomares: de que no había sido siquiera el Caporal Manuelote, deslenguado y jaquetón, que le ordenaba buscar la camaza de agua caliente para lavarse los pies y le exponía fríamente a cruzar a nado el río y guiar

ganado aunque le arguyera el muchacho que no sabía nadar, sino la llanura portugueseña, barinesa, calaboceña, apureña deparadora de bellos secretos, que a semejanza de los héroes carlyleanos es la sal que nutre y no deja pudrir nuestras vidas, es la sal que como la sal marina, adereza caracteres recios, erguidos, irrefrenables.

La Llanura, Plataforma Geopolítica de la Revolución, fue su escuela. Esa que desdibujó Andrés Eloy Blanco en su Canto a Vicente Batalla, juventud generosa tragada por las aguas del Lago del Viejo Tigre. "Plomo de los andurriales, fiebres de Arauca, sol de los caminos largos, acecho del caimán, costas de Apure, voz del novillo que nos cierra el paso, emboscada sutil del caribe, que sorprende la arteria en la calma del caño". Esa su escuela que su heroísmo glorificó para siempre, desde que se salió de las garras de los Calzada y los Tízcar, alzado con el viejo Pulido para hacer de la historia leyenda, la historia y la leyenda de los viejos llaneros, de los hombres que abrazados a sus caballos, no toleraban por sobre ellos sino sus sombreros, el llano de los héroes, "bello como su Héroe y como su Héroe bravo".

¿Y no sería en el Caraqueño adelantado a su época, que fulminó despotismos y echó por tierra privilegios y en el León de Payara que de sirviente del negro Manuelote y amansador de reses y potros bravíos llegó a la alta cumbre del señorío director, en quienes pensaría el Maestro Gallegos cuando al iniciar en *Canta-Claro* el capítulo de Juan el Veguero, dice en ese su inconfundible estilo, todo tersura y limpidez:

"Por allá se quedaron los caminos que podían llevar a los llanos de Barinas; aquí se extienden ahora ante su vista las abiertas llanuras que van a morir en las solitarias riberas del Cunaviche. Más que el deseo de medir sus facultades con el ya legendario cantador a quien iba a desafiar, así fuese el mismo diablo, como decían, pudo la curiosidad del enigma de hato viejo payareño y hacia allá cabalga escotero, pues la remonta se la cedió al caraqueño sólo, a través de la muda inmensidad de los Bancos".

UN GALOPAR DE TRECE AÑOS POR LA LIBERTAD

Y tenías que ser tú, que fuiste formado en la escuela de que nada había de ceder a tu voluntad y de que con afanes y sacrificios y por la terca expansión de tus peculiarísimas facultades llegarías a colocarte en la vanguardia del procerato militar de tu patria, quien al perfilar en vivaz y animado boceto la personalidad del Libertador, planteara, sin quererlo, en sus justos términos, y con asombrosa sagacidad de llanero, el carácter y los términos esenciales de la Revolución de la Independencia en nuestra tierra.

Cuando a cuatro leguas de Payara te adelantaste a recibir al Libertador que venía acompañado de los principales jefes de su ejército y a vaticinarle, como le vaticinaste, lo que significaba para la lucha por la libertad su presencia en los llanos, al comparar su complexión de hijo de las ciudades, con la tuya habitante de los llanos, robusto, atlético, formulaste un comentario digno del más penetrante de los psicólogos y del más realista y más incisivo de los sociólogos.

"Puede decirse que ALLI SE VIERON ENTONCES LOS DOS INDISPENSABLES ELEMENTOS PARA HACER LA GUERRA: LA FUERZA INTELECTUAL QUE DIRIGE Y ORGANIZA LOS PLANES, Y LA MATERIAL QUE LOS LLEVA A CUMPLIDO EFECTO, ELEMENTOS AMBOS QUE SE AYUDAN MUTUAMENTE Y QUE NADA PUEDEN EL UNO SIN EL OTRO. Bolívar traía consigo la táctica que se aprendió en los libros y que ya había puesto en práctica en los campos de batalla: Nosotros, por nuestra parte, íbamos a prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario a cada paso variar los planes concebidos de antemano y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera".

Páez desde ese mismo momento comprendió que estaba frente a frente del hombre superior, conciencia y verbo de la Revolución, el hombre que por su multifacetismo iba a conquistar para la

Patria nueva la tiranía activa y doméstica. Páez se sentía, y lo era en verdad, señor de los llanos, era lo telúrico, era la naturaleza, el teatro verdadero, su teatro para las hazañas inverosímiles; era el caudillo natural de sus jinetes legendarios, que no conocían la o por lo redondo ni sabían del rigor de otras leyes que no fuesen la de la voluntad inexorable de su Taita y la de las imposiciones soberanas de la naturaleza. El mundo de ellos, el de las llanuras y los grandes ríos y las selvas impenetrables y misteriosas, el mundo espléndido y libérrimo de los bancos y sabanas era enteramente distinto del mundo del Libertador, que era el de las ideas y los principios revolucionarios, el de las doctrinas civilistas, el de las cartas constitucionales, el de los geniales atisbos sociológicos, el de la fisolofía de la política, maestro en el arte de trasladar al plano de las realizaciones creadoras los lineamientos fundamentales de la patria en crisálida. Bolívar era como Sarmiento, un gaucho civilizador "soltando sus ideas como manadas de potros de sangre al multiplicio del trópico".

Concuerda Urbaneja con Eduardo Blanco al sostener que el Páez que en la imaginación del pueblo vive y perdura por siglos, es el Páez de la leyenda homérica, "el pueblo se mira en él, como él cree haber sido y ha de ser cuando llegue el caso. Ha hecho de él un reflejo de sus propias hazañas y heroísmos. Representa lo bélico y heroico popular. El es pueblo, plebe dignificada, enaltecida por el heroísmo. Estaba de acuerdo con su astucia, su indisciplina, su egoísmo, fiereza, valor y arrojo. Páez es lo humano, carne de su carne, Bolívar es Olímpico; cuando la plebe se vuelve hacia él, míralo como el antiguo pagano a Júpiter, posee el trueno y el rayo. A su alrededor gira cuanto existe. Lo sabe todo y lo resuelve todo. Su poder es ilimitado. En cambio, Páez vive entre ella, tiene sus pasiones y sus mezquindades, toda la belleza y la fealdad de la masa popular. Bolívar es supraterrestre. Cuando la plebe se ve triste y aporreada piensa en el Taita Bolívar. SI BOLIVAR VOLVIERA, LA DICHA SE ESPARCIRIA SOBRE LA TIERRA. Cuando la rabia le hiere más en el pecho, el pueblo piensa en su compadre, el mayordomo en Páez, y en su lanza. Bolívar en el tiempo es mito, ombligo de nuestra nacionalidad.

Para él nuestras interrogaciones. Es la mente creadora. Aporta una nueva moral en la concepción de América, como conjunto activo, combatiente y progresivo en la dirección de un sino, que él presiente como veedor en la noche de un sueño! Su gesto, su palabra, su ademán, no tienen otra interpretación. Después del Libertador, no hay nada, no habrá nada más en el mundo nuevo. Es su heraldo, núcleo, plasma, brújula. Es nuestro sentimiento cósmico fundamental. Alejarse de él es perderse".

El suelo es invencible: Los conquistadores, que como todos los conquistadores del mundo, venían a imponer su propia civilización, su lengua, su religión, sus costumbres y maneras, sus leyes, su codicia, los conquistadores que nos traen junto con sus virtudes sus defectos, el alma aventurera y endurecida que reencarna en el Libertador y en Páez, y en los demás integrantes de las huestes capitaneadas por Bolívar, ellos como bien dijo Mario Briceño Iragorry, "trasplantaron el heroísmo de Gonzalo de Córdoba a la América y produjo a los Corteses y Pizarros", con vigoroso renuevo prosperará en los ramajes del "árbol secular y produce en Bolívar la más acentuada personalidad de la raza". Con los conquistadores vino no sólo el habla de Castilla, el caballo, y el arcabuz, vino con ellos el misionero fundador de pueblos y el Municipio que "nació al pie de las duras torres feudales", que debía ser desde su principio amparo contra la rapacidad de los señores y el baluarte contra los privilegios que olvidaron los conquistadores; es que ellos, ya enraizados a la nueva tierra y ya mezclados a los exponentes de las razas esclavizadas, la india y la africana, engendrarían vástagos que si bien tenían en su carne y en su sangre el plasma germinal de sus progenitores, eran otros, muy otros, por la cuna y el suelo, el paisaje y el clima, les iba a despertar nuevos sentimientos, nuevas inquietudes, nuevas aspiraciones. Y se penetraron, como al hablar de la Revolución Americana subraya Blanco Fombona, de que "más derechos tenían ellos a gobernar el país donde nacieron, a dictar sus leyes, a beneficiarlo y a beneficiarse con los tesoros del suelo patrio, que unos caballeros venidos de remoto clima a gobernar en nombre de un señor que nunca pisó estas tieras y cuya propiedad sobre los productos de los indígenas,

y cuyo señorío sobre el territorio de América no tenía más derecho que el de la fuerza. EL DIA CUANDO SE COMPRENDIERON SOMETIDOS POR LA FUERZA, NACIO LA IDEA DEL PROPIO DERECHO". Esta fue la verdadera revolución. Lo demás tiene un valor episódico.

Los que todo lo ven, para ponerse a tono con los epígonos de Marx y Engels, desde el punto de vista de las cifras y de las estadísticas, para quienes la historia es un coto cerrado, bien cuadriculado y cronometrizado, lo verdaderamente significativo en el proceso de nuestra emancipación son los impedimentos del comercio, el latifundismo, el monopolio de la tierra y el alejamiento de los criollos de los honores y recompensas. La imagen de la nación sería ayer el oro del Dorado y hoy el Petróleo que explotan los trustes extranjeros. Olvidando, ingenua o deliberadamente, que "los pueblos tienen otras razones más allá de las contingencias económicas; y que tras esa historia de los economistas puede hallarse la pasión de un pueblo por su libertad".

Y fue esa pasión de libertad, ese anhelo de que el pueblo fuera el verdaderamente soberano, de que viviera su propia existencia sin los restos de una mentalidad colonial y sin subordinaciones y ataduras a prejuicios heredados de un pasado inmemorial, lo que llevó al Libertador y a Páez a luchar por algo más que "no fuese llenar la panza y la bolsa", por el triunfo de las ideas liberales que a la sazón conmovían al mundo. Los errores de una Corte envilecida y la invasión de un afortunado *condottiero* brindaron la ocasión ambicionada para la acción redentora del 19 de abril y del 5 de julio. El verbo del Libertador se alzó en el seno de la Sociedad Patriótica para pedir que se pusiera la piedra fundamental de la libertad suramericana y Páez, el entonces capitán José Antonio Páez iba a iniciar su gesta en tierras de Barinas, hasta caer prisionero del español Puy, de cuyas garras lo sacó Doña Dominga Ortiz, con quien había casado a los diecisiete años en Canaguá, por conducto de su tío señor Cristóbal de Orzúa. Páez iba a iniciar su galopar de trece años, inspirado en la táctica bolivariana: "la audacia en la guerra es una fuerza creadora y la sorpresa induce al adversario

a cometer errores generalmente irreparables". Audacia en los llanos de Barinas frente a los Calzada y los Tízcar, audacia en los llanos de Apure frente a Morillo, audacia frente a Boves en el Guárico, audacia siempre para acabar, en la guerra que arruinaba y desangraba a Venezuela. La lanza de Páez lo mismo en Las Flecheras en enero de 1817, que en las Queseras del Medio el 3 de abril de 1819 al atravesar el Arauca con 150 jinetes para provocar a Morillo, para el celebérrimo Vuelvan Caras que puso de relieve la superioridad individual de sus llaneros y su impar destreza de inimitable Jefe de Caballería, las catorce cargas de Caballería en Mucuritas, la incorporación en Mijagual tras cruzar el paso de Setenta para reunir el Ejército de Apure y las dos Divisiones de la Guardia colombiana al sureste de Guanare y a la derecha del caudaloso Boconó, cuando comandaba los Bravos de Apure y la Legión Británica para dar jaque mate a la bizarra caballería realista a la salida de la Pica de la Mona. ¿Y quién te recogió del suelo?: Antonio Martínez, antiguo soldado de Boves. Este al parecer intrascendente episodio lo pondera con su innato sentido sociológico y su lúcido criterio de analista, Vallenilla Lanz, como una demostración inequívoca de la profunda transformación que en la masa popular habían producido las ideas y los sentimientos de patria. "No es extraño ver que los mismos hombres que como hordas invasoras habían destruído la República de 1811 y ahogado en sangre los frescos laureles de 1813 y asolado el país con los cascos de los caballos que habrían relinchado de gusto bajo el paso de Atilas y Tamerlanes, no es extraño verles en aquella hora suprema para su causa y su Rey deponer las armas ante antiguos adversarios. ¿Miedo? No! No sentían nunca miedo. Ellos eran también hijos legítimos de esta tierra, nuestra, ellos habían nacido en este mismo suelo y *esas cinco letras* no traducen ningún sentimiento en el alma venezolana. Era que en el llanero indómito despuntaba el vigor y la conciencia de una personalidad insospechada hasta entonces. Hacía diez años que derramaban su sangre en las batallas, que gritaban Viva el Rey o Viva la Patria, que enarbolaban la bandera roja de los realistas o la amarilla de los patriotas... pero en las vísperas de Carabobo un horizonte inmenso se abría ante sus ojos: comprendían que su inmolación los conducía a la igualdad política; que

aquella cosa que llamaban patria, aquel nombre hasta entonces sin sentido, constituía para él un derecho, el más grande derecho que reconoce la humanidad: el derecho contra el cual no puede atentarse ni con el pensamiento sin cometer un gran crimen: el derecho de todo pueblo a gobernarse a sí mismo: el derecho de no depender jamás de poderes ni influencias extrañas". La interrogante de Vallenilla Lanz todavía nos estremece de angustia: ¿Qué hubiera sido de Venezuela si Páez cae allí bajo la lanza de Martínez? Porque sin menguar la gloria de nuestros otros héroes —excepto naturalmente el Libertador, porque él, como dijo el ilustre Parra Pérez, *no se compara, se separa,* con Páez habría faltado "el brazo capaz de contener los impulsos desapoderados de aquellas montoneras victoriosas avezadas a luchar contra la naturaleza, sin vivir en el hogar, sin la disciplina de la escuela, sin los capítulos de la propiedad, en quienes el sentido igualitario reventaba a cada paso con una explosión de pasiones indomables".

Así se formó Boves, militar, improvisado, que ejercía una influencia decisiva en las huestes que le seguían, siniestro por el pavor que desataba en el seno de las poblaciones —sobre todo de las depauperadas masas rurales— en un mundo de supersticiones y de leyendas. Era como dice Blanco Fombona: Genio de la Guerra, de una grandeza bárbara. Nadie más cruel que Boves. Se pinta como nadie él mismo en su orden a Quero, digna de Himmler: "Si a mi regreso —de Oriente— encuentro un solo patriota vivo, usted pagará con su cabeza". Inexplicable que un historiador y sociólogo de los quilates de Vallenilla Lanz, acogiera la frase del romántico Juan Vicente González de que Boves, "ese azote de Dios", era el primer jefe de la democracia venezolana. Hemos sostenido, con Enrique Bernardo Núñez, que aunque sus soldados lo llamaran *Taita,* e inscriba en sus banderas la palabra igualdad, Boves era pura y simplemente la reacción colonial en su forma más implacable contra la Venezuela que Bolívar y Páez se habían propuesto, con decisiones tremendas, con constancia y actividad inagotables, arrancar de las garras de esa irracional y absurda reacción que tenía por meta hacer de Venezuela una tumba. Con Boves, esto es axiomático, no habrían triunfado la igualdad y la libertad, las realiza-

ciones sublimes del patriotismo heroico; habrían, sí, triunfado la barbarie y el despotismo, y la servidumbre se habría perpetrado indefinidamente con los peores colores terroríficos.

El genio de Bolívar y la lanza de Páez —numen y brazo de la patria libre— se fundieron, el uno con los planes y las tácticas para doblegar al enemigo y, sobre todo, para levantar las resistencias morales del pueblo, y el otro con el galopar incesante en su alazán guerrero, para sacudir la adormecida conciencia de sus compatriotas, para conquistar el Poder político, para que la Independencia ocupara el lugar de los conquistadores y los colonialistas usurpadores. El genio de Bolívar y la lanza de Páez, el uno más espíritu, el otro más tierra, el uno más cerca de Andrea de Ledezma, el otro gemelar de Guaicaipuro, elemento característico de la nueva libertad, tenían que haber nacido aquí donde la guerra fue despiadada porque la población estaba escindida casi por igual entre patriotas y realistas, donde gran parte de la población se había consustanciado en el vivir pastoril y nómada y donde es obvio, más proliferaban con la espontaneidad de la yerba sabanera los caudillos populares, émulos de los conquistadores del siglo XVI.

Lo que el Libertador tuvo que hacer para imponerse, no por la espada sino por medio de sus ideales y principios en la conciencia de los pueblos, nos lo muestra en su monografía "Bolívar, Conductor de Tropas", el General Eleazar López Contreras: "No pudo contar con el amplio apoyo de ningún Estado, sino con la ayuda muy limitada —y en dos cortos períodos— del Gobierno de Nueva Granada y Haití y de algunos particulares. Tampoco fueron puestos a su disposición ejércitos ni dinero para reclutamiento. En larga y terrible guerra de alternativas, triunfante hoy para quedar vencido mañana, crea organismos políticos que apenas puede sostener por medio de las armas, y puede decirse que el Estado es el que tiene que preverlo y organizarlo todo. Como General, debía coordinar voluntades y someterlas aun por la fuerza, forjar los medios combativos hasta crear el organismo ejército, y entonces tiene que ser el estratega y el táctico a la vez, que orienta sus procedimientos bajo su propia concepción de estadista. No sostiene gue-

rras de conquista, de religión o raciales, o de predominio político o comercial o marítimo. Todas sus campañas se desarrollan bajo la orientación política, precisa y única de la liberación continental".

Por eso, porque tuvo que crearlo todo, improvisarlo todo, coordinarlo todo, y antes que nada, porque quería para cada una de las partes integrantes de la democracia americana, libertad, independencia y soberanía y una inteligencia común y un respeto sincero por los deberes internacionales y porque su caballo de guerra no fue del Orinoco al Potosí para satisfacer ambiciones innobles, ni para abrir tumbas a las instituciones democráticas, ni para hacer temblar el Hemisferio incubando un nuevo y tenebroso bonapartismo, por todo eso y mucho más, fue Simón Bolívar el personaje protagonístico de la Revolución y el paradigma de los hombres libres de América.

Soldados, dijo al Ejército Libertador "Todos los ejércitos del mundo se han armado por los reyes, por los hombres poderosos: Armaos vosotros, los primeros, por las leyes, por los débiles, por los justos". Su ejército, el Ejército Libertador que este año Sesquicentenario estamos exaltando, no era un Ejército sojuzgador, interventor, violador, era un ejército para abatir las tiranías y las coacciones en el orden político, para trabajar por la estabilidad y la dicha del Nuevo Mundo.

EL BRAZO NO ES LA FRENTE

El libro de cabecera de nuestro Aquiles, que sin duda lo es la *Autobiografía* de Páez, trae una afirmación de suyo gráfica y elocuente, *de ser tres los factores* que se presentan en la escena política que sigue a la independencia.

Primero: La constituida por los hombres que tomaron parte en la lucha y aspiran al legítimo premio de sus afanes;

Segundo: La formada por los que en ella no participaron y se entrometen con ambiciones; y

Tercero: La integrada por los adeptos al antiguo orden de cosas que están en función de descontentos.

No sabemos si al hacer tan perspicuo enjuiciamiento el zamarro llanero quiso curarse en salud o si, por el contrario, obnubilado por sus prejuicios y obediente a su desarrollo mental y las reacciones consiguientes a las circunstancias sociales que le rodeaban, dejó escapar en la clasificación uno de los factores más notables y que, por serlo, es merecedor, como el que más, de la mayor estima en el seno de la colectividad nacional. Está representado, con toda justicia, por aquellos connacionales del caudillo que no obstante haber tomado la debida participación en la guerra por hacer de Venezuela una Nación libre y soberana, supieron estar en todo momento al lado de las enseñanzas, la ética y las aspiraciones genuinamente bolivarianas; ciudadanos de entonación espiritual que pelearon como bravos por la bandera de la República y que nunca vieron en esa pelea pretexto a recompensas y engreimientos. Ellos se daban por bien servidos y se sentían harto satisfechos con saber que, tras el hundimiento de los resabios feudales del régimen dominante, adquirían su debida preponderancia el sentimiento democrático y el brillo de la vida civil. Allí están Sucre, Urdaneta y Soublette, que no nos dejan mentir.

No ha sido tampoco raro en nuestro país —y fuera de él— que frente a hombres de la talla de Páez, ilustres próceres, que como hombres al fin incurrieron en graves errores y se contagiaron de un ambiente que no era precisamente el de la Atenas de Pericles, ambiente postbélico proclive a que las prepotencias de los caudillos abrieran válvulas a sus ambiciones para llegar al poder en caballo atropellador, frente a esos hombres que fueron adalides de la Gesta Emancipadora, se desataran las más tremendas diatribas, los juicios más violentos y más apasionados. Todavía entre nosotros, a despecho de La Cosiata de don Eloy G. González, está por estudiarse más a fondo el torbellino político-social que dio al traste con la majestuosa arquitectura de Colombia la Grande, por innegables culpas de aquí y de allá, como no se ha agotado la materia en cuanto al incivil brote reaccionario de las Reformas, ni se ha

sopesado la actitud del Esclarecido frente a su compadre José Tadeo Monagas, ni se ha radiografiado el maquiavelismo de los consejeros políticos que sabían que el León ya en trance crepuscular no tenía ya la garra ni el poder carismático de sus días de Vargas, sino que vendrían a ser el de la verdadera Noche Triste tras una Dictadura hija de la más anárquica aspiración de mando. Como bien escribiera don José Santiago Rodríguez, ya se había verificado en el seno de la sociedad una transformación y la obra de propaganda y subversión durante seis años habrían bastado para que el poder del General Páez y el círculo con que él gobernaba, vieran enfrentársele otro, tan fuerte como el suyo.

Es frase hecha aquello de que el personalismo es típicamente venezolano, no lo es ni siquiera hispanoamericano. El personalismo a la manera de Páez ha sido estudiado con brillantez, como fenómeno de sicología social, por el doctor Pedro Manuel Arcaya en su estupenda semblanza del Caudillo en "Hechos y Hombres de Venezuela", un personalismo que no viene a ser otra cosa que el de la influencia que ejerce en las masas el prestigio de un hombre superior. El doctor Caldera, en sus ensayos de Sociología Venezolana, lo enfoca no circunscrito al redondel localista, sino desde el ángulo de la problemática común iberoamericana, junto con el ambiente geográfico y el mestizaje, caudillismo que en sus manifestaciones anárquicas y despóticas sirve de caldo de cultivo a la inestabilidad política de nuestras naciones.

El sociólogo José Ingenieros, quien suele dar importancia a la no adaptación al medio tropical, mejor intertropical, de las porciones de población originarias de Europa, recuerda que los señores feudales tenían el nombre de caudillos; agrupándose los más débiles en torno de los más fuertes, de los más poderosos, para constituir facciones políticas inorgánicas, no movidas por intereses comunes, sino por pasiones personales y necesidades del terruño; este régimen político llamado caudillismo, análogo al caciquismo español, que describiera Joaquín Costa, fue la natural superestructura de un régimen económico feudal. Cuando la acción política no está determinada por intereses comunes, "la influencia de los Jefes, es

la única fuerza que tienta a las facciones para disputarse el ejercicio del poder". No ya Venezuela, sino toda la América tiene una dolorosísima experiencia de lo que significó en el orden político, económico y cultural de nuestras naciones, esa lanzadera, ese sucederse de revoluciones y de caudillos a caudillos.

Los sociólogos, pues, tienen un criterio distinto al de los diletantes y los demagogos políticos, porque saben perfectamente que los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas, por sí mismas: resultan inevitablemente de condiciones de varia índole que concurren a determinarlas, propias del ambiente en que los hombres vivan y de la acumulación de resistencias que éstos heredan, debido a la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos no son el resultado de una libre elección de medios y fines por parte de los pueblos y de los gobernantes, aunque lo parezca. Está, pues, de capa caída la preocupación ingenua de juzgar fenómenos históricos a través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades o antipatías.

Conquistada a fuerza de coraje, de tenacidad, de sacrificios y miserias, de un vivir muriendo, la independencia, advino la hora, más grave y delicada aún, de conquistar la libertad. Ya no es la hora de las Queseras del Medio, ni de la toma de las Flecheras, ni de la carga de Mucuritas, ni del asalto a nado del Castillo de Puerto Cabello, ya no es la hora de las lanzas ensangrentadas ni de los airosos penachos marciales al viento: la del presente era de un profundo conocimiento de la administración de la economía, de la política, de la cultura, la del talento del estadista y no de la bravata paladinesca. Si alguna acción heroica quedaba por cimar era la de Cuba y Puerto Rico y ya estaban prestos para dar remate a la parábola bolivariana, Sucre, Páez y Urdaneta. Pero ya sabemos que por las difíciles y complejas circunstancias, internas e internacionales, hubo de aplazarse para circunstancia más propicia la acción de la tentadora peripecia histórica.

El cambio era radical; cambio de medio, cambio de ambiente, cambio de sicologías. Manejar el sutil e intrincado ovillo de la

política, era cosa distinta, muy distinta, a la de tirar las riendas del bridón y a la de dictar órdenes que no se discuten, para que venguen a Negro I en Carabobo y a su caballo en Mata de la Miel. A los subalternos de los escuadrones aguerridos sucedían ahora funcionarios quisquillosos y celosos de su ministerio, y a las ambiciones caciquistas las clamorosas reivindicaciones democráticas.

Ahora iba a darse cuenta Páez de que política es cosa humana, demasiado humana, proceso cambiante y viviente; que las circunstancias del momento más que las propias resoluciones y los propios sentimientos, son los que suelen tener en sus ánimos la suerte aun de los más complicados problemas. Cada uno de los que le rodeaban, a despecho de las zalemas y públicas protestas de adhesión, se consideraba con méritos suficientes para disputarle el primer puesto y los rivales, atizadores de la discordia, se valían por un lado de todo el diapasón político para hacer estallar los resentimientos sociales.

Ahora en la lucha por la libertad, iba a percatarse Páez que una cosa es el papel del político y otra la sicología del héroe; y que las asechanzas de la casa de gobierno no eran menores que la de las fieras en los espinares de los bancos y sabanas. Que una cosa es la índole y condición del llanero, de la gente de tierra adentro, y muy otra la condición y la índole de ciudadanos alucinados, que se desvivían en tejer fórmulas que faciliten el ascenso al poder. Que no es lo mismo manejar un escuadrón de caballería, cerrar en el rodeo ganado perezoso, que sacar el lance a las brigadas de choque de facciones partidistas en pugna. Una cosa es la lanza del lancero y otra el bastón del magistrado, una cosa los ideales civiles y muy otra los imperativos del instinto de lucha.

Por graves que hayan sido sus desaciertos no le podrá ser arrebatado el puesto que ocupa en la historia. Cuando se inicia como cabeza de la República en 1830 escoge para el gabinete a Urbaneja, por su autoridad y experiencia; y a Soublette, fino

diplomático, ampliamente capaz en ciencias económicas. Había tenido el General Páez, como con su habitual elocuencia puntualiza Eloy González, el llanero y orador sumo, fortuna y tino para montar y decorar la trípode de gobierno de la primera República independiente; "y habiendo como muchos próceres, aprendido alteza con el Libertador, demostraba que no le temía a la altura ajena".

Erró, después sentenció Martí, su cantor apasionado, "CREYO QUE EL BRAZO ES LO MISMO QUE LA FRENTE, VENCER LO MISMO QUE JUZGAR, PELEAR LO MISMO QUE GOBERNAR, SER CAUDILLO DE LLANEROS QUE PRESIDENTE DE LA REPUBLICA". Y SE PREGUNTA MARTI LO QUE SE PREGUNTO SU EMINENCIA CARDENAL QUINTERO EN EL ELOGIO A CARLOS BORGES: ¿QUIEN QUE SEA DIGNO DE MIRAR AL SOL VERA ANTES SUS MANCHAS QUE SU LUZ? Cuando lean hoy aquí sus hechos extrordinarios, NO LO HAREMOS NOSOTROS EN LA MISMA LENGUA EN QUE EL DIJO: ¡DESNUDENSE! EN EL COPLE Y EN LAS QUESERAS ¡VUELVAN CARAS!

"RECUERDESE A LOS HEROES!"
SI, LA IDEA NO ES LA LANZA!

EL ADIOS DESDE UN BALCON CON SUS PAÑUELOS

En sus varios lustros de destierro en Nueva York supo mantener el hombre resignado, de resignación viril por supuesto, la admiración que despertó el guerrero que nunca dejó de ser cortés, dicharachero, galante, muy puntual en las citas, muy pulcro en el vestir, tan caudaloso de generosidad como rico en anécdotas, tan amigo como el Libertador y Soublette de las damas y el baile, sin que como los nuevos ricos y los soberbios hiciera el menor alarde de que ostentaba presillas de General en Jefe —y qué General—, ni las credenciales de quien en repetidas oportunidades había ascendido al solio presidencial en su Patria.

La hidalga tierra de Drago y de Belgrano, no se contentó con hacerlo General argentino, sino que le prodigó agasajos admirativos, flor y nata de tradiciones y selecto señorío. El ilustrísimo Sarmiento, el letrado evangelista de la educación popular, el también egregio desterrado en Chile, elevado también sobre el rasero común por su brillante inteligencia, su coraje y la nobleza de su carácter, otro desterrado de la revolución americana, como lo fueron los compatriotas de Páez, los Bello y los López Méndez, los Gual y los Vargas, etc., se conmovió ante el héroe de las fabulosas realidades. Imaginamos los diálogos enhebrados entre estos valores indiscutidos del mundo de América: Sarmiento le contaría a José Antonio que la vidalita es canto popular en coro y acompañado de la guitarra y le expondría su hipótesis de que tiene origen indígena, porque él presenció ese canto en Copiapó, entre los indígenas de la Candelaria; Páez, a su vez, le hablaría del cuatro y las maracas, de cómo el llanero compone sus versos a la manera de los gauchos en medio de la rudeza de las costumbres y para cantar a sus héroes, a la libertad y a las puntillosas cuestiones de honor y de galantería. Ambos se referirían a los baquianos y rastreadores y a loma y al ojeo el ardimiento en la pelea, la fortaleza en las fatigas, el entusiasmo en las victorias. Páez le recordaría sobre todo, orgullosísimo, cuando el Libertador desde su Cuartel General en Los Potreritos Marrereños, a 3 de abril de 1819, les dijo, dirigiéndose a Los Bravos de Apure: "Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas". Luego dio la Cruz de Libertadores a los 150 guerreros de las Queseras, entre ellos aquel Rondón, en quien "el valor era costumbre" y que tras batirse con denuedo sin par con el bizarro realista López, le hizo exclamar a Páez: bravo, bravísimo! General, contestóle él: "Así se baten los hijos del Alto Llano".

José Martí desde Nueva York, envió una Crónica de antología a La Nación, publicada por este gran diario argentino, el 13 de mayo de 1890, en la cual hace una descripción enternecedora de la solemne ceremonia dispuesta por el Gobierno de los Estados Uni-

dos para despedir el féretro de quien había sido su huésped de honor. Después de perfilar al Héroe, pecho hercúleo, espaldas anchas, cabeza redonda, cana y al rape, "quien ha visto las de un toro a punto de arremeter, ha visto sus ojos"..., pero como ha conquistado en el peligro su grandeza, "templa, los ímpetus de su mirada en magnífica benignidad". Primero estuvo el féretro con guardia de honor en la Casa Consistorial, donde estaba desde hacía años su retrato, vestido de persona mayor, la procesión pasó por la Quinta Avenida, la policía la mandaba Sickles, desde su carruaje descubierto, con capa azul sobre los hombros y la muleta al lado; las baterías con sus obuses relucientes. Sheridan a la cabeza de sus Húsares, el VII, orgullo de Nueva York, guardaba el carro fúnebre. LAS VENEZOLANAS SALUDABAN DESDE UN BALCON CON SUS PAÑUELOS! Piafar de caballería, uniforme de gala, música heroica, música propia, cortejo propio, para quien "con el agua al pecho y la lanza, salido de los estratos salvajes para ganar en defensa de la libertad, obtuvo los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola".

Por avatares de la política no murió, como ha debido morir, frente a las aguas del río Curpa, el de sus inmensos anhelos en tierra portugueseña o frente a los bancos de Barinas o a orillas del Apure. Toca a los historiadores del futuro poner los puntos sobre las íes y las haches, con la seguridad que no dejarán, cárguese lo que se le cargue, y sean cuales fueren sus culpas y sus gravísimos errores, de mantenerlo en pie, en el sitio que merece justamente un prócer de la independencia americana. Páez, en cuya lanza chisporroteaba el heroísmo de su pueblo, olvidó el consejo que él mismo había dado al Libertador en vísperas de las Queseras del Medio: "piense, mi General, que detrás de un cerro está un llano. El que sabe esperar el bien que desea, no toma el camino de perder la paciencia, si aquel no llega".

EL HIMNO DE LA APOTEOSIS

Aquí, frente a tí está solo y magnífico, aquel que a principios del 18 te adelantaste, como te adelantas hoy a saludar, cuando

venía del hato de Cañafístola y luego del abrazo de compañeros, le manifestaste que tenías por preciosísimo presagio para la patria verle en los llanos. Nos dejaste entonces *el más fiel boceto del Héroe:* "Estaba en lo florido de sus años y eran dos los distintivos de su personalidad: movilidad del cuerpo y brillo de los ojos, ojos vivos, penetrantes, inquietos, mirar de águila; tez tostada al sol de los trópicos, signos, en fin, de una personalidad extraordinaria por su privilegiada inteligencia, tenacidad y aptitud para llevar a cabo empresas sobrehumanas. Amigo de bailar, galante, sumamente adicto a las damas. Habilísimo jinete que gustaba de correr a todo escape por las llanuras de Apure, persiguiendo a los venados; y en las marchas distraía su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y mientras éste duraba tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados, no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada". Tú, mismo, Oh! Páez, con tu llanerísima malicia, con la malicia de quien según paladina confesión no había conocido en la vida otro linaje que la lucha continua con los elementos y las fieras, plantasteis esta inapreciable concepción de estrategia política: "allí se vieron entonces reunidos los dos indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que organiza y dirige los planes, y la material que los lleva a cumplido efecto. Elementos que se ayudan mútuamente y que nada pueden el uno sin el otro". Era la ambicionada conjugación del verbo de San Jacinto, de la idea y el espíritu revolucionario, el alma de América, de la América que se salvará por sí misma, por el espíritu de su Libertador, y el arrojo, el ímpetu y la grandeza de la llanura desplegada bizarramente en la lanza de José Antonio Páez. Era la cabeza planificadadora al lado de quien se había calzado las espuelas para desafiar, impasible, todos los riesgos y todas las emboscadas.

Aquí, rodeándote fieles, Plaza, el que los españoles vieron con ojos de asombro, el *Negro Sedeño* que obediente a las órdenes del Libertador te acompañó a desafiar el fuego cerrado de la artillería y los fusiles españoles abriéndose paso por la Pica de la Mona donde tus llaneros fueron tan fieros como el día, en que

comandados por Bolívar, destrozaron los pastusos y traspusieron la abrupta pica de Cochiracanqui; *Pedro Camejo, Negro 1º,* el que agonizante quiso decirte "que llegó donde tú no llegaste", y con ellos tu lanza y tu rucio mosqueado, antes muerto... que cansado; y la multitud tropera de tus llaneros, de tus Aramendi y tus Rondón y tus Figueredo y tus Infante, y tu Cornelio Muñoz y los dos Vásquez, y Mellado y Angel Bravo, etc., descalzos, desnudos, magros, pero cuya bravura no han borrado los tiempos, como no se han borrado de la memoria de los granadinos aquellas tres compañías de Rifles, Barcelona y Bravos de Apure cruzando el puente de Boyacá a paso de carga.

Aquí Miguel Peña, el cascarrabias, que viene desde el valencianísimo Barrio de la Candelaria, de sus adversarios muy temido y de los valencianos muy amado, según el Apóstol cubano, unas veces alto como la Guacamaya y otras ínfimo como arbusto sabanero. No quiso acompañarte, el devoto de gatolatría, más allá de la puerta de la casa, porque más que las rosas caraqueñas de Galipán deleitábanlo las enredaderas que adornan con los tres colores nacionales el comedor entonces muy en celebridad, de tu casona tan hospitalaria y tan poética como las pintadas por el vate aragüeño Sergio Medina.

Aquí Arturo Michelena, con su lienzo de "Vuelvan-Caras". Obra verdaderamente impresionante y bella, tiene la majestad de todo lienzo en que no es el interés, ni la novelería, sino el alma y el plan estético lo que realmente mueve la mano del artista.

Aquí Sanz, el Patriarca. ¿Y cómo podría faltar si hoy es el día del Abogado?, con su pipa y sus capítulos de historia de la Patria devorados por el fuego de la Guerra a Muerte, en el áspero y entristecedor éxodo a Oriente, ese varón consular que sirvió a la Patria con el arma y con la pluma, despreció a quienes confunden la misión del jurista con las mañoserías de rábulas. Humboldt y Depons lo consagraron definitivamente en los anales de América y su nombre y su sacrificio en la crudelísima Batalla de Urica tendrán vigencia perenne como la de tu lanza, oh! Jefe inimitable de caballería!, que no sabías sino vencer o morir.

Aquí el Cronista de la Ciudad, con el mensaje que no envejece nunca de Enrique Bernardo Núñez y Ramón Díaz Sánchez y Carlos Brandt y Juan Vicente Lecuna, y con su manojo de versos, el propio Cronista Alfonso Marín, tan Trujillano por su vehemente bolivarianismo y sus viriles virtudes republicanas.

Aquí José Tadeo Arreaza Calatrava, con su laureado Canto a Carabobo, que hizo de tu gloria y de la gloria de la llanura templo. Canto que fue como "aquel vino de Sabina que, en honor de Mecenas, había guardado Horacio en vasos griegos". Carabobo "repite resonante ese clarín gigante". Y a su lado el satírico genial Rafael Arvelo y el gran romántico Abigaíl Lozano profetizando que el porvenir de Bolívar son los tiempos, y Pimentel Coronel diciendo la voz nueva de las vértebras carabobeñas.

Aquí cautivo de su propia luz, Mauro Páez Pumar, harto merecedor de una estatua en vida, réplica de la que ya tiene en el escriño de nuestros corazones. Llanerazo como tú, por descender de aquel Marqués de Pumar, barinés de estirpe, que supo concordar opulencias con infortunios. Para este Mauro, héroe de la jornada, tan chico de cuerpo y de alma tan grande, pido el aplauso unánime de mis conciudadanos.

Aquí en representación de sus hijos y de tus íntimos, tu biznieto Manuel Vicente Rodríguez Llamozas, que reeditó tu Autobiografía, que tiene su insustituible jerarquía en la Historia de nuestra Epopeya, ese Vicente en quien alternan la seriedad del soldado y la sonrisa del caballero, y quien está al pie de tu bronce, tensos los nervios, encogido el semblante y al galope el corazón por la emoción irrefrenable y el entusiasmo patriótico.

Aquí, montando guardia en este año de exaltación, frente a tu bronce que centellea al tibio sol de junio, los descendientes del Ejército que tú comandaste y fue colaborador y testigo de tus hazañas, ese Ejército Libertador del que dijera Andrés Eloy Blanco, en la sesión solemne del 24 de junio de 1939 celebrada

por el Congreso Nacional en homenaje a la Batalla de Carabobo, con verbo extraordinariamente emocionante: "Si bien el Ejército de Venezuela es el baluarte de nuestras instituciones y la defensa de nuestra soberanía, también puede decirse de una manera simbólica que no le pertenece de un todo a Venezuela. Venezuela guarda con respecto a él, una especie de depósito sagrado. Por eso ha de presentarlo siempre brillantemente, ya que el Ejército Venezolano es la Guardia de Honor de todas las tumbas gloriosas de América".

Aquí el Valencey, concreción con acero del heroísmo español, impávido, soberbio de bravura; *aquí Uslar,* testimonio del arrojo prusiano; *aquí Farriar* con los sobrevivientes de la Legión Británica bajo tus órdenes, en cuyos legionarios —muralla de acero— te apoyaste para soportar impertérrito la recia acometida de los bien disciplinados y aguerridos batallones realistas.

Aquí, con el himno de la apoteosis en los labios, las mujeres de Venezuela y América, tan bellas y tan elegantes como ánfora corintia, en representación de la dignísima barinesa Doña Dominga Ortíz, matrona de lealtad romana, alma templada al fuego de la epopeya, como una heroína de Homero, con ojos que miran con un no sé qué de misteriosa intención fulgente hacia los horizontes del Sur, y con ella la patricia valenciana Doña Dominga de Escorihuela, la misma que sacó de su casa en disfraz de sacerdote al corajudo Peña, quien tras el cerco arrancó a Boves promesa de respeto a clero y seglares, a gentes de armas y a gentes pacíficas, jurando, el perjuro, por la vida, honra y Dios.

Aquí con el Decreto redimidor de ingratitudes, todo un gesto de Gallardía, el General Hermógenes López, a quien tocó presidir la apoteosis de tu repatriación con la clara conciencia de quien debía acrecentar y cuidar los caudales de una herencia que no se lleva la ventisca de las pasiones políticas, como no puede llevarse el huracán las ondas del Apure. Un carabobense muy tuyo que sintió en aquella hora de justicia vindicadora el sentido augusto de la integridad de la Patria. Y con él el biógrafo de Sucre

Don Laureano Villanueva y el Rector magnífico Alejo Zuloaga, el Moisés del querido Enrique Tejera, para quien la Universidad debe ser la mejor escuela de responsabilidad.

PAEZ Y CARABOBO

Tras un galopar de trece años, al lado de la figura prodigiosa del Libertador, destaca la tuya, confundidos en una misma pasión y un mismo santo orgullo de patria. Aquí se han dado cita esta tarde y se darán mañana a lo largo de esta avenida monumental, —digna de la magna fecha que se rememora— ejércitos que hacen pensar en el colorido del que se batió en la sabana el 24 de junio de 1821, porque ese ejército no era aquel que en los años de la diáspora, de los martirios, de los trabajos heroicos, más agotadores que los de Hércules, en su mayoría lo integraban reclutas graves, tristes, enflaquecidos, sin uniformes, sin recursos, sin suficientes implementos bélicos; este ejército de la hora estelar de julio, que recoge el pincel heroico, es el ejército, bien uniformado, bien disciplinado, bien dotado, que tiene al frente la flor y nata de los tenientes de Bolívar y que en medio de un fiero chocar de espadas, de lanzas y bayonetas, del humo de la pólvora y del incesante galopar de los caballos va a atenacear y poner en fuga, retirándose como fiera acosada, nada menos que aquella infantería, que nada tenía que envidiar a las mejores del mundo, que en los Arapiles y en Bailén, en Victoria y en Zadorra hicieron morder el polvo a los ejércitos invencibles de Napoleón.

Carabobo, y el juicio es de Eduardo Blanco, sella nuestra emancipación: "Bolívar emprende nuevas lides, y hasta el Templo del Sol conduce la victoria. Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho, son las batallas del gigante: el brillo de su espada eclipsa los altos prodigios de los conquistadores castellanos. Ella deslumbra a vencedores y vencidos, y le arrebata a España la libertad de un mundo". Y era natural que fuera la prosa de bronce de Eduardo Blanco y los mágicos pinceles de Tovar y Tovar los que en el libro y en el plafond del Capitolio de Caracas nos tradujeran

a las presentes y a las futuras generaciones de Venezuela y de América, aquella Sinfonía Heroica de la proeza impar, teñida por el fuego revolucionario de la llanura sin fronteras.

En la lucha de la Independencia tuvo España el más encumbrado de sus personeros en el Marqués de la Puerta y Conde de Cartagena, General Pablo Morillo, el mismo que ante el heroísmo espartano en Matasiete y en El Fuerte, dijo que los margariteños se habían batido con bravura comparable a la de las mejores tropas del mundo; es quien, ante lo que había de venir en Carabobo, no cesó de pedir auxilios al Gobierno de España, para poner bloque de bayonetas a la arremetida de los venezolanos, y lanzó aquella severa y angustiosa admonición: *"Vencida España en Venezuela, será vencida en toda la América!"*. Nunca respondieron mejor los hechos a una tan breve y silbante admonición. De aquel épico torneo, no quedan ni sombra de odios ni resentimientos. Queda sí, y desde esta alta tribuna lo proclamamos a lo largo y lo ancho de Venezuela y de América, la herencia común de gloria de españoles y venezolanos. Mañana, en el desfile de mañana, 24 de junio de 1971, Sesquicentenario de Carabobo, veremos la bandera gallarda del Valencey, orgullo de venezolanos y españoles, igual a la de los héroes de Numancia y de Sagunto, de Zaragoza y de Gerona.

Con este monumento que hoy inauguramos, centro magnético de este camino de gloria que es la avenida que conduce al Campo de Carabobo, no estamos perpetuando ni a un caudillo bárbaro, ni al jefe de una facción, ni a un homúnculo de las guerras incivi-les; estamos perpetuando, sí, al soldado victorioso de la Pica de la Mona y al colibertador de la Patria.

ILUSTRES REPRESENTANTES DE LAS NACIONES AMIGAS:

Venezuela honra a quien la honra. Ya habéis conocido a la ciudad cuna de Miranda, Bolívar y Bello, y orado ante el mármol de Tenerani, el del Semidiós en reposo, de Caro, en el Panteón Na-

cional y dialogado como dialogó Martí, con la estatua que en reposo vigila, en la Plaza Mayor de Santiago de León de Caracas; se os abrieron las puertas de la casona solariega que preside escudo en forja vasca de los Bolívar y Palacios y leísteis en la esquina de San Jacinto la imprecación de quien no quiso rendirse a la naturaleza y mostró una voluntad temible en la hora solemne en que era necesario más que nunca penetrar en la conciencia popular, para no dejar flaquear la fe en el destino de la revolución. Seguramente no dejásteis de contemplar el Avila que sintió en sus repechos las huellas de Humboldt "Dios bifronte y bicéfalo Padre del Valle y de la ciudad y de nosotros mismos".

Dura, abrumadora ha sido la tarea que le ha tocado cumplir a la República, para asegurar su existencia política, reconstruir las ruinas y reponer los daños incalculables, materiales y morales, que no sólo por la propia, sino por la libertad de un continente, en aras del bárbaro Moloch de la guerra, consumió la tercera parte de su población y las únicas riquezas disponibles de su incipiente economía marginal, situación aún más complicada, cuando en virtud del vuelco de la economía por el advenimiento de la era petrolera, hubo de enfrentar la presión foránea prohijada por el caudillismo disolvente y los brutales pronunciamientos. Aquí y allá, en todo el continente era similar el panorama social y político de la primitivez, de los agros feudales, del entreguismo rastrero y el dolor subterráneo, de los que se rebelaban y sufrían. Pero nunca la Venezuela Heroica ha dejado de lado celar por el decoro nacional, por la integridad territorial, por la inmanencia de su soberanía, como nunca ha dejado de ser consecuente con el fiel cumplimiento de los tratados públicos, basados ese decoro y ese celo, en el mandato bolivariano de paz, amistad y concordia, porque de la Sociedad de Naciones, hoy Naciones Unidas, fue Bolívar el indiscutible Precursor. A fuerza de paciencia, de patriotismo y de fe en el porvenir, estamos venciendo sin cobardías, las fuerzas hostiles, extirpando gradualmente cuanto como una marea indominable retarda el pleno disfrute de una naturaleza exuberante no dejando que la devoren ni paralicen, la hoguera llameante de las temeridades, asechanzas y extravíos. Vene-

zuela, después de la Independencia, ha sido el único país americano que no ha tenido ningún conflicto armado en el continente, como lo acaba de repetir nuestro primer magistrado en recientes declaraciones públicas. Venezuela a nadie teme y nadie, absolutamente nadie, tiene que temer de Venezuela: Venezuela es tierra no de conquistadores, sino de libertadores.

Apenas necesitamos decir a cuantos han venido del otro lado de los celemines patrios y que han querido así testimoniar con su gratísima presencia su admiración y respeto a la memoria de nuestros héroes, que los sentimientos de interés cariñoso y de efusivo afecto que les profesamos, todos, Gobierno y pueblo, no son sino el reflejo de los recíprocos, porque sabemos cuán viva es la simpatía que en vuestras patrias se siente por la cuna de Simón Bolívar. Esa reciprocidad proclama cómo se van ampliando los horizontes de Venezuela y de América, y cómo no es utopía imaginar desde ya cómo habrán de ser aquilatados los frutos en potencia y cuán espléndido el lauredal, aún por espigar, en la heredad ideológica y fecunda del Libertador.

Venezuela os saluda, desde el pie de este monumento, en homenaje a la Primera Lanza de América y a las puertas mismas de la llanura donde el pasado de la colonia quedó derrotado para dar paso a la República del porvenir.

SALUD, VALENCIA

Tú que fuiste nota discordante en el concierto de complacencias, de negociaciones de los derechos del pueblo, en tiempo en que parecía habernos abandonado el numen del Libertador, tienes como lauro inmarcesible no sólo la llanura y la lanza de Páez, sino el lienzo de Michelena al Padre, al hombre que lleva en sí el destino redentor de Venezuela y de América; y el monolito que es sello y es huella como el potro galopando en la inmensa esmeralda de la pampa, y que eterniza aquel que en medio de la magnitud de tu infortunio, cuando te asfixiaban el acero y el fuego, requirió de la virtud cardinal y la inconculcable serenidad de Urdaneta te defendiera, como te defendió, hasta morir.

VALENCIA, SALVE!

En estos tiempos prosaicos, no de sublimes locuras bolivarianas, sino de avideces y carcajadas sanchopancescas, sin desentenderte de las rudas faenas de Triptelemo, sabrás ser ciudad con alma y mantenerte fiel a tí misma, señora de tus pensamientos, presta a desbaratar intrigas, dinámica y creadora, con las torres de tu catedral y tu morro y tu martillo bruñidos al sol. Por tu herencia de gloria y tu señorial orgullo, el primero de tus escritores, Pocaterra, en el arrebato filial de su último Canto te envolvió en luz de dignidad: "MADRE, TU pariste a Venezuela!" Y nada tenías que temer, te decimos nosotros, antes, en, ni después del parto, porque para tu dicha y honor el partero que te extrajo del vientre de la llanura en la hora del alumbramiento glorioso y te cortó el cordón umbilical, fue el mismo que en su Elegía del Cuzco llamó Madre a Venezuela, porque le dio el ser y todo lo que es suyo.

VALENCIA, BENDITA SEAS!

Y contigo benditos sean los que saben morir por la Patria y los que en la Llanura —nodriza de la historia— ofrendaron su vida gloriosamente por la libertad y duermen el sueño, sin intermitencias de ocaso, de la inmortalidad.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Su presencia en este solemnísimo acto y en este lugar sagrado que junta a los venezolanos en una sola aspiración de fraternidad y de grandeza, es para ratificar el derecho inmanente de la patria libre de compromisos y tutelas, y el pacto sellado con sangre de que nunca más, como sentenció el Maestro Key Ayala, gobierno que no sea de venezolanos dicte órdenes desde Caracas, que dejó de ser para siempre del Capitán General de Venezuela para ser lo que será por los siglos de los siglos: "Madre de libertadores"! Su presencia, repetimos, es para decirle a los Ilustres Representantes de las Naciones amigas lo que en la plenitud de su parábola polí-

tica y militar, impar jalón de la historia, y ante banderas y soldados de todos los hijos de la España eterna, proclamó con orgullo el Libertador: "Para nosotros *la patria* es América; nuestro emblema la independencia; nuestra causa la Libertad". Aquí a su lado está la Sociedad Bolivariana de Venezuela y es presencia viva la Isla que tiene por estandarte el corazón de Luisa Cáceres de Arismendi, el brazo del paladín de Matasiete y el altivo Farallón de Pampatar. La Margarita que tuvo en Carabobo de Jefe de Estado Mayor a Santiago Mariño y que con Arismendi en Barcelona reforzó la Diversión del intrépido Bermúdez sobre Caracas, que aseguró el éxito de la campaña. La Margarita que al decir de Castellanos, es tierra para hacer perpetua casa, tierra de bendición, clara y serena.

VUELVAN CARAS!

No puedo ¡Oh Páez!, contemplar ahora tu bronce, sin que de tus labios brote de nuevo, como en aquella mañana pasmosa de las Queseras del Medio tu clásico ¡Vuelvan Caras!, que recuerda a Tirteo aguijoneando a las juventudes de Esparta para ir a la batalla. Pero no para que corra la sangre de tus jinetes y empurpure de nuevo sus campos ubérrimos, como tuvieron que hacerlo en holocausto insoslayable por un sagrado ideal de libertad, sino para yugular de raíz falaces y mezquinas ambiciones, intentos de hacer naufragar las sociedades y los pueblos en un océano de iniquidades y rencores. No, no es la hora del Gendarme Innecesario, ni de las violencias sin norte y sin sentido de guerrilleros de penachos y sable, no es la hora de cruentas jornadas, ni de alzar almenas y cantar endechas a la barbarie. Vuelvan Caras! Sí, hay que volver las caras contra los fabricantes de armamentos y los usufructuarios de la guerra, contra el ansia desmedida de lucro y contra los que se empeñan en vestir con arreos de legalidad los atropellos a la dignidad humana y los monopolios corruptores. Vuelvan Caras! para los que en sus aspiraciones de desmedido dominio desnaturalicen el sentido del problema social, que no es otra cosa que lo que hace dos mil años difundieron por el mundo los humildes pescadores del Rabí de Galilea. Vuelvan Caras! Oh

¡Héroe!, contra los viciosos e intrigantes, contra los que sienten horror por el trabajo y confunden el sano estímulo y la crítica razonada y objetiva con las banales laudatorias de los panglosianos y oportunistas, contra los que olvidan sus deberes para con la patria y alteran el puro sentido de la gravedad moral para que los hombres y los pueblos pierdan fe en un ideal superior de justicia. Vuelvan Caras! contra los cesarillos democráticos y los corifeos de todos los imperialismos, contra los que colocan tapaojos a las colectividades para que den la espalda al rumbo de su propio itinerario y para que no triunfen los cánones del mundo nuevo, de la solidaridad mundial bolivariana, no para la agresión y el odio, sino para la libertad y la justicia, para la democracia y la paz.

Más que este monumento que contemplamos, Ilustre Prócer, tiene majestad de relieve imperecedero lo que en su parte de la Batalla de Carabobo consignó el Libertador, desde el Cuartel General de Valencia, el 25 de junio de 1821.

"LA CONDUCTA DEL GENERAL PAEZ EN LA ULTIMA Y EN LA MAS GLORIOSA VICTORIA DE CARABOBO, LE HA HECHO ACREEDOR AL ULTIMO RANGO DE LA MILICIA; Y YO, EN NOMBRE DEL CONGRESO, LE HE OFRECIDO EN EL CAMPO DE BATALLA EL EMPLEO DE GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO".

Y tú, Oh ¡Páez!, ¿qué le respondiste? Yo me aventuraría a decirlo. Es aquello que como un agua fuerte, esmalta y escuda excelentemente tu *Autobiografía:*

"MIENTRAS EXISTAN PAMPAS, LLANURAS Y SABANAS, SE MANTENDRA VIVO EN EL HOMBRE EL SENTIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA".

Venezolanos:

Hagámonos dignos del futuro grandioso de América y de la gloria de quienes con tanta vocación, constancia y sacrificio, hicieron triunfar en Carabobo el ideal de Libertad.

Yo te saludo, Capitán, mi gran Capitán, en esta Valencia patricia, en esta tu Valencia, tuya y de todos, y en esta llanura de gloria donde el Vidente inspiró la musa homérica de José Tadeo Arreaza Calatrava y donde la prodigiosa heroicidad de tu lanza hizo palidecer la de Aquiles.

Llanura de Carabobo,
23 de junio, 1971.

MONSEÑOR JOSE H. CARDENAL QUINTERO

En el Panteón Nacional, en Caracas, el 29 de junio de 1971

Señor Presidente de la República

Señor Presidente del Senado

Señor Presidente de la Cámara de Diputados

Excelentísimo Señor Mariano Ospina Pérez, antiguo Presidente de Colombia

Señor Doctor Edgar Sanabria, ex Presidente de la República

Señores Ministros del Poder Ejecutivo

Señor Canciller de Colombia

Señores Miembros del Cuerpo Diplomático

Señoras

Señores:

LA PERSONA DEL PRESIDENTE...

La pluma maestra de Fermín Toro consignó para la eternidad la reseña de los actos con que Venezuela rindió homenajes al Libertador, al ser trasladadas sus cenizas desde Santa Marta a Caracas. Entre esos actos, sobresalió sin duda alguna la procesión solemnísima que, partiendo desde este mismo lugar en que ahora nos hallamos, condujo en la mañana del 17 de diciembre de 1842 hasta el templo de San Francisco, para las fúnebres exequias, los restos del Padre de la Patria. Por la calle suntuosamente decorada con estandartes, banderas, pebeteros y trofeos marciales,

ante las compactas filas de espectadores, vestidos de riguroso luto, que llenaban aceras, ventanas, balcones y azoteas, fue desfilando pausada y acompasadamente el más brillante cortejo que ha visto la capital venezolana. Marchaban allí, en perfecta formación, cuerpos de caballería, de artillería y de infantería, en uniformes de gala, las armas a la funerala. Encabezando estos cuerpos, en calidad de Comandante General, rodeado de un gallardo Estado Mayor, en la diestra la espada desnuda, cabalgaba Rafael Urdaneta, el héroe del sitio de Valencia, el "salvador en 1814 de las esperanzas de la República", según palabra de Bolívar, el último Presidente de Colombia la Grande, el patriota extraordinario que en diversas ocasiones, como él mismo dijo, "cargó con el peso entero de las desgracias de la Patria". Aparecían en ese desfile otros héroes de las campañas libertadoras: allí iban José María Carreño, el Marqués del Toro, Mariano Montilla, Carlos Soublette, José Laurencio Silva, Diego Ibarra, Daniel Florencio O'Leary, Juan Uslar, José Tadeo Monagas... Contrastando con los vistosos uniformes de estos jefes, se destacaba la negra levita del Doctor José María Vargas, el primer Presidente civil que después de la Independencia tuvo Venezuela. Revestido de pontifical, circundado por numeroso clero, precedido por las cruces altas de todas las parroquias caraqueñas, se veía al Arzobispo Ignacio Fernández Peña, cuya mano era sagrada para la Iglesia por haber sido ungida con el crisma y sagrada para la Patria por haber firmado, en cuanto Diputado por Barinas, el Acta del 5 de julio de 1811. Formaban en esa procesión la Universidad, con su Cuerpo académico y su alumnado, el Colegio Seminario, el Cuerpo Diplomático, la Alta Corte de Justicia, los Secretarios y Consejeros de Estado, los Senadores y Representantes, y, presidiendo aquella selectísima concurrencia, inmediatamente después del carro fúnebre donde iban las cenizas del Libertador, el Presidente de la República, General en Jefe José Antonio Páez, a quien se debía aquella imponente e insólita manifestación patriótica, en la que se hermanaba "a la grave solemnidad de un duelo la majestuosa pompa de un triunfo".[1]

1 Fermín Toro: "Honores a Bolívar", Caracas, 1843, pág. 9.

Para aquella fecha, Páez se encontraba en la plenitud de la vida, y la fama era ya inseparable compañera de su nombre. Nacido en cuna humildísima, había logrado llegar, por una escala de indiscutibles y brillantes méritos, hasta el supremo peldaño en que entonces se hallaba, constituyendo así un viviente y lucentísimo panegírico de la democracia venezolana. De simple peón de un hato perdido en nuestras pampas se había convertido, en la época inicial de nuestra independencia, primero en soldado de la República reciennacida, luego en caudillo de centauros y por último en héroe de hazañas casi fabulosas. Mata de la Miel, Mantecal, El Yagual, Mucuritas, Queseras del Medio, Carabobo, Puerto Cabello, Payara, correspondían a momentos estelares en su vida de guerrero. A esas gloriosas proezas, había añadido la de haber desempeñado ya, en un período, y estar de nuevo desempeñando en otro, con el acierto de un verdadero hombre de Estado, la Presidencia de la República, y la de haber defendido y repuesto en ese mismo excelso cargo al primer Presidente civil que tuvo Venezuela.

LA MAXIMA VICTORIA...

Pero en medio de las justas satisfacciones que le causaban las alturas a donde había llegado, no por la ciega lotería de la fortuna sino por sus propios, sostenidos y meritorios esfuerzos, un secreto reproche torturaba su alma: la actitud que había guardado con el Libertador, al recobrar Venezuela su autonomía. Como él mismo ingenuamente lo confiesa, "en los campos de batalla no había aprendido las intrigas de la corte, ni conocía el poder de la ambición y del maquiavelismo".[2] Esta inocencia permitió que, en manos de hombres a quienes él suponía tan rectos como cultos, se convirtiera en juguete de las pasiones políticas y se dejara llevar hasta el extremo de autorizar el sacrílego decreto con que se condenaba al ostracismo al Padre de la Patria. Y ese momento de debilidad constituía una permanente amargura para su noble corazón. De ahí que con su innato valor característico se hubiera propuesto reparar en lo posible esa falta. Con tal intención, en

2 Autobiografía del General José Antonio Páez, New York, 1869, vol. I, pág. 542.

1833, o sea, a los tres años apenas de aquel infausto decreto, cuando la reacción contra el Libertador conservaba aún su encrespamiento, había pedido al Congreso de la República que acordara honores a la memoria de Bolívar. No habiendo tenido entonces audiencia, nueve años más tarde había insistido en idéntica petición, que acogida al fin por las Cámaras Legislativas había hecho posible rendir al Libertador esos grandiosos homenajes que acabo de evocar desde este sitio, tan propicio para ello, pues es uno como excelso balcón abierto sobre el pasado de la Patria.

Hablando Cicerón en el Senado Romano, en presencia de Julio César, recuerda las espléndidas campañas y los numerosos triunfos de éste; pero asienta que la mayor de sus victorias la obtuvo al restituir su dignidad senatorial a Marco Marcelo, a quien creía su enemigo, pues para ello tuvo que vencerse a sí mismo. Páez, al solicitar con instancia los honores para Bolívar, reconociendo así equivalentemente su pecado, se vencía a sí mismo. De ahí que, al marchar detrás de las cenizas del Libertador el 17 de diciembre de 1842, vivía el más alto momento estelar de su existencia, pregonaba la mayor de sus victorias, celebrada muchos siglos antes por la elocuentísima palabra del gran orador latino y, lo que vale más, consagrada por aquellas lágrimas con que Simón Pedro lavó la triste negación que hiciera de su Maestro, en la más dolorosa noche de la historia.

EL HEROE...

Además de esa hora estelar, recordemos algunos otros de los hechos que enaltecen la vida de este gran venezolano.

En su autobiografía, al referirse a la batalla de Carabobo, Páez dedica un cariñoso recuerdo a Pedro Camejo, el famoso Negro Primero, muerto en ella, y se vale de la ocasión para referir la plática que este heroico esclavo había mantenido con Bolívar, en el momento de conocerlo. El candoroso negro, no poco turbado ante el Jefe Supremo, le confesó que primero había servido en las filas realistas, movido por la codicia, pues había visto que los que "iban a la guerra sin camisa y sin una peseta", retornaban

"con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo", pero que desilusionado después de la batalla de Araure, porque su comandante no lo dejó despojar de su hermosa casaca a uno de los blancos allí caídos, había desertado y se había refugiado en los llanos apureños, donde —son palabras textuales del negro— "el Mayordomo (así llamaba a Páez) nos enseñó lo que era la Patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala, y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas".[3] Aquí tenemos revelada en un sencillo y claro ejemplo la labor insigne de educación patriótica, día a día pacientemente realizada por Páez entre aquellos semibárbaros y tremendos llaneros que, mientras acompañaban a Yáñez y a Boves, pusieron al borde del fracaso la empresa de nuestra independencia. Para imponerse a aquellos hombres, incapaces de reconocer una superioridad distinta de la de la fuerza bruta, Páez tuvo que mostrarse mayor y más hábil que todos ellos en el dominio del caballo, en el manejo de la lanza y en la lucha cuerpo a cuerpo, haciendo gala en todo momento de la férrea potencia de los músculos y de la impavidez inalterable del valor personal. Los hábitos adquiridos en estas tácticas primitivas dieron luego, en los momentos épicos, la nota característica de las acciones guerreras de Páez, haciéndolas enteramente semejantes a las que nos describen los clásicos versos de la Ilíada. Y al vincular a su persona, merced a su natural don de mando, esa potentísima fuerza de potros y de lanzas, impetuosa y veloz como los huracanes, Páez preparó para el servicio de la Patria el brazo indomable que, asociado a las otras fuerzas, alcanzaría la victoria en las decisivas batallas libertadoras.

ESCENA FRANCISCANA...

Posteriormente a la independencia, en tres ocasiones Páez descolgó su espada, nunca por interés personal, siempre en defensa de las instituciones republicanas. Al emprender la primera de esas campañas a mediados de 1835, anhelante de ahorrar la sangre fraterna, puso máximo empeño en atraerse a sus contendientes

3 Autobiografía, vol. I, pág. 214 y sig.

por medio de la persuación, valiéndose del gran prestigio que para entonces había alcanzado su persona. Edificante nos resulta la confesión que nos dejó sobre sus sentimientos al enfrentar las fuerzas de su mando, en el sitio de Las Lagunetas, con las rebeldes acaudilladas por el General Pedro Alcántara: "Era aquella la primera vez —escribe Páez— que yo iba a hacer armas contra mis hermanos, y tal pensamiento me atormentaba horriblemente; rogaba fervorosamente al cielo que moviera el corazón del enemigo para que no llegara el caso de medir las fuerzas... El Dios de la Paz oyó mi oración. Accedió Alcántara a mis exhortaciones, y no bien lo hubo hecho cuando con toda la fuerza de mis pulmones, y poseído de una alegría inexplicable, grité al uno y al otro bando que se postrasen en tierra para dar gracias al Omnipotente por habernos librado del horrible trance de regarla con sangre de hermanos. Todos aquellos hombres —concluye Páez— pocos momentos antes dispuestos a luchar con el valor que caracteriza a los hijos de Venezuela, hincaron la rodilla en tierra y murmuraron fervorosa acción de gracias al Todopoderoso".[4] ¡Lástima que este sublime cuadro, suerte de página digna de "Las Florecillas" del Santo y Poeta de Asís, no se hubiera repetido en el decurso de nuestra historia republicana, pues así la Patria se habría salvado de aquellas pavorosas tempestades de odio, sangre y lágrimas que fueron nuestras guerras fratricidas!

NOBLEZA DE PROPOSITOS...

Páez con esa primera campaña, logró restaurar el Poder civil: su heroica mano dominó la revolución y repuso al Doctor José María Vargas en la silla presidencial. Trece años más tarde, ante el asesinato del Congreso, de nuevo el héroe requirió su espada; pero la voluble fortuna, que hasta entonces había sido su aliada, le volvió las espaldas en esa ocasión. A la distancia en que nos encontramos de aquellos sucesos, todavía debemos hoy lamentar el fracaso de Páez en tal circunstancia, pues de haber triunfado en esa campaña, nuestros Congresos no hubieran sido, como lo fueron

4 Autobiografía, vol. II, pág. 231.

hasta antier nomás, unos simples y pobres esclavos, disfrazados a los ojos del mundo con las ostentosas vestiduras del supremo poder.

Ya en la ancianidad, conmovido a la vista de aquella guerra atroz, llamada "brava" por antonomasia, con el único noble propósito de ponerle fin a tan encarnizada y devastadora contienda, Páez asumió la dictadura. De no haberlo hecho así, dada la miope terquedad de los bandos en lucha, los combates hubieran proseguido con violencia siempre creciente y el resultado final forzosamente hubiera sido la completa ruina de la Patria. Por falta de correspondencia, debida en buena parte a la soberbia, sus primeros esfuerzos pacificadores no fueron felices, pero no por ello sufrió desmayos su voluntad. Y porque ni el poder, ni la gloria, ni la conveniencia personal sino el bien de Venezuela era el único móvil de su alma y la única finalidad de su acción, el viejo héroe no vaciló en inmolar su nombre y su interés particular en el ara de una capitulación que, a cambio de tal holocausto, trajo a la martirizada República el tan suspirado beneficio de la paz.

CON EL BASTON DE PRESIDENTE...

Si del guerrero volvemos la atención al Magistrado, preciso es confesar que, como Presidente de la República, Páez fue sencillamente ejemplar. Aunque procedía de las llanuras, donde había sido una especie de señor feudal absoluto, y de los campamentos, donde su jefatura no tenía más límites que los de su voluntad, al asumir la Presidencia se olvidó de la espada y de la lanza para atenerse estrictamente a las pautas de la ley. Oigámoslo a él mismo resumir su actuación presidencial: "No necesité de bayonetas para gobernar en paz la República las dos veces que me tocó regir sus destinos... La seguridad de que todos disfrutaban, era el objeto de admiración y de encomio para todos los extranjeros ilustrados que visitaban nuestro país. Todos los ciudadanos gozaron del más amplio e ilimitado derecho de elegir y de ser elegidos, de manifestar su pensamiento de palabra y por escrito. Hubo siempre completas garantías individuales; la propiedad, el asilo del vene-

zolano eran sagrados; se proporcionó al pueblo instrucción gratuita en todas las escalas, sin ninguna excepción... La libertad industrial sin trabas, sin privilegios de ningún género se garantizó a todos los asociados; jamás fue excluido de la participación de estos goces ningún venezolano; la igualdad ante la ley era un principio efectivo en la República; la libertad de conciencia era respetada a satisfacción de todos los religionarios; el pueblo eligió libremente a quienes quiso de 1830 a 1846. Pocos venezolanos de algún mérito han dejado de desempeñar algún cargo público, y los que no lo tuvieron fue, o porque en ningún país hay destinos suficientes para satisfacer la ambición de todos los que puedan aspirar a ellos, o porque algunos carecían de la aptitud moral que garantiza el buen desempeño de las funciones, que es lo que puede hacer la felicidad de los pueblos".[5]

En esa síntesis que de su obra de gobernante hacía Páez ya anciano, no es difícil sorprender entre líneas la rebosante satisfacción y el justo orgullo de una conciencia por el cabal cumplimiento del deber. A Páez civil se le reprochó que, por más de tres lustros, fue el árbitro de la política nacional; pero tal reproche resulta a todas luces tan necio como injusto, pues su innegable influencia brotaba por necesidad de la propia grandeza de su persona. ¡Y el Avila no tiene culpa alguna si descuella por su altura!

EN LA BALANZA DE LOS GRANDES...

Como lo he expresado en otras ocasiones, por una ley carente de excepción, en este mundo no se da verdadera grandeza sin dolor. Regla que nunca falla es la de que a las aclamaciones triunfales del Domingo de Ramos sucedan, tarde o temprano, pero inevitablemente, las griterías y ultrajes del Viernes Santo. Porque era en verdad grande, en la vida de Páez hallamos cumplida esa misteriosa ley.

Confiando en la palabra del adversario, se entregó en sus manos, en 1849, bajo las garantías de una capitulación. Desconocidas las

5 Autobiografía, vol. I, pág. 515.

promesas allí hechas, fue reducido a prisión, cargado de grillos, despojado de todos sus honores y títulos, inclusive del de General en Jefe que le había dado el Libertador en el propio campo triunfal de Carabobo, conducido de cárcel en cárcel, incomunicado y, por último, desterrado a perpetuidad del suelo patrio. A los diez años de ostracismo, merced a uno de esos vaivenes característicos de nuestra turbulenta política, la Convención de Valencia acordó devolverle al proscrito sus títulos gloriosos y abrirle para el retorno las puertas de la Patria. Y en la sesión del 12 de julio de 1858, la voz del diputado guayanés Ramón Isidro Montes se alzó como la de la verdad para asentar: "Los títulos de gloria del General Páez, sus títulos a la inmortalidad, no están, señores, no están en los campos de batalla en que segó laureles en defensa de la independencia y de la libertad; no están en los días felices en que, piloto experimentado, dirigió con acierto la nave del Estado; están en su adversidad, están en su martirio, están en esas cadenas que este pueblo de Valencia, esta ciudad, testigo un tiempo de su dicha, vio imponer horrorizada al ilustre caudillo de las libertades públicas; están, señores, en su entrada a la capital de Venezuela, el día en que el pueblo de Caracas, como un maníaco, sació sobre él toda su ira, todo el rencor de los opresores y convirtió en objeto de escarnio, de befa y de burla al que debiera ser objeto de admiración y reverencia".[6] Así habló el honorable Diputado por Guayana; pero incompleto resulta su discurso, pues olvidó tanto el cautiverio en el Castillo de Cumaná, donde Páez por meses sintió en estrecho calabozo la humillación del león en la vileza de la jaula, como los diez años de exilio, cuyo padecimiento sólo es parangonable con la congoja de los huérfanos. "Nadie es grande impunemente", escribió el Libertador.[7] En Páez tuvo evidente confirmación esa verdad.

Complemento de la grandeza de Páez fue su pobreza final. Cuando resignó la suprema autoridad dictatorial y resolvió alejarse definitivamente del territorio patrio, el Mariscal Falcón tuvo que darle la suma de mil pesos para que cancelara algunas deudas y

6 González Guinán: Historia Contemporánea de Venezuela, 2ª ed., vol. VI, pág. 216.
7 Lecuna: Cartas del Libertador, 1830, vol. VII, pág. 308.

tuviera el necesario viático. No está de sobra notar que poco antes, mientras todavía se hallaba en el poder, su gobierno había contratado en Inglaterra un empréstito de millones; pero ni un solo centavo de esos dineros pasó a sus manos, que se mantuvieron escrupulosamente limpias. Su existencia en tierras forasteras se prolongará todavía por diez años más, y el héroe de las proezas fabulosas, el General en Jefe de los triunfantes Ejércitos de Colombia, el antiguo Presidente de Venezuela en dos períodos, el Ciudadano Esclarecido, para poder vivir tendrá que emprender viajes por distintas naciones de nuestra América como simple agente comisionista de empresas ganaderas.[8] Conmueve leer hoy, por la parte dramática que encierra, el siguiente decreto del Presidnte Sarmiento, dado el 5 de diciembre de 1868: "Habiendo llegado a este país el General Don José Antonio Páez en persecución de una modesta industria para sostener su vida en la más avanzada edad; y considerando que este ilustre guerrero es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la Independencia; y que sus hazañas reconocidas por la historia contribuyeron en gran manera a afianzar la independencia americana, el Presidente de la República Argentina, para asegurarle el reposo de los últimos días en reconocimiento de sus grandes servicios, acuerda y decreta: Artículo 1º—Dése de alta en la Plana Mayor activa del Ejército Argentino al General Don José Antonio Páez en la clase de Brigadier General".[9]

En el crepúsculo, pues, de su larga vida, Páez, reducido a pobre vergonzante, tal como el Edipo de Sófocles, se eleva hasta la sublimidad de la tragedia que, si no deslumbra al modo de la epopeya, tiene en cambio la virtud de humedecer los ojos y conmover los corazones!

MONUMENTOS...

Cuando en mayo de 1850, para ponerlo en el buque que habría de llevarlo al destierro, Páez fue sacado del Castillo de San Anto-

8 R. B. Cunningham Graham: José Antonio Páez, Caracas, 1959, pág. 257.
9 José Antonio Calcaño: "La Ciudad y su Música", 1959, pág. 294.

nio de Cumaná, donde había estado encerrado en calabozo tan inhumano y sofocante que tenía que acostarse en el pavimento para disfrutar del hilillo de aire que penetraba por la rendija del umbral, un grupo de señoritas, todas vestidas de blanco, rompieron el cuadro de soldados que conducía al prisionero y, colocándose a sus lados, le formaron escolta hasta la playa. Páez entonces no pudo contener el llanto; y, en el momento de subir al barco, una de aquellas damas le arrebató el pañuelo con que se había enjugado las lágrimas de emoción que le arrancara aquel afectuoso gesto inesperado.[10] En aquellos instantes, la muchacha cumanesa que se apoderó de aquel pañuelo, como de una reliquia, personificaba a la Venezuela maternal y justiciera que sabría valorar en el futuro el dolor de aquel glorioso hijo suyo.

Es esa Venezuela maternal la que hoy rinde a Páez el presente homenaje. Más de ocho decenios hace que en este sitio reposan sus cenizas, señaladas apenas por la modestia de una lápida. Y ahora, con un afecto y con una admiración idénticos a los de la muchacha cumanesa, la Patria le dedica este decoroso monumento, en la fecha en que se cumplen exactamente ciento cincuenta años de haber venido por primera vez a esta capital el gran guerrero, a los cinco días de aquella batalla en que él alcanzó el ápice de la heroicidad y de la gloria. Satisfecho tiene que sentirse el Jefe del Estado, que acordó este homenaje, y complacidos hemos de estar todos los venezolanos por el cumplimiento de este acto de la más clara justicia.

Un bisnieto de Páez, Don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas, ha pedido al Gobierno Nacional que le permita asumir el pago de este monumento. Esa idea y ese propósito los estimo como una inspiración del espíritu del héroe que, todavía desde la eternidad, quiere dar una muestra más del respeto y probidad con que en su vida mortal miró el tesoro de la República.

Y así como inspiró a ese bisnieto suyo, el mismo espíritu inmortal, al que en último término rendimos estos honores, tiene para todos

10 Autobiografía, vol. II, pág. 477.

nosotros, sus compatriotas, un mensaje. Recordando la apoteosis que tributó a las cenizas del Padre de la Patria, a la que me referí al principio de esta oración, y que constituyó el máximo momento estelar de su vida terrena, ahora nos repite lo que dijo entonces, porque esas palabras conservan su vigencia: "Nada hemos omitido de cuanto podíamos hacer en honor de la memoria de Bolívar. Nos resta sin embargo un deber: consagrar al Libertador el monumento más digno de su gloria: la consolidación de las instituciones de Venezuela por la sabiduría de los legisladores, por la prudencia de la administración ejecutiva, por la integridad de los magistrados, por la ilustración del pueblo, por la unión de todos los venezolanos".[11]

Peregrinos que van hacia el futuro en marcha incontenible por los caminos del tiempo, los pueblos deben volver los ojos hacia el pretérito para lección, admonición y estímulo. Tal es lo que Venezuela ha venido haciendo en estos días, con ocasión de los ciento cincuenta años de la victoria de Carabobo. Y al evocar ese pasado, de los labios de Páez ha surgido el mensaje que acabo de repetir. Escuchar esa voz heroica es nuestro deber.

Laus Deo.

11 Autobiografía, vol. II, pág. 374.

INDICE

Pág.

PRESENTACION 9

GENERAL JACINTO REGINO PACHANO
Al entregar los restos repatriados del General José Antonio Páez, en La Guaira, el 9 de abril de 1888 13

MANUEL FOMBONA PALACIO
En el acto de ser depositados en el Panteón Nacional los restos del General José Antonio Páez, el 19 de abril de 1888 19

JOSE IGNACIO LARES
En Mérida, el 20 de abril de 1888 31

J. M. VARGAS VILA
En San Cristóbal, el 25 de abril de 1888 45

MARCO ANTONIO SALUZZO
Homenaje en Caracas, el 6 de febrero de 1889 57

MANUEL PALACIOS RENJIFO
En el Teatro de La Guaira, el 3 de abril de 1889 ... 101

ANTONIO IGNACIO PICON
El 13 de junio de 1890, en Caracas 107

FELIX QUINTERO
En el Panteón Nacional, el día 13 de junio de 1890 127

CLAUDIO BRUZUAL SERRA
En el Panteón Nacional, el día 13 de junio de 1890 135

Págs.

EDUARDO BLANCO
En Caracas, el 23 de mayo de 1905 145

LAUREANO VALLENILLA LANZ
En sesión solemne del Congreso de Valencia el 25 de junio de 1921 163

PEDRO BLANCO GASPERI
En sesión solemne del Congreso Nacional en Caracas, el 13 de junio de 1940 173

MONSEÑOR NICOLAS E. NAVARRO
En el aniversario del natalicio del General Páez, en Caracas, el 13 de junio de 1940 189

FRANCISCO RICARDO BELLO
En el "Hogar Americano", Caracas, el 16 de enero de 1941 197

ANDRES ELOY BLANCO
En representación del Congreso Nacional, ante la estatua del héroe, en Caracas, el 25 de junio de 1941 .. 213

J. A. COVA
En la Academia de Historia, República de Cuba, el 4 de marzo de 1949 219

RICARDO MONTILLA
En Acarigua, el 13 de junio de 1965 235

J. M. SISO MARTINEZ
El 13 de junio de 1965, en Acarigua 243

LUIS VILLALBA VILLALBA
En el Campo de Carabobo, el 23 de junio de 1971 249

MONSEÑOR JOSE HUMBERTO CARDENAL QUINTERO
En el Panteón Nacional, en Caracas, el 29 de junio de 1971 283

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie *Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela*

La Academia publicó y repartió la Serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela* comenzó con el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva *Serie* comprende:

Vol. 1-2 —Autobiografía del General José Antonio Páez. Tomos I y II.

Vol. 3-4 —Archivo del General José Antonio Páez. Tomos I y II.

Vol. 5 —Biografía del General José Antonio Páez, por R. B. Cunninghame Graham.

Vol. 6 —Resumen de la Vida Militar y Política del Ciudadano Esclarecido, General José Antonio Páez, por Tomás Michelena.

Vol. 7 —Memorias de Carmelo Fernández.

Vol. 8 —Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela, por Ramón Páez.

Vol. 9 —Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros durante la Guerra de Emancipación Hispanoamericana, por Richard Vowell.

Vol. 10 —Las Sabanas de Barinas, por Richard Vowell.

Vol. 11 —Las Estadísticas de las Provincias, en la época de Páez. Recopilación y prólogo de Antonio Arellano Moreno.

Vol. 12 —Las Comadres de Caracas, por John G. A. Willianson.

Vol. 13 —20 Discursos sobre el General José Antonio Páez.

Impreso en los talleres gráficos
del Congreso de la República,
en el mes de mayo de 1973